

Historias 66/67

- Alfredo Ávila, La cultura de la Independencia: entrevista con Eric Van Young • Rodrigo Martínez, Tepeaquilla, 1528-1555 • Rodolfo Fernández, Retórica y colonización en la Relación de Michoacán
- María Gayón y María Dolores Morales, Necatitlan y Tlaxcoaque en el siglo XIX • José Mariano Leyva, Literatura satánica en un cambio de siglo



INSTITUTO
NACIONAL
DE ANTROPOLOGÍA
E HISTORIA

México, D.F.

ENERO-JUNIO DE 2007

Historias 66-67

REVISTA DE LA DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DEL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

ÍNDICE

ENTRADA LIBRE

Henry James

3

Anita Brenner

15

Alexander Stille

19

Andrés Trapiello

32

ENSAYOS

Alfredo Ávila

*Historia e historiografía de la cultura en la época de la Independencia.
Una entrevista con Eric Van Young*

35

Rodrigo Martínez

Tepeaquilla, 1528-1555

43

Rodolfo Fernández

Retórica y colonización en Nueva España: el caso de la Relación de Michoacán

73

María Gayón y María Dolores Morales

Un rincón de la ciudad. Necatitlan y Tlaxcoaque en el siglo XIX

87

José Mariano Leyva

Viajes hacia la literatura satánica en un cambio de siglo

101

CARTONES Y COSAS VISTAS

115

ANDAMIO

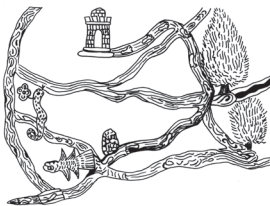
129

RESEÑAS

135

CRESTOMANÍA

147



En el mundo prehispánico, la representación de los espacios perteneció al mundo de lo simbólico

En México, durante la época prehispánica la representación de los espacios perteneció al mundo de lo simbólico. En las pinturas murales y en algunos códices anteriores a la Conquista, a través de sus propias convenciones, se representaron hitos de procedencia mitológica vinculados a su concepción del espacio.

Dos fueron las vertientes en donde la idea de espacio se puede ver reflejada en la cultura nahua: la primera es la factura de los mapas que hicieron de sus propios pueblos y de quienes les entregaban tributos, y a los que dotaron de signos pictográficos con valor toponímico en nahua. Los mapas fueron diagramas para indicar relaciones con la naturaleza o el cosmos. El otro uso fueron los relatos históricos, donde a través de diagramas se plasmaba el desarrollo de las historias.

Los espacios prehispánicos no son representaciones de la naturaleza, sino que nos permiten comprender su significado. La construcción de estas imágenes se hizo aglutinando los conceptos en configuraciones de elementos formales organizadas de acuerdo con una línea de tiempo.

La conquista española marcó un cambio en la manera de hacer los códices y representar la naturaleza.

A lo largo del siglo XVI se puede ver el cambio paulatino en el que la producción de códices comenzó a tener influencia europea, y así empezaron a aparecer representaciones de la naturaleza con convenciones renacentistas. El *Códice de Kingsborough* es un claro ejemplo de cómo la cartografía de la época prehispánica se convirtió en un paisaje al estilo europeo. En opinión de Robertson, el códice mantiene las características de los lugares, los caminos y los signos en función de las convenciones prehispánicas, y se europeiza en cuanto al dibujo de las montañas, bosques y sierras. La factura de mapas y trazas urbanas fue una constante durante la época colonial.

Esther Acevedo





Entrada libre

Daumier, caricaturista*

Henry James

Como en estos tiempos nos esmeramos por escribir la historia de todo, extraño sería que olvidáramos los anales de la caricatura; toda vez que es histórica la esencia misma del arte de Cruikshank y Gavarni, de Daumier y Leech; y que todos conocen lo adicta que es la gran ciencia de la historia a perorar sobre ella misma. Un gran número de diligentes buscadores, en Inglaterra y Francia, se ha dedicado a remontar la corriente del tiempo para llegar al origen del movimiento moderno de la sátira política. La corriente del tiempo en este caso es principalmente la corriente del periodismo; pues la caricatura social y política, tal y como el presente siglo la ha puesto en práctica, no es más que periodismo hecho doblemente intenso.

El tema en verdad es amplio, si nos detenemos a pensarlo, pues son muchos los que nos han dicho que el periodismo es la gran invención de nuestro tiempo. Si esta rica rama ha compartido la enorme fortuna del afluyente principal, asimismo, en otras partes, toca las bellas artes, toca las costumbres y la moral. Todo esto ayuda a dar cuenta de su vida inagotable; el periodismo es la crítica del momento *en* el momento, y la caricatura es esa crítica simplificada a la vez por una forma plástica. Conocemos que la imagen satírica es periódica, y más que nada puntual, del mismo modo en que conocemos el pliego impreso con el que la asocia irremediabilmente la costumbre.

Lo anterior, por cierto, da mucho qué pensar sobre el hecho de que la caricatura no haya logrado, todavía, una suerte elevada en Estados Unidos; un hecho que podría dar lugar a un amplio discurso explicativo, a una amplia búsqueda sobre la relación de las

*Tomado de *The Century. A Popular Quarterly*, vol. XXXIX, núm. 3, Nueva York, enero de 1890. La traducción es de Antonio Saborit.

La ironía, el escepticismo, el pesimismo son, en cualquier lugar, plantas que crecen de manera gradual, y es en el arte de la caricatura donde florecen más agresivamente. Más aún, hay que regarlos por medio de la educación —me refiero a la educación del ojo y de la mano—, todo lo cual toma tiempo.

cosas. Al periódico se le ha enseñado a florecer entre nosotros como no lo hace en ninguna otra parte, y a florecer, lo que es más, sobre una base humanística e irreverente; sin embargo, nunca se ha abrogado el útil acompañamiento de un espíritu inescrupuloso y de una periodicidad pronta. La explicación probablemente esté en que hace falta una sociedad vieja para producir una caricatura madura. Abundan los periódicos en Estados Unidos, aunque tal vez no el periodismo; pues una cosa es la intensa propagación de las novedades y otra su minuciosa interpretación. Una sociedad tiene que llegar a vieja antes de volverse crítica, y tiene que volverse crítica antes de poder solazarse en la reproducción de sus incongruencias por medio de un instrumento tan impertinente como el crayón del matutino. La ironía, el escepticismo, el pesimismo son, en cualquier lugar, plantas que crecen de manera gradual, y es en el arte de la caricatura donde florecen más agresivamente. Más aún, hay que regarlos por medio de la educación —me refiero a la educación del ojo y de la mano—, todo lo cual toma tiempo. La tierra debe ser rica, también; las incongruencias deben abundar. Es de dudarse que una democracia pura sea muy dada a realizar sobre ella misma esta particular vuelta satírica; para la cual parecería que no iban a faltar ciertas complicaciones. Estas complicaciones surgen desde el momento en el que una democracia se vuelve, podríamos decir, impura, desde su propio punto de vista; desde el momento en el que en ella se empiezan a multiplicar variaciones y herejías, desviaciones, o tal vez meras afirmaciones del gusto y del temperamento. Tales cosas ofrecen un *point d'appui*; pues en la esencia de la caricatura está evidentemente el ser reaccionaria. Debemos añadir entonces que su fuerza satírica varía muchísimo en tranco y en grado, según la raza, o el talento individual, que saca provecho de eso.

Acabo de emplear el término pesimismo; pero eso se debió sin duda en buena medida a que estuve observando una colección de los magníficos dibujos de Honoré Daumier. Se habría creado en mí la misma impresión, a no dudarlo, si hubiera estado consultando una masa semejante de la obra de Gavarni, el más ingenioso, el más literario y el más intensamente profano de todos los burlones con un lápiz. En todas estas cosas habita el sentimiento del pesimista, la expresión del espíritu según la cual la humanidad se define fundamentalmente por su flaqueza. Para Daumier estas flaquezas son sumamente feas y grotescas, mientras que para Gavarni son de una profunda gracia elemental, o bien conmovedoramente miserables; pero en ambos casos la visión de ellas es cercana y directa. Si por otra parte revisamos una docena de volúmenes de la colección de *Punch*, obtenemos la misma impresión de hilaridad, pero no así la misma impresión de ironía. Es verdad que las pá-

ginas de *Punch* no despiden el tufo del pesimismo. Leech es casi exclusivamente optimista; en su irreverencia no hay nada que sea infinito. Toca fondo apenas se acerca a la mujer hermosa o a la joven agradable. Es una apariencia como la que, en Gavarni, hace despertar en serio al burlón. Du Maurier es tan natural como Gavarni, sólo que su idea de la belleza lo rechaza casi todo salvo nuestros vicios menores. Es en la exploración de los más grandes que Gavarni realiza sus mayores hallazgos en cuanto al encanto o a lo absurdo de la actitud. No por eso, desde luego, la inspiración general de ambos artistas es la misma: el deseo de tratar las innumerables maneras diversas en las que es posible *no* tomar en serio el tema humano.

Si esta visión suya, en sus manifestaciones plásticas, conforma un tipo de historia, en general no será de la que convierta a las personas que encuentran en la historia una lectura triste. El autor de estas líneas se mantuvo inconverso, en una ocasión en la que recientemente numerosas influencias alegres se mezclaron en su imaginación. Eran de una naturaleza a la que él usualmente le da todo el crédito, incluso subestimando, tal vez, el encanto de su insinuación; pero en el momento al que me estoy refiriendo, el viejo embarcadero parisino, la imprenta deprimente, la deliciosa tarde, la vista del Louvre en la ribera opuesta del Sena, en los intersticios de las amarillentas *estampes* colgadas en la ventana y en la puerta, todos estos elementos de una rica actualidad sólo servían para mitigar, sin transmutar, la visión general de la elevada y cruel picota que fui sacando, pieza por pieza, de viejos portafolios. Yo pasaba por el establecimiento cuando percibí una pequeña *vitrine*, colocada en el alféizar de la puerta, media docena de litografías manchadas, sorprendentes, que no me tomaron más que un vistazo para reconocer como obra de Daumier. Sólo eran páginas viejas de *Charivari*, arrancadas del texto y rescatadas de la escoria del tiempo; y estaban acompañadas por una inscripción a propósito de que adentro se podían observar muchos especímenes similares del artista. Enterarse de esta circunstancia fue ingresar al establecimiento y verme rodeado al instante de portafolios atestados y de reliquias maltrechas. Estas reliquias —páginas maltratadas de las antiguas publicaciones cómicas del periodo de 1830 a 1855— no son ni raras ni costosas; sólo que di con una colección particularmente copiosa de ellas, y aproveché al máximo mi pequeña fortuna, con el fin de lograr con ella, de ser posible, una especie de compensación por haber dejado pasar de largo, inadvertidamente, unos meses antes, la curiosa exposición *De la Caricature Moderne* que estuvo durante varias semanas, a la mano, en la École des Beaux-Arts. Se comentó que Daumier lucía en ella con gran fuerza; y fue una pérdida el no haber tenido la oportunidad de colmarme la mente con él.



Tal vez hubiera cierta perversidad en haber deseado hacer tal cosa, rara indigerible materia de contemplación como parece ser Daumier; pero la perversidad habría tenido una ramificación de tipo histórico. Los grandes días de Daumier sucedieron en el reinado de Luis Felipe; pero en los primeros años del Segundo Imperio seguía manejando su lápiz tosco y formidable. Yo recordaba, proveniente de una conciencia juvenil, los últimos malogrados trazos suyos. Me solían impresionar con su anormal negrura así como con su movimiento grotesco, amplificador, y algo había en ellos que mucho aterraban a un admirador harto inmaduro. Sin embargo, este pequeño personaje logró percibir más adelante, cuando tuvo la desgracia de verse alejado de la oportunidad de estudiarlos, que en ellos había varias cosas, además del poder de provocar una vaga alarma. Daumier tal vez fuera un gran artista; en todo caso, la curiosidad insatisfecha creció en proporción a semejante posibilidad.

La primera satisfacción cabal de tal cosa ocurrió en realidad en las largas horas que pasé en el establecimiento sobre el embarcadero. Allí me llené la cabeza de él, y también allí, por un precio no elevado, me pude hacer de un acervo grande de estas precarias reproducciones de su obra. Ésta se expuso en la École des Beaux-Arts tal y como salió de su mano; Monsieur Champfleury, su biógrafo, catalogador y admirador, sacó los tesoros de una magnífica colección, como supongo que se les diría en el caso de un artista en un nivel más alto. Tal y como entonces lo veía yo era nada más como lo habían visto los lectores de las publicaciones humorísticas de su época; pero intenté compensar mi necesidad de privilegio por medio de una prolongada impresión. No me llevé a casa todos los portafolios del establecimiento sobre el embarcadero, sino que me llevé lo que pude, y regresé nuevamente a revolver las pilas de papeles raídos. Me gustó revisarlos en el sitio; yo parecía seguir rodeado por el París desaparecido del artista y por sus extintos parisinos. Cierto es que no hay un barrio de la encantadora ciudad que muestre, en términos generales, menos cambios en el aspecto que tenía durante el periodo de Luis Felipe, la época que para muchos de sus amigos debió ser la más encantadora. La extensa línea del embarcadero permanece inalterada, así como el encanto particular del río. La gente entraba y salía del establecimiento: es una maravilla la cantidad de personas que, en el transcurso de una hora, pueden entrar a un establecimiento sin las pretensiones de una gran tienda. ¿Qué era toda esta vida minúscula, sociable, agitada, sino el gran tema de Daumier? Él fue el pintor del burgués parisino, y la voz del burgués estaba en el aire.

Monsieur Champfleury ha narrado la vida de Daumier en su breve *Histoire de la Caricature Moderne*, registro no del todo prolijo en detalles personales. El biógrafo acaso haya con-



tado mejor su narración en el cuidadoso catálogo de las producciones del artista, cuyo primer borrador se encuentra en *L'Art* de 1878. Esta copiosa lista es la historia real de Daumier; su vida puede ser poco más que su trabajo. En la interesante publicación de Monsieur Grand-Carteret (*Les Moeurs et la Caricature en France*, 1888) leí que nuestro artista produjo cerca de cuatro mil litografías y un millar de dibujos sobre madera, hasta la época en la que la debilidad de la vista lo obligó a descansar. Éste no es el tipo de actividad que le deje mucho tiempo al hombre para las aventuras independientes, y Daumier en esencia era del tipo de especialistas, común en Francia, tan inmerso en su campo que sólo se le puede pintar en una actitud; una circunstancia general que tal vez ayude a explicar lo magro, en ese país, de la biografía, en la acepción inglesa de la palabra, en proporción con la superabundancia de la crítica.

Honoré Daumier nació en Marsella el 26 de febrero de 1808, y murió el 11 del mismo mes de 1879. Sin embargo, su principal actividad se concentró en la primera porción de su vida de casi setenta y un años exactos, y encuentro que se afirma en el *Dictionnaire des Contemporains* de Vapereau que quedó completamente ciego entre 1850 y 1860. Disfrutó una pensión, proveniente del Estado, de 2400 francos; pero ¿qué alivio de la miseria es capaz de mitigar un cuarto de siglo de obscuridad para una persona que había observado con esa mirada tan viva al mundo? Su padre siguió el oficio de vidriero, pero fue de otro modo vocal en la emisión del rico clamor callejero con el que todos solíamos estar familiarizados y que ha desaparecido con otras tantas notas peatonales. Daumier el viejo trabajó versos igual que vitrales, y Monsieur Champfleury exhumó un pequeño volumen que él mismo publicó en 1873. El mérito de su pureza no es notable; pero fue capaz de transmitir la naturaleza artística a su hijo, el cual, al ser conciente de ella, realizó el viaje ineludible a París en busca de suerte.

El joven dibujante parecía haber pasado por alto, al comienzo, el camino hacia este don, toda vez que en el año de 1832 se vio condenado a seis meses de prisión por una litografía irrespetuosa hacia Luis Felipe. Este dibujo había aparecido en la *Caricature*, un órgano de sátira política que en ese tiempo fundó Philipon, con la ayuda de un grupo de jóvenes burlones a quienes les daba ideas y rumbo, y dos o tres más, de los cuales estaban destinados a hacerse un lugar Gavarni, Henry Monnier, Decamps, Grandville. Monsieur Eugène Montrosier, en un artículo muy elogioso sobre Daumier en *L'Art* de 1878, dice que este mismo Philipon era *le journalisme fait homme*; lo cual no le impidió —más bien, de hecho, animó tal resultado— estar perpetuamente en tratos delicados con el gobierno. Ya había reventado un gran número de caballos, y había vivido

El joven dibujante parecía haber pasado por alto, al comienzo, el camino hacia este don, toda vez que en el año de 1832 se vio condenado a seis meses de prisión por una litografía irrespetuosa hacia Luis Felipe.

La marca de Daumier es la de la fuerza por encima de todo, y hoy al pasar sus páginas no hay un solo grado de esa virtud que no le conceda el observador cuidadoso.

una existencia de ataques, represalias, cierres y resurrecciones. De ahí que fundara *Charivari* y que lanzara una publicación titulada *L'Association Lithographique Mensuelle* que sacó a la luz buena parte de la obra temprana de Daumier. El artista transitó rápidamente de buscar a encontrar su camino, y de una forma inacabada a otra estricta.

En este reducido espacio, y dado el caso de tal cantidad de producciones, resulta casi imposible ser específico, es difícil elegir decenas de ejemplos entre miles. Daumier se volvió cada vez más en el espíritu político de *Charivari*, o al menos en el lápiz político, pues a Monsieur Philipon, el aliento de cuya nariz era la oposición —desde acá es posible concebir al pequeño hombre bilioso, inquieto, ocurrente, tenaz—, hay que darle una parte considerable del crédito en cualquiera de las empresas en las que metió mano. Este lápiz abordó la vida pública, el soberano, los ministros, los diputados, los pares, los jueces, los hombres y las medidas, las reputaciones y los escándalos del momento, con un vigor raro, feo, exagerado, pero no por eso menos sano y viril. La marca de Daumier es la de la fuerza por encima de todo, y hoy al pasar sus páginas no hay un solo grado de esa virtud que no le conceda el observador cuidadoso. Otra cosa quizá sea estar de acuerdo con la proposición, planteada por sus mayores admiradores entre sus paisanos, que él es el primero de los caricaturistas. Para el autor de este imperfecto boceto, Daumier sigue siendo mucho menos interesante que Gavarni; y por una razón en especial, la cual es difícil de expresar más que diciendo que es demasiado simple. En esta falta no incurrió Gavarni, y ciertamente que en buena medida fue un mérito en Daumier. La única característica que es muy ridícula o casi hasta obsesiva que sus figuras representan, es en buena parte la razón por la cual ellas siguen representando la vida, y una realidad desafortunada, años después de que los nombres unidos a ellas se han ido junto con una fuerza vivificante. Semejante vaguedad se ha apoderado de ellas, en buena medida, y se han reducido a una resonancia tan flaca las personas y asuntos que entonces fueron materia tan susceptible de bosquejos. Daumier los trató con tal falta de ceremonia que habría sido brutal de no ser por el elemento de ciencia en su obra, volviéndolos inmensos e inconfundibles en su bufonería, o al menos en su parte grotesca; pues el término bufonería sugiere algarabía, y Daumier es cualquier cosa excepto alegre. *Un rude peintre de moeurs*, lo llama Monsieur Champfleury; y la frase expresa el largo aliento de su tratamiento.

De las víctimas de su “rudeza”, Monsieur Thiers es casi el único al que la actual generación podría identificar sin amplios recordatorios, y ciertamente su mano es relativamente ligera al delinear a este personaje de pocas pulgadas y muchos afa-

nes. Monsieur Thiers debió ser alguien estimado para el caricaturista, pues pertenecía al tipo que era fácil “hacer”; siendo bien conocido que estos caballeros aprecian a los personajes públicos en proporción directa a la prominencia de la seña particular. Cuando es posible reducir los rostros a unos cuantos trazos elocuentes, sus portadores se ven sobrecogidos por el honor de semejante posibilidad; con la cual, por otro lado, nada ha de interferir salvo si se cuenta con una expresión claramente clásica. Daumier sólo necesitó darle a Monsieur Thiers cara de búho, sin la estupidez, y funcionó el truco. Desde luego que hacía falta habilidad para dejar fuera la estupidez y poner otra cosa en su lugar, pero para eso están los caricaturistas. La admirable lámina del pequeño ministro enérgico en un “nuevo traje” —expuesto en el uniforme de un general de la Primera República— es ilustración suficiente para mostrar lo que lograba Daumier. El ave nocturna no es un ave astuta, ¡pero en qué forma muestra el artista la imagen de un sujeto astuto! ¡Y con qué lápiz construye la figura completa, con qué dibujo tan inteligente, con qué rico, fino, trazo! Las alusiones que contiene son cosas tan olvidadas que resulta extraño pensar que el personaje, apenas el otro año, era un contemporáneo; que era posible encontrarlo, en un buen día, dando un paseo en alguna parte despejada de los Champs Élysées, con su chofer cargando un segundo abrigo y viéndose del doble de su estatura al caminar detrás de él. En la actitud en la que Daumier lo mostrara, plantado como un pequeño gigante del boxeo frente a los diversos colosos de blusa —con las piernas abiertas, como el de Rodas—, en quien el artista ha representado al pueblo, para observar el encuentro que está por darse entre Ratapoil y Monsieur Berryer, o incluso en el acto de alzar el garrote “parricida” de una nueva ley reguladora para golpear a la prensa, una musa resplandeciente, atenta, sedente (esta imagen, por cierto, es el ejemplo perfecto de lo simple y elocuente en la caricatura política); sin embargo, como digo, tomó a Monsieur Thiers, pues en su crayón siempre hay una indulgencia áspera, como si estuviera agradecido por prestarse tan bien.

Daumier inventó a Ratapoil al apropiarse de Robert Macaire, y como caricaturista nunca deja de poner en circulación, cuando puede, a un personaje al que le pueda atribuir la mayor cantidad posible de afectaciones o de vicios del día. Robert Macaire, un imaginativo canalla romántico, fue el héroe de un muy exitoso melodrama escrito para Frédérick Lemaître; sólo que Daumier lo volvió el tipo del estafador a sus anchas, el organizador de compañías espectaculares, el promotor de ganancias inocuas. Hay toda una serie de dibujos que describen sus hazañas, un centenar de láminas marginales que, según Monsieur Champfleury, consagraron la reputación de Daumier. El



tema, la leyenda, en la mayoría de los casos, de nuevo según Monsieur Champfleury, los sugirió Philipon. A veces fue muy ingenioso; como por ejemplo cuando Bertrand, el inepto acólito del héroe o su torpe segundo violín, objeta la brillante estratagemata que le acaba de exponer, con la parte que Bertrand ha de representar en ella, y de inmediato comenta: “¿Comendadores? Tanto mejor, ellos se llevarán las ganancias!” Ratapoil era una evocación del mismo personaje general, sólo que con un matiz distinto: el político desaliñado, o demagogo a salto de mata, con el sombrero de copa golpeado, inclinado hacia adelante, sin camisa, el garrote a media manga, la mala postura y la actitud de quien es galante con las personas. Ratapoil abunda, en los primeros dibujos que revisé, y siempre aparece muy vigoroso y animado, con un considerable elemento de lo cómico. Hay una página admirable —la idea la remonta a 1851— en la que un sórdido aunque astuto campesino, con las manos entrelazadas frente al estómago y con la expresión perdida, le permite a este consejero político susurrarle que no hay un minuto qué perder —perder para la acción, desde luego— si desea conservar su esposa, su casa, su tierra, su vaquilla y su becerro. El prudente escepticismo en la espantosa cara un tanto apartada del típico rústico, quien abriga enormes sospechas de su consejero, está señalado por unos cuantos trazos maestros.

Esto es lo que el estudioso de Daumier identifica como su ciencia, o bien, si la palabra tiene mayor gracia, como su arte. Esto es lo que ha conservado la vida en su obra durante tanto tiempo, luego de que muchas de sus ocasiones han ido a parar en las tinieblas. Ciertamente es que no existe el comentario de renombre en cuanto a los “números atrasados” de una publicación cómica. Ellos nos muestran que en determinados momentos ciertas personas fueron eminentes, tan sólo para forzarnos a tratar de recordar sin éxito por qué eran eminentes. Y la comparativa obscuridad —comparativa, digo yo, al talento del caricaturista— sobrepasa incluso hasta los nombres de los que gozaban de renombre con más justicia. Monsieur Berryer era un servidor público en verdad muy distinguido y de lo más astuto; sin embargo, el que hoy en día nadie piense mucho en él parece enfatizarlo en efecto este otro hecho: que nosotros observamos detenidamente a Daumier, en cuya lámina resulta que no lo encontramos. Esto recuerda de nueva cuenta de qué modo el arte es un embalsamador, un mago, del cual no es posible expresarse muy bien. Las personas que se impresionan debidamente con esta verdad a veces son motivo de escarnio por su tono supersticioso, el cual es dicho, dependiendo del gusto del crítico, de una manera hostigosa, sensiblera o histérica. Pero es verdaderamente difícil ver cómo cualquier insistencia sobre la relevancia



del arte es capaz de exagerar los hechos llanos. El arte prolonga, preserva, consagra, resucita a los muertos. Concilia, encanta, cohecha a la posteridad; y a los mortales, como cantara el viejo poeta francés a su amada, les murmura: “Serás bella sólo porque yo lo he dicho”. Cuando hasta el poderoso le murmura: “Dependes de mí, y, a la larga, puedo hacer por ti más que nadie”, apenas se enorgullece. El arte pone método y fuerza, y el extraño, verdadero, aire viciado de las cosas, en el interior del negro bosquejar de Daumier, tan colmado de *gras* técnica —la “grasa” que ponderan los críticos franceses y para la cual nosotros no tenemos una palabra—. El arte sobre todo pone fuerza, y el efecto mejor logrado, el de cierta simplificación de la actitud o el gesto dirigido hacia una inmensidad casi simbólica. Sus personas sólo representan una cosa, pero insisten tremendamente en ella, y la manera en que la expresan habita en nosotros, son el acompañamiento del tímido detalle. En realidad se podría decir que representan sólo a una clase: los viejos y los feos. De modo que existe la prueba suficiente de una facultad especial en el hecho de haber ejecutado semejante concierto, por lúgubre que pueda ser, con un solo acorde. Se le ha reprochado, dice Monsieur Grand-Carteret, que “su obra adolece de dos elementos capitales: *la jeunnesse et la femme*”; y este comentarista resiente el que le carguen semejante deficiencia:

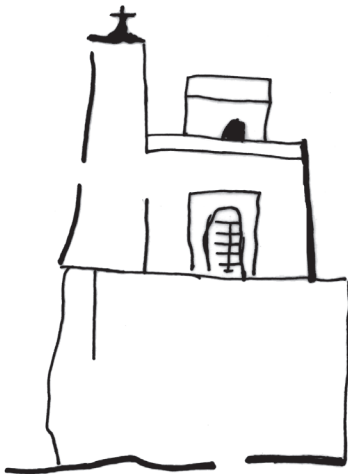
[...] como si un artista pudiera ser al mismo tiempo profundo, cómico, gracioso y bello; como si todos aquellos que tienen un verdadero valor no hubieran creado para ellos mismos una forma en la que permanecen confinados y un tipo que reproducen en todas sus variedades, tan pronto alcanzan el ideal estético que soñaron. La humanidad, con toda certeza, tal y como la vio este gran pintor, no podía ser hermosa; uno se pregunta qué habría hecho una adolescente, que habría hecho un rostro bello, entre estas buenas personas rústicas, pasmadas y bebidas, con caras como manzanas arrugadas. Un accesorio durante la mayor parte del tiempo, la mujer es para él una mera arpía o una media azul que acaba de dar vuelta en la esquina.

Cuando el eterno femenino, para Daumier, no aparece en ninguna de estas formas, lo observa en Madame Chaboulard o en Madame Fribochon, la vieja portera chismosa que consume rapé, con gorra de dormir y las *savates* que arrastra, contando o bebiendo maravillas para enloquecer. Una de sus obras maestras representa a tres de estas damas, iluminadas por una raquítica vela, al llevarse las manos al rostro cuando comentan el pavoroso terremoto de Burdeos, consecuencia de que el gobierno permitiera excavar sin ninguna precaución la superficie del globo

Cuando el eterno femenino, para Daumier, no aparece en ninguna de estas formas, lo observa en Madame Chaboulard o en Madame Fribochon, la vieja portera chismosa que consume rapé, con gorra de dormir y las savates que arrastra, contando o bebiendo maravillas para enloquecer.

en California. La representación de la imbecilidad confidencial no podía llegar más lejos. Cuando un hombre deja fuera tanta vida como Daumier —la juventud y la belleza y el encanto de la mujer y el encanto de la infancia y de los modales de esos grupos sociales de los que casi se podría decir que *tienen* modales—, al mostrar un defecto en esta escala, parecería que no se podría disponer tan fácilmente de la cuestión como en las palabras nada apologéticas que acabo de citar. Como sea —y yo confieso que es algo singular—, podemos sentir lo que omitió Daumier, y, a la vez, que ni nos impresione mínimamente el reclamo de predominio que se hace de él. Es imposible pasarse dos horas con él sin aceptar este reclamo, aunque en semejante panorama de fealdad pueda haber fastidio y la inevitable reacción frente a él. Esta anomalía, y el desafío de explicarla que parece provenir de ella, lo hacen, a mi parecer, fabulosamente interesante. El artista cuyas idiosincrasias, cuyas limitaciones, si se quiere, nos llevan a plantearnos preguntas y a imaginar, a la luz de su fama, cuenta con un elemento de fascinación que no tienen muchos otros talentos que resultan encantadores de un modo más obvio. Si monsieur Eugène Montrosier es capaz de decir de él sin que nos escandalicemos que tales y tales dibujos suyos pertenecen al arte más elevado, resulta interesante —y Daumier aprovecha el interés— poner un dedo sobre la razón por la cual no nos escandalizamos.

A mi parecer la razón se encuentra en que, en términos generales, Daumier es serio de un modo muy peculiar. Éste puede parecer un encomio extraño para un dibujante jocosos, y por supuesto que a lo que me refiero es que su fuerza cómica es seria. Esto es muy distinto a decir que esa fuerza está ausente. Esta señal esencial del caricaturista con toda seguridad será lo que quiera ser en tanto esté ahí. Casi siempre las figuras de Daumier son o tontos políticos astutos, o aterrados burgueses desconcertados; sin embargo, le sirven para darnos una poderosa idea de la naturaleza humana. En ocasiones las figuras son tan serias que casi resultan trágicas; la apariencia de la pretensión particular, combinada con la inanidad, es llevada casi hasta el delirio. Hay un dibujo magnífico de la serie *Le Public du Salon*, viejos clasicistas al observar, horrorizados y escandalizados, la nueva obra romántica de 1830, en el que los rostros tienen la llamativa lobreguez de la ofuscación y el perogrullo. Sentimos que Daumier reproduce admirablemente la vida particular que observa porque se trata del medio mismo en el que él se mueve. El horizonte de Daumier no es amplio; el burgués absoluto lo encierra, y él mismo es un burgués, sin ironías poéticas, a quien se le ha dado un gran espejo roto. Su trazo pesado, fuerte, varonil destaca, en todos los sentidos, debido a tanto conocimiento. Daumier solía realizar pequeñas imágenes, en barro y en cera —muchas de las cuales existen



todavía—, de las personas que tenía la costumbre de presentar, para que dieran constantemente la apariencia de “posar” para él. El caricaturista de aquel día no contaba con la ayuda de la ubicua fotografía. Daumier pintaba activamente, también, en su habitación, dedicado por completo a su trabajo, en la estrecha isla de San Luis, en donde se divide el Sena, en donde se yerguen los pesados monumentos del París viejo, y los tipos que le servían los tenía junto a él. No tenía que ir muy lejos para dar con el hombre adecuado, en la serie *Les Papas*, quien lee el periódico de la tarde en el café con tan amigable y plácida credulidad, mientras su nada natural pequeño, enfrente de él, encuentra diversión suficiente en el tan satirizado *Constitutionnel*. La serena concentración del padre, la cara del hombre que cree todo lo que ve en el periódico, es lo más cerca que con frecuencia Daumier llega de la gentileza positiva del humor. De la misma familia es el pobre caballero, en *Actualités*, visto de perfil bajo el marco de una puerta en la que se ha puesto a resguardo de un torrente de lluvia, quien se mira las piernas con una especie de contrición especulativa y dice: “Pensar que acababa de ordenar dos pares de pantalones blancos”. En estos dos sketches palpita el *tout petit bourgeois*.

Debo repetir que es absurdo tomar al azar media docena entre cinco mil; sin embargo, unas breves selecciones son la única forma de llamar la atención sobre su poderoso dibujo. Éste tiene un virtuosismo propio, a pesar de su apariencia de dále-o-déjalo. Toque lo que toque —el desnudo, en los baños en el Sena, las insinuaciones del paisaje, cuando sus *petits rentiers* salen a los suburbios el domingo— adquiere relieve y carácter. El Docteur Véron, una celebridad del reinado de Luis Felipe —hizo su fortuna con los muchos medicamentos curativos que publicitaba—, fue un Mecenaz en su época, y también director de ópera, y escribió las *Mémoires d'un Bourgeois de Paris*; esta “ilustración” fechada, que era innoblemente horrible, hoy no sería clara para nosotros si Daumier, quien con frecuencia era eficaz a costa suya, no lo hubiera representado, en una de las crisis de su carrera, como una suerte de inconsolable Vitellius desnudo. Muestra el cuerpo humano con una idea cínica de su posible lasitud y con un conocimiento íntimo de su estructura. “Une promenade conjugale”, en la serie de *Tout ce qu'on voudra*, retrata la cuesta de una colina, en una tarde de verano, sobre la que se ha recostado un hombre a descansar, con los brazos detrás de la cabeza. Su gorda, robusta, mujer madura, debajo de la sombrilla, con un puñado de flores del campo en la mano, lo observa con paciencia y parece decir “Vamos, querido, levántate”. En lo anterior con seguridad no hay gran cosa, esto es, la única cosa en la vida, el vistazo del pequeño arrebatado de la poesía en la prosa. Es asunto de unos



Como quiera que se responda esta pregunta, algunos de los dibujos de Daumier pertenecen a la clase de lo inolvidable.

cuantos trazos amplios de crayón; sin embargo, la grata holgazanería del hombre, el ocio del día, el fragmento del doméstico diálogo familiar, la extensión del campo con un par de árboles apenas sugeridos, tienen una verdad comunicativa.

Acaso yo he exagerado todo esto, e insistir en el mérito de Daumier podría dar la impresión de atenuar la realización más acabada de varios talentos más modernos, en Inglaterra y Francia, con mayor ingenio y sutileza y quienes han llevado más lejos las cualidades de la ejecución. Al observar esta compleja obra más joven, que tanto ha ganado de la experiencia y de la comparación, es inevitable que la percibamos como algo infinitamente más sutil. Por otra parte, cuando se mueve en su estrecho círculo, Daumier tiene una profundidad impresionante. Ella se remite a la extraña seriedad de Daumier. Él es un dibujante por raza, y si él no ha sacado la misma brillantez de la práctica, o acaso hasta del empeño y de la experimentación, como algunos de sus sucesores, Charles Keene, por ejemplo, o el maravilloso, intensamente moderno, Caran d'Ache, ¿no compensa la diferencia su más rico sentimiento satírico y compasivo?

Como quiera que se responda esta pregunta, algunos de los dibujos de Daumier pertenecen a la clase de lo inolvidable. Tal vez se trate de una perversidad del prejuicio, pero hasta la pequeña pieza de los *connoisseurs*, el grupo de varones reunidos en torno a una pintura y que la critican en diversas actitudes de sapiencia y arrogancia, a mí me parece que tiene la fuerza que perdura. El criminal en el banquillo de acusados, el asesino de cabeza chata, inclinándose para hablar con su abogado, quien vuelve una cabeza con patillas, profesional, ansiosa para precaverlo y recordarle, dice una historia larga, terrible, y suscita un estremecimiento recurrente. Vemos la gris sala del juzgado, sentimos el suspenso personal y la inmensidad de la justicia. Los *Saltimbanques*, reproducidos en *L'Art* de 1878, es una página de la tragedia, la mejor de una cruel serie. "El dibujo es magistral, incomparablemente firme, la composición es excelsa, la impresión general de primer orden". Muestra a un par de flacos, hambrientos saltimbancos, un payaso y un arlequín, dándole al tambor y en una pose cómica para llamar la atención de la multitud en una feria hacia un pobre puesto, enfrente del cual está colgado un lienzo pintarrajeado que ofrece la imagen de una gorda sonriente. Sólo que la multitud no se acerca, y los desaliñados maromeros, con sus mejillas estriadas, realizan sus suertes en el vacío. Todo el asunto es simbólico y está impregnado de amargura, imaginación y piedad. Es el sentido que hemos de encontrar en Daumier, mezclado con las extravagancias que le son propias, un elemento prolífico en indicaciones de este orden que nos remite nuevamente a Daumier.

Los mexicanos redescubren la tradición*

Anita Brenner

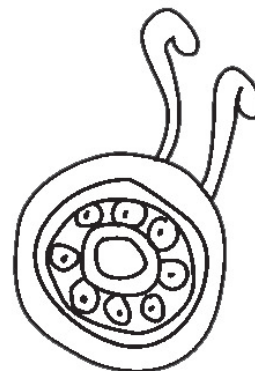
La temporada de verano en México ofrece varias perspectivas de interés, entre las cuales un ítem muy atractivo es la exposición de pinturas coloniales que, habiendo salido de contrabando, hace poco recuperó el gobierno.

La historia que hay detrás de estas pinturas es deliciosa crema política para Fernando Gamboa, titular del departamento de artes plásticas del Instituto Nacional de Bellas Artes, y una pluma en el tocado de buen vecino del jefe de la policía de San Francisco. Tal parece que alguien en San Francisco escuchó que un lote de antigüedades mexicanas se estaba ofreciendo a la venta de una manera bastante misteriosa, fue a echar un vistazo y dio aviso al consulado de México.

Gamboa llegó en avión a la escena y, con la policía de California cubriéndole la espalda, descubrió que se trataba de algo más que de un lote. La pista, rastreada en el mejor estilo Perry Mason, condujo a la casa en Los Ángeles de un excéntrico millonario que murió en fechas recientes dejando una amplia colección de arte —de arte colonial mexicano en buena medida—, que ahora sus herederos se habían puesto a vender a toda prisa.

La mayor parte de esta colección, una vez localizada, resultó estar integrada por materiales que no habrían podido cruzar la frontera de forma ortodoxa, y que obviamente así no fue como la cruzaron. Muchas de las pinturas estaban muy dobladas, pues se las plegó para formar bultos pequeños. Era evidente que a algunas de ellas se las empleó como maletines de tela y otras estaban tan manchadas y raspadas que al parecer las pasaron debajo de la alfombra de un automóvil. El gobierno mexicano puso una demanda por todas las pinturas que fue posible localizar, ochocientas en total, las cuales tal vez sí o tal vez no eran parte de la colección original. Algunos de los propietarios, a quienes se los cogió muy inocentemente con arte robado en las manos, acordaron del mejor modo con Gamboa pagos ridículos.

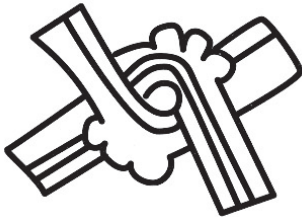
* Tomado de *Art News*, verano de 1951.



Uno o dos comerciantes, los cuales habían comprado grandes cantidades a precios sumamente bajos, se resistían a abandonar sus ilusiones de obtener grandes ganancias, pero gracias a la intermediación de los buenos oficios de la policía también acabaron haciéndose a la idea de recibir un pago ridículo.

En estos momentos, los expertos de Bellas Artes están muy ocupados limpiando y tratando de restaurar la mayor cantidad de pinturas que sea posible salvar. Algunas ya no tienen remedio, pero la mayoría, al parecer, puede rescatarse. Hasta ahora, unas ciento cincuenta ya están listas para ser exhibidas. Entre ellas aún no ha salido alguno de los grandes nombres. De hecho, la mayoría de las pinturas parecen no estar firmadas. Son pinturas de entre los siglos XVI y XVIII provenientes de conventos e iglesias, no es arte muy “formal”, aunque del todo popular tampoco, sino de algo intermedio y más cerca del arte folclórico que de la academia. En tanto hasta aquí son claramente visibles el gusto y el estilo inconfundiblemente mexicanos, un tanto más del lado *naïve* y primitivo en muchos casos, muy semejantes a los retratos y escenas de género que realizaban los pintores provinciales en la tradición flamenca, de tiempo atrás mexicanizadas con toques característicos tales como las guirnaldas, palomas, inscripciones sentimentales y una delicadeza infantil en la ticsura de tratamiento.

En apariencia, la mayor parte de las pinturas es del área de Querétaro y, en términos generales, del área central de México, que ha producido algunas de las mejores obras en este tipo. Se trata supuestamente de “descartes” de iglesias que en la actualidad están siendo renovadas y acicaladas. Muchas veces sucede que las pinturas y esculturas antiguas se descartan a favor de algo más dorado y rosa y azul, y que los descartes llegan a los comerciantes en México, quienes a su vez tienen sus contactos del otro lado de la frontera. Desde luego, también hay un gran número de pinturas antiguas que siguen circulando en los reservados de los comerciantes de viejo, que las compraron a los saqueadores en la agitación de los días de la Revolución. Sin embargo, se supone que ningún tipo de antigüedad puede salir del país sin autorización oficial, y que por lo tanto prácticamente todo lo que sale, hasta aquello que probablemente habría tenido permiso para hacerlo —sólo las obras de primerísima calidad deben permanecer en el país—, va por herético camino.



EX-VOTOS

Otra exposición bastante inusual estará a la vista en los meses del verano en la Galería Regar (Lisboa 60), que es definitivamente una galería no venal dirigida por el pintor Judson Bri-

ggs y su esposa Muriel Reger. Esta exposición consistirá de ex-votos provenientes de las mejores colecciones mexicanas: Covarrubias, Montenegro, etcétera. Y en conjunción con ella, una serie de pinturas realizadas por el tal vez inexistente “Horacio”, quien acaso no sea una persona sino varias, según las teorías que circulan por ahí.

Horacio es la firma en pinturas realizadas en el estilo tradicional del siglo XIX, en su mayoría retratos *naïve* y escenas familiares en interiores, en ocasiones difíciles de distinguir de las pinturas genuinamente antiguas, y con frecuencia parcialmente viejas y parcialmente repintadas, como es evidente por la edad y el tipo de lienzos empleados. Como regla, todas estas pinturas se venden a través de un hueco en el muro de una tienda de antigüedades situada en una calle secundaria, cuyo propietario, como todo el mundo sabe, podría ser el propio Horacio. Él sostiene que la mayoría de las pinturas son obra de un hombre muy anciano con bastón. No dice que sean antigüedades, pero si alguien las toma como tales tampoco se lo discute. Si se le insiste, saca al anciano con bastón y se irrita si uno se pone a observar detalladamente las pinturas. En realidad, no hay la intención de engañar y a duras penas se puede decir que las pinturas sean falsas. México está lleno de artistas desconocidos, algunos tan viejos como los cerros, sin duda, y algunos muy jóvenes, que pintan y esculpen en estilos ya muy pasados, oficialmente, pero que en la provincia siguen sumamente vivos. Algunas de las pinturas de Horacio tal vez sean en realidad antiguas, pinturas que el artista “hace nuevas” de un modo bastante inocente —poniéndole nuevas zapatillas rosas a la niña, agregando rosas nuevas alrededor del caballo blanco, etcétera— a partir del principio, presumiblemente, de que tal vez las cosas nuevas sean capaces de producir más pesos que algo sucio y gastado.

México está lleno de artistas desconocidos, algunos tan viejos como los cerros, sin duda, y algunos muy jóvenes, que pintan y esculpen en estilos ya muy pasados, oficialmente, pero que en la provincia siguen sumamente vivos.

OROZCO ROMERO

Ahora mismo en Bellas Artes, hasta finales de junio, hay una exhibición individual de Carlos Orozco Romero. Aunque es bien conocido en México y se ha hecho pronto de una muy buena reputación, ha expuesto muy poco en Estados Unidos, donde se le conoce generalmente por paisajes poéticos fríos. Sin embargo, es uno de los pocos artistas mexicanos a los que le gusta jugar y, cuando se suelta, sus fantasías pueden ser excepcionalmente ligeras y tiernas; o divertidas, de un modo surrealista. Entre sus pinturas más interesantes están sus semi-abstracciones, casi siempre compuestas con figuras en los árboles. Ya sea que se trate de algo deliberadamente expe-

rimental o de un tema personal recurrente, el trío o tríptico es típico de Orozco Romero, como también lo es un enorme interés en lo arabesco y en la danza.

Orozco Romero es sobre todo un artista consciente en extremo honesto. Nunca pinta para el público y mucho menos para la mirada del turista, y siendo como es de sutil y estricto, no ha sido sino hasta hace poco que obtuvo el reconocimiento popular con el que cuenta.

RAHON Y MARTÍNEZ

En la Galería de Arte Mexicano (Inés Amor, Milán 18) va haber dos exposiciones de interés este verano. Una es la obra de Alice Rahon, antes Alice Paalen. Madame Rahon es una refugiada europea que tiene ya muchos años viviendo en México. Ella es una pintora no-objetiva, en sus mejores momentos en la fantasía decorativa, que compone con gran precisión y delicadeza. El color es su fuerte: se expresa en voz baja, de manera directa y frecuentemente con exquisitez.

La otra estrella en esta galería será Ricardo Martínez, uno de los más jóvenes del grupo. Hasta ahora ha pintado figuras y grupos de dimensiones monumentales, con una fuerte tendencia a los azules que recuerdan vagamente al periodo azul de Picasso. Su obra más reciente parece menos ambiciosa y más exitosa. Ha dado un giro hacia el paisaje y ahí ha encontrado un idioma original que se puede describir como lírico pero, decididamente, ni dramático ni exuberante. En uno o dos de estos lienzos Martínez ha atrapado la atmósfera triste del paisaje mexicano: la elusiva luz vespéral, el color atenuado y la definición precisa de la línea del horizonte. Martínez es uno de los jóvenes que al principio de su carrera recibió un amplio reconocimiento. En varios casos se ha dado que tales pintores se vuelven estridentes y blandos y cada vez más pretenciosos. Por fortuna, Martínez cogió el camino contrario, dando muestras de trabajo duro, humildad y progreso sólido.

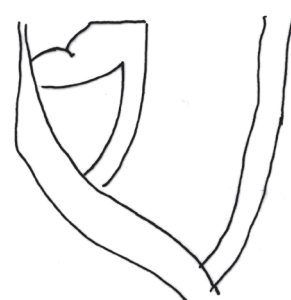


La escritura y la creación del pasado (fragmentos)*

Alexander Stille

¿QUÉ ES EL PASADO?

Habrán los que digan que, en sentido estricto, no existe. El pasado es únicamente el recuerdo o el remanente de cosas que ahora existen en el momento actual, una construcción mental que —aseada o embellecida— con frecuencia sirve a las necesidades de la hora presente en lugar de corresponder a alguna “verdad” histórica. “La historia es hojarasca”, dijo Henry Ford, expresando una opinión común en Estados Unidos, país que se imagina a sí mismo como una nueva sociedad orientada hacia el futuro, de personas que se han formado por su cuenta y que tienen una suspicacia pragmática ante la excesiva preocupación por el pasado. Y sin embargo, acaso porque vivimos en una época de cambios tan rápidos, la historia tiene una enorme capacidad para provocar emociones. Los *native americans* y los supremacistas blancos se pelean por los huesos de un cadáver congelado de hace diez mil años, ambos con la convicción de que se trata de su legítimo ancestro. La construcción de un rascacielos en Wall Street es abandonada en el momento en el que los trabajadores descubren un cementerio de esclavos africanos del tiempo de la Colonia. Las mesas directivas de las escuelas de Estados Unidos llegan a los golpes por la manera en que los libros de texto de historia describen a los Padres Fundadores de la nación, a las mujeres y a las minorías. Rara vez los debates alcanzan notas tan apasionadas como los que versan, digamos, sobre el gobierno de Vichy en Francia o sobre la conducta durante la guerra del ex-dirigente austriaco Kurt Waldheim. Los ciudadanos de la antigua Yugoslavia dieron testimonio recientemente de su voluntad de matar y morir por



* Fragmentos del epílogo del libro *The Future of the Past* (Picador, 2002). Traducción de Antonio Saborit.

Sin embargo, como el pasado es también una construcción mental y social, asimismo tiene su historia, la cual varía de una cultura a la otra y ha cambiado a lo largo del tiempo.

vengar las derrotas en batallas que se dieron en el siglo XIV y han utilizado la erradicación sistemática de la memoria —destruyendo bibliotecas, archivos y monumentos— como un medio para recuperar el control sobre Bosnia.

El sueño de los fundamentalistas islámicos —por ficticio que sea— consiste en devolver el mundo musulmán a la primera comunidad de creyentes en la época del profeta Mahoma y de los primeros cuatro califas. Las sociedades que no logran manejar adecuadamente su pasado parecen enfermarse, igual que las personas. La importancia crucial de la historia es evidente en un país como Rusia. ¿Por qué un país tan poderoso como ése, con una población altamente educada y enormes recursos naturales, se ha visto en tan prolongada situación de parálisis, mientras que otros estados ex-comunistas como Polonia, Hungría y la República Checa lo han hecho mucho mejor? La respuesta, en parte, se encuentra en sus tan diferentes historias. ¿Por qué motivo el comunismo en China, que se propuso limpiar la pizarra de la historia y crear una sociedad completamente nueva, termina reproduciendo tan alto número de rasgos de la burocracia centralizada de las dinastías imperiales que quería dismantelar? Para ser algo que no existe, el pasado es extremadamente fuerte. Como escribió William Faulkner: “El pasado no está muerto. Ni siquiera es pasado.”

Sin embargo, como el pasado es también una construcción mental y social, asimismo tiene su historia, la cual varía de una cultura a la otra y ha cambiado a lo largo del tiempo. En *El futuro del pasado* he tratado de describir diferentes aspectos de nuestra relación con el pasado, así como también la forma en la que ha ido cambiando bajo las presiones de los profundos cambios tecnológicos que ahora mismo se dan en el mundo. Tal vez el hilo conductor más claro en estos capítulos sea el efecto profundo que la escritura y la tecnología de la información han tenido en el registro de la historia y en nuestra relación con el pasado.

DE LA CULTURA ORAL A LA CULTURA ESCRITA

La escritura es una invención relativamente reciente de la historia de la humanidad, la cual hizo su aparición hace apenas cinco mil años y echó a andar la primera gran revolución informativa. No obstante la importancia de la escritura, la cultura oral siguió siendo la forma dominante de comunicación hasta los dos últimos siglos, cuando la Revolución Industrial hizo posible un alfabetismo masivo a escala global. Incluso en la actualidad, de las aproximadamente 6,500 lenguas que se hablan por todo el mundo, únicamente una pequeña fracción se escriben, y un tercio de la población sigue siendo analfabeta. Sólo

que en este momento, la mayor parte de las culturas tradicionales viven como minorías en el interior de sociedades alfabetizadas más grandes, y es probable que nuestro particular tiempo en la historia sea testigo de la desaparición de los últimos remanentes de las sociedades orales “puras” del mundo.

Durante muchos años, en el mundo académico occidental se tendió a hacer menos el testimonio oral, como si se tratara de cuentos sin ninguna trascendencia. Pero recientes trabajos arqueológicos han empezado a revalorar los mitos fundacionales de un gran número de sociedades. Las excavaciones en la colina Capitolina en Roma parecen confirmar importantes elementos de los relatos tradicionales sobre la fundación de la ciudad en el siglo VIII a. C. Y las investigaciones sobre el ADN respaldan lo dicho por una pequeña población de negros sudafricanos, cuya tradición oral insiste en que ellos vinieron de Israel hace siglos, al mostrar una fuerte similitud genética entre ellos y los judíos del presente.

En cierto sentido, las sociedades tradicionales llevan encima una carga mayor de pasado. Buena parte de sus energías intelectuales —como en Kitawa— se les van en aprender y en memorizar las tradiciones, la poesía oral y los cánticos de sus ancestros. Sólo que a las culturas orales con frecuencia se les imagina atadas a la tradición y como sociedades inmutables. De hecho, el que nada se escriba les permite liberarse un tanto de la tradición, lo que no sucede con las culturas escritas. Los funcionarios coloniales británicos consignaron puntualmente que en los mitos fundacionales de una cierta región de África el fundador del reino tenía siete hijos, los cuales correspondían a los siete territorios de su tierra. Cuando los británicos volvieron sesenta años después, se llevaron una sorpresa al enterarse que la gente del lugar ahora insistía que el mítico fundador de su reino había tenido cinco en lugar de siete hijos. Cuando los británicos sacaron el documento escrito para demostrar su afirmación, los locales insistieron en que el documento sencillamente estaba equivocado. La situación cambió en el transcurso de las décadas y el área ahora estaba dividida en cinco y no en siete territorios. La tradición oral respondió modificando el mito, a la vez que sostenía (y sin duda creía) que era inmutable y fijo.

Aun cuando un gran número de culturas orales practica los rituales de sus ancestros, en muchos sentidos viven más atentos al presente que las culturas escritas. Es interesante observar que la gente de Kitawa —al igual que la de muchas otras sociedades orales— no tiene el tiempo pretérito en su lenguaje. Esto, por supuesto, no quiere decir que no tengan una idea del pasado: su lenguaje tiene otras maneras de indicar el pasado y el pasado distante. Sólo que en un mundo en el que no existe la forma de consignar las fechas y los acontecimientos, se vuelve difícil, cuando no imposible, llevar una cuenta preci-



sa de los siglos pasados. La gente a la que entrevistó Giancarlo Scoditti, por ejemplo, se refería a los fundadores de su clan como el abuelo y la abuela, como si estas personas hubieran vivido en una fecha relativamente reciente. Para las sociedades orales, el pasado distante es necesariamente un continuo indiferenciado. Un gran número de tribus de indígenas norteamericanos no está de acuerdo con la idea de que sus ancestros migraran de Asia a través del Estrecho de Bering, e insisten en que su gente ha vivido en su sitio actual desde tiempo inmemorial. Muchos de los habitantes de Madagascar creen que sus antepasados siempre vivieron ahí, no obstante que los datos arqueológicos sugieren que tales ancestros empezaron a poblar la isla hace menos de dos mil años.

LA TECNOLOGÍA DE LA ESCRITURA

La historia como la conocemos comienza con la escritura. El acto de escribir en cierto sentido nos separa del pasado al volverlo un objeto en el exterior de nosotros mismos, una tableta de piedra o un glifo pintado cuidadosamente.

La escritura es una tecnología que se inventó para cubrir necesidades específicas que surgieron en un momento particular de la historia. Ya sea en el Medio Oriente, en China o en el Valle Indus, la escritura fue el producto de las primeras sociedades agrícolas mayores. El excedente agrícola permitió la creación de redes comerciales, las cuales requirieron de la comunicación y del mantenimiento de registros entre la gente que estaba separada en el espacio y en el tiempo. Y no es de sorprender que muchos de los primeros ejemplos conocidos de escritura documenten las transacciones comerciales en las que la gente intercambiaba trigo y cebada por cabezas de borregos y reses. La escritura permitió al gobierno de un estado centralizado controlar un enorme territorio unificado. Tal vez no sea accidental que uno de los más tempranos textos glíficos egipcios que se conservan sea el de la famosa Paleta Narmer, que celebra las conquistas del rey Narmer, a quien se tiene por el unificador del Egipto del norte con el Egipto del sur.

Los escribanos gozaron de un prestigio especial en el antiguo Egipto, y ya desde entonces los egipcios entendían que el control del medio dominante equivalía a poder político. Una antigua invocación egipcia dice: “Allá tú serás el escriba y mantendrás bajo control a aquéllos que realicen actos de rebeldía... en mi contra”. Ciertamente, el antropólogo Claude Lévi-Strauss escribió en *Tristes trópicos* que la escritura funcionó principalmente como una herramienta para la esclavización y el control de la humanidad. Luego de que los normandos conquistaran Inglaterra en



1066, entre las primeras cosas que hicieron para consolidar su dominio fue comisionar un vasto censo escrito de todos los hombres, mujeres y cabezas de ganado. Los habitantes comprendieron el poder que este nuevo documento les confería a los nuevos gobernantes, por lo que lo llamaron el *Libro del Juicio Final*.

Sin embargo, la escritura fue vista por muchas de las sociedades que originalmente la adoptaron como algo que tenía propiedades mágicas: la habilidad para detener el tiempo y conservar las cosas para la eternidad. Los egipcios estaban tan convencidos del poder de sus glifos que escribir algo equivalía a dar vida. Así, cuando trazaban el símbolo de la serpiente, por lo general lo dejaban con un espacio sobre la mitad de su espalda, como si la víbora, completa, fuera a saltar de la pared y mordiera a alguien. (La tradición judía de dejar en blanco una letra del nombre de Dios es testimonio de una creencia similar en el poder de la letra escrita.)

No obstante que la escritura se ha empleado como una herramienta de control social y político, la extensión del alfabetismo asimismo creó una actitud crítica hacia la tradición que es reconocidamente moderna. Es bastante más sencillo escrutar e interrogar un texto escrito que uno que es recitado en un trance casi rapsódico como al parecer hacían los griegos durante las representaciones de las épicas de Homero. “La difusión de la escritura limitó el crecimiento del mito y a los griegos los volvió escépticos en relación con sus dioses”, escribió Harold Inns, historiador canadiense de temas económicos, quien fuera el mentor de Marshall McLuhan. “Hecateo de Mileto pudo decir: ‘Escribo lo que me parece verdadero, pues las tradiciones de los griegos me parecen múltiples y risibles’, y Xenofanes: ‘si los caballos o los bueyes tuvieran manos y pudieran dibujar o esculpir estatuas, los caballos representarían a los dioses en forma de caballo, y los bueyes en forma de bueyes’”. Tucídides cita a Pericles diciendo: “No necesitamos las loas de un Homero o de cualquier otro cuyas palabras pudieran agradarnos por un momento, pero cuya idea de los hechos se quedaría corta de lo que en realidad sucedió”.

La invención del alfabeto —realizada por los fenicios y refinada por los griegos— fue casi tan revolucionaria como la de la misma escritura. Ésta le permitió a la gran variedad de hablas humanas su representación en un código fonético de poco menos de veinte símbolos que hasta un niño pequeño era capaz de aprender en unas cuantas semanas. En la sencillez extrema del alfabeto griego se encuentra parcialmente el por qué el griego se convirtió en el lenguaje común de una buena parte del mundo mediterráneo, desde Turquía y Siria, al Oriente, hasta España y el norte de África, al Oeste. La antigua biblioteca de Alejandría fue, en muchos sentidos, la expresión últi-

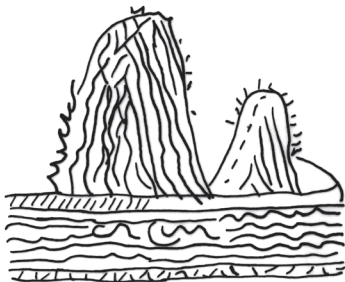
*La invención del alfabeto
—realizada por los fenicios
y refinada por los griegos—
fue casi tan revolucionaria como
la de la misma escritura.*

ma de esta extraordinaria expansión de la producción literaria helenística. Alejandría fusionó dos de las grandes civilizaciones del mundo antiguo y reunió el *software* del alfabeto griego con el *hardware* del papiro. No fue accidental que la mayor biblioteca de la antigüedad, con sus 490 mil volúmenes, fuera una biblioteca griega localizada en Egipto.

La disponibilidad de un gran número de textos en un solo lugar ayudó a crear una cultura libresca con un toque moderno. Los alejandrinos ya consideraban a los primeros autores griegos —Homero, Hesíodo, Heródoto y Esquilo— como antiguos. No sólo se interesaron en crear nuevos mundos para la literatura, sino en estudiar y preservar el pasado, por lo que se involucraron en el estudio sistemático de la gramática, la bibliografía y la filología. Con el propósito de establecer la autenticidad de los textos, estos académicos incursionaron en intensos análisis filológicos, produciendo estudios tales como el de “Palabras que supuestamente eran desconocidas para los antiguos”, una de las muchas obras que estaban en esa biblioteca y de la cual tenemos su título mas no el texto. La cultura libresca de los alejandrinos creó una idea muy fuerte del pasado, junto con una idea de su propia “posterioridad” y modernidad.

La antigua biblioteca —y la multiplicación de los textos— no sólo creó una cultura literaria muy consciente de ella misma sino que también fue importante para la investigación científica de Alejandría. Al igual que el gran Arquímedes, los estudiosos viajaban a Alejandría por consultar la biblioteca. La revolución científica de Alejandría no sólo fue el resultado de brillantes intelectos especulativos; una generación de estudiosos se montó sobre el saber y las obras de otras generaciones. Las brillantes obras matemáticas de Arquímedes, sobre temas tan sofisticados como la geometría de las superficies cónicas, se cimentaron en los *Elementos de geometría* de Euclides, producidos en Alejandría.

Sólo que muchos de estos avances no pasaron de ser temporales debido a la dispersión de los textos y a la vulnerabilidad de la cultura manuscrita. De este modo, algunos de los adelantos realizados en Alejandría durante el siglo III a. C. ya se habían perdido unos siglos más adelante.



LA IMPRENTA Y EL DESCUBRIMIENTO DEL PASADO

La invención de la imprenta de tipo móvil fue el acontecimiento central que transformó nuestra capacidad para preservar el pasado y transmitir el conocimiento de una generación a otra. “El pasado es una carga que debemos a la imprenta”, escribieron Eugene Rice y Anthony Grafton, historiadores del Renaci-

miento. En cierta forma, no fue sino hasta la imprenta que el pasado se convirtió verdaderamente en pasado, volviéndose una letra muerta sobre la página más que la obra de una mano con vida. Antes de la invención de la imprenta, hasta los intelectos más despiertos tenían una idea sumamente esquemática de la historia cronológica. Sin la cuantiosa documentación y la preservación de un registro que la imprenta facilita, es sumamente arduo llevar una buena secuela de fechas y acontecimientos. Por ejemplo, Petrarca, el poeta y estudioso italiano, creía que los manuscritos de los textos antiguos que él vio en escritura carolingia (que se adoptó en la Francia medieval) eran en realidad manuscritos romanos antiguos. Toda vez que el número de textos que una sola persona se encontraba eran necesariamente pocos y casi todos ellos copias de copias, distinguir un texto antiguo de uno reciente no era tarea fácil. Toda vez que casi todos los textos antiguos fueron copiados por manos medievales, las fronteras cronológicas resultaban en cierto sentido confusas. Del mismo modo, la gente en la Italia del siglo XV estaba convencida de que el bautisterio de la catedral de Florencia era un edificio antiguo, aun cuando se construyó entre los siglos XI y XIII. Así, en unos cuantos cientos de años el exacto conocimiento de su origen se había perdido. Como el bautisterio es octagonal y los arquitectos de principios del siglo XV estaban convencidos de que el octágono era una forma antigua, tenía que ser antiguo. A nuestros ojos, el bautisterio, con su mármol blanco y verde, nada tiene de antiguo. Pero los florentinos —hasta antes de la invención del grabado— casi no tenían manera de ver edificios antiguos, salvo viajando a Roma y a otras ciudades romanas. Para la gente de nuestro tiempo resulta muy sencillo olvidar lo limitado que era el acceso al conocimiento en un tiempo en el que tal vez sólo existía una copia manuscrita de un cierto libro. Los estudiosos del derecho tenían que viajar de un extremo a otro de Europa para consultar el Código Justiniano, el principal código del derecho romano, cuya única copia estaba celosamente guardada en Ravena. Antes de la imprenta, lo pausado de las copias se tradujo en que muchas obras fundamentales eran, para todo fin y propósito, inexistentes. Dante, el gran poeta de la Edad Media, nunca leyó a Homero, el gran poeta de la antigüedad. (En toda Europa no existían más que algunos textos de Homero y no traducciones.) El conocimiento del griego antiguo se redujo casi a nada junto con el número de textos griegos disponibles.

La imprenta se inventó en los primeros 1450 años, en el momento en que los turcos otomanos conquistaron Constantinopla, el último gran acervo de la sabiduría griega antigua. Así, en una coincidencia extraordinariamente fortuita, los antiguos estudiosos griegos y sus textos empezaron a desplazarse de

Para la gente de nuestro tiempo resulta muy sencillo olvidar lo limitado que era el acceso al conocimiento en un tiempo en el que tal vez sólo existía una copia manuscrita de un cierto libro.

En la época medieval, muchas personas tuvieron la impresión de que la historia, en lugar de avanzar, era un continuo alejamiento de una edad de oro representada por la Atenas de Pericles y la Roma imperial.

Oriente a Occidente precisamente en el momento en que la Europa occidental estuvo en condiciones de darles un público mucho más amplio por medio de la tecnología de la imprenta. Con la disponibilidad de tanta información, la periodización de la historia, que es parte tan integral de nuestra sensibilidad moderna, empezó a tomar el mando. Así las cosas, Erasmo, uno de los primeros grandes autores de la era de la imprenta, fue capaz de demostrar, por medio de intensos análisis filológicos, que los pasajes en el Nuevo Testamento que se referían a la Trinidad se añadieron al texto original en el siglo IV d. C., cuando se daba el debate en la Iglesia sobre el trinitarismo. Erasmo fue capaz de hacer lo anterior mostrando que el texto empleaba palabras griegas que sencillamente no se usaban en el primer siglo de nuestra era, cuando se escribieron los demás evangelios. Esto habría sido imposible sin la inundación de libros nuevos impresos en griego durante la segunda mitad del siglo XV.

Este tipo de conciencia crítica es resultado no de la imprenta *per se* sino de la extensión de la disponibilidad de los textos. Los estudiosos de Alejandría, con su enorme biblioteca, hicieron el mismo tipo de análisis filológico cuando trataron de establecer el texto más auténtico de Homero y compilaron listas con las “Palabras que supuestamente eran desconocidas para los antiguos”. Y el humanista italiano Lorenzo Valla, unos años antes de la invención de la imprenta, empleó métodos muy semejantes para demostrar que la *Donación de Constantino* —un texto latino en el que el emperador romano otorgó supuestamente las tierras del centro de Italia a la Iglesia católica— era una falsificación medieval más que un texto antiguo auténtico. El análisis comparativo realizado por Valla se benefició del incremento dramático de textos latinos al final de la Edad Media. La imprenta incrementó exponencialmente lo anterior: se calcula que en los primeros cincuenta años de la era de la imprenta se llegaron a imprimir unos veinte millones de libros, muchos más de los que se habían copiado en las centenas de años de escritura anteriores.

LAS CONSECUENCIAS CULTURALES DE LA IMPRENTA

En la época medieval, muchas personas tuvieron la impresión de que la historia, en lugar de avanzar, era un continuo alejamiento de una edad de oro representada por la Atenas de Pericles y la Roma imperial. En cierto sentido, la naturaleza de la cultura manuscrita estimuló esta idea: los textos mismos se deterioraban a cada generación conforme cada nueva copia introducía sin percibirlo nuevos errores. Todos los grandes textos científicos de la antigüedad —como la *Geografía* de Ptolomeo, la *Historia natural* de Plinio y *De arquitectura* de Vitruvio— con el paso de los siglos perdieron las ilustraciones que los

acompañaban. Petrarca acuñó el término *edad de las tinieblas* para referirse a su propio tiempo (el siglo XIV), no al comienzo de la Edad Media. Pero la imprenta fue una de las varias innovaciones que convencieron a los hombres del Renacimiento de que en cierto sentido eran superiores a los antiguos. Francis Bacon escribió: “Debemos notar la fuerza, el efecto y las consecuencias de los inventos que en ninguna parte son tan conspicuos como en tres de ellos que los antiguos no conocieron, a saber, la imprenta, la pólvora y la brújula. Pues estos tres han cambiado la apariencia y la condición del mundo entero.”

La invención misma de la imprenta se convirtió en una especie de línea de demarcación que separaba la etapa moderna de los tiempos medievales y antiguos.

La idea moderna de la historia progresiva, la noción según la cual cada generación se monta sobre el conocimiento y los alcances de la anterior, le debe mucho a la invención de la imprenta. Mientras los manuscritos empeoraban cada vez más a cada nueva ronda de copias, una de las grandes satisfacciones de la imprenta consistió en que los impresores fueron capaces de producir varias ediciones de una obra, corrigiendo los errores y poniendo al día los materiales contenidos en las ediciones anteriores. Los primeros impresores llegaron incluso a solicitar a los lectores que les enviaran sus correcciones con el fin de mejorar las ediciones posteriores. “La facultad que la imprenta nos ofrece de mejorar y corregir nuestras obras en las ediciones subsecuentes es para mí la ventaja principal de este arte”, escribió el filósofo inglés David Hume. Como escribió Elizabeth Einstein, historiadora de la revolución de la imprenta, “la estabilidad tipográfica es un prerequisite básico para el rápido avance del saber”.

La imprenta aseguró que los descubrimientos no se extraviaran. En décadas recientes los historiadores dejaron muy bien establecido que navegantes nórdicos como Leif Eriksson “descubrieron” América mucho antes que Colón. Sólo que el descubrimiento de los nórdicos quedó registrado en unos cuantos pedazos de pergamino y en breve pasó al olvido, y por lo tanto no trajo consigo los sucesivos viajes que transformaron en una realidad duradera a la colonización de América. Por otra parte, la carta de Colón al rey de España describiendo su viaje se publicó por toda Europa a los dos años de su regreso. Esto garantizó el que otras embarcaciones provenientes de Europa empezaran a explorar los nuevos territorios.

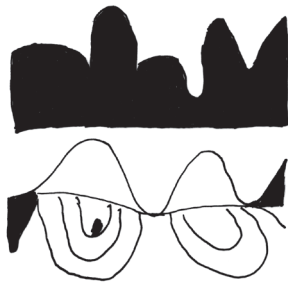
La permanencia de la imprenta significó para científicos y técnicos el que pudieran construir a partir de hallazgos previos, a la vez que daban a conocer sus propias invenciones por medio de las publicaciones periódicas con una gran rapidez. La imprenta le dio al trabajo científico un verdadero impulso, llevando al prodigioso estallido de la Revolución Industrial.



LA IMPRENTA Y EL CULTO A LA ANTIGÜEDAD

Curiosamente, esta creciente sensación de progreso y de modernidad que la imprenta ayudó a impulsar fue de la mano con el culto a la antigüedad y un interés cada vez mayor en el pasado. La gente empezó a exhumar sistemáticamente las antiguas estatuas en Italia y en otros lugares durante el siglo XV, justo en el momento en que empezaban a exhumar y publicar textos antiguos perdidos.

Los efectos de la imprenta en nuestra relación con el pasado son múltiples y complejos. Por un lado, la imprenta hizo del pasado algo mucho más presente y asequible; por otro, la creación de los primeros museos fue, en cierto modo, una señal de que las obras antiguas eran susceptibles de convertirse en objeto de colección porque el pasado ahora era pasado. En la Edad Media y el Renacimiento, los artistas y mecenas no tuvieron empacho en dismantelar las antiguas construcciones para realizar otras nuevas. Aún en el siglo XVII, los principales arquitectos usaron el Coliseo como surtidor de mármol para sus propias obras. La actitud cambiante hacia el pasado se refleja en la evolución de la restauración de las obras de arte antiguas, tal y como lo exploro en el segundo capítulo de *El futuro del pasado*. Hasta hace relativamente poco tiempo, tanto en Occidente como en Oriente, la tendencia dominante fue la de reconstruir las obras de la antigüedad y tratar de dejarlas como nuevas. Tal vez porque seguía existiendo una idea de continuidad entre el pasado y el presente, Gianlorenzo Bernini ni se inmutó al alterar las esculturas antiguas y se imaginaba a sí mismo en competencia directa con las obras de arte de la antigüedad. Pero cuando dio comienzo la arqueología sistemática y emergieron los perfiles del mundo moderno, el pasado dio la impresión de alejarse y los objetos antiguos se volvieron valiosos e intocables. Un punto nodal en la historia se localiza en el principio del siglo XIX, cuando Lord Elgin se llevó a Londres el friso esculpido del Partenón pero dejando tal cual, por insistencia del escultor neoclásico Antonio Cánova, las partes rotas o faltantes tal y como las encontraron. Así las cosas, entre la época de Bernini y la de Cánova, algo importante sucedió en nuestra actitud hacia el pasado. La cultura anticuaria del neoclasicismo, al colocar al pasado en un pedestal y en un museo, lo vio como un pasado verdadero.



En toda una variedad de campos, la imprenta tuvo el efecto paradójico de glorificar en primera instancia a los antiguos y enseguida de revocar su autoridad. En el primer siglo de la imprenta, la recuperación y publicación de textos antiguos fue vista como algo fundamental para el avance de la ciencia. Así, al final del siglo XV, el brillante matemático y astrónomo alemán Johannes Regiomontanus se propuso servir a la causa de la cien-

cia no con el montaje de un laboratorio, sino aprendiendo griego y poniendo en marcha una imprenta. Preparó una nueva traducción meticulosa al latín del *Epitome* de Ptolomeo, la obra más importante que se conocía sobre teoría planetaria, la cual imprimió en 1496. Aunque la obra de Ptolomeo se basaba en la idea errónea de que el sol se movía alrededor de la tierra, la precisión de sus cálculos y sus rigurosos métodos matemáticos formaron a varias generaciones de nuevos astrónomos como Copérnico, quien más adelante superó a Ptolomeo al introducir el universo heliocéntrico. La publicación de *De revolutionibus orbium coelestium* (1543) de Copérnico no habría sido posible sin la publicación de Ptolomeo, aun cuando volvió obsoleto a Ptolomeo.

Lo mismo sucedió en los campos de la geografía, la física, la botánica y la medicina, en que los autores antiguos al principio habían sido puestos sobre un pedestal y unas generaciones después fueron derrocados. En algunos casos, el acto mismo de la publicación —al exponer las obras a un escrutinio detallado— reveló sus imperfecciones. Al reeditar la *Historia natural* de Plinio, el botánico italiano Niccolò Leoniceo corrigió unos quinientos errores que localizó —errores botánicos así como errores que se filtraron al texto a través de siglos de copiado y recopiado.

La publicación de la *Geografía* de Ptolomeo fue un factor importante para animar el viaje a América de Cristóbal Colón, aun cuando ese descubrimiento reveló definitivamente las limitaciones y los errores en el conocimiento del mundo que tenía Ptolomeo.

“Entre 1550 y 1650 los pensadores de Occidente dejaron de creer en que eran capaces de encontrar todas las verdades importantes en los libros antiguos”, escribe Anthony Grafton. Enseguida describe la forma en que el jesuita José de Acosta se dio cuenta, al cruzar la línea del Ecuador en Sudamérica, de que estaban completamente equivocadas las descripciones que hizo Aristóteles de la Zona Tórrida. Los antiguos habían insistido que quien pasara por esa región moriría quemado, mientras De Acosta se vio padeciendo un frío repentino. “¿Qué otra cosa podía hacer”, escribió, “más que reír de la *Meteorología* de Aristóteles y de su filosofía?”

Así las cosas, la imprenta, un siglo después de su invención, tuvo el extraordinario efecto de provocar el primer redescubrimiento y de inmediato el primer eclipse de los antiguos.

LA IMPRENTA Y LA CULTURA SECULAR

El derrocamiento de la autoridad científica de figuras como las de Aristóteles, Ptolomeo, Galeno y Plinio, y el desmantelamiento filológico que realizó Erasmo de la doctrina de la Trinidad, fueron evidencia de una manera crítica de pensar inherente a la

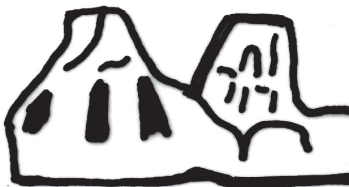
*Así las cosas, la imprenta,
un siglo después de su invención,
tuvo el extraordinario efecto
de provocar el primer
redescubrimiento y de inmediato
el primer eclipse de los antiguos.*

cultura de la letra impresa. El poner en las manos de los lectores un gran número de libros tiende a facultar a esos lectores al ofrecerles fuentes alternativas de conocimiento ante la autoridad recibida. (Es por este motivo que la Iglesia católica se opuso vehementemente a traducir la Biblia del latín a las lenguas vernáculas y por el que los sultanes otomanos prohibieron la imprenta con la pena de muerte en 1516, condenando al imperio a una larga etapa de lenta decadencia.) Es algo muy aceptado entre los historiadores que la revolución de la imprenta le dio alas a la revolución protestante de Martín Lutero. Ya habían ocurrido rebeliones contra de la autoridad de la Iglesia —muchas de las ideas de la Reforma estaban presentes en las obras de Jan Huss y John Wycliff, quien realizara la primera traducción al inglés de la Biblia. Pero la Iglesia se las arregló para opacar a Wycliff y a Huss, porque ellos fueron incapaces de hacer circular sus ideas. En 1517, las famosas tesis de Lutero se imprimieron por toda Europa en quince días.

El sociólogo Max Weber y otros han señalado los estrechos vínculos entre el ascenso del capitalismo y la ética protestante —con el énfasis común en ambos sobre el individuo y la autodisciplina. Otros han señalado la aportación de la revolución de la imprenta a la Reforma, pero también existen vínculos orgánicos entre la imprenta y el capitalismo. La imprenta en Europa —a diferencia de las tabletas de arcilla y el papiro— fue desde el principio una tecnología y una industria comercial.

Debido a que fue un negocio lucrativo a la vez que una tecnología, la imprenta nunca dejó de buscar nuevos mercados a los cuales abastecer con un número siempre en aumento de libros. Los efectos de esto fueron discutiblemente más radicales que la revolución cibernética de la actualidad. Toda vez que la imprenta fue un negocio y no solamente una tecnología, la búsqueda de mercados cada vez más grandes llevó a la democratización de la lectura y a cambios en la naturaleza de los lectores, así como en la naturaleza de los libros que publicaba.

Los cambios en cantidad desembocaron en cambios en calidad. En los primeros cincuenta años de la imprenta (1450 a 1500) el 77 por ciento de los libros conocidos que sobreviven se escribieron en latín y la gran mayoría fueron de carácter religioso. Medio siglo después, aunque el número de libros religiosos no disminuyó, éstos fueron superados ampliamente por una inundación de textos clásicos conforme empezó a dominar una cultura humanista. Sin embargo, como la mayor parte de los libros humanistas también estaban escritos en latín, la siguiente oleada de impresiones involucró la apertura a la impresión a quienes hablaban únicamente sus lenguas nativas. De este modo, en el siglo XVII se dio una explosión de libros en las lenguas vernáculas europeas.



El número cada vez mayor de libros modificó al tipo de persona que leía y poseía bibliotecas. En su obra seminal *El origen del libro*, los historiadores franceses Lucien Febvre y Henri-Jean Martin pasan revista a los testamentos en que se legaban bibliotecas bien avitualladas en Francia. Entre 1480 y 1500 encontraron 25, todas ellas propiedad de clérigos, salvo una que era de un abogado. Entre 1551 y 1600 la proporción se invirtió dramáticamente: localizaron los inventarios de las bibliotecas que pertenecieron a 71 abogados y 21 clérigos.

Este cambio reflejó, con claridad, el surgimiento de una burguesía letrada. Más aún, el tamaño de las bibliotecas había crecido de manera significativa. A finales del siglo XV una biblioteca personal de buen tamaño tenía de 15 a 20 libros. Para 1550 no eran raras las bibliotecas personales de más de 500 libros. Los comerciantes comunes y corrientes y los abogados de pronto tuvieron acceso al conocimiento que tan sólo un príncipe o un arzobispo habrían tenido la esperanza de acceder apenas unos cincuenta o cien años antes —del mismo modo en que hoy la Internet le ha dado acceso a un individuo a un conocimiento que una o dos décadas antes era exclusivo de una corporación o de una biblioteca.

El hecho de que ahora los comerciantes y profesionistas contaran con la misma información que la aristocracia los llevó, casi de manera inevitable, a exigir también los mismos derechos. Alexis de Tocqueville escribió que la Revolución francesa se dio debido a que la población de Francia ya se había vuelto más igual:

Al remontarnos cada vez más atrás en el siglo XVIII encontramos un incremento correspondiente en el número de edictos reales... los cuales aplican las mismas reglas de manera semejante a todas las partes de los gobernados... No sólo se fueron pareciendo cada vez más las provincias entre sí, sino que en cada una de las provincias los hombres de clases diferentes, al menos todos aquellos que calificaban por encima de la gente común y corriente, se volvieron cada vez más semejantes, no obstante las diferencias de su rango.

ESCRITURA, LECTURA Y DEMOCRACIA

De hecho, la escritura se ha asociado a la democracia desde el tiempo de la antigua Atenas. Los griegos de la antigüedad insistían en que sus gobernantes pusieran sus leyes por escrito para que los ciudadanos pudieran observar la obra de aquellos que gobernaban. El alfabetismo fue un requisito de la ciudada-

De hecho, la escritura se ha asociado a la democracia desde el tiempo de la antigua Atenas. Los griegos de la antigüedad insistían en que sus gobernantes pusieran sus leyes por escrito para que los ciudadanos pudieran observar la obra de aquellos que gobernaban.

De hecho, en términos muy generales, la expansión del alfabetismo ha ido de la mano de la emancipación de esferas cada vez más amplias de la sociedad.

nía en Atenas y una manera de evaluar la confiabilidad de los dirigentes de parte de los ciudadanos.

El crecimiento de la imprenta y el surgimiento de los diarios expandieron el alfabetismo, con incómodos efectos democratizantes. Como escribiera, con molestia, en 1663 un crítico conservador: “Un público Mercurio familiariza demasiado a la multitud con los actos y consejos de sus superiores, la vuelve demasiado pragmática y censora, y le da, no nada más una pizca, sino una especie de colorido derecho y licencia a meterse con el gobierno.”

Si bien en ocasiones el alfabetismo se ha empleado como una barra para excluir a los iletrados del ejercicio del poder, la lectura y la escritura por lo general han sido una manera de empoderamiento. Existieron buenas razones para que los esclavistas en Estados Unidos convirtieran en un crimen el enseñar a leer a los esclavos. Frederick Douglass, quien mucho padeció para aprender a leer —no obstante la estricta prohibición de su amo—, vio en eso un peldaño esencial en su eventual liberación. De hecho, en términos muy generales, la expansión del alfabetismo ha ido de la mano de la emancipación de esferas cada vez más amplias de la sociedad. Y la sensación del contexto histórico que viene con el alfabetismo es parte del sentimiento de emancipación; saber de dónde viene uno es importante para formarse una idea de a dónde se quiere ir.

Vilanos de papel*

Andrés Trapiello

Una biblioteca personal no es una suma de libros, como acaso lo son muchas bibliotecas públicas. La biblioteca que alguien ha reunido a lo largo de los años se parece sobre todo a su propia vida. Lo que uno ha sido tanto como lo que no ha podido ser. Desde fuera tal vez se vea como un laberinto, uno de esos prestigiosos arcanos literarios, pero al acercarse a él encontramos que es lo más parecido a un pequeño, asequible y hospitalario oasis.

* Tomado de *El País*, 22 de mayo de 2007.

No se sabe por qué razón, algunos cuando buscan una imagen de los estragos del tiempo piensan en primer lugar en el polvo de los libros y en sepulcrales espacios comidos por los ácaros, cuando lo cierto es que pocos lugares habrá más amenos, transitados y sorprendentes, si son fruto de la inteligencia y la tenacidad. Este fue sin duda el caso de la biblioteca de Daniel Devoto, que ahora se subasta, seis años después de su muerte. En muchos de sus volúmenes los futuros compradores se encontrarán este *ex libris*: “El fruto pasa, el árbol queda”. ¿Una biblioteca es fruto o árbol? Con una subasta por delante es difícil aventurar la respuesta. Lo probable es que sea ambas cosas, árbol mientras permaneció reunida, fruto en la dispersión, como los vilanos, camino de otras bibliotecas y otros árboles.

Devoto, que nació en Buenos Aires en 1916, fue mucho más que ese investigador contratado en París por el CNRS (Centre National de la Recherche Scientifique) a mediados de los cincuenta. Era historiador y musicólogo, y narrador, poeta y editor y... marido de Mariquiña del Valle-Inclán, la niña que sentada a las rodillas de don Ramón pone en una conocida fotografía la nota pagana, como si en sus luengas barbas de chivo el escritor hubiera clavado una margarita tardía.

Se ve que la de Devoto era una biblioteca de trabajo, y por tanto vivida, leída, releída y estudiada. ¿Cómo se sabe? Como se saben estas cosas, por olfato... y por el roce de los libros, en rústica la mayor parte o en encuadernaciones de batalla. Sus veinte mil volúmenes (una buena parte de los cuales son de literatura hispanoamericana, española y francesa del siglo XX; otra de música y partituras, y otra de libro antiguo) nos hablan de su mucha afición pero también de unos recursos económicos restringidos. Presumía de haberlos comprado por cuatro céntimos en librerías de pobre más que de viejo, rastros humildes y almonedas desportilladas. Los demás se los regalaron los autores. Ni siquiera cuando se trata de libros antiguos (y entre ellos hay alguno que otro incunable), hacen ostentación. Es, sí, lo primero que salta a la vista: no es una biblioteca de postín (ya sabéis, de alguno de esos bibliófilos que coleccionan libros como el sultán mujeres, con más afición a mirarlas en el harén que a otra cosa).

¿Por qué siendo la suya una biblioteca modesta, digamos, es tan extraordinaria y ha podido ser tan codiciada? El tiempo ha jugado a su favor. Hace 50 años nadie podía imaginar que por una primera edición de los que eran amigos o conocidos suyos llegaría a pagarse tanto como por las de Góngora, Lope o Calderón. Ya en vida habían coqueteado con la idea de la venta. A un librero amigo que les ofreció una millonaria suma, le dijeron lo que dicen quienes en el fondo se resisten a vender: “Sí, no, ya veremos”. Claro, no hay veinte mil libros maravillosos



en ninguna biblioteca por lo mismo que nunca existieron once mil vírgenes, pero nos quedan, sí, unos cientos, raros, preciados y buscadísimos ejemplares, a veces inexistentes, como los primeros de Lorca, de Borges o de Neruda, hoy tan cotizados como los de Baudelaire, Pound o Maiakovski. Y los de Guillén, Salinas, Huidobro, Bergamín o Alberti, quien en una de las dedicatorias multicolores que salen a la venta llamó a Devoto “ángel músico y barbado”. Y tantos, desde Macedonio Fernández a las raras y exquisitas *plaquettes* de Molinari, desde las cartas a él dirigidas de Gómez de la Serna, Neruda o Cortázar, amigo de la pareja, a las de Massenet o Gounod a otros.

Ciertamente, en una subasta hay algo triste. Es una exhumación, desde luego, pero no les quepa duda: llenará de contento legítimo a más de uno. He oído a un bibliófilo que le decía a otro, a propósito de esta venta: cuando veas las barbas de Valle a pelar, pon las tuyas a remojar. Y sin embargo, nadie seguramente fue más feliz que Devoto, reuniendo esos miles de libros. El bibliómano hace castillos de arena en la playa, decía Abelardo Linares cuando hace diez años compró un millón doscientos mil libros en el Bronx. Que el mar los disperse luego, da lo mismo. Puede que, como decía Góngora, “la erudición engaña”, pero en lo demás se equivocó Góngora estrepitosamente: el mar, como la vida, es sordo, y viene y se va y vuelve sin importarle nada.



Historia e historiografía de la cultura en la época de la Independencia.

Una entrevista con Eric Van Young

Alfredo Ávila*

Eric Van Young es uno de los historiadores anglófonos (un término usado por él) que ha hecho importantes aportaciones para la comprensión de nuestra historia. En septiembre de 2006, por invitación de Marta Terán, tuve la oportunidad de charlar con él en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, so pretexto de la reciente traducción de *La otra rebelión* (México, FCE, 2006), un libro trascendente acerca del comportamiento de los pueblos, los campesinos y los indígenas en el movimiento insurgente iniciado en 1810.

Eric Van Young inició su trayectoria profesional como un académico dedicado a la “historia dura”, a la economía y la formación de los mercados en la región de Guadalajara en el siglo XVIII. Poco después se interesó en la historia de los pueblos y las razones y sinrazones por las cuales algunos de ellos decidieron apoyar una rebelión a comienzos del siglo XIX. Esto lo condujo a la historia cultural del movimiento de Independencia. Sin embargo, su trabajo no se detiene ahí. Interesado en el más importante historiador de la Independencia en el siglo XIX, Lucas Alamán, ha decidido escribir su biografía, con la que da un nuevo paso, en esta ocasión a la historia política de las primeras y difíciles

décadas del México independiente. La entrevista abordó dos o tres tópicos, de la historiografía culturalista a la importancia de la biografía.

Alfredo Ávila (AÁ): No creo que valga la pena abundar sobre la novedad de *La otra rebelión* con respecto a la historiografía tradicional (que consideraba al *pueblo* con una conciencia nacionalista o, al menos, protonacionalista que a su vez explicaría la Independencia), interpretación que la mayoría de los historiadores ya ha abandonado desde hace algún tiempo; pero me interesaría conocer tu opinión acerca de la novedad de tu obra frente a los estudios más recientes, como los de Jaime Rodríguez, Virginia Guedea o Christon Archer, quienes están también renovando nuestras interpretaciones sobre la Independencia. Tu libro puede considerarse parte de ese impulso renovador, pero es muy diferente.

Eric Van Young (EVY): Sí, pero debe señalarse que los estudiosos que has mencionado también tienen sus diferencias entre sí; por ejemplo, Archer ha abordado temas de historia militar y política, pero sobre todo está haciendo la historia social de lo militar. Por su parte, Jaime Rodríguez está más interesado en la alta política y en la reevaluación tan interesante que están haciendo, por ejemplo, Manuel Chust y todo su grupo en España. Se trata de una revaloración

* Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

de todo el proceso político, sobre todo centrado en la constitución gaditana, pero sin descuidar aspectos de historia social, o sea de una política baja —como dijo una vez mi querido amigo y enemigo Alan Knight, no puedes tener alta política si no tienes baja política, y al revés. Algo así está realizando Antonio Annino con el estudio de la apertura política y los patrones de votación durante la época de vigencia de la Constitución de Cádiz. Los historiadores más jóvenes, como Michael Ducey y Peter Guardino, están tratando de analizar estos procesos y también llegar a conclusiones en cuanto a la cultura política “desde abajo”, pero en algunos casos, a mi modo de pensar, no tienen los elementos —como tenemos, por ejemplo, Marta Terán y yo— de la historia de la gente común y de lo que estaban pensando. Recientemente hice una reseña crítica del libro de Peter Guardino sobre Oaxaca, en la que señalé que, si bien él se interesa en la cultura política, en ese libro hay más política que cultura. Guardino descarta la cuestión cultural. Es cierto que se trata de un libro excelente; esos capítulos sobre la política de la época independiente en Oaxaca entre aceites y vinagres, son preciosos, pero la parte débil del libro —y que es, en algún sentido, común a otras obras también— es la atención a lo cultural. Así sucede también con el estudio de Ducey sobre Veracruz y la Huasteca. Para mí es la parte débil, y no es una falta de Peter o de Michael, sino lo difícil que es acercarte a ese tipo de fuentes; por eso no quiero criticarlos, sino hacer hincapié en la dificultad de acercarnos a ese tipo de cuestiones. Entre los mexicanos también hay un grupo de colegas que está trabajando cuestiones de la política interna en la Nueva España, de cómo desembocó toda la crisis de 1808 en nuevas formas políticas. Hay historiadores, como Marta Terán, que están trabajando la historia social; como Juan Ortiz Escamilla, que ha desenterrado toda una historia política y militar de los pueblos durante la insurgencia. Entonces, la historiografía sobre la Independencia va por muchas rutas distintas y me parece que pueden destacarse dos aspectos: una revaloración de lo político, desde el punto de vista no tanto de esa historia oficial

o tradicional que ya comentaste, sino en cuanto al impulso de cambio dentro del imperio español, pero no solamente como reacción a la crisis imperial, sino tomando en cuenta los impulsos internos para hacer reformas y cómo desembocan en nuevos planteamientos de la política en las primeras décadas del siglo XIX. Por ese lado hay una nueva historia política. Del otro lado tenemos la historia social. Sí, estoy haciendo historia cultural, he hablado mucho de eso, pero creo que tiene su aspecto social, como sucede con el trabajo de Marta sobre el guadalupanismo, que es más bien historia social. Entonces tenemos, *grosso modo*, dos rutas de revisión en esta historiografía.

AA: Es cierto, tenemos estas dos rutas, una que pondera lo político y no la mera celebración heroica, y otra que se preocupa por aspectos sociales; pero incluso en esta segunda ruta tu libro es original, si lo comparamos con los trabajos de Ducey, de Guardino, o incluso con obras un poco anteriores, como la de John Tutino, *De la insurrección a la revolución*, con la que tienes muchos puntos en común, aunque también diferencias.

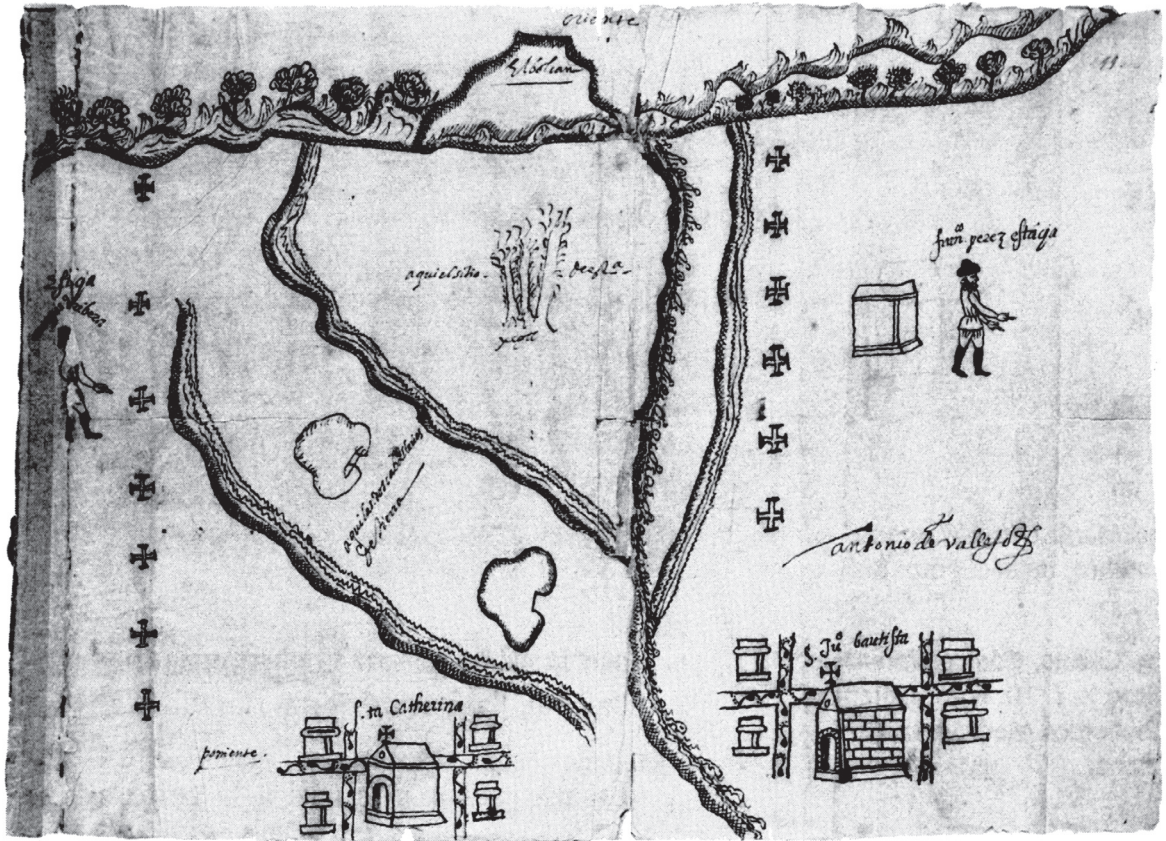
EVY: Bueno, lo distinto y tal vez lo más controvertido es precisamente esa vertiente cultural. John Tutino me comentó una vez, después de haber publicado su libro en 1986, que iba a ser el hombre de paja para todos nosotros: un blanco. Pero a mí me estimuló mucho y todavía tiene mucho valor. Es muy obvio que él descarta completamente la cuestión de la cultura, para él básicamente todo se explica por fuerzas económicas, esos grandes ciclos de compresión y descompresión, que tienen mucho valor. Desde mi punto de vista, ése es también el planteamiento de Ducey y de Guardino. Aunque ellos introducen los procesos mediadores de la política. Básicamente están hablando de cuestiones de acceso y disposición de recursos económicos, mediados por la política a nivel de los pueblos, del surgimiento de algunos cabecillas o dinastías políticas, como los Olarte estudiados por Ducey —que tienen una larga trayectoria desde la Independencia hasta la República, cuando se

introducen nuevos lenguajes, como el de la ciudadanía. En este sentido, el libro de Florencia Mallon, que no se interesa tanto en la Independencia, es un punto de referencia obligatorio en toda esta discusión. Mi contribución, aparte de los datos empíricos, es hacer hincapié en procesos culturales, como la cosmovisión política de esos pueblos campesinos, principalmente los indígenas. Me ha interesado cómo estaban entrelazadas la religión y la política, en lo que he definido como una doble hélice que casi no puede separarse de su concepción del lugar. Me interesa ese sentido tan arraigado que se compuso de elementos religiosos, étnicos y económicos. No quisiera descartar de ninguna manera los elementos económicos, pero al momento de sentarme a escribir este libro —como ya lo dije en el texto y en una larga nota de pie de página—, pensé que ya sabíamos de la cuestión económica, de la presión agraria y demográfica y todo ese tipo de cosas. Elegí entonces hacer hincapié en otros procesos, y si hay una contribución del libro, es la de abrir un poco ese aspecto en cuanto a la historia “desde abajo”, es algo novedoso y controvertido también.

AA: Tanto en el libro mismo como en otras ocasiones has señalado que las interpretaciones de *La otra rebelión* son resultado de la investigación documental; es decir, que los documentos te llevaron a ponderar los aspectos culturales, ¿puedes abundar en eso?

EVY: Sí, sí puedo entrar un poco en la cuestión autobiográfica, porque todo autor, novelista o lo que sea, tiene una relación muy particular y autobiográfica con su propia obra. En la presentación de mi libro en la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada, Antonio García de León, muy delicadamente (pero con poca consideración para mis propios sentimientos) apuntó correctamente que el Van Young de *La crisis del orden colonial* es una persona con otra perspectiva. Con algunas excepciones, como el ensayo del “Mesías trastornado” o el de “Islas en la tormenta”, que aparecen en ese libro, mi planteamiento es materialista, pero no marxista. Nunca he sido mar-

xista, porque no creo en la dialéctica de la historia y todo eso. Empecé con un estudio sobre Guadalajara y luego pasé a este proyecto por la presencia de la insurgencia tan importante en la cuenca chapalense. Entonces mi planteamiento original era básicamente materialista. Luego de avanzar dos, tres o cuatro años de investigación de archivo, pensé hacer tres estudios de caso, regionales, uno sobre Guadalajara, otro sobre la Huasteca y uno más sobre la región azucarera de Morelos, enfatizando cuestiones de cambio de estructuras agrarias por presión comercial, demográfica, etcétera. Pero hubo dos cosas que me pasaron a mitad del camino. Primero, me cayó encima el giro lingüístico. Esto fue un efecto de haber prolongado tanto el proceso de investigación y de redacción. Por supuesto, el giro lingüístico existió desde los años 60, pero para mí era algo novedoso. Me impuso la necesidad de ponerme a considerar cuestiones del lenguaje, de la inestabilidad del lenguaje que todos vemos en la documentación. En un expediente tenemos un careo, en el que el tipo “A” dice una cosa y el tipo “B” otra, y no es solamente que el acusado esté justificándose y el otro insistiendo, sino que en ese espacio se manifiesta la inestabilidad de la significación de las palabras. Eso era un problema epistemológico y metodológico que enfrenté en la documentación. Entonces, se presentó en mí un cambio en cuanto al ámbito teórico y conceptual, pero también hubo otra cosa: al momento de enfrentarme con la documentación no encontré mucha evidencia para apoyar mis primeros planteamientos: de que la insurgencia era básicamente una rebelión agraria a escala masiva. Sí, hubo expropiaciones de tierras y ataques contra terratenientes y todo ese tipo de cosas, pero lo que estaba viendo era un problema nomotético. Se supone que si tenemos causas uniformes, como las condiciones agrarias, debemos tener resultados uniformes también, pero lo que descubrí es que pueblos básicamente con el mismo trasfondo y las mismas condiciones económicas se dividieron precisamente por el medio: una parte se juntó bajo la bandera realista mientras otra parte se fue con los rebeldes. ¿Cómo explicar ese tipo



de cosas? Algunas veces se puede explicar por un acceso diferencial a recursos económicos y con los esfuerzos de parte del desposeído para reivindicar sus derechos, pero no aparecía así en todos los casos, no era la situación más frecuente. Por eso tuve que explicar todo ese tipo de problemas mediante el estudio del discurso o las formaciones discursivas de los rebeldes, de su actuación espacial en cuanto a esos horizontes tan restringidos y tan apretados, y todo tipo de cosas que no se prestan fácilmente a un reduccionismo económico.

AA: Sin embargo, los estudios culturales por lo general no suelen ser analíticos.

EVY: Hay varias maneras de historiar la cultura. El modelo más famoso es el de Carlo Ginzburg en *El queso y los gusanos*, que ha influido mucho en mis pasos hacia lo cultural. Pero ese método de profundizar en una vida es sólo una manera de hacer historia cultural, y no veo ninguna incompatibilidad entre la cuantificación y los estudios culturales. Pienso que, en muchas ocasiones, vamos formando nuestras opiniones en un nivel cultural a partir de modelos. Por eso no veo incompatibilidad en reconciliar un método cuantitativo con un método de estudio de caso. Yo elegí la estrategia más amplia para llegar al punto en que pudiera decir algunas cosas generales sobre esos procesos. Es cierto que en mi libro hay algunos estudios de caso, pero es bastante difícil rastrear la trayectoria de un individuo de comienzos del siglo XIX en México para profundizar en su vida. Por eso me gustó el caso de Chito Villagrán, porque encontré la documentación suficiente para estudiarlo. Algo parecido sucedió con Agustín Marroquín, un hombre que era medio bandolero y medio insurgente, pero es muy excepcional encontrar un cuerpo de documentos que nos permita hacer estudios de tipo biográfico. La mayor parte de la documentación es bastante fragmentaria, desarticulada, sobre todo la que se refiere a la gente humilde; aparecen en la documentación histórica cuando por algún motivo cruzan con la vida pública, es decir, cuando chocan con el

Estado. Eso produce la chispa que es el documento. Pude entonces haber hecho varios y pocos estudios de caso, pero los documentos no se prestaban para eso, o pude estudiar la cultura desde una perspectiva sociológica. Por supuesto que no puedo culpar a la naturaleza de la documentación de esa decisión. Se trató de una estrategia que dio como resultado la forma analítica del libro, que es como yo pienso las cosas. Las personas tienen muchas maneras de pensar, la mía siempre ha sido espacial y cuantitativa, lo que se presta a este tipo de análisis.

AA: Hay entonces, al menos, dos maneras de acercarse a la historia cultural, ambas legítimas. Recuerdo que el libro de Paul Vanderwood, *Del púlpito a la trinchera. El levantamiento religioso de Tomóchic*, llega a unas conclusiones muy similares a las tuyas en *La otra rebelión*, particularmente sobre la importancia de la religión en la política, pero con una metodología completamente diferente. Él hace un estudio de caso...

EVY: Y debo apuntar que Paul es mi mejor amigo, y que en los últimos veinte años hemos discutido estas cuestiones y la forma más propia para presentar la historia cultural. Él va más por la ruta narrativa y yo más por la analítica. En este momento, cuando estoy pensando en la manera de biografiar a Lucas Alamán, Paul está tratando de convencerme de ponerme en el lugar de Alamán e imaginar el mundo como él lo vio.

AA: Sobre Alamán quiero que platiques un poco después. De momento quiero llevar esta charla sobre otro tema. Eric Van Young es uno de los historiadores anglófonos —como tú mismo los has definido— que mantiene un diálogo constante con sus colegas mexicanos. Sin embargo, al leer *La otra rebelión* y otros trabajos tuyos, como tu colaboración en el libro de Melinda Zook y Michael Morrison, *Revolutionary Currents*, pienso que también estás dialogando con académicos que no hacen historia de México ni están particularmente interesados en Améri-

ca Latina, sino que tienen aspiraciones más teóricas sobre temas como las revoluciones, los movimientos sociales, los procesos de descolonización, etcétera. ¿Cuál crees que es tu aportación para esa discusión que va más allá de la historia de México?

EVY: Hay dos aspectos que intervienen aquí. Uno es otra vez autobiográfico: es verdad que profesionalmente estoy dentro de un grupo de estudiosos sobre México, tanto mexicanos como norteamericanos, pero también quise tener una lectura más amplia, francamente por ambición intelectual. El otro aspecto es que como historiador que estudia México, considero que la época de la Independencia es muy importante para la comprensión de la historia mundial; pero cuando leemos a los grandes teóricos de los procesos de cambio político, de la violencia política a gran escala —estoy pensando en Benedict Anderson, Barrington Moore o Theda Skocpol— parece que están imponiendo sus modelos a todos los países. Están distorsionando la historia atlántica. Esos modelos de revolución social, desde mi punto de vista, tienen en su formación el concepto de lucha de clases, que sí se presentó en América Latina, pero que ignora la heterogeneidad de estas sociedades. Así que quise, con un compromiso con la historia de México, y también con mis colegas mexicanos, reivindicar ese olvido de lo que estaba pasando aquí.

AA: No se puede hacer historia de las revoluciones atlánticas sin tomar en cuenta las revoluciones hispanoamericanas y sus peculiares características. Creo que dejas muy claro eso. Por último, Eric, quiero que nos hables un poco de tu más reciente investigación acerca de Lucas Alamán, el más importante historiador de la Independencia en el siglo XIX. ¿Cómo llegaste a él?

EVY: Por supuesto, hay una atracción a nivel personal para reivindicar una figura casi proscribida del panteón de grandes figuras y estadistas, pero me había interesado en Alamán desde hace años. Tropecé con él mucho antes de haber empezado este proyecto. No lo había leído a

profundidad, pero me pareció, y todavía me parece, una figura de transición entre el antiguo régimen y la modernidad. Obviamente había leído a Alamán para sacar datos para *La otra rebelión*, eso reforzó el interés que ya tenía en él. Por supuesto, también revisé a Carlos María de Bustamante, a Lorenzo de Zavala y a otros historiadores para minarlos, para excavar datos. Ya antes había comentado a varios colegas que desde hace años tenía la intención de hacer una historia de la psiquiatría en México, pero al momento de sentarme a hacer la investigación en el archivo de “La Castañeda”, me di cuenta de que no tenía una idea clara de lo que estaba haciendo. ¿Cómo conservar ese interés, esa obsesión de conocer el pensamiento, de entrar en la cabeza de una persona, que es lo que he tratado de hacer en *La otra rebelión*? La ruta que se me presentó era la de la biografía, con lo que también cambiaría un poco de método. Pasaría de lo analítico a lo más narrativo. Una vida se presenta con más posibilidades para la narración. Así que si la primera vez leí la *Historia de México* de Alamán con fines instrumentalistas, para extraer datos, ahora la estoy releendo para comprender su filosofía de la historia, sus posturas políticas, sus ideas en cuanto al curso de su país. Bueno, todavía estoy a mitad de ese camino, sobre todo en la lectura de la *Historia de México*. Me he metido también en sus papeles de estado, sus cartas y otros documentos, y voy formando una concepción borrosa de su personalidad y su manera de pensar. Juan Manuel Herrera me hizo una pregunta muy interesante: ¿qué hubiera pensado Lucas Alamán si hubiera leído *La otra rebelión*? Es una pregunta interesante, porque Alamán y yo tenemos algo en común: no creemos que el pueblo se hubiera levantado en armas a favor de la Independencia y de los planes de los criollos. Por supuesto, yo no creo, como pensaba Alamán, que una característica innata de los indios fuera el salvajismo. Él pensaba así, pero en cuanto al entendimiento de buena parte de la rebelión y de su dinámica tenemos mucho en común, aunque hemos llegado a explicarla de una manera bastante distinta.

AA: En efecto, una biografía se presta más para un método narrativo que para uno analítico. ¿Quiere decir que, tal vez, Paul Vanderwood te está convenciendo?

EVY: Paul no tiene la tentación para entrar en cuestiones intrapsíquicas que yo tengo, tal vez por la influencia de mi esposa, que es psicoterapeuta. Una vez yo había empezado sobre esa línea con un estudio sobre el mesías trastornado de Durango. Ella me estaba dando consejos acerca de cómo entender a ese tipo y sus actividades; pero cuando le presenté el ensayo elaborado, me dijo que no tenía muchas bases para afirmar lo que ahí decía. A través del tiempo he desarrollado casi una obsesión por reducir la brecha subjetiva entre los seres humanos. Es uno de los problemas filosóficos más importantes: somos, en algún sentido, seres aislados, cada quien en su propio mundo, en su propio pensamiento, en su propio cuerpo. Por eso me esfuerzo más y más en la interiorización de la historia, es una obsesión personal. En el caso de Alamán pretendo hacer más que una biografía. Alamán no es un caso representativo, tiene una gran importancia como historiador, estadista, empresario, político. Su vida y su pensamiento abarcan toda una época clave en la historia de México, pero también tiene paralelismos muy interesantes y sugerentes con la historia de Estados Unidos.

AA: Una biografía de Lucas Alamán es también una historia de México en la primera mitad del siglo XIX.

EVY: Sí, efectivamente. Él tenía mucha importancia. Estoy revisando su primer ministerio, cuando hubo todos esos brotes federalistas. Alamán estaba en su ministerio tratando de estorbar ese proceso, que él vio como de dismantelamiento del país. Es sumamente interesante ver su correspondencia con todos los jefes políticos, no solamente por su actuación personal, sino por su importancia como blanco de muchos vectores, de muchas fuerzas centradas en su persona, así como en otras figuras políticas. Desde ese punto de vista no es tan excepcional. No es precisamente que sea representativo, pero su vida muestra el *interplay* de todas esas fuerzas políticas, sociales y culturales. Por eso es importante la biografía. Ya hay trabajos muy importantes sobre Alamán, ya tenemos la excelente biografía de José Valadés, que se publicó en 1938; es una obra excelente que todavía tiene mucho valor. Lo que yo pienso hacer es más bien un estudio de la cultura política de esa época, al mismo tiempo que la biografía de una persona de importancia trascendental.

AA: Muchas gracias por esta entrevista.





Tepeaquilla, 1528-1555*

Rodrigo Martínez

El culto a la Virgen de Guadalupe del Tepeyac, nadie lo duda, es uno de los elementos fundamentales de la identidad de los mexicanos. Su importancia rebasa en mucho el ámbito de lo religioso, y su culto ha cruzado las fronteras norte y sur del país. Por otro lado, el guadalupanismo no se circunscribe al culto a una imagen, sino que incluye también la creencia en una historia, la de las apariciones de la Virgen de Guadalupe y de su imagen entre el 9 y el 12 de diciembre de 1531. La Virgen María se apareció cuatro veces al humilde indio nahua Juan Diego cuando pasaba cerca del cerro de Tepeyácac, al norte de la ciudad de México, y le pidió que acudiera ante el franciscano fray Juan de Zumárraga (primer obispo de México, entre 1528 y 1548) para transmitirle su petición de que le mandase erigir un templo en el sitio de sus apariciones. Juan Diego tuvo muchas dificultades para ser recibido por el obispo y, una vez recibido, para ser creído. Pero cuando Juan Diego le llevó su manta cargada de flores (en pleno invierno decembrino), y cuando en la manta se imprimió la imagen de la Virgen, el obispo se convenció y mandó rápidamente construir el templo. Al mismo tiempo, la Virgen se apareció a Juan Bernardino, tío de

Juan Diego, víctima de la mortífera epidemia de sarampión de 1531-1532, lo sanó milagrosamente y le pidió que se le conociera con el nombre de Guadalupe (con lo cual se estableció una problemática relación entre los cultos guadalupanos mexicano y español).

Ahora bien, mientras que existe constancia documental del culto mexicano a la Virgen de Guadalupe desde 1556, sólo existe constancia de la historia de sus apariciones a partir de 1648, cuando la registró el libro del bachiller Miguel Sánchez (1594/1606-1674), sacerdote criollo (nacido en la Puebla de los Angeles).¹ La carencia de fuentes sobre la historia de las apariciones guadalupanas, reconocida por el propio bachiller Sánchez, y común en la mayoría de las historias de apariciones, no fue un obstáculo para el desarrollo del culto, que adquirió una gran importancia religiosa, y también ideológica, como

¹ Miguel Sánchez, *Imagen de la Virgen María Madre de Dios de Guadalupe, milagrosamente aparecida en la ciudad de México, celebrada en su historia con la profecía del capítulo doce del Apocalipsis*, México, Viuda de Bernardo Calderón, 1648. El año siguiente apareció otro libro, también escrito por un sacerdote criollo, que dio la versión canónica del relato en lengua náhuatl, conocida con el nombre de *Nican mopohua* ("Aquí se cuenta"): Luis Lasso de la Vega, *Huei tlamahuiçoltica omonexiti in ilhuicac tlatoca cihuapilli Santa Maria totlaçonantzin Guadalupe in nican huei altepenahuac Mexico itocayocan Tepeyacac*, México, Iuan Ruyz, 1649.

*Una primera versión de este estudio fue publicada en la revista *Andes* de la Universidad de Salta, Argentina, en diciembre de 2006.

sostén del patriotismo criollo que dio inicio al nacionalismo mexicano en el siglo XVII. Pero en el ilustrado siglo XVIII, los historiadores españoles comenzaron a dudar de la “historicidad” de las apariciones guadalupanas; y en los siglos XIX y XX esta duda se transformó en una confrontación entre historiadores “aparicionistas”, no siempre muy serios, y los “antiaparicionistas”, más rigurosos, que sacaron las consecuencias del “argumento negativo”: la ausencia total de fuentes que documenten la historia canónica de las apariciones. Esta confrontación, sin embargo, limitó seriamente la investigación en positivo acerca de los inicios y orígenes del culto guadalupano. Excepciones notables son los estudios de Joaquín García Icazbalceta (1825-1894)² y de Edmundo O’Gorman (1906-1995),³ que mostraron la importancia de la intervención del dominico fray Alonso de Montúfar (arzobispo de México de 1554 a 1572) en la fundación (o refundación) del culto guadalupano en 1555 y 1556, y dieron algunas luces acerca de las circunstancias de los inicios del culto a la Virgen María en la “ermita primitiva” del Tepeyac, fundada por los primeros frailes.

Para ahondar en esta veta de investigación en positivo de los inicios del culto guadalupano, uno de los caminos que emprendí fue investigar el lugar mismo, el Tepeyac, a lo largo del tiempo. En un primer esfuerzo reuní información sobre el Tepeyácac prehispánico y durante la conquista de Tenochtitlan, lo cual me permitió desenterrar algunos momentos peculiares que la ceguera aparicionista había impedido advertir.⁴ Salvo la muy escasa evidencia arqueológica,

² Joaquín García Icazbalceta, *Carta acerca del origen de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe* [escrita en 1883], México, 1896.

³ Edmundo O’Gorman, *Destierro de sombras. Luz en el origen de la imagen y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac*, México, UNAM-IIIH, 1986.

⁴ Rodrigo Martínez Baracs, “Tepeyac en la conquista de México: problemas historiográficos”, en Carmen Aguilera e Ismael Arturo Montero García (coords.), *Tepeyac. Estudios históricos*, México, Universidad del Tepeyac, 2000, pp. 55-118; y “Secuencias de una investigación imaginaria”, en *Relaciones* núm. 77, Morelia, El Colegio de Michoacán, invierno de 1999, pp. 149-182.

los pocos documentos disponibles son muy posteriores a los hechos: no son ni prehispánicos ni contemporáneos de la Conquista; de hecho, en su mayor parte son posteriores a la coyuntura de 1555-1556. Esta documentación exige a un alto grado al historiador y al lector la combinación de crítica e imaginación que toda investigación histórica requiere.

Ahora que pretendo avanzar en la historia del Tepeyac después de la Conquista, es posible y necesario distinguir entre los escasos documentos contemporáneos a los hechos y las menciones posteriores. Es de 1528 la primera mención conocida del Tepeyac, Tepeyácac en lengua náhuatl (“En la nariz, en la prolongación, del cerro”), llamado con el diminutivo Tepeaquilla por los españoles para distinguirlo del pueblo de Tepeaca (otro Tepeyácac, en el valle de Puebla, al oriente de la cuenca de México).

Estas menciones iniciales a Tepeaquilla se refieren al aprovechamiento de sus recursos por autoridades españolas, por españoles particulares y por los señores indios de las parcialidades de Tenochtitlan y Tlatelolco de la ciudad de México. No se hace referencia a ningún asunto religioso sino hasta 1554, cuando el humanista Francisco Cervantes de Salazar (1513-1575) mencionó por primera vez a la iglesia o ermita de Tepeaquilla en sus diálogos latinos publicados ese año en la ciudad de México.⁵ Nada informa Cervantes de Salazar sobre el templo, su fundación o su devoción, salvo su existencia misma. Pero debe tomarse como muy significativo que este dato lo transmite el personaje Zamora —que representa al primer obispo y arzobispo de México fray Juan de Zumárraga— al personaje Alfarus —que representa al segundo arzobispo, fray Alonso de Montúfar. A partir de entonces, 1554, dio inicio la serie de acontecimientos que condujeron a la fundación formal del culto guadalupano en el Tepeyac. La primera aparición del nombre de Guadalupe para referirse al culto a la Virgen en el Te-

⁵ Francisco Cervantes de Salazar, *Commentaria in Ludovici Vives exercitationes linguae latinae. A Francisco Cervantes de Salazar, Mexici, apud Ioannem Paulum Brisensem, 1554.*

peyac es de 1556, en la *Información* que mandó hacer el arzobispo Montúfar, promotor del culto guadalupano, contra las críticas de los franciscanos, que advertían del peligro de los “cultos de sustitución”, que facilitaban que los indios rindieran un culto idolátrico a las imágenes cristianas.⁶ Uno de estos cultos de sustitución era el del Tepeyac, donde la Virgen María debía desplazar a la diosa Tonantzin, “Nuestra venerada madre”, que muy probablemente los propios franciscanos habían iniciado, años atrás, bajo la conducción del obispo Zumárraga.

Comenzaré, pues, por seguir brevemente la secuencia de los primeros documentos que mencionan a Tepeaquilla a partir de 1528, antes de la aparición documental del nombre de Guadalupe en 1556.

El Mapa de Cortés

Hay un documento, sin embargo, que por su elaboración temprana, de 1521 a 1524, no puede dejar de registrarse aquí, aunque no incluya la palabra Tepeyac, Tepeyácac o Tepeaquilla.⁷ Se trata no de un documento escrito, sino de un mapa. Al emprender el sitio de la ciudad de México en 1521, Hernán Cortés (1485-1547) mandó a *aman-tecas* indios dibujar un mapa de la ciudad de México, del sistema lacustre y las calzadas, para poder

coordinar el ataque por tierra y por agua, con los bergantines, a la gran ciudad. El plano fue reelaborado como mapa de guerra por un español. Probablemente se hicieron copias para los capitanes Pedro de Alvarado (1485-1541), Cristóbal de Olid (1488-1524) y Gonzalo de Sandoval (1497-1528). Luego se elaboró una nueva copia mejorada, días antes de iniciar el sitio, que Cortés envió a Carlos V junto con su *Tercera carta de relación*, firmada el 15 de mayo de 1522. En 1524 un editor de Nuremberg decidió publicar una traducción al latín de la segunda y la tercera *Cartas de relación* de Cortés, y mandó redibujar el mapa, acaso a Hans Holbein (1497-1543) o a Alberto Durero (1471-1528), agregando edificios medievales europeos en las ciudades ribereñas.

Lamentablemente ninguna de estas ciudades es identificada por escrito, salvo Iztapalapa.⁸ Acaso el artista europeo que redibujó el mapa tuvo en mente el grabado de la isla de Utopía que aparece en la primera edición, de 1516, o más aún en la de 1518, de la *Utopía* del pensador y político inglés santo Tomás Moro (1478-1535).⁹

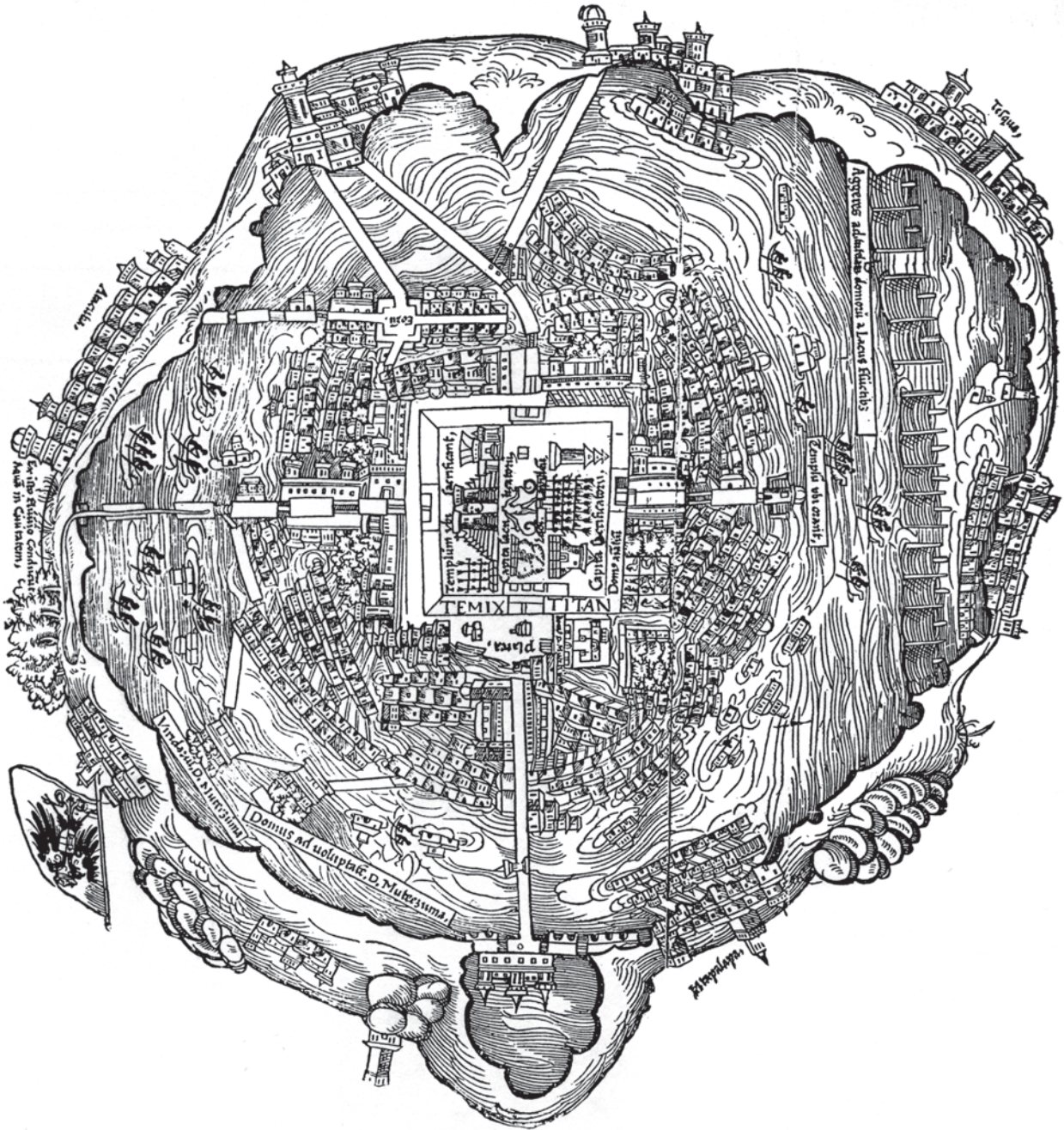
Manuel Toussaint (1890-1955) y Justino Fernández (1904-1972) interpretaron el mapa e identificaron las poblaciones ribereñas: Tepeyácac, Tetzco, Chimalhuacan-Atenco, Iztapalapa, Churubusco, Coyoacan, Tacubaya, el bos-

⁶ La *Información de 1556* se mantuvo inédita hasta 1888, cuando se publicó con el título de *Información que el arzobispo de México D. Fray Alonso de Montúfar mandó practicar con motivo de un sermón que en la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora (8 de septiembre de 1556) predicó en la capilla de San José de los Naturales del Convento de San Francisco de México su Provincial Fray Francisco de Bustamante, acerca de la devoción y culto de Nuestra Sra. De Guadalupe*, Madrid [supuestamente, en realidad México], Imprenta de la Guirnalda, 1888. Hay varias ediciones y comentarios posteriores.

⁷ De igual manera, como vimos, Hernán Cortés (1485-1547) no nombra al Tepeyac en sus cartas y escritos. La “aparición historiográfica” del Tepeyac en las relaciones e historias de la Conquista se da con la *Crónica de la Nueva España* de Francisco Cervantes de Salazar, escrita entre 1554 y 1564 y publicada en 1914 en dos ediciones simultáneas de Francisco del Paso y Troncoso (1842-1916) y de Zelia Nuttall (1857-1933).

⁸ Hernán Cortés, *Praeclara de Nova maris Oceani Hispania Narratio* [Segunda Carta de relación (1520), traducida al latín por Pedro Savorgnani], Nuremberg, 1524. Esta edición latina sirvió de base a las ediciones alemana, italiana, flamenca, inglesa y holandesa. Sobre el plano atribuido a Cortés, ver Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández, *Planos de la ciudad de México*, México, Departamento del Distrito Federal, UNAM-IIE, 1938, pp. 85-126; y José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, México, FCE/UNAM, 1990, cap. X, pp. 304-313. Anotemos que según Ángel Delgado Gómez el mapa aparecía ya en la primera edición, impresa en Sevilla el 8 de noviembre de 1522, de la “Segunda carta de relación” de Cortés. Véase la Introducción de Delgado Gómez a su edición de las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, Madrid, Clásicos Castalia, 1993, pp. 74-78.

⁹ Thomas Moro, *De optimo republicae statu deque nova insula Utopia libellus*, Lovaina, 1516, y Basilea, Juan Froben, 1518.



que de Chapultepec, Tacuba y Azcapotzalco.¹⁰ Aparece claramente representada la calzada que conecta el Tepeyac con la parte norte de la ciudad de México (así como otras calzadas a Azcapotzalco, Tacuba y Churubusco, y el acueducto de Chapultepec).

Así pues, en el Mapa de Cortés aparece claramente representado el Tepeyac, el pueblo y la calzada, aunque no se le nombra. Su tamaño, sin embargo, es semejante al de los demás lugares representados, todos ellos importantes. ¿Se reduce Tepeyácac a “algunas casas de macehuales sujetos a Tlatelolco”, como escribe el padre Francisco Miranda?¹¹ Es difícil creerlo, pues en los citados *Diálogos* latinos de 1554 Cervantes de Salazar, en boca de Zamora-Zumárraga, menciona a la iglesia de Tepeaquilla junto a las de Tetzoco, Tlacopan, Azcapotzalco, Coyoacan e Iztapalapa.¹² Algo en el lugar lo hacía notable (entre otras cosas, como lugar de paso), aunque se le mencionara poco.

Primeras referencias documentales

Es, pues, de 1528 la primera mención escrita del Tepeyac, más bien Tepeaquilla, que se conserva. El 25 de septiembre de 1528 las *Actas de cabildo de la ciudad de México* registran que el Cabildo hizo merced a Antonio de Arriaga (de Berlanga, Badajoz) “para que pueda hazer un asiento para tener sus ovejas en un peñol

que está junto al Tepeaquilla”.¹³ La expresión “al Tepeaquilla” sugiere que se trata de un error de transcripción, del siglo XVI o del XIX, y que en el original decía “al cerro de Tepeaquilla”, o “al *pueblo de Tepeaquilla*”, o “al *camino a Tepeaquilla*”.

Recordemos que entre 1524 y 1528, el Cabildo de la ciudad de México otorgó una cantidad muy grande de mercedes de solares y de huertas, en su mayor parte dentro de la “traza” y en los caminos a Tacuba, sobre todo, y a Chapultepec e Iztapalapa. Ninguna atención merecía antes de 1528 la norteña salida a Tepeaquilla.

Poco después, el 16 de octubre de 1528 el Cabildo hizo merced al mismo Antonio de Arriaga y a Gaspar de Ávila

[...] de un cercado que solía ser huerta de Montezuma, que es fuera de la cibdad de Tepeaquilla, junto a la dicha Tepeaquilla, que se dice Yelcóyotl, en que ponga viña e árboles, con tanto que si algún señor o natural de la tierra tiene allí algún derecho, se lo compren e paguen. E asimismo les dieron licencia para que tengan sus sitios e asientos para sus ganados junto a la dicha huerta por el tiempo que fuere voluntad de la dicha cibdad...

Es notable que en 1528 el señorío o *altépetl* de Tepeaquilla fuera considerado una “ciudad”, no un “pueblo”. No se trata de una calificación formal, pero la designación podría indicar un alto grado de reconocimiento a los señores de Tepeyácac. Con todo, como se ve, el emperador Moctezuma, y otros miembros de la nobleza mexicana, y tlatelolca (como veremos), podían

¹⁰ Manuel Toussaint, “El Plano atribuido a Hernán Cortés. Estudio histórico y analítico”, en Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández, *op. cit.*, p. 97.

¹¹ Francisco Miranda Godínez, *Dos cultos fundantes: Los Remedios y Guadalupe (1521-1649)*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2001, p. 243. El padre Miranda sigue la precisa descripción que da Delfina Esmeralda López Sarrelangue, *Una villa mexicana en el siglo XVIII*, México, Imprenta Universitaria (Cultura Mexicana, 20), 1957, pp. 16-17. Pero López Sarrelangue se refiere al asentamiento del siglo XVII, disminuido por la despoblación y la invasión de la ciudad de México, que con dificultad logró constituirse como pueblo, con el nombre de San Lorenzo.

¹² Francisco Cervantes de Salazar, *op. cit.* (1554).

¹³ *Actas de cabildo de la ciudad de México* (paleografía y notas de Manuel Orozco y Berra), México, Edición del Municipio Libre, Publicada por su Propietario y Director Ignacio Bejarano, 1889. Véase Edmundo O’Gorman (coord.), con la colaboración de Salvador Novo, *Guía de las Actas de cabildo de la ciudad de México. Siglo XVI*, México, DDF/FCE, 1970. Debe tenerse en cuenta que el índice de personas y lugares sólo señala a las personas y lugares mencionados en los resúmenes de esta valiosísima *Guía*, pero las *Actas* mismas contienen muchos otros que no fueron indexados.

tener tierras y huertas en Tepeyácac. Ahora tendrán que compartir el paisaje con viñas, árboles y ganados españoles.

El 30 de octubre de 1528 el Cabildo hizo merced a Rodrigo de Pontezillas “de un pedazo de tierra que está junto a la calzada de Tepeaquilla, que se dice Acatitlan, en que labre o haga asiento de ganado o poner árboles e viña...”.

Como vemos, las primeras empresas cerca del Tepeyac de estos españoles Antonio de Arriaga, Gaspar de Ávila y Rodrigo de Pontezillas estaban dedicadas a la cría de ganado menor, ovejas, y a la horticultura: árboles y viñedos. La primera merced a Antonio de Arriaga para “hazer un asiento para tener sus ovejas” no implicaba pago alguno a los naturales de la tierra, pero la segunda merced, de “un cercado que solía ser huerta de Montezuma”, sí implica una compra y un pago “si algún señor o natural de la tierra tiene allí algún derecho”.

El Cabildo parece querer dejar a salvo el derecho de los herederos del emperador Moctezuma (que lo fue entre 1502 y 1520) para pedir un pago a Antonio de Arriaga y a Gaspar de Ávila. Sin embargo, debo decir que no he encontrado el topónimo Yelcóyotl (o alguno que se parezca) entre los pueblos y tierras de Moctezuma exigidos como herencia por su hija doña Isabel Moctezuma (ca. 1510-1550) y su ambicioso marido Juan Cano de Saavedra (ca. 1502-1572).¹⁴

En el caso de la merced a Rodrigo de Pontezillas, el Acta de Cabildo menciona que la tierra de Acatitlan se encuentra “junto a la calzada de Tepeaquilla”, pero no precisa si pertenecía al pueblo, o la “ciudad”, de Tepeaquilla; tampoco

¹⁴ Entre otros lugares, he buscado en las relaciones escritas por los franciscanos para Juan Cano en 1532: “Origen de los mexicanos”, “Relación de la genealogía y linaje de los señores de la Nueva España”, en Joaquín García Icazbalceta (ed.), “Pomar, Relación de Tezcoco, Zurita, Breve relación de los señores de la Nueva España, Varias relaciones antiguas, Siglo XVI”, en *Nueva colección de documentos para la historia de México*, t. tercero, México, Francisco Díaz de León, 1891; y en la Información asentada por el mismo Juan Cano en 1547-1553, editada por Emma Pérez-Rocha en *Privilegios en lucha. La información de doña Isabel Moctezuma*, México, INAH (Científica, 380), 1999.

precisa a qué señor o natural perteneció esta tierra. De cualquier manera, continúa el mismo patrón de explotación de ganado, árboles y viña. Es posible que esta tierra de Acatitlan se encuentre cerca de Tepeyácac, hacia el oeste, porque aparece como tierra en términos de Tenayuca que perteneció al patrimonio de Moctezuma, pues como tal la reclamaron doña Isabel Moctezuma y Juan Cano en 1547.¹⁵

En el caso de los sitios y asientos para ganado junto a la huerta de árboles y viñedos que otorgó el Cabildo a Antonio de Arriaga y Gaspar de Ávila, es de advertirse que el Cabildo no se los otorgó o mercedó de manera definitiva, pues sólo los autorizó a tenerlos “por el tiempo que fuere voluntad de la dicha cibdad”.

En julio de 1532 el presidente y los cuatro oidores de la Segunda Audiencia (1531-1535) concluyeron una “Descripción de la tierra”, perdida, de la que nos podemos hacer una idea gracias a que la retoma, y lamentablemente actualiza, el cronista Antonio de Herrera (1549-1625) en sus *Décadas*.¹⁶ Esta “Descripción” menciona las nubes negras sobre el cerro de Tepeaquilla que anuncian las lluvias de la tarde en la ciudad de México:

Los tiempos que llueve en Mexico son los mismos y a las mismas horas [que en la tierra de Veracruz, donde llueve de abril a fin de septiembre, por las tardes, con viento Este y Este-Oeste], pero con viento Norte a las tardes y no por las mañanas; y desde la mañana hasta hora de vísperas hace muy claro día. A la hora de vísperas se arma el Norte sobre la sierra de Tepeaquilla, una legua de la ciudad, un nublado muy negro, y brevemente y con grande aire y torbellino llega a Mexico; y para ver si ha de llover no hay sino mirar si está

¹⁵ Emma Pérez-Rocha, *op. cit.*, p. 56.

¹⁶ Antonio de Herrera y Tordesillas, *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y tierra firme del Mar océano [...]*, Madrid, 1601, 3 vols. Las décadas quinta a octava se publicaron en Madrid, 1615, 4 vols.; Década cuarta, lib. IX, cap. VI; véase también cap. V (t. III, pp. 86 y 87).

cargada la sierra de Tepeaquilla, porque es cierta el agua.

Recordemos que la fuerte lluvia que dio cumplimiento a las plegarias de la procesión y la misa que organizó Hernán Cortés durante su primera estancia en la ciudad de México en 1520 se anunciaron por fuertes nubarrones que se vieron en Tepeaquilla, según Cervantes de Salazar (retomado por Herrera).¹⁷

El pueblo de Tepeaquilla no carecía de importancia para la ciudad de México. El 6 de mayo de 1533 el Cabildo de la ciudad mandó un procurador a la Corte solicitando, entre otros asuntos, “que se dé a esta cibdad por propios della o realengo a Coyoacan, a Tacubaya e Tacuba y Escapuzalco e Tenayuca e Tepeaquilla e sus términos, pues están comarcanos a esta cibdad todos los más pueblos que pueda, pues sin ello esta cibdad no se puede sustentar”.

Recordemos brevemente que “propios”, según el *Diccionario de Autoridades*, “usado regularmente en plural, se toma por las heredades, dehesas, casas u otro cualquier género de hacienda que tiene alguna Ciudad, Villa, o Lugar, para los gastos públicos. Lat. *Propria bona urbis vel oppidii*”. Realengo, en cambio, es “lo que pertenece y toca al Rey”. De cualquier manera, ambas tierras, los propios y las realengas, debían usarse para sustento de la ciudad.¹⁸

¹⁷ Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Conquista de la Nueva España*, (escrita entre 1557 y 1564), Introducción de Francisco del Paso y Troncoso, Madrid, Hauser y Menet, 1941, lib. IV, cap. XXXI. Este capítulo estaba escrito antes de 1560, pues lo menciona el propio Cervantes de Salazar en su “Túmulo imperial de la gran ciudad de México (1559)”, en Joaquín García Icazbalceta, *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, México, FCE, 1954, pp. 161-183. Lo sigue Herrera (Década segunda, lib. VIII, cap. VI), omitiendo la intercesión de la Madre de Dios; y fray Juan de Torquemada, OFM (1557?-1624), *Los veinte y un libros rituales y monarquía indiana*, Sevilla, Mathías Clavijo, 1615 (segunda edición), Madrid, 1723; utilizó la cuarta edición, coordinada por Miguel León-Portilla, México, UNAM-IIH, 1975-1983, 7 vols.

¹⁸ Real Academia Española, *Diccionario de la lengua castellana en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza, y calidad con las frases, o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua* (llamado *Diccionario de Autoridades*),

Ese mismo año de 1533, el 31 de octubre, el Cabildo se alarmó por la tala inmoderada de los montes que rodeaban la ciudad, que debían guardarse para pastos de ganados. Daño grande hacían quienes cortaban los árboles por el pie, como Juan Cano —el marido de doña Isabel Moctezuma— y Alonso de San Juan, que fueron debidamente castigados.

Varios miembros del Cabildo fueron comisionados para visitar los montes aledaños, que encontraron muy dañados y necesitados de reparación y restauración, prohibiendo “cortar la encina ni el roble por el pie, sino dejándole pendón y rama, conforme a la ley del reyno, y que tal vecino queriendo ir a cortar leña a los dichos montes venga a pedir licencia a este Cabildo”.

El regidor Bernardino Vázquez de Tapia (1493-1559), capitán en la Conquista de México, fue a ver los montes y dio su opinión particular sobre Cuaximalpa y Tepeaquilla. Encontró el monte de “Cuachimalpa” “muy dañado e talado”, por lo que “se debe guardar conforme a la dicha Ordenanza hasta que se retornen a reformar los dichos montes”. Pero el caso de “la sierra de Tepeaquilla” era diferente, pues según Vázquez de Tapia allí “los vecinos reciben agravio porque es sierra y agora y allí bastaba guardar de la falda de la sierra abaxo”.¹⁹ Como vemos, el Cabildo de la ciudad de México abrió el camino para la tala y el desmonte de la sierra de Guadalupe por los depredadores invasores españoles.

En 1531 las autoridades indias de Tenochtitlan y de Tlatelolco iniciaron un pleito ante la Segunda Audiencia que continuó hasta la década de 1560 y llegó al Consejo de Indias, por el reconocimiento de varias tierras cerca de la ciudad de México que debían pertenecer a los principales de dichas ciudades, y no ser otorgadas en encomienda a españoles, o a indias como doña Leonor de Moctezuma, otra hija del emperador Moctezuma casada con el conquistador Juan de

Madrid, En la Imprenta de la Real Academia Española, 1726-1739, 6 vols. [reed. facs., Madrid, Gredos, 1984, 3 vols.]

¹⁹ *Actas de cabildo de la ciudad de México*, ed. cit., 31 de octubre de 1533.

Paz, que obtuvo el pueblo de Ecatepec por merced otorgada por Hernán Cortés en 1527. Entre otras cosas, las autoridades de Tlatelolco alegaron que la Primera Audiencia (1528-1530) había puesto en encomienda a Xaltocan y a Tepeaquilla, entre otros pueblos. No se precisa a quién se encomendó el pueblo de Tepeaquilla. Pero la Real Audiencia, presidida por el virrey don Antonio de Mendoza (virrey de 1535 a 1550), decidió en 1536 que estas asignaciones no eran encomiendas sino confirmaciones de herencias privadas en las estancias de Xóloc, Ozumbilla y Tecalco.²⁰ En estos años, como bien lo mostró Charles Gibson, no existía una distinción clara entre las encomiendas y las tierras patrimoniales de los señores indios, que incluían a sus habitantes y su trabajo, por lo que equivalían a encomiendas.²¹ De cualquier manera, téngase claro que en la medida en que pertenecía a la ciudad de México, Tepeaquilla no fue encomienda de españoles, pues la ciudad misma fue asignada a la Corona desde 1525.²²

La acelerada desecación del lago de Tetzoco aumentó sustancialmente la extensión de las tierras en términos de Tepeyácac, hacia el norte y el este.

El 20 de junio de 1537, el Cabildo de la ciudad de México obtuvo que las cada vez más extensas tierras de Tepeaquilla, de ambos lados de la calzada, fuesen asignadas como *exidos* de la ciudad, cuando el oidor (de la Real Audiencia) licenciado Francisco de Loayza visitó y señaló las

²⁰ Archivo General de Indias (AGI), Justicia, leg. 123, núm. 2; citado por Charles Gibson, *The Aztecs under Spanish rule. A History of the Indians of the Valley of Mexico, 1519-1810*, Stanford, Stanford University Press, 1964, pp. 74-75 y 486.

²¹ Charles Gibson, *op. cit.*, pp. 75-76.

²² Precisa Gerhard: "Si bien tributos de Tenochtitlan parecen haber llegado a manos privadas en los años inmediatamente siguientes a la Conquista, c. 1525 fueron asignados a la Corona. Tlatelolco fue al principio posesión de la Corona y luego estuvo encomendado brevemente a Diego de Ocampo y al propio Cortés antes de pasar definitivamente a la Corona (hacia 1529)". Peter Gerhard, *Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1821* (1972), trad. de Stella Mastrangelo, México, UNAM, 1986, pp. 185-186; cita a Charles Gibson, *op. cit.*, Appendix I, pp. 436-437 y 443.

tierras de Tepeaquilla.²³ Y ya el 31 de julio de 1537 el Cabildo acordó que se señalen los *exidos* de la ciudad que están hacia Tepeaquilla, así como los de Coyoacan.

Recordemos que los ejidos, *exidos*, literalmente "salidas", eran las tierras comunes en las salidas de las ciudades, o más precisamente: "El campo questá a la salida del Lugar, que no se planta ni se labra, y es común para todos los vecinos, y suele servir de era para descargar en él las mieses y limpiarlas".

A partir de 1537 el Cabildo de la ciudad de México defendió celosamente sus derechos sobre sus *exidos* de Tepeaquilla, que mandaba visitar periódicamente. Aunque la evidencia no es muy explícita, varios autores modernos adscriben el Tepeyácac prehispánico a la parcialidad tlatelolca de la ciudad de México.²⁴ Pero al volverse *exido* de la ciudad de México pasó a depender ya no del Cabildo indio de Tlatelolco sino del gobierno español de la ciudad de México.²⁵

El 3 de junio de 1542 el Cabildo hizo merced de una estancia para ganado ovejuno al factor (de la Real Hacienda) Gonzalo de Salazar en Tepeaquilla, donde hay un ojo de agua. Y el 11 de junio acordó pedir que los *heridos* para molinos estén en la sierra de Tepeaquilla, aguas vertien-

²³ Citado en el *Acta de cabildo de la ciudad de México*, viernes 23 de octubre de 1551. Nuño de Guzmán, presidente de la Primera Audiencia de México, dio por *exidos* por la ciudad cierta parte en términos de Coyoacan. "Carta a la Emperatriz de la Audiencia de México", México, 3 de noviembre de 1532; en Francisco del Paso y Troncoso (ed.), *Epistolario de Nueva España (1505-1818)*, México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos (Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas, Segunda serie), 1939-1942, 16 vols. (ENE), vol. II, p. 220.

²⁴ Delfina Esmeralda López Sarrelangue, *op. cit.*, p. 18; Perla Valle, "Estudio preliminar", en *Códice de Tlatelolco*, México, INAH/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1994, p. 22; y Francisco Miranda Godínez, *op. cit.*, p. 243.

²⁵ Esta dependencia se consolidó en 1555-1556, cuando el arzobispo de México retomó la doctrina del Tepeyácac que se habían apropiado los franciscanos. Por ello, como lo registra Charles Gibson, el Tepeyac fue dependencia de la ciudad de México durante el periodo colonial; Gibson, *op. cit.*, cap. XIII, mapas 11 y 12; y Andrés Lira, *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México. Tenochtitlan y Tlatelolco, sus pueblos y barrios, 1812-1919*, México, El Colegio de México/El Colegio de Michoacán, 1983, cap. I, p. 38.

tes de la sierra a esta ciudad hasta Xochimilco, yendo por las tierras de Tenayuca, Tacuba y Ayauacan (¿Coyoacan?).

Continúa la utilización de las tierras de Tepeaquilla para la cría de ovejas. No sé si sigan las huertas con árboles y viñedos, para los que se busca agua, ojos de agua, tal vez por el retroceso de la laguna de Tetzoco. Pero ahora se agregó la aparición de molinos, activados por agua, en las tierras de toda la ribera occidental del lago, desde Tepeyácac hasta Xochimilco, pasando por Tenayuca, Tacuba y Coyoacan.

De manera notable la palabra “herido”, en la expresión “heridos para molinos”, no es registrada por los diccionarios españoles, desde Nebrija hasta María Moliner (pasando por Molina, Covarrubias y el *Diccionario de Autoridades*, entre otros). Parece tratarse de un mexicanismo que significa “caída, golpe, potencia de agua”, pues así lo registró el sabio Joaquín García Icazbalceta, quien lo encontró precisamente en las *Actas de cabildo de la ciudad de México*, en el año 1528, 3 y 8 de julio.²⁶

²⁶ Joaquín García Icazbalceta, *Vocabulario de mexicanismos, comprobado con ejemplos y comparado con los de otros países hispano-americanos*, México, Tip. y Lit. “La Europea”, 1899, editado póstumamente por su hijo Luis García Pimentel. Aun cuando sólo abarca hasta la letra G, García Pimentel alcanzó a imprimir unas hojas adicionales con el título “Vocablos y ejemplos, por orden alfabético de autoridades, que había acopiado el Sr. Don Joaquín García Icazbalceta para continuar esta obra”. En la primera de estas páginas, la 242 (clara continuación del *Vocabulario de mexicanismos*, que tiene 241 páginas), García Icazbalceta registró la voz “herido”, “caída, golpe, potencia de agua”, tomada de las *Actas de Cabildo*: “En esta día los dichos señores, de pedimento e suplicación de Pedro Gallego, le hicieron merced de un *herido* de agua para que pueda hacer un molino” [en un río que descende a Tacuba] (3 de julio 1528)- En este día los dichos señores, a pedimento del señor tesorero Alonso de Estrada, le hicieron merced de dos *heridos* para hacer dos molinos” [en el arroyo de Tacubaya] (8 de julio 1528). Pedro Robredo obsequió una copia fotostática de las primeras tres páginas adicionales impresas por García Pimentel, pp. 242, 243 y 244, a Francisco J. Santamaría, que incluyó la voz “herido” y dio noticia de “la parte adicional desconocida de la obra de Icazbalceta” en su *Diccionario de mexicanismos*, México, Porrúa, 1959, cuarta edición corregida y aumentada, 1983. Agradezco a mi amiga y colega Bárbara Cifuentes el haberme regalado fotocopia de las tres páginas (pp. 242-244) de los “Vocablos y ejemplos...” de García Icazbalceta.

El jueves 12 de mayo de 1547 los alcaldes y regidores del Cabildo asentaron que por haber

[...]necesidad de visitar los exidos desta cibdad, mandaron que por questa cibdad es informada que los indios e otras personas hacen cierta obra o está hecha en la parte de Tepeaquilla, que es en perjuicio desta república, mandaron que la justicia e regimiento desta cibdad vaya a vello, e señala con que sea el domingo primero que viene.

No sé si la visita de la construcción que se levantaba en Tepeaquilla se realizó el domingo 15 o el 22 de mayo de 1547. El jueves 26 el Cabildo retomó el asunto sin precisar quiénes eran “los indios e otras personas” que hacían “cierta obra” en la parte de Tepeaquilla, pero advirtió el peligro de haber conducido hacia la laguna de México las aguas que bajaban de la sierra de Guadalupe, que ponía la ciudad en peligro de anegarse.

El Cabildo dio comisión al regidor Ruy González para interrumpir la obra que se hacía en Tepeaquilla y regresar los ríos a su curso antiguo, pasando por el último puente de la calzada de Tepeaquilla, donde el virrey don Antonio de Mendoza mandó hacer una alcantarilla:

Este día [26 de mayo] los dichos señores [justicia y regimiento] dixeron e se dio cuenta que por esta ciudad el jueves pasado que se contaron 12 días del presente mes, e visto, les pareció que la obra que en él se hace es en perjuicio desta república, porque por la parte do se hace vienen las aguas derechamente fuera de su curso antiguo a entrar dentro en esta cibdad, y si se diese lugar a ello sería mucho daño e anegarse la cibdad. E porque lo susodicho se remedie, mandaron que por la puente postrera de Tepeaquilla, que su señoría ilustrísima [el virrey Mendoza] manda agora hazer alcantarilla, vayan las dichas aguas de los ríos por su curso antiguo a salir junto a la casa que agora es de Gonzalo Serezo [Cerezo], porque allí es donde siempre ha salido, y se repare por donde fuere neces-

rio de manera que las dichas aguas no hagan daño en ninguna parte y mandaron que todos los impedimentos que estuviesen hechos, así de valladares como de acequias, se desaguan e se pongan sus reparos convenientes para que las dichas aguas de los dichos ríos vayan por sus cursos antiguos por do solían ir, y cometieron lo susodicho para que lo haga e solicite a Ruy González, regidor desta dicha cibdad.

Vimos ya que fue el virrey Mendoza quien reorientó hacia la laguna de México muchos de los ríos que desaguaban hacia el lago de Tetzco, para tratar de mantener el nivel del agua de la laguna de México que estaba disminuyendo drásticamente, afectando el ancestral modo de vida de la mexicana Venecia. Tal vez por esto, en 1551 el Cabildo de la ciudad de México se alarmó de que las tierras secas de ambas partes de la calzada de Tepeaquilla, marcadas como *exidos* y pastos comunes para ganados españoles por el oidor licenciado Loayza, en su visita del 20 de junio de 1537, ahora estuvieran anegadas, algunas de ellas “de malicia” por los indios, que se las habían apropiado.

El viernes 23 de octubre de 1551 el Cabildo de la ciudad de México dio comisión al regidor Ruy González para ver los *exidos* y pastos comunes de Tepeaquilla y dar relación:

En este día los dichos señores justicia e regidores platicaron sobre que está dado e señalado por *exidos* e pastos comunes para esta ciudad lo questaba seco de la laguna desta cibdad, como van del Tetelulco [Tlatelolco] por la calzada de Tepeaquilla a mano derecha e a mano izquierda hasta la puente e casas questán junto a Tepeaquilla, e que se secase (?) según se contiene en la visita e señalamiento que en ello hizo el señor licenciado Loayza, oidor desta Real Abdiencia, en veinte días del mes de junio del año de 1537 años; e porque algunas personas se quejan que *lo que así estaba seco de la dicha laguna que señaló en el dicho día por exidos e pastos comunes como*

dicho es, anegado de malicia por algunos indios e otros tienen ocupado el dicho sitio, de questa república recibe daño en se le quitar los *exidos* e pastos para los ganados. Cometieron a Ruy González, regidor desta cibdad, que estaba presente, que tiene noticia de lo susodicho, que vea el dicho sitio y amojonamiento dello e dé relación a esta cibdad de lo que en ello estuviese anegado e por cuya causa es ocupado por algunas personas, e con que se le encargó la cibdad para que justamente vea lo susodicho e de la dicha relación lo cual haga brevemente por que sobre ello se provea lo que convenga al bien desta república.

Sería interesante conocer la *Relación* del regidor Ruy González sobre los indios que anegaban las tierras cercanas a Tepeaquilla para evitar que se las apropiaran los españoles de la ciudad de México y sus ganados.

Los indios aprovechaban las ciénegas que se formaron cerca de Tepeaquilla (y de Chapultepec e Iztapalapa) para cultivar juncos para hacer *petates*. Así lo muestra un mandamiento virreinal del 6 de de junio de 1551, cuando don Diego (Tehuetzqui), gobernador indio de la parte de México (de 1539 a 1554),²⁷ “por sí y en nombre de los mexicanos”, se presentó ante el virrey don Luis de Velasco (virrey de 1550 a 1564) haciéndole relación de que ellos tienen la muy antigua costumbre de

[...] poner a mano enneas [juncos]²⁸ en una ciénega que está junto a Chapultepeque y

²⁷ Trátase de don Diego Teuetzquiti, decimoquinto gobernador de Tenochtitlan según el *Códice florentino*, lib. VIII, cap. I. Traduzco el texto náhuatl:

Don Diego Teuetzquiti gobernó Tenochtitlan quince años, durante los cuales sucedió que se extendió una gran enfermedad llamada pestilencia. Salía sangre de las narices de la gente. Había mucha muerte en todas partes por ella y muchos se morían de hambre. Muchos eran sepultados diario en todas partes. Y sucedió que destruyeron, conquistaron a los chichimecas, xochipiltecas y gente de Cíbola.

²⁸ Enea: “Hierba que nace en partes húmedas, y de ordinario en medio de los arroyos, la cual arroja unas pajas o

en otra hacia Estapalapa [Iztapalapa] y Tepeaquilla, todo lo cual en término de Mexico, y que con las dichas enneas hacen *petates*²⁹ por vía de granjerías para su sustentación; y que ahora de pocos días a esta parte un Galindo Almotacén y Gregorio de Pesquera, que tiene cargo del Colegio de los Niños,³⁰ no lo pudiendo ni debiendo hacer, han ido a las dichas ciénegas y les han cogido las enneas, de lo cual reciben agravio y daño, y se teme que lo mismo harán otras personas...

El virrey Velasco mandó castigar a los españoles que les tomen sus enneas a los mexicanos.³¹

Las tierras de Tepeaquilla no sólo fueron objeto de contienda entre indios y españoles. En 1551 seguía el pleito, iniciado veinte años antes, entre las dos parcialidades indias de la ciudad de México, la de Mexico Tenochtitlan y la de Santiago Tlatelolco. El 12 de septiembre de 1551 el virrey Velasco informó a don Esteban de Guzmán, principal de Xochimilco, que entre los indios de Mexico y los de Santiago (Tlatelolco) “hubo cierta diferencia sobre las tierras de Tepeaquilla y maceguals que en ellas están poblados, la cual diferencia está averiguada y determinada”. Y ahora los de Mexico informaron al virrey que,

[...] estando por la dicha determinación mandado que, en caso que los *maceguals* de Santiago [Tlatelolco] se quisiesen pasar

vástagos gruesos como un dedo y muy altos, a manera de juncos; pero estoposos y endebles, de que se forman esteras, y sirven para hacer los asientos de las sillas caseras en que se sientan comúnmente las mujeres”. *Diccionario de Autoridades, op. cit.*

²⁹ Desde la década de 1530 se hizo común el nahuatlismo *petate*, “estera”, que viene del náhuatl *pétlatl*.

³⁰ No sé si se refiera a la escuela para niños fundada por el franciscano fray Pedro de Gante (1486-1572) en el convento de San Francisco de la ciudad de México.

³¹ Silvio Zavala (ed.), *Asientos de la gobernación de la Nueva España. Periodo del virrey don Luis de Velasco, 1550-1552*, México, AGN, 1982, pp. 231-232; y Peter Gerhard, *Síntesis e índice de los mandamientos virreinales, 1548-1553*, México, UNAM-IIIH, 1992, p. 37.

a otra parte, no deshiciesen las casas ni llevasen los materiales, las han deshecho y deshacen, no guardando la determinación, lo cual es causa que entre las dichas partes haya desasosiego...

Los de Mexico informaron también que entre las partes en disputa “no está acabado de determinar la tierra que hay desde lo determinado hasta una acequia de agua”. El virrey mandó a don Esteban de Guzmán ir a “las dichas tierras de la diferencia”, llamar a las partes, guardar la determinación ya hecha, averiguar “el derecho que cada uno tiene” y traer la averiguación al virrey para que provea lo que convenga.³²

Ya vimos que el 16 de octubre de 1528 el Cabildo de la ciudad de México hizo merced a dos españoles “de un cercado que solía ser huerta de Montezuma, que es fuera de la cibdad de Tepeaquilla, junto a la dicha Tepeaquilla, que se dice Yelcóyotl”. Ahora sabemos que tanto los mexicas como los tlatelolcas tenían desde la época prehispánica tierras con sus “maceguals” (¿terrazgueros o *mayerques*?) en Tepeaquilla (como las tuvieron en muchas otras partes), que conservaban estas tierras en 1551 bajo el dominio español, que éstas fueron objeto de disputas, probablemente favorecidas por la autonomía respecto a Tenochtitlan que Tlatelolco recuperó a partir de la Conquista y por el consiguiente resurgimiento del patriotismo tlatelolca.

Merece atención la figura de don Esteban de Guzmán, principal de Xochimilco. En junio de 1554, tras la muerte de don Diego Tehuetzqui, gobernador indio de Tenochtitlan, don Esteban de Guzmán, que a la sazón era gobernador de Xochimilco, lo sustituyó hasta enero de 1557 sin ostentar el cargo de gobernador, pues no pertenecía a la dinastía real tenochca, sino como juez de residencia.³³ ¿Se conservan los registros de este juicio de residencia hecho por don Esteban de Guzmán a los funcionarios indios de la ciudad de México durante estos años decisivos?

³² Silvio Zavala, *op. cit.*, p. 389; y Peter Gerhard, *op. cit.*, p. 39.

³³ Charles Gibson, *op. cit.*, cap. VII, p. 169.

En mandamiento del 12 de febrero de 1551 el virrey don Luis de Velasco mostró las preocupaciones que se tenían sobre la acelerada desecación de la laguna de México, al Noroeste y Oeste de la ciudad de México, debido a la utilización productiva en los pueblos ribereños de los ríos, fuentes y manantiales.³⁴ El virrey hizo saber a los gobernadores, alcaldes y regidores, principales y alguaciles de los pueblos de Tenayuca, Tepeaquilla, Teocalhoayucan, Tacuba y Escapuzalco [Azcapotzalco], que ha sido informado

[...] que los ríos, fuentes y manantiales que entran en la laguna de esta cibdad las sacan de sus surcos y madres y vías ordinarias por do suelen venir, a cuya causa se impide la navegación de las canoas que vienen y van de esta ciudad y especialmente no se puede traer la piedra con que se empiedran las calles públicas de ella.

Atento a lo susodicho, el virrey Velasco mandó que

[...] no saquen los ríos, fuentes, ni manantiales que entran en la laguna de esta cibdad de sus madres y libremente dejen venir las aguas a la laguna, y si en algunas partes está impedido y atajado, lo destapen y hagan destapar luego, con apercibimiento que lo contrario haciendo serán castigados conforme a justicia, demás y allende que a su costa enviará persona que haga cumplir lo susodicho...” Manda finalmente el virrey que este mandamiento “se entienda

³⁴ La inclusión en la presente serie documental sobre el Tepeyac de este mandamiento del virrey Velasco, del 12 de febrero de 1551, se debe al diligente cotejo de Peter Gerhard, quien observó que donde dice “Tepeacuylo” en la copia de la colección Kraus (de la Biblioteca del Congreso, en Washington), dice “Tepeaquilla” en el *Libro de gobierno* original, en el tomo III del ramo Mercedes del Archivo General de la Nación, en la ciudad de México. Peter Gerhard, *op. cit.* (1992), pp. 31 y 80. Silvio Zavala sigue la copia de la colección Kraus, en *op. cit.* (1982), p. 333.

asimismo contra cualesquier español a quien toca”.³⁵

Peter Gerhard comenta que “es evidente la imposibilidad de hacer acatar esta orden sin deshacer los muchos molinos, labores, etc., que ya tenían españoles e indios en la región nombrada”.³⁶ El nivel del agua del sistema lacustre de la cuenca de México había bajado sensiblemente desde la invasión española, debido a la deforestación y a las obras de riego asentadas en los pueblos ribereños, que consumían el agua que antes alimentaba la laguna.

El sistema lacustre de la cuenca de México no era muy profundo (el más hondo era el lago de Tetzco), por lo que cualquier disminución en la cantidad de agua se dejaba sentir en un gran retroceso de las riberas.³⁷ Fray Toribio de Benavente Motolinía (1491?-1569) advirtió que el retroceso ya había comenzado en 1524.³⁸ Era una gran molestia para la ciudad el insalubre mal olor desprendido por las pantanosas tierras recién descubiertas.

Sebastián Ramírez de Fuenleal (1490?-1547), presidente de la Segunda Audiencia de México, ideó la posibilidad de desviar el río de Cuauhtitlan al lago de Tetzco para alimentarlo, y el primer virrey don Antonio de Mendoza realizó la obra. Pero este flujo no bastaba para contener el retroceso de la laguna. El virrey don Luis de Velasco tuvo que limitar en 1551 la utiliza-

³⁵ Diego de Rojas y Alonso Gómez, labradores de la ciudad de México, tuvieron que obtener una licencia especial del virrey Velasco, otorgada el 17 de marzo de 1551, para regar las heredades de trigo que tienen en términos de Tenayuca ocho días cada año en marzo, con el agua de un río que pasa cerca. Silvio Zavala, *op. cit.* (1982), p. 68; y Peter Gerhard, *op. cit.* (1992), p. 82.

³⁶ Peter Gerhard, *ibidem*, p. 31; cita a Charles Gibson, *op. cit.*, cap. XI, p. 303.

³⁷ Sigo a Emma Pérez-Rocha (ed.), *Ciudad en peligro. Probanza sobre el desagüe general de la ciudad de México, 1556*, México, INAH (Científica, Serie Historia, 314), 1996; y Charles Gibson, *op. cit.*, cap. XI.

³⁸ Fray Toribio de Benavente Motolinía, OFM, *El libro perdido. Ensayo de reconstrucción de la obra histórica extraviada de fray Toribio* (trabajo realizado en el Seminario de Historiografía Mexicana de la Universidad Iberoamericana, dirigido por Edmundo O’Gorman), México, Conaculta, 1989.

ción productiva por indios y españoles de los arroyos que bajaban por Tacuba, Azcapotzalco, Tenayuca y Tepeaquilla.

Avanzaron las tierras rápidamente puestas al cultivo. Desde los primeros tiempos, el Cabildo de la ciudad concedió una gran cantidad de mercedes de solares por la calzada de Tacuba.³⁹ Treinta años después de la Conquista, Tenochtitlan dejó de ser una isla, pues se había unido prácticamente con la tierra firme por el Oeste, en una zona en ocasiones pantanosa, cruzada por acequias, al norte del acueducto de Chapultepec y de la calzada de Tacuba, llegando casi hasta Tenayuca.

Inundación y grandes obras

La antigua albarrada —construida entre 1449 y 1455 bajo la dirección de Nezahualcōyotl (1402-1472), el rey poeta y arquitecto de Tetzco—, que iba de la península de Iztapalapa a Atzacolco, en la península de Tepeyácac, separando las aguas dulces de la laguna de México de las aguas salinas del lago de Tetzco, había sido rota en varias partes por Hernán Cortés y los conquistadores españoles durante el sitio de la ciudad en 1521, para dar paso y salida a los bergantines construidos en la ciudad de Tetzco. Los bergantines fueron construidos entre octubre de 1520 y marzo de 1521, y entraron por el lago de Tetzco en junio de 1521, apoyados por la flota guerrera tetzcocana. Después, los vecinos de la ciudad sin problemas tomaron piedras de la albarrada para construir sus casas. Como el problema de la ciudad era más bien la desecación del lago, y no el exceso de agua y las inundaciones, nadie se preocupaba por las ruinas de la vieja albarrada.

Tampoco se encontraba en buen estado la otra albarrada, o “reparo”, la que construyó el emperador mexica Ahuítzotl (emperador de 1486 a 1502), pegada al costado Este de la ciudad frente al lago de Tetzco, donde estaban

³⁹ Edmundo O’Gorman, *op. cit.*

las *atarazanas*.⁴⁰ La calzada iba de la calzada de Tepeyácac a San Lázaro, y seguía probablemente a San Antón y San Juan, conectando con la calzada y acueducto de Chapultepec.⁴¹

El 14 de noviembre de 1552, tras de realizar una visita a los *exidos* de la ciudad, entre ellos el de Tepeaquilla, el Cabildo de la ciudad de México notificó al virrey Velasco una serie de reparaciones urbanas urgentes: reparación de diques, pozos, acequias, caminos y cañadas. Uno de los puntos se refería a la reparación de este “reparo”:

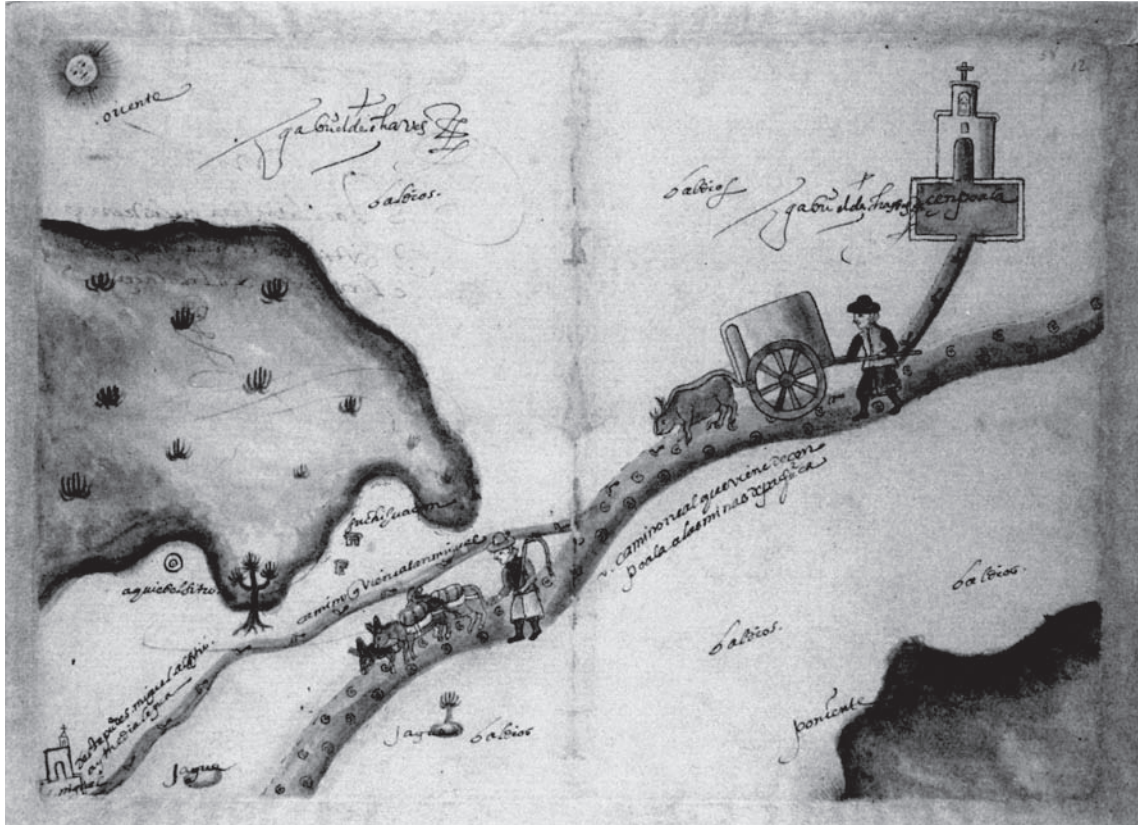
Yten, que los indios tenían antiguamente hecho un reparo desde la calzada que viene de Ystapalapa hasta la calzada de Tepeaquilla para defenderse de las crecientes de la laguna grande, el cual reparo al presente está deshecho y es muy necesario se torne hazer y reparar de la manera que los naturales desta ciudad lo solían tener, porque sin él con cualquier crecida de los ríos que en el alaguna⁴² entran, esta cibdad tiene peligro de ser anegada.⁴³

⁴⁰ Atarazana: “Oficina junto al mar, donde se fabrican navíos, galeras y otras embarcaciones, y se labran y tienen todos los pertrechos, que son necesarios para la navegación, que por otro nombre se llama Arsenal”. *Diccionario de Autoridades*, *op. cit.* Covarrubias (Sebastián de Covarrubias Orozco, *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, Luis Sánchez, impresor del Rey, 1611) le da un origen persa y el *Diccionario de Autoridades* uno árabe.

⁴¹ Fray Diego Durán, OP (1537-1588), *Historia de las Indias de Nueva España*, ed. de Ángel María Garibay K., México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 36 y 37), 1967; sistematizado y mapeado por Ángel Palerm, *Obras hidráulicas prehispánicas en el sistema lacustre del valle de México*, México, SEP/INAH, 1973, pp. 119-133.

⁴² “Alaguna” era “voz anticuada” en 1726, cuando así lo registró el *Diccionario de Autoridades*. Es curiosa esta arabización, con el artículo *al*, de un término latino como *acuna*. Aunque “la alaguna” es un sustantivo femenino, según el *Diccionario*, se encuentra muchas veces en masculino: “el alaguna”. Lo mismo, por cierto, sucede con el sustantivo femenino “la albarrada”, que en estos documentos sobre su construcción en 1556 casi siempre se encuentra masculinizado: “el albarrada”. Más adelante se le acabó de masculinizar con “el albarradón”, modismo que no figura en los diccionarios.

⁴³ *Actas de cabildo de la ciudad de México*, 14 de noviembre de 1552.



La séptima definición de “Reparo” que da el *Diccionario de Autoridades* es: “Se toma también por cualquiera cosa que se pone por defensa o resguardo”, y coincide exactamente con la séptima definición que da de “Albarrada”: “Se toma también por cualquiera cosa que se pone por defensa o resguardo”.

No sé en qué medida se realizaron las urgentes obras urbanas que el Cabildo de la ciudad de México propuso al virrey Velasco. Pero sí se sabe que la ciudad se vio indefensa durante los fuertes aguaceros de septiembre de 1555, que causaron una grave inundación que obligó a grandes obras de reparación y prevención de futuras inundaciones.

El 17 de septiembre de 1555 cayó un aguacero torrencial en el valle de México. Las lluvias siguieron en los días siguientes, se elevó el nivel de la laguna, los ríos crecieron y la ciudad de México quedó anegada varios días. Se interrumpieron las sesiones, iniciadas el 29 de junio, del Primer Concilio Eclesiástico Mexicano, convocado por el arzobispo Montúfar, con el fin de asentar con fuerza y formalidad la Iglesia mexicana y someter más efectivamente a los indios y a las órdenes mendicantes. El daño principal por las aguas lo sufrieron los indios, con sus frágiles casas de adobe y ramas, en la periferia de la ciudad.⁴⁴ Pero los españoles pegaron la voz de alarma, pues esta fue la primera inundación grave que vivió la ciudad de México después de la Conquista. Varias más vendrían.⁴⁵

⁴⁴ Don Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpáhin Cuauhtlehuantzin (1579-1660?), “Séptima relación, f. 207v del Manuscrito Mexicano 74 de la Biblioteca Nacional de Francia”, en *Las ocho relaciones y el Memorial de Colhuacan*, paleografía y traducción de Rafael Tena, México, Conaculta (Cien de México), 1998, vol. II, pp. 209-211: “11 Ácatl, 1555. (...) El mismo día 17 de septiembre empezaron las lluvias con que nos inundamos en México; a muchos se les cayeron las casas, y otros tuvieron que abandonar las suyas por habérseles inundado.”

⁴⁵ Escribió Torquemada (*Monarquía indiana*, ed. cit., lib. V, cap. XIV):

[...]habiendo sido el año seco y de pocas aguas, llovió un día tanto y con tan espeso efecto que no sólo hinchó la laguna (que es y ha sido siempre el recibidero de las aguas de estas llanadas) sino también la ciudad; y con tanto exceso que no se pudieron andar las calles tres o

El virrey don Luis de Velasco sabía que con las lluvias de mayo y junio del año siguiente, 1556, la inundación empeoraría. Y ya los alcaldes y regidores del Cabildo español de la ciudad de México sacaban sus antiguos agravios acerca de las obras urbanas que reiteradamente habían solicitado a los virreyes Mendoza y Velasco.⁴⁶ Respetuosamente el virrey Velasco solicitó la opinión del Cabildo y de la Real Audiencia de México sobre la situación, entre otros dignatarios y gente informada.

Pero el virrey sabía que quienes verdaderamente le podrían informar sobre la problemática del sistema lacustre eran las autoridades de los indios. Convocó a los señores naturales de México, Tetzco y Tacuba (la antigua Triple Alianza, 1431-1521), y les pidió que se reunieran, platicaran la situación y le dieran una opinión, así como pinturas que mostraran cómo se había resguardado la ciudad de sufrir inundaciones causadas por las crecidas del lago de Tetzco antes de la venida de los españoles.⁴⁷

Los señores de la Triple Alianza platicaron y concluyeron que lo mejor era hacer “un albarrada junto a las atarazanas como antiguamente estaba hecha, para que en ella se detuviese el agua de la dicha laguna”. Esta albarrada que “antiguamente estaba hecha” era la que mandó construir el emperador mexica Ahuítzotl, pegada al costado oriente de la ciudad, después llamado “albarradón de San Lázaro”.

Las reparaciones igualmente incluían reparar la antigua “albarrada de los indios”, el ruinoso y saqueado dique construido por Nezahualcóyotl, que cruzaba sobre el lago de Tetzco, que separaba las aguas dulces de la laguna de México de las saladas del lago de Tetzco y que

cuatro días si no era en canoas. Como el caso no se había visto entre los castellanos que la habitaban (aunque en el tiempo de su gentilidad había acaecido otras veces a los indios) fue mucho el temor y miedo de anegarse que puso en sus corazones.

⁴⁶ *Actas de cabildo de la ciudad de México*, 27 de septiembre de 1555.

⁴⁷ Emma Pérez-Rocha, *op. cit.* (1996), p. 54 y ss.

iba, como vimos, de la península de Iztapalapa a la de Tepeyácac.⁴⁸

El 23 de octubre de 1555, el virrey se reunió con los regidores del cabildo español de la ciudad de México, con el que no estaba en buenos términos; platicaron sobre el peligro que corría la ciudad por estar anegada, y el virrey entregó al Cabildo “una pintura hecha de los indios en que está esta cibdad figurada con el alaguna que está junto a esta cibdad, ríos de aguas y acequias de aguas que entran en esta cibdad”. Nótese que el texto se refiere a “la laguna que está *junto* a esta ciudad”: la laguna ya no rodeaba a la ciudad que había dejado de ser una isla, ya no era el ombligo de la luna (Metzxicco, en náhuatl, de *metz-tli*, “luna”, *xic-tli*, “ombligo”, y *-co*, locativo).

Esta “pintura hecha de los indios” en octubre de 1555 es muy probablemente el *Mapa de Uppsala*, o una versión preliminar del mismo, pintado por los artistas nahuas del colegio franciscano de Santa Cruz de Tlatelolco, con un plan general de las obras que habría que realizar en las albarradas, las calzadas, los canales, los acueductos y los puentes de la ciudad, así como la iglesia de Chapultepec, entre otras.⁴⁹

Dos días después, el 25 de octubre de 1555, se reunió el Cabildo español de la ciudad de México, que mandó presentar al virrey un programa de reparaciones necesarias: calzadas, acequias, puentes, vados y ramblas, sin mencionar las albarradas. Dos de las proposiciones del Cabildo se refieren a Tepeaquilla:

⁴⁸ “Greater Tenochtitlan”, mapa, en William T. Sanders, Jeffrey R. Parsons y Robert S. Santley, *The Basin of Mexico. Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*, Nueva York, San Francisco/Londres, Academic Press (Studies in Archaeology), vol. II, Maps. 1979; véase también a William T. Sanders, “Ecological Adaptation in the Basin of Mexico: 23 000 B.C. to the Present”, en Victoria R. Bricker (ed. gral.), *Supplement to the Handbook of Middle American Indians: Volume 1, Archaeology* (ed. de Jeremy Sabloff y Patricia Andrews), Austin, University of Texas Press, 1981, pp. 194-195.

⁴⁹ *Mapa de Mexico Tenochtitlan y sus contornos hacia 1550*, estudio introductorio de Miguel León-Portilla y Carmen Aguilera, México, Celanese Mexicana, 1986.

Yten, dice que se reparen los ríos de Tacubaya Tencalhuyoacan que vayan por sus madres viejas como solían y suelen ir a dar a el alaguna de Tescuco por Tepeaquilla, haciendo más puentes y mayores que los que hay para que las crecientes de las aguas puedan salir sin romper ni venir a esta cibdad.

Yten, dice se reparen todas las calzadas que van desta cibdad a tierra firme para que las aguas no puedan [pasar] por encima de ellas.⁵⁰

Necesarias sin duda, las obras propuestas por el Cabildo no parecen suficientes para prevenir futuras inundaciones. El virrey, basado en la opinión y los mapas de los señores naturales de Mexico, Tacuba y Tetzco, sin descuidar las necesarias obras de reparación en la ciudad, decidió concentrarse en la reconstrucción de las dos albarradas, la de Nezahualcóyotl y la de Ahuítzotl. Esta última cumpliría, además, una función defensiva militar, pues los vecinos españoles de la ciudad de México se sabían rodeados de indios explotados y temían una rebelión.

El “aderezo” de las calzadas de Tepeaquilla, Tacuba e Iztapalapa permitiría controlar el nivel de las disminuidas aguas del norte y sur de la ciudad (por el Occidente la ciudad ya estaba prácticamente unida con la tierra firme).

Complicó un poco las cosas la ausencia del virrey Velasco en noviembre y diciembre de ese año de 1555, cuando salió a visitar la provincia de Mechuacan. La razón de fondo del viaje, además de los conflictos locales que tenía que dirimir allí, debió ser no convalidar con su presencia la promulgación, el 6 y el 7 de noviembre, de las constituciones del Primer Concilio Eclesiástico Mexicano, que afectaba a los frailes).⁵¹

⁵⁰ *Actas de cabildo de la ciudad de México*, ed. cit., 25 de octubre de 1555; véase también el acta del 14 de octubre de 1555.

⁵¹ Rodrigo Martínez Baracs, *Convivencia y utopía. El gobierno indio y español de la “ciudad de Mechuacan”, 1521-1580*, México, INAH/FCE (Sección de Obras de Historia), 2005, pp. 345-351.

El virrey dejó apalabrada la organización de las obras de remedio y reparación de la ciudad antes de irse y, tal vez de manera intencionada, firmó ya en el pueblo de Toluca, el 3 y 4 de noviembre, varias cartas, memorias y mandamientos que mandó a las autoridades españoles e indias de la ciudad de México. Es posible que estos documentos los haya preparado el virrey antes de salir de la ciudad, y que tan sólo los firmara y expidiera en Toluca para evitar ser personalmente contradicho.

Bien sabía el virrey que al Cabildo español no le iba a gustar la carta misiva y la memoria que le mandó, disponiendo la obra de las reparaciones y que se alimentara, como en tiempos de Moctezuma, a los seis mil naturales que participarían en la obra, que debía empezar el primero de diciembre de 1555. Los gastos se repartirían entre la ciudad y la Real Hacienda de Su Majestad. La Real Hacienda pondría ocho mil fanegas de maíz, el Cabildo debía poner las herramientas y la carne, a razón de una libra diaria por indio.

Los seis mil trabajadores vendrían no sólo de los pueblos dominados por los tres grandes reinos o señoríos de la Triple Alianza —Mexico, Tetzco y Tlacopan—, sino también del señorío de Chalco, lo cual parece resultado de una negociación con los señores de Mexico, Tetzco y Tlacopan. Lo sugiere la manera en que el virrey dividió el gran repartimiento de trabajadores en los mandamientos respectivos del 3 y el 4 de noviembre de 1555: tanto Mexico como Tetzco y Tlacopan darían cada uno dos mil personas menos 333, pues la provincia de Chalco daría mil: “Y entiéndese que este Repartimiento que hiziereis no ha de eçeder de dos mil personas que por todas an de ser seis mil, y destas dos mil personas sean descontadas trezientas e trenta e tres atento que la provincia de Chalco da mil.”⁵²

Si calculamos que las ciudades de Mexico, Tetzco y Tacuba dan cada una $2000 - 333 = 1\ 667$ personas, y que Chalco da 1 000, el total de trabajadores en la obra es de 6 001.

⁵² Archivo General de la Nación (AGN), Mercedes, 4, ff. 256v-257r.

El virrey dio también siete mandamientos para la designación de siete alguaciles que auxilien a los cuatro gobernadores en el reclutamiento de la gente: Baltasar y Toribio en la ciudad de México, Antonio y Juan en la de Tetzco, Pedro y Pablo en Tacuba, y uno más no identificado en Chalco.

La organización de la parte mexicana de la obra quedó en manos del ya mencionado don Esteban de Guzmán, principal de Xochimilco, quien gobernó la parcialidad de Mexico Tenochtitlan entre junio de 1554 y enero de 1557 con el título de juez, interrumpiendo la línea de gobernadores de la familia real mexicana.⁵³ Don Esteban debía mandar con vara de justicia a Baltasar Acatliapanécatl, natural de Mexico, a los pueblos que le indicare a “recoger las personas que él repartiere en ellos para las albarradas que se han de hacer en la ciudad de Mexico para el reparo de ella”.⁵⁴

Recibieron mandamientos virreinales semejantes don Antonio Totoquihuatzin (*ca.* 1516-1574), gobernador de Tacuba desde 1550; don Hernando Pimentel (?-1564), gobernador de Tetzco desde 1545, y los caciques de la cabecera de Tlalmanalco, con poder para hacer el repartimiento de mil indios de la provincia de Chalco. Cada mandamiento precisa los pueblos que debían dar gente para la obra, algunos bastante alejados de la ciudad, de acuerdo con lo que cada uno “buenamente” pudiera dar.⁵⁵ Por

⁵³ Ya vimos que la relación del virrey Velasco con el xochimilca don Esteban de Guzmán data de 1551, cuando menos, cuando le mandó dirimir el conflicto entre las parcialidades de Mexico y Tlatelolco sobre sus tierras y “macegales” en Tepeaquilla. Don Esteban tenía la confianza del virrey, quien debió influir para que fuera promovido al cargo de juez de residencia de la ciudad de México.

⁵⁴ Mandamientos del virrey Velasco, Toluca, 3 y 4 de noviembre de 1555, AGN, Mercedes, vol. 4, ff. 256v-257r.; y Emma Pérez-Rocha, *op. cit.* (1996), pp. 18-19.

⁵⁵ El repartimiento de la ciudad de México incluía los pueblos de Tenustitlan, Tlatelolco, Colhuacan, Iztapalapa, Mexicatzinco, Huitzilopochco (Churubusco), Xochimilco, Cuitláhuac, Mízquic, Tulucan, Metepeque, Tlacotepeque, Tenancatepeque, Tepemaxalco, Hueitenango, Calimayan, Atztototlaya, Atlatlahuían, Malinalco, Conpohuacan, Ocuihan, Tenancingo, Çoquicinco, Totlapan, Ecatepeque, Tepanohuían, Xolotepeque. El repartimiento de Tacuba incluía: Tlacuba, Zahuayoacan, Cuauacan, Huizizilapa, Tlalachco,

cierto, no aparece el pueblo de Tepeaquilla, tal vez porque se le consideraba sujeto inmediato de Tlatelolco.

El virrey también dispuso que los trabajadores de las cuatro cabeceras trajeran piedra, céspedes⁵⁶ y estacas para la obra. Pero dejó muy claro que tanto la comida como las herramientas serían provistas por las autoridades españolas. Desde 1549 había sido abolido el servicio personal gratuito, fuera por tributo o repartimiento.⁵⁷

Los documentos toluqueños del virrey Velasco debieron llegar a la ciudad de México el 5 de noviembre, pues el día 6 el regidor Ortuño de Ibarra presentó en el Cabildo la carta y la memoria firmadas por el virrey, y el 11 de noviembre el Cabildo le respondió suplicándole mandase proveer todo lo que la ciudad había pedido para la defensa y remedio de la ciudad anegada, pero oponiéndose categóricamente a pagar las herramientas y mantenimientos de los indios que trabajasen en la construcción, alegando lastimeramente la gran pobreza de los españoles de la ciudad:

[...] la Ciudad hace saber al Virrey que desde los tiempos de su infidelidad los indios han hecho a su costa las obras públicas, y el mantenerlos ocasionaría que éstos no

Azcapuçalco, Coyuacan, Atlacubaya, Atlapulco, Xalatlaco, Capuluac, Couatepecque, Quautitlan, Citlaltepeque, Zompanco, Tepoçotlan, Toltitlan, Tepexic, Tula, Xixipacoyan, Atlatlahuican, Mizquiahuala, Apasco, Axocopa, Tezcatepeque, Yzcuincuitlapilco. El repartimiento de Tetzco abarcaba: Tezcuco, Huexotla, Couaticha, Chimalhuacan, Chiautla, Tepetlaóztoc, Tepechpan, Aculman, Tezoyocan, Chicuinastla, Couatepeque, Yztapalucan, Papalotlan, Xaltocan, Tulancinco, Quauchinanco, Xicotepeque, Paguatla, Tlacquiloltepeque, Papalíticpac, Otunba, Teotiuacan, Tepeapulco, Cenpuala, Aztaquemecan, Axapuchco, Auatepeque, Oztotícpac, Tiçayucan, Talanapa, Quautlazinco. No se precisan los nombres de los pueblos incluidos en el repartimiento de la provincia de Chalco.

⁵⁶ Céspedes: “Pedazo de tierra cortado con pala, azadón, u otro instrumento, mezclado con la hierba y raíces. Puede servir para fortificación y otros usos”. *Diccionario de Autoridades*, ed. cit.

⁵⁷ Silvio Zavala, *El servicio personal de los indios de la Nueva España. Tomo I, 1521-1550*, México, El Colegio de México/El Colegio Nacional, 1984, cap. I.

quisieran cooperar más adelante; por otra parte, esta Ciudad no tiene medios para ello mientras los indios son ricos y están ociosos la mayor parte del tiempo.

El Cabildo argumentó también que “la principal obra que se ha de hacer para defensa de las aguas es la cerca de piedra que estaba hecha y se ha deshecho y permitido llevar la piedra y que no es justo que esto cargue sobre esta república, que no se aprovechó de la piedra”.⁵⁸

El virrey respondió con un capítulo de carta firmado en el pueblo (español) de Guayángareo (después Valladolid, y después Morelia)⁵⁹ el 19 de noviembre de 1555, recordando que, con acuerdo de la Audiencia y del Cabildo de la ciudad de México, se había resuelto reparar las calzadas y los caminos que las aguas habían dañado y, hecho esto, se reparase la albarrada que los naturales antiguamente tenían a la parte de la laguna para contener las inundaciones. El virrey había proveído para que se efectuase la obra, y por medio de la Real Hacienda había dado el maíz necesario para los trabajadores, lo cual era más de la mitad del gasto, pero el Cabildo se negaba a proporcionar la carne y las herramientas.⁶⁰

Pero el propio virrey tampoco se había apurado mucho en poner su parte, el maíz para los indios, pues apenas el día anterior, el 18 de noviembre de 1555, había dado mandamiento dirigido a los Oficiales Reales de la Real Hacienda

⁵⁸ *Actas de cabildo de la ciudad de México*, ed. cit., 6 y 11 de noviembre de 1555.

⁵⁹ El pueblo de Guayángareo es la nueva ciudad de Mechuacan fundada por el virrey Mendoza en 1541, que pasó al nivel de pueblo a partir del regreso del obispo Quiroga de España a Mechuacan en 1554, con Cédulas ratificando para Pátzcuaro el título de ciudad de Mechuacan. Véase Carlos Herrejón Peredo, *Los orígenes de Guayangareo-Valladolid*, Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán/El Colegio de Michoacán, 1991.

⁶⁰ Carta del virrey Velasco al Cabildo de la ciudad de México, pueblo de Guayángareo, 19 de noviembre de 1555; en Real Academia Española de la Historia, Colección Muñoz, t. LXXXVII, f. 321; citado por Silvio Zavala, *El servicio personal de los indios en la Nueva España*, t. II, 1550-1575, México, El Colegio de México/El Colegio Nacional, 1985, p. 481.

da para que den a los trabajadores de la obra mil fanegas de maíz (todavía no ocho mil), del que dan los indios como tributo.⁶¹

El 26 de noviembre Francisco Gudiel y el regidor Ruy González presentaron al Cabildo proyectos de remedio para la ciudad. Ruy González presentó una pintura en pergamino (¿el *Mapa de Uppsala* o una variante?). El Cabildo tomó providencias para examinar sobre el terreno la propuesta de Gudiel, consistente en desaguar la laguna, construyendo una larguísima acequia hasta el río de Tula. Por medio de “un escribano que se dice Texadillo”,⁶² el Cabildo de la ciudad de México mandó al virrey Velasco, en el pueblo de Guayángareo, noticias y cartas de “cómo ciertas personas habían dado aviso que la laguna se podía desaguar de la parte del pueblo de Guautitlan”. El virrey fue instado a considerar esta posibilidad cuando regresaba de su visita a Mechuacan, pasando no por Toluca, sino por Tula y Cuauhtitlan.⁶³

Pese a las discusiones, la construcción de la albarrada comenzó en la primera semana de diciembre de 1555.⁶⁴ El 16 de diciembre, el escribano de su majestad Pedro Requena notificó al Cabildo un mandamiento del virrey y de la Real Audiencia ordenando al Cabildo dar mil pesos de oro “para proveer a los indios que hacen la reparación de la ciudad para defenderla de las aguas”. Los alcaldes y regidores del Cabildo discutieron este mandamiento el 17 de diciembre sin llegar a un acuerdo, por lo que se votó y la mayoría fue del parecer de no entregar los mil pesos requeridos interponiendo el recurso de la

súplica. El regidor Gonzalo Ruiz aportó un nuevo argumento: “que los indios desta ciudad y su comarca tienen de costumbre hacer las obras públicas desta ciudad, porque por pago dello no tributan a Su Majestad ni a otros encomenderos”.⁶⁵

Al regresar de Mechuacan a fines de diciembre de 1555, el virrey Velasco entró a la ciudad de México por el norte para conocer en detalle el proyecto de desagüe de Francisco Gudiel, que consideró difícil, costosísimo, largo, y que afectaría a muchas tierras de indios y a toda la vida de los indios y españoles de la ciudad de México. El virrey pensó que más ayudaría sacar las aguas del río Cuauhtitlan, que otrora había sido desviado a la laguna de Tetzoco, a las northeñas lagunas de Xaltocan, Zumpango, Citlaltepec, Tecama y Chiconauhtla. Esta obra, decidida en enero de 1556, se inició el 3 de junio de este año.

De regreso a la ciudad de México, el virrey Velasco tuvo que enfrentar la negativa del Cabildo a pagar a los indios de la albarrada sus instrumentos y mantenimientos. En sus Instrucciones dadas en Valladolid (España) el 16 de abril de 1550, Carlos V había recomendado expresamente al virrey Velasco atender la Provisión real del 22 de febrero de 1549, que suprimía los servicios gratuitos que debían dar los indios como parte del tributo que entregaban a sus respectivos encomenderos o corregidores. El tributo indígena quedó limitado a dinero y productos. La esclavitud indígena fue abolida en 1551, por lo que todo el trabajo de los indios debió ser pagado. Varias reales cédulas reforzaron estas medidas, que se fueron aplicando efectivamente.⁶⁶

⁶¹ AGN, Mercedes, 4, f. 268r.

⁶² Cristóbal Texadillo fue recibido por vecino de la ciudad de México el 16 de agosto de 1555, según las *Actas de cabildo de la ciudad de México*. Ha de ser pariente suyo el Cristóbal Texadillo Basante, recibido por vecino el 29 de julio de 1560.

⁶³ *Actas de cabildo de la ciudad de México*, ed. cit., 26 y 29 de noviembre, 16 de diciembre de 1555; y Emma Pérez-Rocha, *op. cit.* (1996), “Introducción” y pp. 60, 125, y ss.

⁶⁴ Según la *Historia de la nación mexicana*, la obra del “muro de piedra” empezó el viernes 6 de diciembre de 1555. Charles E. Dibble (ed. y trad.), *Historia de la nación mexicana. Reproducción a todo color del Códice de 1576 (Códice Aubin)*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1963. Debe verificarse esta fecha, si era viernes, etc.

⁶⁵ *Actas de cabildo de la ciudad de México*, ed. cit., 17 de diciembre de 1555.

⁶⁶ Vasco de Puga, *Provisiones, cédulas, instrucciones de Su Majestad, ordenanzas de difuntos y Audiencia, para la buena expedición de los negocios y administración de justicia y gobernación desta Nueva España y para el buen tratamiento de conservación de los indios, desde el año 1525 hasta este presente de 63*, México, Pedro Ocharte, 1563, ff. 172r-173r, y 122v-123v. Véase también Silvio Zavala, *op. cit.*, 1984-1985, vol. I, cap. I, pp. 40-42; y vol. II, cap. I, pp. 11-16 y ss.

Para hacer obedecer y cumplir la abolición del servicio personal gratuito de los seis mil indios que construyeron la albarrada, el virrey Velasco (a través del licenciado Maldonado, fiscal de la Real Audiencia) emprendió un pleito contra el Cabildo de la ciudad de México, “sobre la comida y lo demás que han de dar a los indios que han hecho e hacen el albarrada para la defensa de la laguna”. El caso se abrió en la Real Audiencia desde principios de 1556 y aún persistía el 17 de diciembre de ese año.

Como documento probatorio, el fiscal licenciado Maldonado mandó hacer en febrero una Probanza o Información sobre la necesidad de construir la albarrada, como se estaba haciendo, y de desviar el río de Cuauhtitlan y otros ríos hacia los lagos norteños, sobre la inconveniencia de aplicar el plan de Francisco Gudiel de desaguar la laguna, y sobre la obligación de pagar a los indios su trabajo.⁶⁷

La Información se tomó entre febrero y comienzos de mayo de 1556.⁶⁸ Veintiocho testigos, indios y españoles, respondieron a las veintinueve preguntas del interrogatorio. Dos de ellas, la séptima y octava, se refieren explícitamente a Tepeaquilla, a propósito de la calzada construida por Ahuítzotl y sobre la necesidad de desviar los ríos que vienen de Tepeaquilla al lago de Tetzaco.

VII. Yten, si saben que la dicha albarrada toma todo lo necesario, dende la calçada que va camino de Tepeaquilla hasta la que va camino de Stapalapa, ques en la parte donde la laguna podría entrar para hacer daño en la ciudad.

VIII. Yten, si saben que el agua de toda la dicha laguna está a un peso e no tiene nin-

guna corriente, e que anda con los vientos, e que si no creciese en mucha cantidad de lo que al presente está, no hará daño en la ciudad echando algunas aguas de las que vienen de la parte de Tepeaquilla e Chapultepeque y Cuyuacan, por fuera de las albarradas a la laguna, como se puede hacer fácilmente.⁶⁹

La mayor parte de los testigos no hicieron más que confirmar lo asentado en ambas preguntas.⁷⁰ Varios testigos nahuas y españoles se refirieron al camino o a la calzada de Tepeaquilla, o a la “calçada que va camino de Tepeaquilla”.

Por la formulación de algunas preguntas y respuestas, para la *Probanza de 1556* parecería que el virrey estaba construyendo la nueva albarrada en el mismo lugar donde estaba la antigua, la de Nezahualcōyotl. Tal vez la confusión era deliberada, para que no se le recriminara al virrey construir dos albarradas, además de las otras obras de la ciudad, que urgían.

La octava pregunta expone una de las soluciones ideadas por el virrey: echar “algunas aguas de las que vienen de la parte de Tepeaquilla e Chapultepeque y Cuyuacan” del otro lado de la albarrada, hacia el lago de Tetzaco. Es curioso que en 1551 el virrey Velasco prohibiera a los agricultores indios y españoles tomar de las aguas de estas tierras que bajan a la laguna, y que en 1556 planeara por el contrario desviar estas aguas hacia el lago de Tetzaco y lo que quedaba de los de Ecatepec, Xaltocan y Zumpango-Citlaltépetl. Pero, como lo mencionaron varios testigos, se trataba de un desvío temporal que se podría hacer fácilmente “cada vez que sea necesario”.⁷¹

⁶⁹ *Ibidem*, p. 34. Las respuestas están en las pp. 42, 47, 51, 55, 59, 67, y ss.

⁶⁷ Este es el documento que Emma Pérez-Rocha encontró en AGI, Patronato, 181, R^o 30, ff. 992-1045r, y publicó en *Ciudad en peligro*, ed. cit.

⁶⁸ Antonio de Turcios, el influyente secretario del virrey y de la Real Audiencia entre 1535 y 1565, estaba demasiado ocupado y declinó hacer la Probanza sobre la obra de la albarrada, que fue encargada a Juan de Cueva, escribano de su majestad de la Real Audiencia. Juan Freile, intérprete de la Audiencia, fungió como intérprete; véase Emma Pérez-Rocha, *op. cit.* (1996), p. 38.

⁷⁰ El dique de Nezahualcōyotl también fue construido por el antiguo Totoquihuaztli (*tlatoani* de Tlacopan entre ca. 1430 y ca. 1450), según la patriótica y apologética respuesta de don Antonio Totoquihuaztli a la cuarta pregunta en 1556, basado en una “pintura antigua”. *Ibidem*, pp. 19 y 78.

⁷¹ Testimonio de Marcos Yzcutécatl, indio principal e natural desta ciudad de Mexico de la parte de Santiago (Tlatelolco), 17 de febrero de 1556; *ibidem*, pp. 38 y 71.

Contestando a la cuarta pregunta, Antonio de Vallejo, vecino de la ciudad de México, nacido hacia 1533 y llegado en 1546 a la Nueva España, agregó el 24 de febrero de 1556 una valiosa explicación a propósito de un *exido* entre Santiago (Tlatelolco) y Tepeaquilla, que le interesaba desaguar. Refiere Vallejo que conoció hace tiempo la albarrada que está “por la parte donde al presente se hace”, y que “por algunas partes estaba deshecha”. Refiere asimismo que “algunas veces por mandado del Cabildo desta ciudad, fue [a] abrir la dicha albarrada para que se desaguase un exido que hay entre Santiago e Tepeaquilla, y el agua que en él había se fuese a la laguna grande”.⁷² El retroceso de la laguna de México había ampliado muy sustancialmente los *exidos* de la ciudad en Tepeaquilla. Avanzaba la triste disminución del sistema lacustre de la cuenca de México.

Poco después de tomada la *Probanza de 1556* sobre la construcción de la albarrada, el 28 de mayo de 1556 el Cabildo de la ciudad de México dirigió al rey una petición, o más bien una serie de peticiones, que incluía quejas por “haber suprimido los servicios de los indios” y por “la indolencia para controlar las aguas”.⁷³

Durante las diversas obras de reparación de puentes y acequias de la ciudad de México, y en la construcción de la nueva albarrada y la reparación de la antigua, los seis mil indios de la comarca que participaron entre diciembre de 1555 y mayo de 1556 debieron pasar frecuentemente por la capilla de Tepeaquilla, que precisamente por entonces el arzobispo Montúfar adscribió a la jurisdicción arquiepiscopal, para iniciar en ella el culto a Nuestra Señora de Guadalupe. De esta manera el arzobispo obtuvo la temprana extensión del culto a los pueblos dependientes de Mexico, Tetzoco, Tacuba y Chalco.

En cuanto a la retribución del trabajo de los seis mil indios que participaron en las obras de construcción y reparación, tal parece que éstos no recibieron mucho más del maíz y algo más

⁷² *Ibidem*, pp. 39 y 99-100.

⁷³ *Actas de cabildo de la ciudad de México*, ed. cit., 28 de mayo de 1556.

que el virrey mandó darles de la Real Hacienda, como se quejaron en 1565 los indios de Mexico y Tlatelolco ante el visitador licenciado Jerónimo de Valderrama, según la *Pintura del gobernador, alcaldes y regidores de Mexico*, también llamado *Códice Osuna*.⁷⁴ El argumento decisivo parece haber sido que los indios de Mexico y Tlatelolco estaban exentos de tributo a cambio de ocuparse de las obras públicas de la ciudad. Por ello, a partir de que Mexico y Tlatelolco fueron obligadas a tributar por el visitador Valderrama en 1564, el Cabildo comenzó a pagarles su trabajo en las obras públicas, así como los materiales.

El 11 de julio de 1567 el Cabildo gastó 250 pesos de oro para el trabajo de los indios que repararon el río que llega a Nuestra Señora de Guadalupe (como se le llamaba para entonces a Tepeaquilla), que se hizo para evitar una inundación; y el 18 de julio se mandaron comprar las 36 vigas para el puente del río que pasa por Nuestra Señora de Guadalupe.⁷⁵

Ya el nombre de Guadalupe estaba desplazando al de Tepeaquilla. Podemos concluir nuestra secuencia de documentos tempranos referidos a Tepeaquilla, antes de la aparición en 1555-1556 del nombre de Guadalupe, no sin antes considerar brevemente dos referencias al Tepeyac, de gran importancia porque se refieren por primera vez a la iglesia que allí se encontraba.

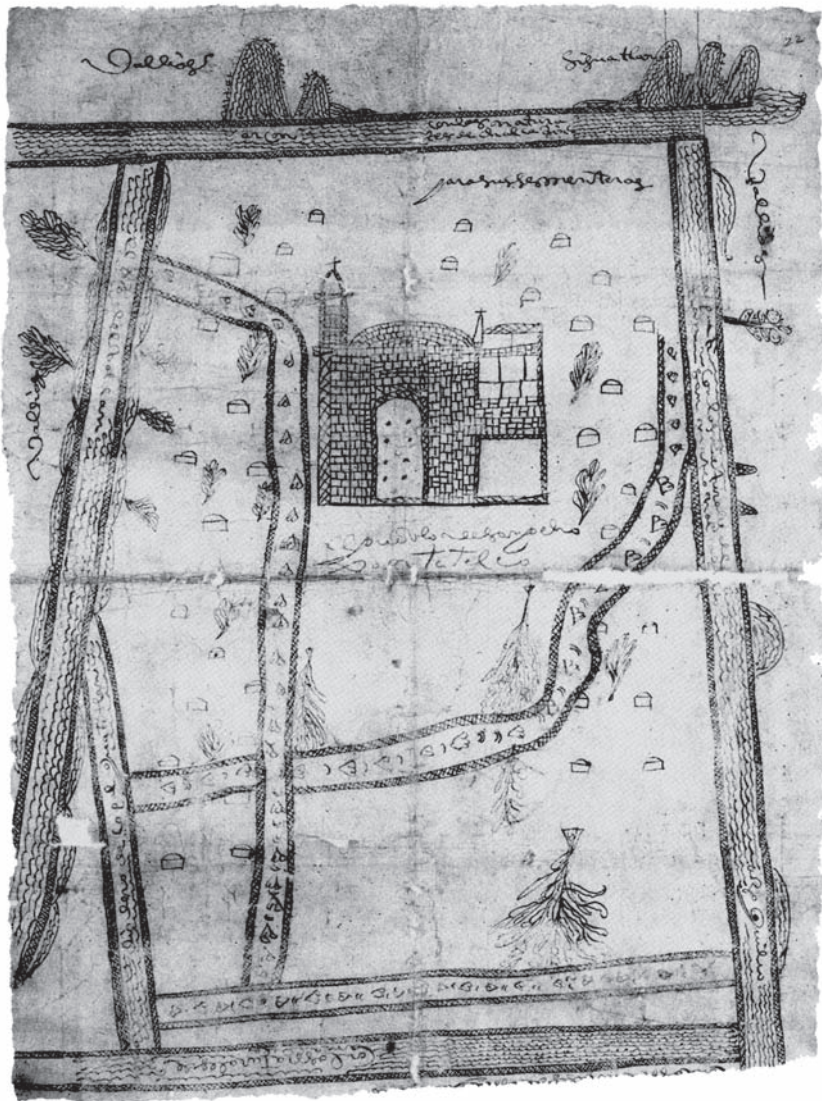
La iglesia de Tepeaquilla en el *Mapa de Uppsala*⁷⁶

Ya mencioné el grande y detalladísimo mapa de la ciudad de México conocido con el nombre de *Mapa de Uppsala*, “Plano de Alonso de Santa

⁷⁴ *Códice Osuna. Pintura del Gobernador, Alcaldes y Regidores de México*, Madrid, 1878, ed. facs. con estudio y transcripción de Vicenta Cortés Alonso, Madrid, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia, 1993, 2 vols. Ver también Zavala, *op. cit.*, t. II, p. 483-493.

⁷⁵ *Actas de cabildo de la ciudad de México*, ed. cit., 11 y 18 de julio de 1567.

⁷⁶ Agradezco a José Antonio Rojas Loa y a mi hermano José Luis Martínez Hernández sus comentarios y su ayuda para obtener buenas copias del *Mapa de Uppsala*.



Cruz”, “Plano atribuido a Alonso de Santa Cruz”, o “Mapa de México-Tenochtitlan y sus contornos hacia 1550”.⁷⁷ Según Manuel Toussaint el sevillano Alonso de Santa Cruz (?-1567), cosmógrafo mayor del emperador Carlos V, no pudo ser el autor del mapa, pues jamás estuvo en Nueva España, por lo que no pudo concebir la enorme riqueza de sus detalles. Toussaint destaca también que el tamaño exagerado en que aparece la plaza y el convento de Tlatelolco es un indicio, entre otros, de que el mapa fue pintado por artistas indios de la parcialidad de Tlatelolco, en el Colegio de Santa Cruz.⁷⁸ De modo que el mapa le fue mandado al cosmógrafo Alonso de Santa Cruz, quien lo copió deficientemente para incluirlo en su *Islario*,⁷⁹ antes de entregárselo al rey.

Si bien este punto es aceptable, ha provocado duda la fecha en que pudo haber sido pintado el *Mapa de Uppsala*. Según Manuel Toussaint fue pintado entre 1556 (cuando fueron concluidas las obras de reconstrucción de las albarradas, que aparecen perfectamente pintadas) y 1562 (cuando el palacio de gobierno español se trasladó a las casas nuevas de Moctezuma, compradas a don Martín Cortés [1533-1589], hijo de Hernán Cortés) por uno o varios artistas indios, basados en una observación muy rica y detallada de la vida prehispánica de la ciudad y sus acuáticos y poblados contornos.⁸⁰

Miguel León-Portilla, sin embargo, aporta una evidencia incontrovertible: en la parte inferior derecha del mapa aparece una cartela con un texto de difícil lectura, pero que Sigvald

Linné logró reconstruir, y constituye una clara dedicatoria del cosmógrafo Alonso de Santa Cruz al emperador Carlos V (1500-1558),⁸¹ quien, como se sabe, abdicó en 1556, de tal modo que el *Mapa de Uppsala* tiene que ser de ese año o pocos antes. Si aceptamos que el mapa no fue pintado por Santa Cruz, sino por pintores indios del Colegio de Santiago Tlatelolco, debe aceptarse que fue pintado algún tiempo antes de 1556, antes de ser enviado a Santa Cruz, quien a su vez debió entregarlo en 1556 al emperador abdicante. Debido al interés de don Antonio de Mendoza (virrey de 1535 a 1550) por la cartografía, y a su relación con Alonso de Santa Cruz, León-Portilla sigue a Linné y fecha “hacia 1550” el *Mapa de la ciudad de México y sus contornos*.

Existe, sin embargo, una tercera posibilidad. La representación tan exacta —demasiado exacta— de las dos albarradas en buen estado (entre las cuales el agua dulce de la laguna de México, más azul, se distingue claramente del agua salada, más verde, del lago de Tetzco), la representación igualmente precisa de todas las calzadas, los canales y las acequias, el acueducto y hasta el cerro de Chapultepec, con sus perfectas e inverosímiles escaleras, sus edificios y la ermita de San Miguel, son indicios de que acaso el *Mapa de Uppsala* no es una representación realista de la ciudad de México o celebratoria de los resultados de las grandes obras de diciembre de 1555 a mayo de 1556,⁸² sino más bien el plan

⁷⁷ Miguel León-Portilla y Carmen Aguilera (eds.), *op. cit.*

⁷⁸ Manuel Toussaint, “El Plano atribuido a Alonso de Santa Cruz. Estudio histórico y analítico”, en *Planos de la ciudad de México*, ed. cit., p. 136.

⁷⁹ Mariano Cuesta (ed.), *Alonso de Santa Cruz y su obra cartográfica*, Madrid, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1984.

⁸⁰ Manuel Toussaint, *op. cit.*, p. 142. Lo sigue parcialmente fray Fidel de Jesús Chauvet, OFM, *El culto guadalupano del Tepeyac. Sus orígenes y sus críticos en el siglo XVI*, México, Centro de Estudios fray Bernardino de Sahagún, 1978, p. 43, según el cual el mapa habría sido pintado entre 1555 y 1562. Nicolás León fecha el mapa en 1555.

⁸¹ Una parte de la cartela dice: *Caesari universae Hispaniae Carolo V / Alfonso de S. Cruce S. P. D. [salutem plurimam dicit] / Urben anc Tenuxtitan conspiciendam offerimus / magestatis gratiam ipsae urbi...*, lo cual traducido al español da: “Al César de toda España Carlos V, Alfonso de Santa Cruz expresa su más amplio saludo, [para] contemplar a esta ciudad de Tenochtitlan ofrecemos, la gracia de Su Majestad para la misma ciudad...”. Sigvald Linné, *El valle de la ciudad de México en 1550. Relación histórica fundada sobre un mapa geográfico que se conserva en la Biblioteca de la Universidad de Uppsala, Suecia*, Estocolmo, The Ethnographical Museum of Sweden (New Series, 9), 1948, pp. 171-177.

⁸² Como yo mismo lo creí y asenté —y aquí mismo me autocritico compungido— en Rodrigo Martínez Baracs, “Tepeyac en la Conquista”, p. 64; y en mi nota sobre Rafael Tena (ed. y trad.), *Anales de Tlatelolco*, México, Conaculta

hecho por los señores indios de Mexico, consultados por el virrey, sobre la situación prehispánica y las grandes obras de reconstrucción que era necesario hacer después de los aguaceros de septiembre de 1555.

Vimos, en efecto, que en octubre de 1555 el virrey Velasco solicitó este mapa a los señores de Mexico, Tetzco y Tlacopan⁸³ y que poco después lo entregó al cabildo español de la ciudad de México.⁸⁴ Los indios *tlacuilos* (pintores) de Tlatelolco, una de las dos parcialidades indias de la ciudad, debieron ser los encargados de pintar el mapa —tal vez en varias versiones, alguno de ellos más esmerado, con más detalles sobre la vida cotidiana de los indios, el paisaje natural y humano— para ser enviado al emperador en España. Lo recibió el cartógrafo Alonso de Santa Cruz, para su supervisión, le agregó la cartela dedicatoria a Carlos V, el águila bicéfala de los Austrias, lo copió para su *Islario* y se lo entregó al emperador, si es que alcanzó a hacerlo.

Es notable que en el mapa casi todas las personas sean indias y sus actividades corresponden al mundo prehispánico, salvo ciertos españoles que apremian y agraden a indios *tamemes* (cargadores) o andan a caballo; pero al mismo tiempo se dibujan con especial precisión las iglesias y construcciones españolas, presentes o más bien futuras.

Habría que reformular la lectura e interpretación de todo el *Mapa de Uppsala* en función de esta propuesta sobre la fecha y circunstancias de su elaboración. Por lo pronto, sin embargo, la especial relevancia del *Mapa de Uppsala* para el presente estudio es que en él aparece, al norte de la ciudad de México, no sólo el pueblo, la calzada, el cerro y las tierras de Tepeaquilla, sino también su iglesia (o iglesias). No aparece el nombre de Tepeaquilla, diminutivo acaso despreciativo, sino el de “Tepeaca”, más cerca de la pronunciación original en náhuatl, Tepeyácatl. (Ya vimos que los

españoles le decían Tepeaca al pueblo de Tepeyácatl, en el actual estado de Puebla.)

Se alcanza a apreciar el edificio de una iglesia con una casa pegada, entre otras construcciones cerca de un camino, y a la derecha un cerro verde con un par de plantas, y en su cúspide dos objetos prominentes, también verdes, que parecen árboles, pedernales o riscos.

Las construcciones que aparecen en ambos lados de la calzada de Tepeyac, claramente pintadas sobre el agua, expresan las tierras ganadas debido a la desecación de la laguna de México en esa zona, apropiadas como *exidos* por la ciudad de México el 20 de junio de 1537. Una extraña columna de agua, algo gruesa, acaso represente una entrada de agua, en forma de golfo alargado, que también aparece en el Mapa de Cortés de 1521-1524. O tal vez represente la confluencia de los ríos de Tacubaya Tencalhuoyacan mencionados el 25 de octubre de 1555 por el Cabildo de la ciudad de México, que pasaba por Tepeaquilla y debía desaguar en el lago de Tetzco, y que los indios reorientaban en 1551 hacia la laguna de México “de malicia”, con el fin de anegar las tierras que se apropiaron la ciudad y varios españoles.

La representación de la iglesia del Tepeyac en el *Mapa de Uppsala* ha sido objeto de varias interpretaciones, de las que sólo menciono algunas. Según el historiador aparicionista fray Fidel de Jesús Chauvet (1908-1983), la iglesia es la “primitiva ermita” del Tepeyac, “una elevada iglesia, con edificio adosado, acaso el hospital o casa para enfermos”; la iglesia está “adornada con una torre por lo menos”.⁸⁵

Esta visión realista de la iglesia del Tepeyac ha sido criticada por Xavier Noguez, con base en un análisis del conjunto del *Mapa de Uppsala*: “el dibujo no parece representar una particular edificación o edificaciones del Tepeyac, sino un edificio religioso genérico, como se

(Cien de México), 2004, en *Dimensión Antropológica*, núm. 36, enero-abril de 2006, pp. 173-181.

⁸³ Emma Pérez-Rocha, *op. cit.* (1996), p. 54.

⁸⁴ *Actas de cabildo de la ciudad de México*, ed. cit., 23 de octubre de 1555.

⁸⁵ Fray Fidel de Jesús Chauvet, OFM, *De Tenochtitlan al Tepeyac. Entronización de Nuestra Señora de Guadalupe*, México, Ediciones Paulinas, 1983, p. 26; y *El culto guadalupano del Tepeyac. Sus orígenes y sus críticos en el siglo XVI*, ed. cit., p. 43.

puede apreciar en otros ejemplos del mismo mapa”. Por ello, el *Mapa de Uppsala* “no nos entrega algún dato que no sea ya conocido a través de otras fuentes; sólo confirma la existencia de una construcción religiosa en un área cerca a un cerro que, en esta pictografía, plantea problemas de identificación”.⁸⁶

El padre Francisco Miranda Godínez, finalmente, propuso una interesante posibilidad: “En lo correspondiente al Tepeyac, aparecen ya varios edificios junto al cerro, uno de ellos con una torre y una cruz en su remate parece ser la iglesia de Montúfar, mientras que en una colina vecina se ve una construcción que puede ser la primitiva Ermita”.⁸⁷

Me parece que es enteramente factible la hipótesis del padre Miranda, de que en el *Mapa de Uppsala* aparezca la primitiva ermita fundada por los franciscanos hacia 1531, como también aparezca la iglesia construida en 1556 por el arzobispo Montúfar, con la salvedad de que ésta no aparece representada tal como era, sino tal como se planeaba construir en el marco de las grandes obras iniciadas en 1555. La primitiva iglesia del Tepeyac, efectivamente, fue reconstruida en 1556 por el arzobispo Montúfar.

Cabe llamar la atención sobre la peculiar representación de la primitiva ermita, según esta posibilidad, curiosamente montada sobre un cerro.

El cerro, con las dos formas protuberantes que aparece en el mapa, ha recibido interpretaciones aún más divergentes. Según Noguez, forman parte del glifo del nombre del lugar:

Como en otras secciones del mapa, aquí en el cerro cercano a Tepeaca o Tepeyac, parece combinarse la glífica, ya con alguna influencia europea, y el paisaje, para dar noticia del nombre del sitio. Se ha dibujado un cerro de color verde, en cuyas faldas

⁸⁶ Xavier Noguez, *Documentos guadalupanos. Un estudio sobre las fuentes de información tempranas en torno a las marifañías en el Tepeyac*, México, El Colegio Mexiquense/FCE (Sección de Obras de Historia), 1993, pp. 79-81.

⁸⁷ Francisco Miranda Godínez, *op. cit.*, Segunda parte, cap. II, pp. 257-258.

aparecen un nopal y una planta no identificada, quizá asociada también a la vegetación semiárida de la región. En la cima del cerro aparecen dos extrañas protuberancias también de color verde (quizá sólo en las secciones superiores de elipses se usó el color blanco).

No aparece en el *Mapa de Uppsala* el glifo conocido de Tepeyácac, un cerro (*tépe-tl*) con una nariz (*yáca-tl*).⁸⁸

Noguez lanza entonces la posibilidad de que las dos formas verdes sobre el cerro representen dos grandes pedernales, *técpatl*, por lo que represente el glifo de Tecpatépec o Tecpayotépetl, lugar identificado al Tepeyácac o cercano de él.⁸⁹

Según Carmen Aguilera, las dos formas sobre el cerro de Tepeaca no representan propiamente el glifo del Tepeyácac, sino dos estelas con la pareja de dioses que allí se adoraba. Xavier Noguez, con base en el *Códice de Teotenantzin*, estudiado por Alfonso Caso⁹⁰ y Esther Pasztory,⁹¹ piensa que en el Tepeyac se adoraba a una pareja de diosas.⁹² Carmen Aguilera se inclina más bien por una pareja dios-diosa, y varias evidencias la conducen a pensar que se trata de To-

⁸⁸ El glifo de Tepeyácac sí aparece en el *Códice de Tlatelolco*, *op. cit.*, lámina VI, correspondiente, precisamente, a 1555. Véase Rodrigo Martínez Baracs, “Tepeyácac en el *Códice de Tlatelolco*”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, núm. 34, 2003, pp. 291-306.

⁸⁹ Xavier Noguez cita aquí la lámina 17 de Diego Muñoz Camargo (1529?-1599?), *Relación de la ciudad y provincia de Tlaxcala*, ed. facs. con estudio preliminar de René Acuña, México, UNAM, 1981; y el *Códice de Santa Isabel Tola* correspondiente a Tecpayocan.

⁹⁰ Alfonso Caso, “Códice de Teotenantzin”, en Virginia Guzmán Monroy (ed.), *Trabajos inéditos del doctor Alfonso Caso*, México, INAH (Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, Cuadernos de la Biblioteca), 1979.

⁹¹ Esther Pasztory, *Aztec Art*, Nueva York, Harry N. Abrams, 1983; citada por Xavier Noguez, “El culto prehispánico en el Tepeyac”, en *Arqueología Mexicana*, vol. IV, núm. 20, 1996, p. 53.

⁹² Xavier Noguez, *op. cit.* (1993), pp. 79-81, 151-155 y 163, il. 26.

nantzin o Cihuacóatl y su esposo Mixcóatl, cuyo culto es de origen otomí.⁹³

La importancia del culto al dios de la lluvia Tláloc en los cerros circundantes a la ciudad de México, destacado por Johanna Broda,⁹⁴ me llevó a pensar que la pareja pudo ser también la de Tláloc y Tonantzin Cihuacóatl.⁹⁵ Pero que esa pareja haya sido representada por las dos formas que aparecen en el cerro de Tepeaca en el *Mapa de Uppsala*, es difícil decirlo. Me parece que va a quedar en duda algún tiempo más la identificación de dichas protuberancias sobre el cerro del Tepeyac en el *Mapa de Uppsala*, que, después de todo, acaso no sean más que dos árboles.

El hecho es que las copias disponibles del mencionado mapa son muy deficientes, y para poder estar seguro sobre esta y varias otras representaciones se requiere la consulta del original o de una buena copia digital. Tómense por ejemplo los dos elementos vegetales que aparecen debajo de los dos pedernales o árboles del Tepeyac. Si nos fiamos a una copia del *Mapa de Uppsala*, parece claramente tratarse de un gran nopal y, abajo a su derecha, un arbusto. Pero si nos fiamos a lo que se ve en la fotografía publicada por León-Portilla y Carmen Aguilera,⁹⁶ el nopal parece la Virgen con

⁹³ Carmen Aguilera, “Estudio preliminar” en Miguel León-Portilla y Carmen Aguilera (eds.), *op. cit.*, p. 53; “Glifos toponímicos en el *Mapa de Mexico Tenochtitlan y sus contornos ca. 1550*”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, núm. 20, México, UNAM, 1990, pp. 163-172; y “Las deidades prehispánicas en el Tepeyac”, en Carmen Aguilera y Arturo Montero (coords.), *Tepeyac. Estudios históricos*, México, Universidad del Tepeyac, 2000, pp. 31-42.

⁹⁴ Tláloc era venerado sobre los cerros que circundan a los lagos de la Cuenca de México, considerados como *altépetl*, “cerros de agua”, “como si fuesen vasos grandes de agua, o como casas llenas de agua”. En ellos se practicaba el sacrificio de indios para propiciar la lluvia. Johanna Broda, “The Sacred Landscape of Aztec Calendar Festivals: Myth, Nature, and Society”, en David Carrasco (ed.), *To Change Place. Aztec Ceremonial Landscapes*, Niwot, University Press of Colorado, 1991, p. 113; y “Lenguaje visual del paisaje ritual de la Cuenca de México”, en Constanza Vega Sosa, Salvador Rueda Smithers y Rodrigo Martínez Baracs (eds.), *Códices y documentos sobre México. Segundo Simposio*, México, INAH (Científica, 356), 1997, vol. II, p. 140.

⁹⁵ Rodrigo Martínez Baracs, *op. cit.* (2000), pp. 64-68.

⁹⁶ Carmen Aguilera y Miguel León-Portilla (eds.), *op. cit.* La figura de una mujer con los brazos abiertos también acaso pueda apreciarse en la copia y reconstrucción que

su rebozo, los brazos maternalmente abiertos, con su peinado femenino mexicana de cuernitos. El arbusto pudiera parecerse a un indio hincado ante ella, con la capa en su espalda. Otro indio, con su carga y su bastón, aparece presenciando la escena desde el camino. Y otro más, hacia el Norte, se sale del camino para dirigirse hacia el Tepeyac — acaso un proto- Juan Diego.

De hecho, si la Virgen en realidad es nopal o el nopal es la Virgen no parece cosa que importe mucho; o más bien la asociación puede considerarse indicativa, si se considera la identificación de la Virgen de Guadalupe con el nopal, *tenochtli*, del glifo de la ciudad de Mexico Tenochtitlan, identificación explícita en el citado libro de 1648 del bachiller Miguel Sánchez, que narra por vez primera la historia de las apariciones.⁹⁷ Hay un fuerte indicio de su asociación desde 1556, pues aparece en las *Constituciones del Concilio Provincial Mexicano* organizado por el arzobispo Montúfar en 1555, publicadas en la ciudad de México por Juan Pablos precisamente a comienzos de 1556.⁹⁸

La presencia de la Virgen y un indio hincado ante ella en el Tepeyac a fines de 1555 y en 1556 no debe sorprendernos, si se considera que varias fuentes escritas en náhuatl registran que precisamente en 1555-1556 “se apareció Santa María de Guadalupe en Tepeyácatl”, como los *Anales de Juan Baptista (ca. 1582)*⁹⁹ y la *Séptima relación* del chalca Domingo Chimalpáhin (1579-1660?), quien, además asocia las lluvias y los trabajos de reparación de las albarradas con la aparición de la Virgen de Guadalupe.¹⁰⁰

hizo Adela Bretón, publicada por la Hakluyt Society. Véase Federico Gómez de Orozco, “Estudio bibliográfico”, en Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández, *op. cit.*, pp. 161-166.

⁹⁷ Miguel Sánchez, *op. cit.*

⁹⁸ *Constituciones del arzobispado y provincia de la muy insigne y muy leal ciudad de Tenuchtitlan Mexico de la Nueva España*, México, Juan Pablos Lombardo, 10 de febrero de 1556, 49 ff.

⁹⁹ Luis Reyes García (ed. y trad.), *¿Cómo te confundes? ¿Acaso no somos conquistados? Anales de Juan Bautista*, México, CIESAS/Biblioteca Lorenzo Boturini, Insigne y Nacional Basílica de Guadalupe, 2001, pp. 160-161.

¹⁰⁰ Don Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpáhin Cuauhtlehuanitzin, *op. cit.*, vol. II, pp. 208-211:

Tepeaquilla vista por Cervantes de Salazar

En 1528, como hemos visto, comienza el registro documental conocido del pueblo de Tepeaquilla, como se le decía siempre: a sus tierras y sus *macehuales*, a las huertas de Moctezuma, a los viñedos, rebaños de ovejas y molinos de los españoles, a la tala de sus bosques, el aprovechamiento y el curso de las aguas de sus ríos y manantiales, los *exidos* de la ciudad, sus ciénegas con eneas para hacer *petates*, la calzada, y su relación con la albarrada de Nezahualcóyotl (que cruza el lago) y la de Ahuítzotl (pegada a la ciudad), que urgía reconstruir, y que se vieron rebasadas en la inundación de septiembre de 1555.

Ninguno de estos testimonios hace referencia a determinado aspecto religioso o sobrenatural. La primera referencia a la existencia de una iglesia en Tepeaquilla es de 1554 y se encuentra en el tercero de los *Diálogos* latinos sobre México del humanista Francisco Cervantes de Salazar. La segunda referencia a la iglesia del Tepeyac está, lo acabamos de ver, en el *Mapa de Uppsala*, probablemente pintado en Tlatelolco en octubre de 1555.

El latinista toledano Francisco Cervantes de Salazar llegó a México en 1551, y en 1554 publicó, como libro de texto para sus alumnos de retórica en la recién fundada (en 1553) Universidad de México, varios diálogos latinos del humanista valenciano Juan Luis Vives (1492-1540), a los que agregó una introducción y siete diálogos latinos propios, dedicados al recién llegado arzo-

bispo de México fray Alonso de Montúfar. Los cuatro primeros diálogos, sobre juegos, fueron escritos por Cervantes de Salazar en España, y los tres restantes fueron escritos en México especialmente para informar sobre México al arzobispo Montúfar. Los tres diálogos mexicanos de 1554 tratan sobre la Universidad (*Academia mexicana*), la ciudad de México (*Mexicus interior*) y los alrededores de la ciudad vistos desde el cerro de Chapultepec (*Mexicus exterior*).¹⁰¹

Desde la ermita de Chapultepec (tan prominente, como vimos, en el *Mapa de Uppsala*), Zamora y Zuazus, vecinos de la ciudad de México, y el forastero Alfarus, contemplaron la gran ciudad completa, rodeada por campos de regadío y cerros, con varias ciudades. Zamora (que, como vimos, representa al fallecido obispo Zumárraga) le mostró a Alfarus (que representa a fray Alonso de Montúfar):

A collibus ad civitatem, quod etiam plus ipsam commendat, interjacentes agri irriguis aquis, fossis, fluminibus et fontibus rigati, undique per triginta et eo amplius milliaria patent, in quibus indorum maxima oppida, qualia sunt Tezcucus, Tlacuba, Tepeaquilla, Escapuzalcus, Cujacanus, Itapalapa et alia multa posita sunt, quorum albicantia sunt illa quae Mexicum prospectant templa.

El historiador Joaquín García Icazbalceta tradujo este parlamento y lo corrigió ligeramente Edmundo O'Gorman:

11 Ácatl, 1555. (...) El mismo día 17 de septiembre empezaron las lluvias con que nos inundamos en México; a muchos se les cayeron las casas, y otros tuvieron que abandonar las suyas por habérseles inundado. / En el mes de diciembre comenzó a construirse el muro de piedra. 12 Técpatl, 1556. En este año se comenzó a trabajar con mayor intensidad en el muro de piedra, pues los *tlatoque* hicieron que la gente de todos los pueblos de la cuenca acudieran a Mexico, por órdenes del señor virrey don Luis de Velasco; y en poco tiempo quedó concluido el muro de piedra. También en este año se apareció nuestra madre Santa María de Guadalupe en el Tepeyac [Auh çano ypan in yhcucac monextitzino yn totlaçonatzin Sancta Maria Guadalupe yn Tepeyacac].

¹⁰¹ Francisco Cervantes de Salazar, *op. cit.*, (1554). Cito la edición de Joaquín García Icazbalceta, *México en 1554. Tres diálogos latinos que Francisco Cervantes Salazar escribió é imprimió en México en dicho año. Lo reimprime, con traducción castellana y notas, Joaquín García Icazbalceta*, México, Antigua Librería de Andrade y Morales, 1875, pp. 280-281. También es valiosa la edición de Edmundo O'Gorman, *México en 1554 y Título imperial*, México, Porrúa (Sepan cuantos, 25), 1963; incluye también el *Título Imperial de la gran ciudad de Mexico* de Cervantes de Salazar, Mexico, Antonio de Espinosa, 1560, 4to., que reeditó por primera vez el mismo Joaquín García Icazbalceta en su *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, México, Librería de Andrade y Morales, 1886, núm. 39.

Desde las lomas hasta la ciudad (cosa que realza su mérito), hay por cualquier lado diez leguas, y aun más, de campos de regadío, bañados por las aguas de acequias, ríos y manantiales. En ellos tienen asiento grandes ciudades de indios como Tetzco, Tlacopan, Tepeaquilla, Azcapotzalco, Coyoacan, Iztapalapan y otras muchas. De ellas son esas iglesias blanqueadas que miran hacia México.

Esta es la primera mención conocida de la primera ermita del Tepeyac. No hay alusión en ella al nombre de Guadalupe, ni a que la iglesia estuviera dedicada a la Virgen María, ni a milagro alguno, ni a las circunstancias de su fundación. Sin embargo, esta rápida mención de 1554 es muy significativa. Tepeaquilla era un pueblo relativamente pequeño, escasamente mencionado en las fuentes, comparado con los señoríos mucho mayores de Tetzco, Tlacopan, Azcapotzalco, Coyoacan e Iztapalapa. Cervantes de Salazar debió tener un motivo particular para mencionar la iglesia de Tepeaquilla.

De hecho, aparte de esta primera mención conocida a la iglesia de Tepeaquilla en 1554, Cervantes de Salazar es también el primer cronista que introduce —en su *Crónica de la Nueva España*, escrita entre 1557 y 1564— a Tepeaquilla en la historia de la conquista de México mediante una serie de episodios intrigantes, que han sido poco advertidos por los historiadores: las lluvias de abril-mayo de 1520 que se forman en el cerro de Tepeaquilla; el inquietante regreso a la ciudad de México de Cortés, en junio de 1520, tras derrotar a Pánfilo de Narváez; el asentamiento en 1521 de la guarnición del capitán Gonzalo de Sandoval (1497-1528) en Tepeaquilla, entre otras.¹⁰² Esta última mención tiene la relevancia adicional de que, siendo el joven Sandoval extremeño, y por lo tanto probable devoto de la Virgen de Guadalupe, resulta muy posible que se le haya rendido culto en el Tepeyac desde 1521. Cervantes de Salazar, sin em-

¹⁰² Francisco Cervantes de Salazar, *op. cit.* (1941), lib. IV, caps. XXXI, XL, IC y CV.

bargo, no menciona el nombre de Guadalupe en su obra.¹⁰³

De cualquier manera, habría que destacar que los *Diálogos* latinos de Cervantes de Salazar prueban la existencia misma de una ermita en el Tepeyac antes de la refundación del culto en 1555-1556. Confirman la posibilidad de que el *Mapa de Uppsala* represente, de manera particular o genérica, tanto la futura iglesia de Montúfar como la ermita primitiva del Tepeyac.

¿En qué fecha se fundó esta primitiva ermita? ¿En 1531-1532, como lo quiere el relato mítico de las apariciones? La fecha en sí misma no parece improbable. El cronista franciscano fray Juan de Torquemada (1557?-1624) atribuyó la fundación de la ermita a los primeros franciscanos, llegados en 1524, y parece lógico que en el Tepeyac —como lo hicieron en varios otros lugares y cerros— los franciscanos pusieran una ermita cristiana dedicada a la Virgen, en colaboración con las autoridades indias de la ciudad. Si esta fundación fue posterior a 1528, fecha de la llegada a México del obispo Zumárraga, y anterior a 1532, cuando viajó a España para consagrarse como obispo, es lógico y probable que Zumárraga, “capitán desta conquista espiritual” —como se le menciona en una carta de 1532— haya participado en la fundación de la ermita en Tepeaquilla, lo cual no requiere mayor documentación porque estas fundaciones no eran registradas. Es posible tratar de reconstruir algunos posibles escenarios sobre la fundación de la primitiva ermita, pero debe admitirse que la documentación disponible es escasa y no permite estar muy seguro de las cosas.¹⁰⁴

¹⁰³ Rodrigo Martínez Baracs, “Visión de Tepeyac [1554]”, en *Biblioteca de México*, núm. 44, marzo-abril de 1998, pp. 34-44; y “Tepeyac en la conquista de México”, *ed. cit.*, pp. 72-82.

¹⁰⁴ Francisco de la Maza, *El guadalupanismo mexicano*, México, Obregón, 1953; Edmundo O’Gorman, *op. cit.* (1986); y Rodrigo Martínez Baracs, “La virgen del licenciado Zuazo”, en Clara García Ayuardo y Manuel Ramos Medina (coords.), *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*, México, Condumex/INAH/UIA, 1994, vol. II, pp. 131-150; “Secuencias de una investigación imaginaria”; “Tepeyac en la conquista de México: problemas historiográficos”, pp. 100-102; y “Un códice de piedra. El

De cualquier manera, con el paso de los años los propios franciscanos, en primer lugar el obispo Zumárraga, se dieron cuenta de los peligros de los cultos de sustitución que ellos mismos habían fundado. No era tanto que los indios veneraran en secreto a sus antiguas deidades, sino que adoraban a Cristo, a la Virgen y a los santos de una manera no propiamente cristiana sino idólatra: con ceremonias organizadas por los propios indios en ermitas que los frailes no podían supervisar; adorando a la Virgen María como a una diosa, como a su antigua Diosa Madre (Tonantzin, Cihuacóatl, etcétera); adorando a las imágenes cristianas en sí mismas, y no por lo que representan. Puede por ello suponerse que a partir de 1539 o 1540 los franciscanos cristocéntricos hayan desalentado el culto indio a la Virgen María en la ermita del Tepeyac.

Es notable, e inquietante, que en sus *Diálogos* latinos de 1554 Cervantes de Salazar dispusiera que Zamora-Zumárraga fuera quien le mostrara a Alfarus-Montúfar la iglesia de Tepeaquilla. Se refuerza con esto la probabilidad de una asociación positiva y negativa del obispo Zumárraga con el temprano culto guadalupano (destacada también en el relato canónico de las apariciones, de 1648). Y se anticipa la participación activa decisiva del arzobispo Montúfar en la fundación o refundación del culto guadalupano, que estaba por empezar, en 1555-1556. Parece inevitable pensar en la participación activa de Cervantes de Salazar en esta fundación o refundación, al menos como consejero, inspirador, instigador del arzobispo Montúfar.

Refuerza esta posibilidad el que en los *Diálogos* latinos Cervantes de Salazar mencione también a varios de los personajes o escenarios del drama guadalupano de 1555 que estaba por venir: al sabio nahua Antonio Valeriano (1524?-1605), del Colegio de Tlatelolco y probable autor del *Nican mopohua*, versión original en náhuatl del relato de las apariciones; Francisco de Bustamante (1485-1562), fraile franciscano que el 8 de sep-

tiembre de 1556 criticaría acremente al arzobispo Montúfar por su apoyo al incipiente culto a la imagen de la Virgen de Guadalupe, pintada por un indio; la capilla de San José de los Naturales, donde el franciscano fray Pedro de Gante (1480?-1572) formó al pintor indio Marcos Cípac, que pintó la imagen de la Virgen... Tal vez haya sido puesta en la iglesia del Tepeyac en diciembre de 1555, celebrada con un auto sacramental escrito por Antonio Valeriano y Francisco Cervantes de Salazar, primera versión del relato canónico de las apariciones, presenciado por los seis mil trabajadores de las obras de reparación de las albarradas.¹⁰⁵ Parecen confirmar esta idea documentos como el *Mapa de Uppsala* y el *Códice de Tlatelolco*, también de proveniencia tlatelolca.¹⁰⁶ Los dos misteriosos pedernales o riscos de Tepeyácac en el *Mapa de Uppsala* podrían entonces ser parte de la escena teatral, lo mismo que la curiosa ermita posada sobre un cerro. La representación quedó grabada en la memoria de indios y españoles: el criollo Juan Suárez de Peralta (1537?-1620) registró en 1589 que la Virgen de Guadalupe “aparecióse entre unos riscos, y a esta devoción acude toda la tierra”.¹⁰⁷ Pero con todo esto ya nos adentramos en las diversas posibilidades de la historia de los inicios del culto propiamente guadalupano, y es asunto que solicita un tratamiento separado.

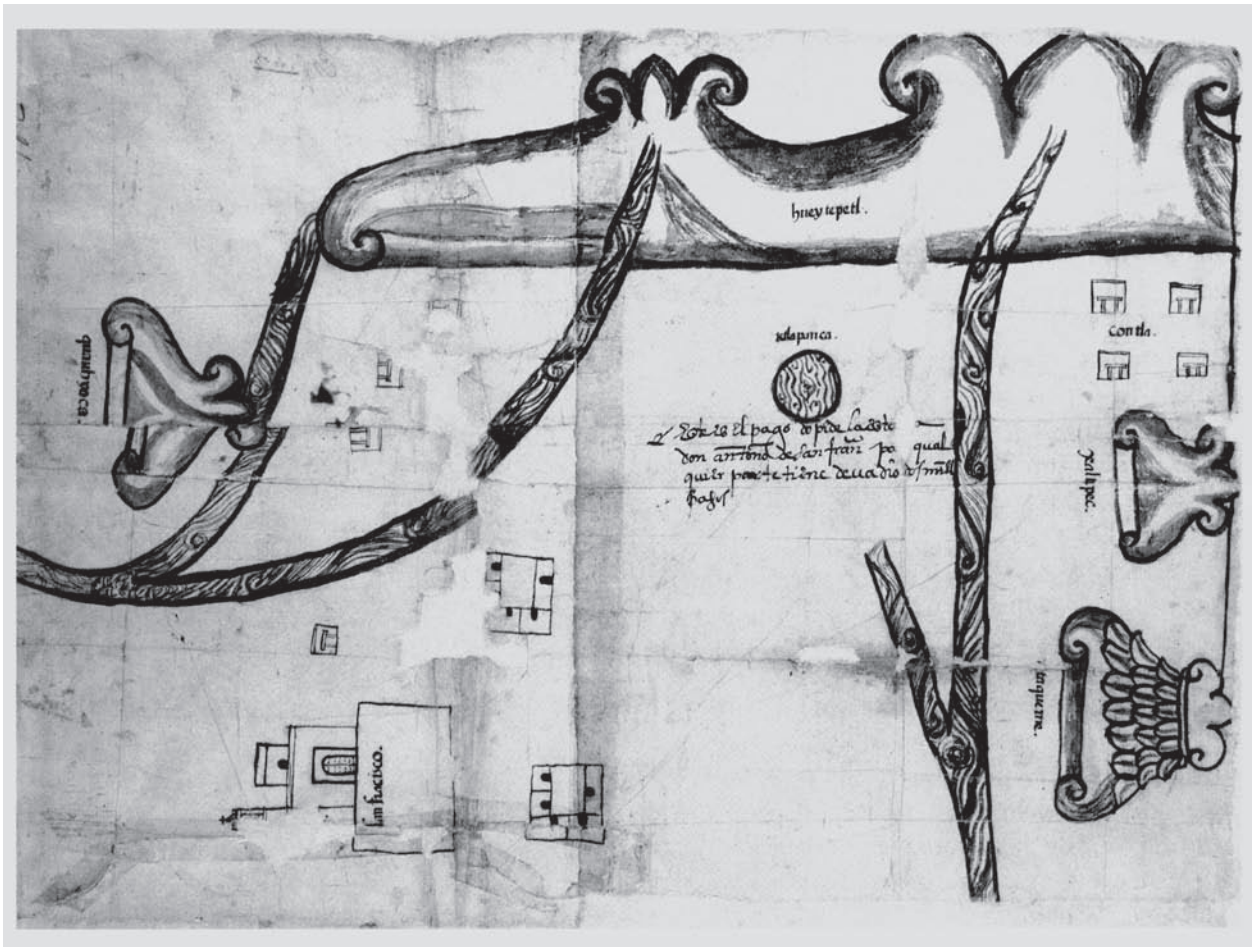


¹⁰⁵ Rodrigo Martínez Baracs, “Tepeyac en la Conquista”, pp. 76-79.

¹⁰⁶ Rodrigo Martínez Baracs, “Tepeyácac en el *Códice de Tlatelolco*”. Es de notarse que en la lámina VII del *Códice de Tlatelolco* el elemento teatral de la aparición de la Virgen está más bien identificado con águilas, que bajan del cielo, y no con nopales. Se juntan así los dos elementos del glifo de Tenochtitlan: el águila sobre el nopal.

¹⁰⁷ Juan Suárez de Peralta, *Tratado del Descubrimiento de las Indias. Noticias históricas de la Nueva España*, introd. de Justo Zaragoza, Madrid, Imprenta de M.G. Hernández, 1878, cap. XLI.

Tetzcotzinco y los símbolos del patriotismo tetzcocano”, en *Arqueología Mexicana*, vol. VII, núm. 38, julio-agosto de 1999, pp. 52-57.



Retórica y colonización en Nueva España: el caso de la *Relación de Michoacán*

Rodolfo Fernández*

El documento

La *Relación de Michoacán* es un texto novohispano de autor no explícito, que data aproximadamente del segundo cuarto del siglo XVI, y cuyo destinatario principal parece haber sido el virrey Antonio de Mendoza. Se puede considerar como una obra pionera del conjunto de textos posteriores que Walter Mignolo designa como relaciones de la conquista y la colonización. De acuerdo con Mignolo, estas relaciones se caracterizan por sus rasgos pragmáticos y organizativos, y se distinguen del grupo de las ‘cartas relatorias’ y del de las ‘crónicas’ o ‘historias’. “El núcleo de este tipo discursivo lo ejemplifican las *Relaciones geográficas de Indias*”.¹ Según Mignolo, el sentido que tenía el vocablo relación en el siglo XVI era el de “la narración o informe que se hace de alguna cosa que sucedió”, de acuerdo con el *Diccionario de Autoridades*.²

Este autor identifica tres momentos históricos que caracterizan al tipo discursivo a que pertenece la *Relación*: “1) el periodo no oficial, que se extiende desde 1505 hasta 1574; 2) el periodo oficial posterior a 1574, y 3) los libros que se modelan, en parte, bajo el mismo principio

organizativo de las relaciones cuya base es el cuestionario”.³ En su segunda parte la *Relación de Michoacán* se identifica con el primer tipo; en la tercera se acerca al segundo, pero su realización no fue por solicitud de la Corona sino, aparentemente, del virrey Mendoza. Además, no sigue un cuestionario preciso como las relaciones posteriores a 1574.

Según colige Mignolo, el primer periodo, el del pedido de informes no oficializado, comenzó con una carta que los reyes enviaron a Cristóbal Colón desde Barcelona, en septiembre de 1493; sin embargo, aclara que aún no se usaba el término relación. Lo mismo ocurrió con otra carta enviada de Segovia, en agosto de 1494. En ella le reclamaron mayor detalle en sus informes. Querían saber cuántas islas se habían encontrado, qué nombre se les había dado, cómo los llamaban los indios, y a qué distancia se encontraban unas de otras.⁴

El mismo autor señala que si bien aún no aparecía el término relación, se trataba de un pedido de la Corona que:

[...] da la pauta de lo que en gran parte aparece en las cartas de Colón (o de cualquier otro conquistador) y de lo que el es-

* Centro INAH Jalisco.

¹ Walter Mignolo, “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista”, en Luis Íñigo Madrigal (coord.), *Historia de la literatura hispanoamericana, t. 1, Época colonial*, Madrid, Cátedra, 1992, p. 70.

² *Ibidem*, pp. 70-71.

³ *Ibidem*, p. 71.

⁴ *Idem*.

critor ‘verá’ en las Indias; parcialmente su ver estará condicionado por lo que los reyes quieren saber... En fin, aparece aquí una de las primeras características de las relaciones y es que ellas no transcriben la observación ‘libre’ de quien escribe, de lo que ve quien escribe, sino que responden, de alguna manera, a los pedidos oficiales.⁵

Mignolo reitera que estas preguntas se oficializaron y codificaron a partir de 1574. Pero encuentra que, a juzgar por los asientos capitulados, durante el periodo de 1520 a 1572 rigió de manera más o menos explícita una disposición general para descubridores y pobladores, la cual se ponía en práctica cuando éstos solicitaban rentas, vasallos o tierras.⁶

Finalmente, consigna nuestra fuente cómo Juan de Ovando y Godoy emprendió la tarea destinada a recoger “relaciones geográficas e históricas” de Indias. Y agrega que éste parece haber sido el responsable de la publicación de las bases para la formación de un libro descriptivo de todas las provincias indianas en 1571, en el contexto de las Ordenanzas Reales del consejo. Esa tarea sería encomendada a quien asumiera el cargo de cosmógrafo y cronista mayor de Indias. Desde tal momento, Ovando empezó a establecer exigencias rígidas a los pedidos de información para llevar a cabo la compilación de los datos necesarios para tal libro. Desde entonces comenzó la elaboración de los cuestionarios que se enviarían a gobernadores y virreyes.⁷

El contexto

Durante la Edad Media la retórica había sido una disciplina secundaria, considerada hermana menor de la gramática y la dialéctica. En contraste, en los siglos XV al XVII alcanzó una condición preponderante en el mundo occidental, y desde el siglo XVI se convirtió en la asig-

natura cumbre de la formación integral humanística. Este auge parece explicarse a partir de un proceso complejo que reunió fenómenos de muy diversa índole, entre los que destaca la recuperación de textos originales de autores latinos ocurrida a principios del siglo XV, sobre todo de Cicerón y Quintiliano.⁸

En el siglo XVI aparecieron numerosas retóricas en las lenguas vernáculas de Europa. Hernández y García nos refieren, por ejemplo, a *El arte de Retórica*, de Thomas Wilson (1553); los siete libros de la *Retórica*, de Bartolomeo Cavalcanti (1558); y la *Retórica en lengua castellana*, de Miguel de Salinas (1541).⁹ Por su parte Tomás Albaladejo consigna que la lista de tratadistas retóricos, o relacionados con la disciplina, en el Renacimiento es amplísima,¹⁰ y para la España del siglo XVI observa que: “encontramos un planteamiento muy completo de la disciplina en la obra retórica del Brocese y un importante y ordenado planteamiento centrado en el discurso en Antonio Lull.”¹¹

Hernández y García resaltan que en el siglo XVI las reformas impulsadas por el Concilio de Trento fueron trascendentales para la retórica, pues entre ellas ocupaba un lugar eminente la oratoria sagrada, que suponía en primera instancia una revalorización de los Santos Padres;¹² tras de mencionar 33 tratados de retórica hechos en España entre 1529 y 1598.¹³

⁸ José Antonio Hernández y María del Carmen García, *Historia breve de la retórica*, Madrid, Síntesis, 1994, p. 91.

⁹ *Ibidem*, p. 99.

¹⁰ Enumera a fray Luis de Granada, Juan Luis Vives, Benito Arias Montano, Miguel de Salinas, Desiderio Erasmo de Rotterdam y Philip Melanchton. Tomás Albaladejo, *Retórica*, Madrid, Síntesis (Textos de Apoyo, Lingüística, 14), 1991, p. 34.

¹¹ *Ibidem*, p. 34.

¹² En este contexto citan dos obras españolas: *De formandis sacris concionibus* (1565), de fray Lorenzo de Villavicencio, y el *Examen de ingenios* (1575), del médico Huarte de San Juan. También citan el *Ecclesiasticae Rhetoricae libri*, de fray Luis de Granada, del cual señalan que fue uno de los más significativos y difundidos. José Antonio Hernández y María del Carmen García, *op. cit.*, p. 100.

¹³ Entre ellos destacan los compuestos por Antonio de Nebrija, Juan Luis Vives, Juan Pérez (*Petreius*), Miguel de Salinas, Alfonso García Matamoros, Antonio Lull, Pedro Juan Núñez, Francisco Galés, Sebastián Fox Morcillo, Fa-

⁵ *Idem*.

⁶ *Ibidem*, pp. 71-72.

⁷ *Ibidem*, p. 72.

Hernández y García enfatizan que la renovación de la retórica posterior al Concilio de Trento se desarrolló fundamentalmente en la Universidad de Alcalá, la aparente *alma mater* del recopilador de la *Relación de Michoacán*. En ese contexto se cita a fray Luis de Granada (1505-1588) y su intento de cristianizar la retórica clásica. También se hace referencia al mestizo novohispano fray Diego de Valadés, que en 1579 publicó en Perugia su *Rhetorica cristiana*, escrita en latín y orientada hacia la predicación.¹⁴

Respecto a *Retórica cristiana*, Esteban Palomera consigna en su “Introducción” que “perseguía una finalidad humanística eminentemente práctica: formar buenos predicadores de la divina palabra que conociesen a fondo el arte de la elocuencia cristiana”. Y agrega que, con su libro, Valadés pretendía contribuir a forjar “predicadores... bien pertrechados de los conocimientos de las ciencias divinas y humanas”.¹⁵

Señala Palomera cómo Valadés anuncia en su Prefacio que “traerá a colación ejemplos [*exempla*] tomados de las costumbres de los indígenas de América, en la conversión de los cuales se puede reconocer y admirar prácticamente el maravilloso efecto de la divina palabra predicada por los misioneros. Lo cual él pudo presenciar y comprobar personalmente por haber tomado parte en esa magna empresa”.¹⁶

drique Furió, Francisco Vallés, Francisco Sánchez de las Brozas (*El Broncese*), Juan Lorenzo Palmireno, Cipriano Suárez, Andrés Sempere, Benito Arias Montano, Alfonso de Torres, Vicente Blas García, fray Antonio de Guevara, Juan de Santiago y Juan de Guzmán. *Ibidem*, p. 103.

¹⁴ *Ibidem*, p. 105; fray Diego de Valadés, *Retórica cristiana*, México, FCE, 1989.

¹⁵ Esteban J. Palomera, “Introducción”, en fray Diego de Valadés, *op. cit.*, p. XXI.

¹⁶ Estos ejemplos los desarrolla Valadés en el inciso XI de la cuarta parte de su libro, donde alude a la “inconsiderada acusación que hacen algunos contra los indios, diciendo que éstos no vienen a ser más cristianos que los moros de Granada”. El texto nos dice cómo de manera impía y con lenguaje áspero, cierta gente mancha el cristianismo de los indios con objeto de difamarlos respecto a su fe; y “de amenguar [...] la debida gloria alcanzada por los religiosos que con grande diligencia se han entregado a comunicarles la doctrina cristiana”. Por lo anterior, siguiendo los cánones retóricos, expone las acusaciones y en seguida la defensa respectiva. En suma, en contexto demostrativo, simula una

De acuerdo con Palomera, la *Retórica cristiana* encerraba en sus páginas un original mensaje de la joven cultura novohispana para la Europa culta del Renacimiento. Pero además llevaba otro mensaje de gran trascendencia, que era proclamar, en el centro y cabeza de la cristiandad, el nacimiento y crecimiento exuberante de la Iglesia mexicana. Según Palomera, Valadés quería que el hombre de letras europeo leyese su *Retórica*, y a través de ella que conociese la labor de los predicadores en las lejanas tierras de Nueva España. Según su biógrafo, deseaba que se tuviese noticia de la existencia de esos nuevos cristianos que habían abrazado sinceramente la religión católica y que eran una magnífica promesa para la Iglesia. Pretendía, además, lanzar un mensaje lleno de humanismo cristiano, de hondo sentido fraternal, para que encontrase un eco en los católicos europeos y se sintiesen unidos íntimamente con sus hermanos de la Nueva España, con los que formarían un mismo cuerpo místico, de acuerdo con la doctrina de San Pablo.¹⁷

El universo conceptual de Valadés que interpreta Palomera puede ser extrapolado, con cierto cuidado, a la perspectiva que el autor de la *Relación de Michoacán* había tenido, un par de décadas antes, del mundo de sus feligreses purépecha y de los recursos discursivos a su disposición para ilustrarlo, igual que para avanzar en la evangelización e integración de aquella etnia a la sociedad novohispana.

Acerca de la autoría

A partir de la reconstrucción biográfica fragmentaria que J. Benedict Warren hizo de Jerónimo de Alcalá, a quien a partir de un minucioso estudio propone como autor de la *Relación de Michoacán*, se colige que el fraile debió haber nacido hacia 1508 y llegó a Nueva España

discusión forense con los detractores de los indios, como de los franciscanos, a cuya orden pertenece. fray Diego de Valadés, *op. cit.*, p. 423.

¹⁷ Esteban J. Palomera, *op. cit.*, p. 45.

entre 1530 y 1532, con una edad estimada en 21 años, ya ordenado sacerdote.¹⁸

En un razonamiento hipotético, y basado en la existencia de un fray Jerónimo Vizcaíno, Warren propone que Alcalá, siendo natural de Vizcaya, debió haber estudiado en la Universidad de Alcalá de Henares y adoptado dicho nombre como apelativo religioso al venir a América. Además, el biógrafo sustenta su reconstrucción haciendo hincapié en la relación que existió entre Alcalá y el obispo Zumárraga, de igual origen étnico que el adjudicado a nuestro personaje.¹⁹ Además, pone énfasis en el amor por los libros que el autor de la *Relación* muestra en el prólogo a la obra, por el cual “podemos averiguar que compartió la inquietud renacentista de investigar las antigüedades de Michoacán como los renacentistas en Europa se habían comprometido a buscar sus antecedentes grecorromanos”.²⁰ Curiosamente, Warren no cae en cuenta del claro uso de recursos argumentativos clásicos como el recién citado, que pertenece al de los lugares comunes, es decir, la tópica.²¹

Tenemos, por ejemplo, el hecho de alabar y censurar a los naturales, que simplemente le parece a Warren contradictorio. Dice que “no podemos decir que Fray Jerónimo fuera un gran admirador de la cultura michoacana prehispánica no obstante su espíritu humanista, porque después de haber escrito: ‘[...] Vuestra señoría las favorezca, rigiéndolos por lo bueno que en su tiempo tenían, y apartándoles de lo malo que tenían [...]’ siguió con una condenación general”,²² cuyo texto aparece en la transcripción del prólogo.²³

Asimismo, al señalar la inquietud renacentista de Alcalá, Warren cita textualmente la oración uno del prólogo: “Es un dicho muy común que dice que naturalmente desean todos saber,

y para adquirir esta ciencia se consumen muchos años revolviendo libros, y quemándose las cejas y andando muchas provincias, y deprendiendo muchas lenguas, por adquirir y saber cómo hicieron”.²⁴ Como observa Pérez Martínez, en otro de los artículos introductorios a la *Relación*, expresar que “el deseo de saber por libros o por investigación es natural”, es propio de los exordios.²⁵ Y fue este último autor quien cayó en cuenta del contenido retórico que encerraba la obra, lo que ha permitido insertarla en la corriente recuperadora de retórica clásica ocurrida en el Renacimiento.

Ahora bien, como ejemplo del uso de la retórica que hizo en su obra el autor de la *Relación de Michoacán* que, siguiendo a Warren, asumo era Jerónimo de Alcalá, a continuación presento el análisis de su prólogo, para lo cual empleo la transcripción y edición crítica del texto de Moisés Franco Mendoza.²⁶

El original y sus ediciones

El título original de la *Relación de Michoacán* es *Relación de las ceremonias y rictos y población y gobernación de los indios de la provincia de Michoacán hecha al Ilustrísimo señor don Antonio de Mendoza, virrey y gobernador desta Nueva España por su majestad, etcétera*.²⁷

De acuerdo con Franco Mendoza, el manuscrito original de la obra se conserva en la Real Biblioteca de San Lorenzo del Escorial, designado con las siglas C- IV-5, “encuadrado con 140 hojas de papel cuyas dimensiones son 20.5 por 14.5 centímetros”.²⁸ De la copia Force salió una copia más, obtenida por Nicolás León con

²⁴ Benedict Warren, *op. cit.*, p. 45.

²⁵ Herón Pérez Martínez, “El arte literario en la *Relación de Michoacán*”, en Moisés Franco Mendoza (coord.), *op. cit.*, p. 88.

²⁶ *Idem.*

²⁷ *Ibidem*, pp. 17-35.

²⁸ Franco Mendoza consigna la existencia de cinco copias, resguardadas respectivamente en la Biblioteca de la Real Academia de Historia de Madrid, la Biblioteca Nacional de Madrid, la Biblioteca Nacional de París (Colección Aubin), la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos (co-

¹⁸ J. Benedict Warren, “Fray Jerónimo de Alcalá, autor de la *Relación de Michoacán*”, en Moisés Franco Mendoza (coord.), *Relación de Michoacán*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Michoacán, 2000; p. 45.

¹⁹ *Idem.*

²⁰ *Idem.*

²¹ *Ibidem*, pp. 45-46.

²² *Ibidem*, p. 47.

²³ Véase, *infra*, Texto del prólogo, párrafos 7 y 8.

la mediación de Matías Romero en 1888, la que fue a parar en el Museo Michoacano y se publicó en Morelia en 1903.²⁹

Franco Mendoza consigna ocho ediciones de la obra previas a la propia, la más antigua de las cuales está fechada en Madrid en 1869, publicada en el tomo LIII de la Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España. La transcripción paleográfica del texto fue hecha por Florencio Janer a partir del original C-IV-5 del Escorial.³⁰ La segunda edición de dicha obra data de 1875 y fue publicada en Madrid por la librería de M. Murillo, de la calle de Alcalá. La tercera edición, la michoacana arriba consignada, se publicó en Morelia por Manuel Martínez Solórzano, director del Museo Michoacano. La cuarta versión es madrileña, de Editorial Aguilar, y data de 1956.³¹ Cuenta con introducción y notas de José Tudela, un estudio preliminar de Paul Kirchoff, y una revisión de voces tarascas de José Corona Núñez. En 1977 apareció en Morelia una quinta edición publicada por Basal Editores, con Introducción de José Corona Núñez; sin embargo, se trata de una reproducción de la de Aguilar.³² En 1980 se hizo otra versión, la sexta, también publicada en Morelia, esta vez por Fimax Publicistas Editores, con paleografía, “separación de textos, ordenación coloquial, estudio preliminar y notas de Francisco Miranda”.³³ En 1988 aparece una séptima edición en la ciudad de México, publicada por la Secretaría de Educación Pública en su colección “Cien de México”,³⁴ en la que se reproduce el texto de la

nocida como copia Peter Force) y la Biblioteca Pública de Nueva York (Colección Obdalia Rich); *ibidem*, pp. 17-18.

²⁹ *Ibidem*, p. 18.

³⁰ *Idem*; véase también Jerónimo de Alcalá, *Relación de las ceremonias y rictos y población y gobernación de los indios de la provincia de Michoacán hecha al Ilustrísimo señor don Antonio de Mendoza, virrey y gobernador desta Nueva España por su majestad, etcétera* (coordinación de edición y estudios de Moisés Franco Mendoza, Zamora, El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Michoacán, 2000; p. 820.

³¹ *Idem*.

³² *Idem*.

³³ *Idem*.

³⁴ Jerónimo de Alcalá, *La Relación de Michoacán* (versión paleográfica, separación de textos, ordenación colo-

edición de Fimax de 1980. Viene luego otra edición madrileña, la octava, con introducción y notas de Lorenzo Cabrero, publicada en 1989 en la colección “Crónicas de América”, Historia 16, por la editorial Informaciones y Revistas; se trata de una reedición del texto preparado por José Tudela.³⁵ La novena publicación es la de Moisés Franco Mendoza, en la cual me baso para realizar mi estudio. Dicha versión se realizó a partir del texto original depositado en la Biblioteca del Escorial.³⁶

Texto del prólogo

p. 326

Il[ustrísi]mo S[eño]r.

*Prologo*³⁷

1. Es un dicho muy común que dice que naturalmente desean todos saber, y para adquerir esta ciencia se consumen muchos años revolviendo libros y quemándose las cejas y andando muchas provincias y deprendiendo muchas lenguas por inquirir y saber, como hicieron muchos gentiles, como lo relata y cuenta más por extenso el bienaventurado sant Hierónimo en el prólogo de la Blibia [Biblia].

2. Vínome, pues, un deseo natural como a los otros, de querer investigar entre estos nuevos cristianos: qué era la vida que tenían en su infidilidad, qué era su creencia, cuáles eran sus costumbres y su gobernación; de dónde vinieron.

quial, estudio preliminar y notas de Francisco Miranda), México, SEP (Cien de México), 1988.

³⁵ Jerónimo de Alcalá, *ibidem*, p. 18-19.

³⁶ *Ibidem*, p. 32.

³⁷ En esta parte he separado el texto de manera arbitraria en oraciones o párrafos, concebidos éstos de punto a punto. Aquéllas subordinadas a las principales después de punto y coma, las he dejado en el contexto de las primeras. El texto de la *Relación* lo he separado en grupos de oraciones, también de modo arbitrario, entreverando entre éstos la interpretación.

3. Y muchas veces lo pensé, entre mí, de preguntallo y inquirillo, y no me hallaba idóneo para ello ni había medios para venir al fin y intento que yo deseaba.

4. Lo uno, por la dificultad grande que era en que esta gente no tenía libros; lo otro, de carecer de personas antiguas y que desto tenían noticia; lo otro, por el trabajo grande que era y desasosiego que traen estas cosas consigo, porque los religiosos tenemos otro intento que es plantar la fe de Cristo y pulir y adornar esta gente con nuevas constumbres y tornallos a fundir, si posible fuese, para hacellos hombres de razón después de Dios.

5. Ya yo tenía perdida la esperanza deste mi deseo, si no fuera animado por las palabras de v[uestra] S[eñorí]a il[ustrí]ma

p. 327

viniendo la primera vez a visitar esta provincia de Mechuacán, me dijo dos o tres veces, que por qué no sacaba algo de la gobernación desta gente.

6. Después que vi a v[uestra] S[eñorí]a inclinado a lo mismo que yo, concebí en mí que v[uestra] Il[ustrí]ma S[eñorí]a daría favor a mi deseo, y por hacelle algún servicio, aunque balbuciendo de poner la mano para escrebir algo por relación de los más viejos y antiguos de sta Provincia, por mostrar a v[uestr]a Señoría como en dechado, las costumbres desta gente de Mechuacán para que v[uestra] S[eñorí]a las favorezca rigéndolos por lo bueno que en su tiempo tenían y apartádoles lo malo que tenían.

7. Y apenas se verá en toda esta escriptura una virtud moral, mas cerimonias y idolatrías y borracheras y muertes y guerras.

8. Yo no he hallado otra virtud entre esta gente, si no es la liberalidad que, en su tiempo, los señores tenían por afrenta ser escasos, y digo que apenas hay otra virtud entre ellos, porque aún nombre propio para ninguna de las virtudes tienen, donde parece que no las obraban, porque para decir castidad se ha de decir por rodeo en su lengua y así de otras virtudes como

es templanza, caridad, justicia, que aunque tengan algunos nombres, no las entienden, como carecía esta gente de libros.

9. Y en muchas cosas acertaran si se rigieran según el dictamen

de la razón; mas como la tienen todos tan afascada con sus idolatrías y vicios, casi por hierro hacían alguna buena obra.

10. Y permite N[uestr]o Señor que, como les provee de religiosos que dejando en Castilla sus encerramientos y sosiego espiritual, les inspira que pasen a estas partes y se abajen no solamente a predicalles según su capacidad, mas aun de enseñales las primeras letras, y no solamente esto, mas aun abajarse

p. 328

a su poquedad de ellos y hacerse a todos todas las cosas, como dice el apóstol san Pablo de sí; así les provee cada día quien les muestre las virtudes morales, como proveyó en v[uestra] il[ustrí]ma S[eñorí]a para la administración y gobernación y regimiento deste nuevo Mundo.

11. Y esto digo sin saber de aplacer a los oídos, porque no conviene a religiosos tener tal intento; y lo que es notorio a todos y la verdad no se ha de encubrir, porque v[uestra] S[eñorí]a parece ser electo de Dios para la gobernación desta tierra, para tener a todos en paz, para mantener a todos en justicia, para oír a chicos y grandes, para desagraviar a los agraviados.

12. Y bien está la prueba clara, pues el aposento de v[uestra] S[eñorí]a está patente a chicos y a grandes y todos se llegan con tanta confianza a la presencia de v[uestra] S[eñorí]a que, quitando sus recreaciones y pasatiempos de señor, da audiencia todo el día hasta la noche a unos y a otros, que aun hasta los religiosos estamos casi admirados de la constancia de v[uestra] S[eñorí]a.

13 Y podemos decir de v[uestra] S[eñorí]a que hace más en sustentar y conservar lo conquistado, que fue en conquistallo de nuevo; porque en lo primero fue trabajo de al-

gunos días, y en esto, trabajo de muchos años.

14. En el primero se alaba la animosidad del corazón, en v[uestra] S[eñorí]a, se alaba la benignidad para con todos, el gran talento que v[uestra] S[eñorí]a tiene para regir la prudencia en todas las cosas, la afabilidad para con todos no perdiendo la autoridad y gravedad que el oficio requiere, el celo para que se plante en esta gente nuestra religión cristiana; por lo cual permite n[uest]ro Señor que corresponda esta gente con amor y temor y reverencia, que todos tienen a v[uestra] S[eñorí]a en esta Provincia y en todas las otras desta nueva España, que aun solas las palabras de v[estra] S[eñorí]a tienen por mandamientos; viendo cómo v[uestra] S[eñorí] a los trata y cómo los conserva

p. 329

y tiene a todos en tanta paz y tranquilidad.

15. Lo cual no así tan fácilmente se hacía en su infidelidad, porque por la menor desobediencia que tenían a sus señores les costaban las vidas y eran sacrificados, y lo que no podían acabar con tanta regurosidad, que les fuesen obedientes, alcanza ahora v[uestra] S[eñorí]a Il[ustrí]ma con tanta mansedumbre.

16. Por lo cual es de dar gracias a Nuestro Señor y admirarnos del gran ánimo de v[uestra] S[eñorí]a, el cual, el Espíritu santo alumbró y reparte de sus dones, tan a la clara y palpablemente, que chicos y grandes lo sienten.

17. Pues, il[ustrí]mo S[eñ]or, esta escritura y relación presentan a v[uest]ra S[eñorí]a los viejos desta cibdad de *Michuacan*, y yo también en su nombre, no como autor, sino como intérpete dellos. En la cual v[uestra] S[eñorí]a verá que las sentencias van sacadas al propio de su estilo de hablar, y yo pienso de ser notado mucho en esto.

18. Mas como fiel intérpete no he quesido mudar de su manera de decir, por no comprometer sus sentencias, y en toda esta in-

terpetación he guardado esto, si no ha sido algunas sentencias, y muy pocas, que quedarían faltas y diminutas si no se añadiese algo; y otras sentencias van declaradas porque las entiendan mejor los lectores, como es esta manera de decir: *no cuché hepuhucárixacan*, quiere decir en nuestro romance al pie de la letra: No tenemos cabezas con nosotros.

19. Y no lo toman ellos en el sentido que nosotros, mas entendían en su tiempo cuando estaban en alguna aflicción o pensaban ser cautivados de sus enemigos y que les cortarían las cabezas y las pondrían en unos varales, juzgábanse que ya las tenían cortadas, y por eso decían que no tenían cabezas consigo.

20. En la manera del rodar las sentencias hay que notar que no llevan tantos vocablos equívocos, en tanta abundancia, como en nuestra lengua.

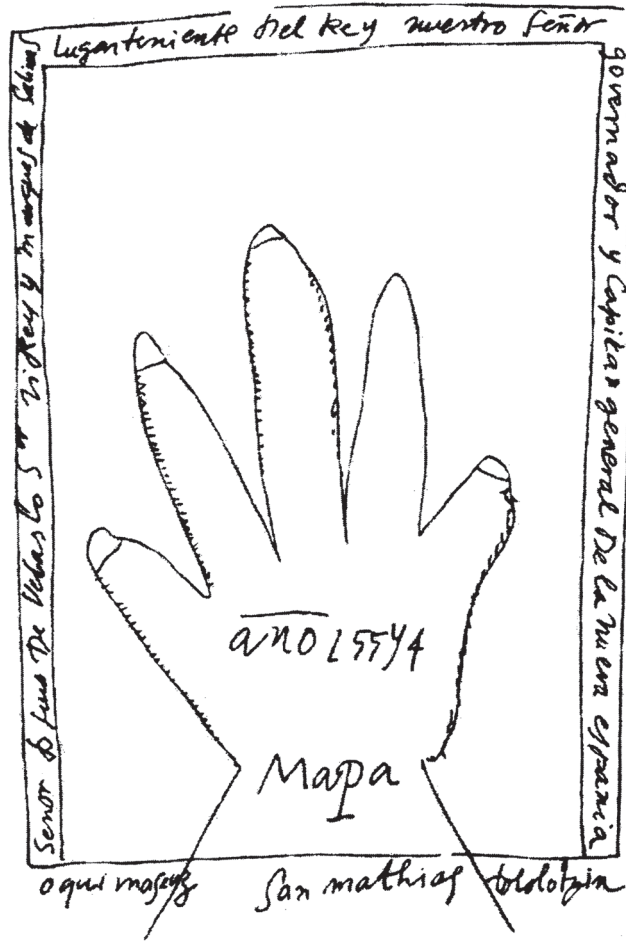
21. A esto digo que yo sirvo de intérpete de estos viejos y haga cuenta que ellos lo cuentan a v[uestra] Señorí]a il[ustrí]ma y a los letores, dando relación de su vida y ceremonias y gobernación y tierra.

22. Il[ustrí]mo S[eñ]or, v[uestra] S[eñorí]a me dijo que escribiese de la gobernación de esta Provincia, yo, porque aprovechase a los religiosos que entienden en su conversión, saqué también: dónde vinieron sus dioses más principales y las fiestas que les hacían, lo cual puse en la primera parte; en la segunda parte puse, cómo poblaron y conquistaron

p. 330

esta Provincia los antepasados del *Car;onzi*; y en la tercera, la gobernación que tenían entre sí hasta que vinieron los españoles a esta Provincia y hace fin en la muerte del *Car;onzi* [borrado].

23. [borrado] v[uest]ra S[eñorí]a haga pues enmendar y corregir y favorezca esta escritura, pues se empezó en su nombre y por su mandamiento, porque esta lengua y estilo parezca bien a los letores y no echen al rincón lo que con mucho trabajo se tradujo en la nuestra castellana.



24. Lo que aviso más a los lectores, que usen los interrogantes que lleva en esta escriptura y relación y se hagan a la manera de hablar desta gente si quieren entender su manera de decir, porque por la mayor parte hablan por interrogantes en lo que hablan por negación.

El análisis

Con base en la retórica de Aristotélica, el prólogo cabe en el mundo de los exordios. Para Aristóteles

El exordio, es el comienzo del discurso, lo mismo que el prólogo en la poesía y el preludio en la música de flauta; pues todo esto son preámbulos, y como preparación del camino para lo que sigue. El preludio en la flauta es semejante al exordio de los discursos demostrativos, pues ciertamente los flautistas al preludiar, lo que saben tocar bien lo ejecutan como preludio y enlazan con la nota que da el tono, y también en los discursos demostrativos es preciso escribir de esa manera, y, dicho lo que se quiera, ir directamente a señalar el tono y buscar el enlace; lo cual hacen todos.³⁸

Yendo más al grano, Aristóteles afirma: “Los exordios de los discursos demostrativos se sacan, pues, de lo siguiente: alabanza, vituperio, persuasión, disuasión, consideraciones dirigidas al oyente; es preciso que lo que da el tono al discurso sea o extraño o propio”.³⁹

Enseguida, Aristóteles advierte que: “En los discursos y poemas épicos el exordio anuncia el asunto, para que vean los oyentes por adelantado acerca de qué era el discurso y no quede pendiente el pensamiento, porque lo que es indefinido lleva a error; así, pues, el que da como en

la mano el comienzo hace que a continuación se siga bien la exposición”.⁴⁰

Mortara Garavelli observa respecto a los exordios que la palabra griega proemio muestra mejor que la latina exordio que ‘esta parte está colocada antes de pasar al verdadero argumento que ha de tratarse’, asociado a la música tocada antes de ejecutar una pieza. Además advierte que el proemio es una parte fija de los poemas épicos desde Homero hasta los tiempos modernos.⁴¹ Por otra parte, Aristóteles reitera la importancia del proemio al señalar que “la función más necesaria del prólogo y más característica es la de exponer cuál es el fin a que se dirige el discurso”.⁴²

El análisis en detalle

Para empezar, y antes de iniciar el prólogo, el recopilador se dirige con gran respeto al destinatario principal, que todo indica era el virrey Mendoza, con el título de Ilustrísimo señor. Se trata de un acercamiento adecuado y directo. Y no hay mejor comienzo que un exordio directo, el cual “sirve para lograr de manera inmediata que el oyente nos escuche”. El “objetivo es conseguir que los oyentes se muestren atentos, interesados y favorables”.⁴³

Enseguida, en la primera oración el autor dice que es común y natural el hecho de desear saber, en abstracto; a continuación argumenta que para lograr la ciencia del saber se necesitan muchos años, “revolviendo libros y quemándose las cejas y andando muchas provincias”. Esta parte, el hecho de desear saber, encaja dentro de la tópica del exordio, aunque no cae dentro de los ejemplos más comunes del género, como los consignados en el manual de Ernst Robert Curtius

⁴⁰ *Ibidem*, III 14, 1415a, p. 213.

⁴¹ Bice Mortara Garavelli, *Manual de retórica*, Madrid, Cátedra, 2000, pp. 74 y ss.

⁴² Aristóteles, *op. cit.*

⁴³ *Retórica a Herenio* (Introducción, traducción y notas de Salvador Núñez), Madrid, Gredos (Biblioteca Clásica, 244), 1997, I, 4, 6, p. 75.

³⁸ Aristóteles, *Retórica* (edición bilingüe de Antonio Tovar, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1999; III 14, 1411b, pp. 211-212.

³⁹ *Ibidem*, III 14, 1414b-1415a, p. 212.

para el medioevo.⁴⁴ El último fragmento es poco claro, pero, según yo interpreto, implica los esfuerzos precristianos para aprender las costumbres y la historia de otros pueblos, como lo consigna San Jerónimo en el prólogo de la Biblia.

La recuperación de la historia y etnografía de un pueblo puede considerarse una causa digna para la retórica clásica, en virtud del esfuerzo que implica hacerlo. Y cuando una causa es digna podemos emplear el exordio directo, pero debemos mostrar por qué lo es; y aquí, de entrada, se justifica dicha condición.⁴⁵ En consecuencia, nuestro autor-recopilador redactó los tres párrafos siguientes.

En los párrafos dos y tres dice el recopilador que, como partícipe de aquella curiosidad natural por el saber que algunos tienen, él quiso hacerlo acerca de esos nuevos cristianos que eran los tarascos. Así, trata de registrar su vida en tiempos de su infidelidad: sus creencias y sus costumbres, su gobernación y su procedencia; es decir, su etnografía y sus mitos fundacionales. La propia *Retórica a Herenio* nos dice que en los exordios directos “podremos obtener el interés de los oyentes si resumimos brevemente los puntos esenciales de la causa... pues quien desea escuchar con atención se muestra ya interesado”.⁴⁶ Luego, Alcalá nos quiere dar a entender que muchas veces reflexionó sobre su capacidad para hacerlo, pues no se consideraba idóneo para ello ni contaba con los medios adecuados para lograrlo. El mismo tratado advierte que obtenemos el favor de los oyentes hablando de nosotros “si mencionamos nuestras dificultades, pobreza, soledad o desgracias”.⁴⁷ He aquí un lugar común que es el recurso de la falsa modestia, que Curtius tan bien expone diciendo: “En la introducción el orador debe ganarse la benevolencia, la atención y la docilidad de sus oyentes. ¿Cómo lograrlo? Ante todo con una presentación modesta. Pero como el orador

mismo tiene que poner de relieve esa modestia, acaba por hacerse afectada”.⁴⁸

A continuación, en el párrafo cuatro, viene la censura a los naturales por haber sido gente que no tenía libros en su gentilidad, lo que implicaba en ellos un ascendiente cultural ágrafo, por una parte, y en el lado contrario se elogia de manera implícita la tradición letrada y sabia de los españoles. Con ello se está cumpliendo con el canon del género demostrativo.⁴⁹

En ese mismo párrafo el recopilador profiere una alabanza a los clérigos regulares en general, a quienes él pertenecía, por haber convertido a los indios en gente de razón. A la letra dice el texto: “los religiosos tenemos otro intento que es plantar la fe de Cristo y pulir y adornar esta gente con nuevas costumbres y tornarlos a fundir, si posible fuese, para hacerlos hombres de razón después de Dios”. Pero además de alabanza, esta oración muestra un ejemplo sutil de tópica del exordio, en una de las modalidades que implica que quien posee conocimiento debe divulgarlo.⁵⁰

En la oración cinco dice: “Ya yo tenía perdida la esperanza deste mi deseo, si no fuera animado por las palabras de v[uestra] S[eñor]ía Il[ustr]í[s]ima que, viniendo la primera vez a visitar esta provincia de Mechuacán, me dijo dos o tres veces, que por qué no sacaba algo de la gobernación desta gente”. Esta oración contiene

⁴⁸ “Según Cicerón es conveniente que el orador se presente en una actitud humilde y suplicante. Hay que notar que la humildad aquí es un término precristiano. La alusión del orador a su propia debilidad..., a su escasa preparación [...] proviene del discurso forense, donde tiene por objeto captar la benevolencia del juez; pero muy pronto pasa de ahí a otros géneros... Tales “fórmulas de modestia” logran enorme difusión, primero en la tardía Antigüedad pagana y cristiana, y más tarde en la literatura latina y romance de la Edad Media. El autor se excusa unas veces de su incapacidad en general, otras de su lenguaje inculco y grosero. Hasta un estilista tan refinado como Tácito quiere hacernos creer que su *Agrícola* está escrito en ‘lengua sin arte y sin educación’. Ernst Robert Curtius, *op. cit.*, pp. 127-128.

⁴⁹ Recuérdese que Aristóteles dice que los *exordios* de los discursos demostrativos se sacan de la alabanza, el vituperio, la persuasión y la disuasión, de consideraciones dirigidas al oyente. Aristóteles, III 14, 1414b-1415a, p. 212.

⁵⁰ Ernst Robert Curtius, *op. cit.*, p. 133.

⁴⁴ Ernst Robert Curtius, *Literatura europea y Edad media latina*, México, FCE, 1998, p. 131.

⁴⁵ *Retórica a Herenio*, I, 4, 6, p. 75.

⁴⁶ *Ibidem*, I, 4, 6, p. 76.

⁴⁷ *Ibidem*, I, 5, p. 77.

una alabanza al solicitante de la *Relación*, que según se coteja, era el virrey Mendoza. Y ello se hace, como ocurrió con anterioridad, siguiendo el canon de los prólogos retóricos del género demostrativo. Se usan circunstancias externas como la condición ilustre del destinatario inmediato, el virrey, que sabemos era un personaje con suerte, de linaje importante; tenía el referido cargo, educación, riqueza, renombre y título de nobleza, todo ello implícito en el epíteto de “vuestra señoría ilustrísima”. Después, en la oración seis, viene implícita también la inclinación a la sabiduría por medio de la producción de conocimiento, algo en que ambos coincidían. Además, ahí Alcalá se alaba a sí mismo, por el deseo de hacerle un servicio al virrey a través de la dicha producción de conocimiento y de información sobre uno de los territorios que éste gobernaba. Dicho elogio, dirigido a sí mismo, se interpreta en función de haber actuado con sentido del deber por su amistad con Mendoza, “porque es justo mostrar nuestro propio carácter alabando el de otros”.⁵¹

Adelante, en el mismo párrafo seis, encontramos una reiteración del propósito de la *Relación* y una descripción de su contenido principal, que se puede interpretar como una recapitulación.⁵² Luego viene una suerte de intercesión por los indios y el virrey, para que éste favorezca a los segundos, por lo bueno que pudiesen tener, y para que les quite de su gentil maldad.⁵³ Aunque advierte el narrador que sólo una virtud les había encontrado a los nativos en su condición preevangelizada: la liberalidad⁵⁴ que sus señores te-

nían, lo que significa generosidad. En otras palabras, el narrador está buscando que el destinatario sea benevolente con los purépecha.⁵⁵ Algo que llama la atención es lo dicho acerca de las virtudes, respecto a que no hay nombre para la castidad, la templanza, la caridad y la justicia. Sin embargo, como se ve en la segunda y tercera partes de la *Relación*, hay una constante reprobación de las faltas a la castidad en el discurso aparentemente indígena, estableciéndose una contradicción que nos hace pensar en la intervención del recopilador en la exposición de los pasajes pertinentes, dejando en el texto un sustrato de mentalidad occidental, que se nota a menudo a lo largo del mismo.⁵⁶

En pertinencia al contexto en que se evocan las virtudes en la retórica, Aristóteles nos dice que la virtud, el vicio, lo noble y lo bajo, en la oratoria demostrativa son “los objetos del que ensalza y reprocha; acaecerá que a la vez que sobre el encomio y vituperio se habla, se puede mostrar aquello por lo que se comprenderá cómo somos de carácter”.⁵⁷ Desde otra perspectiva, aquí parece haber ocurrido una situación semejante a la consignada por Pérez Martínez respecto a la estrechez léxica de los españoles, al nombrar lo nuevo que encontraban en este continente. Así,

⁵⁵ “En la oratoria forense y política, y eventualmente también en la encomiástica... el fin del exordio era hacer que el juez o público fuera benévolo, atento, dócil... con este fin los tratadistas se explayaban en interesantes casuísticas acerca de los diferentes modos de congraciarse al auditorio según las circunstancias del debate o la ocasión del discurso, los motivos que inducen al orador a tomar la palabra, la autoridad del que habla, el argumento, las opiniones comúnmente difundidas al respecto, las personas implicadas...” Mortara Garavelli, *op. cit.*, p. 71; véase también Heinrich Lausberg, *Manual de retórica literaria: fundamentos de una ciencia de la literatura*, Madrid, Gredos, 3 vols, 1999; I, §257, 2a, p. 229; §268, p. 243; §274, pp. 249-250. En esta última página afirma que la benevolencia se consigue mediante el elogio y el vituperio y reviste un marcado carácter dialéctico.

⁵⁶ Sobre las maneras preilustradas con que los europeos trataban de describir e ilustrar a los indios americanos y sus sociedades, véanse Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias Nuevas*, México, FCE, 1978; y Anthony Pagden, *The Fall of Natural Man: The American Indian and the Origin of the Comparative Ethnology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982.

⁵⁷ Aristóteles, I, 9, 1366a.

⁵¹ *Retórica a Herenio*, I, 4, 8; I, 5, 76; III, 6, 11, 182.

⁵² “...las recapitulaciones pueden tener lugar en cualquier parte de un texto/discurso, y no sólo en el epílogo”; Mortara Garavelli, *op. cit.*, p. 117.

⁵³ Según el diccionario de Covarrubias, gentiles son: “los idólatras que no tuvieron conocimiento de un verdadero Dios y adoraron falsos dioses”. Sebastián de Covarrubias Orozco, *Tesoro de la lengua castellana o española* (ed. de Felipe Maldonado, revisada por Manuel Camarero), Madrid, Castalia, 1995, p. 587.

⁵⁴ Para Covarrubias, liberal viene del latín *liberalis*, y lo define como: el que graciosamente, sin tener respeto a recompensa alguna, hace bien y merced a los menesterosos, guardando el modo debido para no dar el extremo de pródigo. Sebastián de Covarrubias, *op. cit.*, p. 713.

el padre Alcalá se percató de que los naturales de Michoacán no tenían palabras específicas para nombrar las virtudes de la tradición judeo-cristiana. Y los rodeos que según él empleaban para hablar de castidad, por ejemplo, debieron haber sido metáforas.⁵⁸ La oración nueve contiene otra censura de los indios, de evidente carga retórica, en la que dice que si algo bueno hacían en su gentilidad era por yerro. Y esta nueva censura es alabanza indirecta a los evangelizadores y a la cultura hispana, la que los estaban sacando del error, todo ello en el contexto exordial de la búsqueda de la benevolencia.

En la oración diez encuentro el uso de retórica desde dos perspectivas. Una es el uso del tópico del exordio antes citado, cuyo mensaje es que quien posee conocimiento debe divulgarlo.⁵⁹ Es una alabanza al señor y a los religiosos, pero de nuevo contiene un fragmento denigrante de los indígenas al referirse a su poquedad. Así, continúa ese juego de alabanza-censura propio de los exordios, con el que enfatiza la grandeza de los peninsulares contra la baja de los indios. Luego, desde otra perspectiva, al encomiar a los frailes el autor dice cómo se rebajan al nivel indígena para adaptarse a sus circunstancias, y en ese contexto menciona una cita de San Pablo a sí mismo, cuyo ejemplo no me queda claro. Sin embargo, ese acto de rebajarse al nivel indígena podría también implicar un caso de falsa modestia.

En el párrafo once empieza el autor con un dejo de falsa modestia, donde advierte haber dicho lo expresado sin intento de quedar bien con el destinatario inmediato, el virrey. Luego lo alaba una vez más, y le dice que parece ser un elegido de Dios a ocupar el cargo que tiene. Que está ahí para impartir justicia a chicos y grandes, y desagraviar a los ofendidos. Al referirse a la impartición de justicia, el autor-recopilador saca de nuevo a colación la grandeza de los dominadores en contraste con la pequeñez de los sometidos.

En el párrafo doce se encomia al virrey por la manera en que a todos recibe y atiende, inspi-

rándoles confianza, y haciéndolo aún a costa de su tiempo de esparcimiento. Agrega que no sólo lo hace en su tiempo libre, sino de día o de noche, por lo cual tiene a los religiosos admirados. Aquí vale la pena mencionar que debe haber un sustento de realidad en la alabanza al virrey, pues Mendoza parece haber sido especialmente atento a los asuntos indígenas.

En las oraciones trece a dieciséis continúa el discurso de alabanza al virrey, y a Dios por haberseles mandado a gobernar Nueva España, pero el autor no pierde la oportunidad de recordar al virrey y a los destinatarios ulteriores la pequeñez de los indios, aunque también su fortuna de ser gobernados por alguien tan benévolo. En contraste, dice, cuando eran gentiles se les sacrificaba por la menor desobediencia, censurando de nuevo al extinto Estado purépecha. Nótese cómo en esta serie de oraciones, y en el contexto exordial, el narrador juega constantemente con el elogio y el vituperio, lo que, como señalé, se interpreta como un recurso para conseguir la benevolencia de los destinatarios: el propio virrey y los lectores ulteriores.⁶⁰

Vienen los párrafos diecisiete a diecinueve; el diecisiete contiene el tópico de la dedicatoria, al virrey y a Dios.⁶¹ Por otra parte, en una primera lectura este fragmento puede considerarse, desde la perspectiva filológica, como el texto introductorio propiamente dicho de la *Relación*. Nos narra el redactor cómo los “tatas” de Pátzcuaro son los informantes o, mejor dicho, cómo entre éstos y él mismo prepararon la *Relación*, siendo él sólo un intérprete, y cómo respetó la manera de decir las cosas de aquellos viejos. Y enfatiza que lo hizo así para no corromper sus oraciones; que sólo hizo agregados muy leves en aras de la claridad textual. Aquí por primera vez se refiere a los lectores allende Mendoza, su destinatario inmediato. Enseguida pone un ejemplo de su proceder sobre una expresión común entre los indígenas, que alude a no tener consigo sus cabezas e implica estar perdidos. Y finalmente hace una alusión a lo conciso de la manera en

⁵⁸ Herón Pérez Martínez, *op. cit.*, p. 45.

⁵⁹ Ernst Robert Curtius, *op. cit.*, p. 133.

⁶⁰ Heinrich Lausberg, *op. cit.*, §274, p. 250.

⁶¹ Ernst Robert Curtius, *op. cit.*, p. 132.

que los indígenas se expresan, en comparación con los hablantes de castellano, al que llama “nuestro romance”. Todo esto, por supuesto, debe ser objeto de reflexión.

Este fragmento es un claro ejemplo de la sólida formación académica del sacerdote intérprete, lo cual reafirma que la retórica por él utilizada es más intencional que espontánea. Por otra parte, al contrastar mi percepción del contenido retórico del documento con otros trabajos que abordan el problema, encuentro que Herón Pérez Martínez lo concibe como un discurso completo, apoyando con ello mi análisis.⁶² En ese contexto, la presencia de este prólogo tiene una significación mayor y más estructurada, a lo cual me referiré una vez comentados los párrafos faltantes. Aunque vale la pena hacer notar que el susodicho pasaje cabe dentro de las líneas generales de la tópica del exordio, al servir “para exponer los motivos que han determinado la creación de una obra”.⁶³ Además, entreverado en el párrafo, al decir que aquello de no tener sus cabezas consigo, ocurría “cuando estaban en alguna aflicción o pensaban ser cautivados de sus enemigos y que les cortarían las cabezas y las pondrían en unos varales”, no pierde la ocasión el fraile para censurar, de modo sutil, el mundo gentil en que los naturales vivían antes de la evangelización.

El párrafo veintiuno es un fragmento de discurso reiterativo donde el autor da a entender que es un simple vehículo de los ancianos patzcuareños en la narración de su etnografía, y da cuenta de su posición teórica como traductor.⁶⁴ El párrafo veintidós está dedicado a la estructura de la *Relación*. En este fragmento se destaca que también se documentará lo que hoy llamamos su mito fundacional, así como otros aspectos de su mitología, sobre todo la asociada a su panteón. También se anuncia una descripción del territorio tarasco antes del contacto. La oración veintitrés comienza con una forma velada de falsa modestia de parte del recopilador; al pedir al receptor inmediato que, de ser necesario

o prudente, haga enmiendas al texto de la *Relación*. Sin embargo, conmina al resto de los lectores a no echar en saco roto la información que la obra contiene, en virtud de la dificultad que implicó traducirla al castellano. Esto lo interpreto como una manera sutil de discurso disuasivo. El párrafo veinticuatro dice que los purépecha usan una suerte de discurso interrogativo para significar negación. Y esto no sólo va para los lectores antiguos, sino para los de hoy día. He aquí otra advertencia filológica.

Como se habrá observado, el texto introductorio a la *Relación de Michoacán* es todo un prólogo desde la perspectiva de la retórica, y deja claro que se trata de un discurso demostrativo, pero ¿de qué? De la grandeza de los españoles y la pequeñez de los indios. También de la abyecta condición de los nativos en épocas gentiles, misma que mejoró de manera considerable con su conversión al cristianismo. Asimismo, el relato contiene una clara alabanza y dedicatoria al aparente receptor inmediato y promotor del mismo, el susodicho Mendoza. Veamos ahora cómo Herón Pérez Martínez considera al prólogo un todo discursivo. Nos dice que “adopta su estructura del género oratorio”, y que sus partes son las mismas de un discurso:

[...] tienen un *exordio* que hace las veces de introducción, sigue luego la *narratio* que en la relación se ocupa de darle cuenta al lector y al virrey de la historia de la obra que se tiene entre manos; en vez de la *argumentatio*, Alcalá expone la índole del escrito y... la página de derechos con el correspondiente deslinde de autorías y las exhortaciones habituales de la peroración final en la que... aparece de manera explícita el segundo destinatario, los ‘lectores’, introducidos al final de la parte anterior con la función adicional, tanto de enlace... como, sobre todo, de mecanismo de desdoblamiento del destinatario de la relación en el virrey y los lectores.⁶⁵

⁶² Herón Pérez Martínez, *op. cit.*

⁶³ Ernst Robert Curtius, *op. cit.*, p. 131.

⁶⁴ Herón Pérez Martínez, *op. cit.*, p. 102.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 88.

Como el lector podrá imaginar, el resto de la *Relación de Michoacán* es la continuación del discurso de que es proemio el texto recién analizado, y se emplea en ella el *ars bene dicendi* de manera magistral, predominando los siguientes recursos retóricos: la tópica, los *exempla*, la argumentación con base en la figura deliberativa de pensamiento, y el empleo del elogio y el vituperio para conmovir a los destinatarios del texto. De la tópica se recurre a un corpus limitado de argumentos, sobre los que predominan los *argumenta a persona* y *a re*, referidos al catálogo de lugares de Quintiliano. En ocasiones también se identifica alguna tópica más entendible desde la perspectiva aristotélica. Pero destacan en especial los ejemplos, empleados de

manera magistral, aprovechando relatos indígenas para ilustrar conductas aconsejables o reprobables, según el caso. Resaltan entre ellos los relatos sobre mujeres libidinosas.

Un estudio más amplio del uso de retórica en el texto de Alcalá ha sido objeto de un trabajo mayor, titulado “Del informante al lector, la mediación retórica de la *Relación de Michoacán*”, del que este artículo es sólo un botón de muestra. En él queda clara de una manera más amplia la importancia de contemplar el trabajo de las relaciones como la de Alcalá, más allá de la etnografía, con la cautela de no percibirlos como testimonios que deben ser tomados al pie de la letra, sobre todo cuando aluden a la tópica de la tradición argumentativa clásica.



Un rincón de la ciudad. Necatitlan y Tlaxcoaque en el siglo XIX

María Gayón y María Dolores Morales

La segunda mitad del siglo XIX trajo para la ciudad de México grandes cambios políticos, económicos y sociales. En especial las Leyes de Reforma la impactaron enormemente. Como parte de la aplicación de esta legislación, los gobiernos liberales confiscaron las propiedades del clero, vendiéndolas a sus arrendatarios o sacándolas a subasta.

A mediados del siglo XIX el clero era propietario de más de la mitad de las casas habitación destinadas al arrendamiento en la ciudad, por lo que la venta de esos inmuebles significó la pérdida de una de sus principales fuentes de ingresos. Al mismo tiempo, para disminuir aún más el poder político y económico de la Iglesia, el gobierno liberal tomó la drástica medida de derribar gran número de conventos y destinar para otros usos aquéllos que quedaron en pie. A través de los conventos se abrieron numerosas e importantes calles para facilitar la venta de lotes. Se conservaron la mayoría de iglesias y capillas que habían formado parte de los conventos y un buen número de las situadas en los barrios. Dispersas por todos los rumbos de la ciudad, estas construcciones siguieron siendo, junto con sus plazas, centros de las actividades vecinales de la población. El clero no fue el único afectado, las Leyes de Reforma también posibilitaron la expansión urbana y la creación de

nuevas colonias sobre terrenos de antiguas comunidades indígenas y de corporaciones civiles como el Ayuntamiento.

Entre tanto, la población citadina aumentó de manera considerable: entre 1848 y 1882 pasó de 120 000 a 193 000 habitantes,¹ con su consecuente demanda de vivienda; además, la paulatina estabilización económica dio lugar al incremento de los servicios y a la aplicación de nuevas tecnologías en ellos.

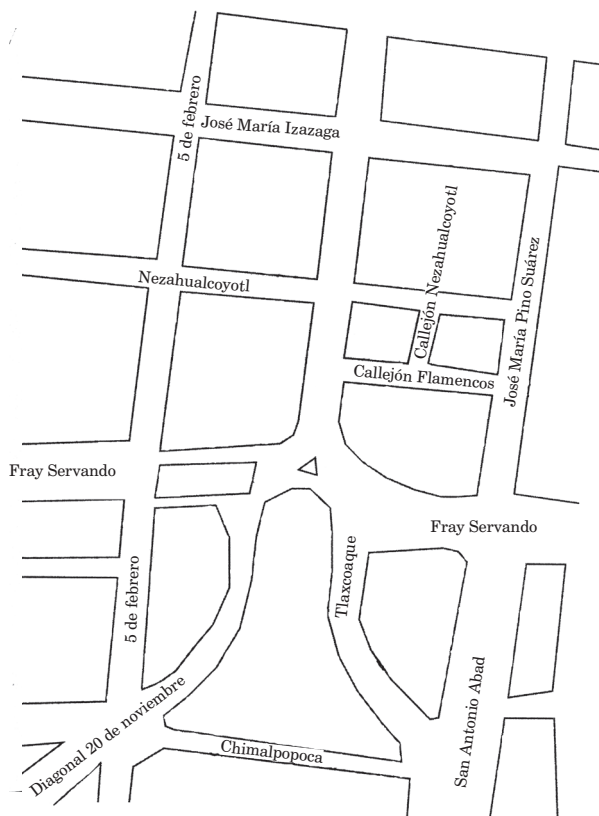
En este trabajo buscamos acercarnos a una zona localizada en la periferia sur de la ciudad de México con el propósito de verla en detalle, realizar un análisis comparativo de los cambios entre 1848 y 1882, y descubrir cómo se manifiestan las grandes transformaciones que experimentó la ciudad en su estructura física y social en un pequeño territorio periférico, pero cercano al centro.²

¹ María Dolores Morales y María Gayón. "Viviendas, casas y usos de suelo en la ciudad de México, 1848-1882", en Rosalva Loreto (coord.), *Casas, viviendas y hogares en la historia de México*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 339-377.

² Las fuentes principales utilizadas para este estudio son dos padrones de población: el *Padrón de los habitantes de las casas de esta ciudad, de 1848*, Archivo Histórico del Distrito Federal (AHDF), vols. 3408 y 3409, y el *Padrón de la municipalidad de México 1882*, AHDF, vols. 3424 a 3441. De estas fuentes fue tomada la mayoría de datos sobre las

No había por allí mucho que llamara la atención

Los barrios de Necatitlan y Tlaxcoaque se ubicaban en el espacio comprendido actualmente por las calles de José María Izazaga al Norte; Pino Suárez y San Antonio Abad al Oriente; la calle de Chimalpopoca al Sur y 5 de Febrero al Poniente: por el medio lo cruzan la avenida Fray Servando Teresa de Mier y la diagonal 20 de Noviembre (Plano 1).



Plano 1. Espacio que llegaron a ocupar los barrios de Necatitlan y Tlaxcoaque, de acuerdo a la actual configuración urbana.

Necatitlan y Tlaxcoaque eran un rincón de la ciudad como tantos otros, especial y diferente como cada uno; formaban parte del territorio

personas, sus casas y sus viviendas. En los casos en que provienen de otras fuentes, las mismas se mencionarán a lo largo del texto.

que en el siglo XVI se había destinado a los barrios de Necatitlan y Xoloco, pertenecientes a la parcialidad de San Juan Tenochtitlan.³ Área periférica localizada al sur de la calle de San Miguel donde terminaba la antigua traza española o centro y al Norte de la Zanja Cuadrada que la separaba de los potreros y terrenos fangosos de la Ciénega de San Antonio Abad.

Tenían como vecinos por un lado, al Oriente, a los tradicionales y populosos barrios de San Pablo y del Cacahuatal, y por el otro, al Poniente, a los del Risco y la Retama. Su vecindad con el rastro y con la calzada de San Antonio Abad daban a Necatitlan y a Tlaxcoaque una gran vitalidad y características distintivas, en las que influían el constante tráfico de personas y bestias que traían a la ciudad azúcar, aguardiente de caña, cacao y otros productos de Tierra Caliente, y el paso obligado del ganado para su comercialización.⁴

Era ciertamente un territorio descuidado e insalubre, como tantos otros en la periferia de la ciudad, donde, a decir de Manuel Rivera Cambas, se aspiraban miasmas pestilentes que infectaban el aire, faltaba el empedrado, y en tiempos de lluvias las calles se volvían verdaderos pantanos; en el de secas, se cubrían de polvo, no había agua suficiente ni atarjeas, y los caños permanecían descubiertos con las aguas estancadas.⁵

Las malas lenguas decían que el barrio de Necatitlan era guarida de bandidos y léperos y sitio donde abundaban las pulquerías; pero en realidad era un barrio de trabajadores, pobre y olvidado por los encargados de las obras públicas, aunque sí, había más de una pulquería por manzana, entre ellas la famosa Pulquería de Buenos Aires. Durante la resistencia popular a

³ Andrés Lira, *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México. Tenochtitlan y Tlatelolco, sus pueblos y barrios, 1812-1919*, México, El Colegio de México/El Colegio de Michoacán, 1983, plano 30.

⁴ Guadalupe de la Torre, *Los muros de agua. El resguardo de la ciudad de México, siglo XVIII*, México, Consejo del Centro Histórico de la Ciudad de México/INAH, 1999.

⁵ Manuel Rivera Cambas, *México pintoresco, artístico y monumental*, t. 2, México, Editorial del Valle de México, facsimilar ilustrado, 1974, p. 241.

la invasión yanqui de 1847, Necatitlan se había destacado como un combativo y organizado barrio de patriotas.

No había mucho que llamara la atención por allí, sólo destacaban dos construcciones sencillas dedicadas al culto religioso: la capilla de la Concepción Tlaxcoaque, con su cúpula y campanario, edificada en el siglo XVII y modificada en el XVIII, para la celebración de misas e instrucción religiosa de los indígenas, capilla que se conserva hasta nuestros días (foto 1); y la capilla de Necatitlan, construida en tezontle durante el siglo XVIII, cuya portada barroca desapareció a fines del siglo XIX.



Foto 1. Capilla de Tlaxcoaque en la actualidad.

La zona era conocida por sus plazuelas: la del Rastro y la del Árbol que eran contiguas; la de Necatitlan, la de San Lucas y la del Aguilita. La plazuela del Árbol desapareció alrededor de 1870, cuando la vendió el Ayuntamiento a un particular;⁶ la plazuela contigua, llamada del Rastro, se conservó aunque perdió su nombre para tomar el nombre de la del Árbol, y disminuyó su extensión al ampliarse y regularizarse las casas de la manzana contigua. La plaza del Aguilita desapareció en la década de 1850.

Del acueducto de Chapultepec, continuando por cañerías, venía el agua que se distribuía a las dos fuentes públicas que había, una en la plazuela del Árbol y otra en la calle de San Mi-

guel. En 1882 se instaló además otra fuente en la misma calle y se construyeron 17 pozos artesianos. En la plazuela de San Lucas estaba una casa construida originalmente para el presidio de San Carlos, y que a fines del siglo XVIII y principios del XIX alojó al estanco de la pólvora; después pasó a ser propiedad del Ayuntamiento, y aunque cambió su uso continuó siendo conocida como la Casa de la Pólvora. En lo más apartado del barrio de Necatitlan, cerca de la Zanja Cuadrada, se construyó en la década de 1820 una plaza de toros, y aunque para 1848 ya había desaparecido por la quiebra de sus promotores, y el terreno vendido a los acreedores y convertido en corral, en algunos de los planos de mediados del siglo XIX y en la memoria de los habitantes se percibían todavía sus huellas.

Las calles de Necatitlan y Tlaxcoaque en general llevaban los nombres de los edificios importantes de sus alrededores, como la calle de San Miguel por la parroquia ubicada al otro lado de la acequia, y la de Tlaxcoaque por la capilla; la del Rastro, por el edificio del matadero situado al Oriente; la calle de Necatitlan, por el antiguo barrio indígena y su capilla y derivado de la palabra indígena de *nacatitlan*, que quiere decir junto a la carne;⁷ y el callejón de Cabezas, por los comerciantes en cabezas que vivían cerca del rastro y adobaban las cabezas del ganado para vocearlas y venderlas por las calles.⁸

El callejón de Santa Gertrudis fue bautizado así por la imagen que estaba en la esquina suroeste del callejón; la del Puente de San Antonio Abad, por el puente y la garita situadas al inicio de la calzada; y el nombre del callejón del Ave María, venía, según dice José María Marroquí, de la exclamación que era común pronunciar al entrar a ese callejón estrechísimo, sin empedrado, inmundado y oscuro y donde las personas oraban mientras lo cruzaban.⁹

El plano de 1882, al compararlo con el de 1848, muestra las transformaciones en la estructura vial que se dieron al modificarse el trazo de man-

⁶ José María Marroquí, *La ciudad de México*, t. 1, México, La Europea, 1900-1903, p. 456.

⁷ *Ibidem*, t. 3, p. 122.

⁸ *Ibidem*, t. 2, p. 7.

⁹ *Ibidem*, t. 1, p. 478.

zanas y calles: una de ellas, en la manzana ubicada al sureste de la calle de San Miguel, formaba una escuadra limitada al Sur por la plazuela del Árbol, que se comunicaba con la del Rastro a través de un callejón, y al venderse la plazuela del Árbol se construyeron allí una casa y un corral. Al desaparecer el antiguo callejón y regularizarse la manzana se formaron dos nuevos callejones: el del Árbol y el del Zacate, con lo que la manzana adquirió una forma rectangular. Las dos manzanas localizadas al Sur de la plazuela de Necatitlan también se regularizaron y se perdió la plazuela del Aguilita (Planos 2 y 3).

Los cambios notados en este grupo de manzanas pertenecientes a los barrios de Necatitlan y Tlaxcoaque no son aislados, son parte y reflejo de los grandes procesos que se venían dando en la ciudad de México. Las ventas de plazuelas, callejones o terrenos pertenecientes al Ayuntamiento o a las comunidades, completos o por fracciones, aunque no eran una novedad, se incrementaron notablemente en la segunda mitad del siglo XIX como parte de las adjudicaciones y ventas a los denunciados de baldíos, como se puede ver en los expedientes del Archivo Histórico del Distrito Federal.¹⁰

La gente del barrio

Por esa época, los barrios situados en la periferia sur de la ciudad estaban densamente poblados; Necatitlan y Tlaxcoaque no eran la excepción: en 1848 fueron censadas allí 2 036 personas y 2 986 en 1882, lo que corresponde a un aumento de 46 por ciento, tanto más significativo si tomamos en cuenta que en la zona disminuyó tanto el número de casas como el de viviendas. En el conjunto de la ciudad la población aumentó en 60 por ciento entre esos años, mientras el número de casas creció 40 por ciento y el de las viviendas 70 por ciento.

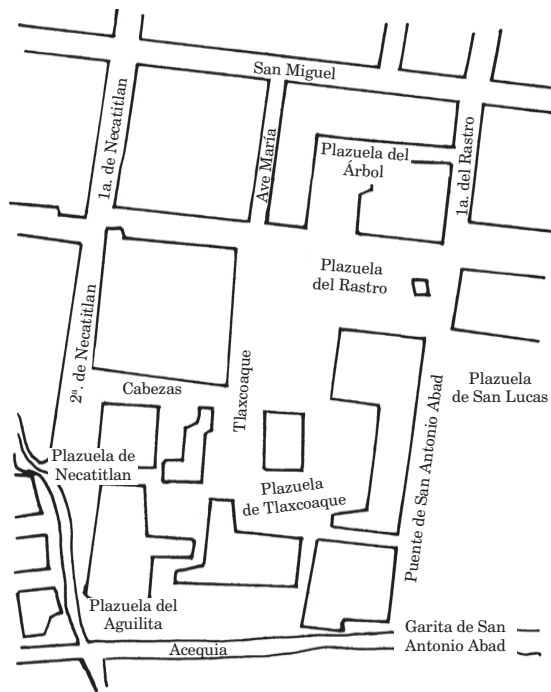
¹⁰ AHDF, Sección Fincas de la ciudad, vol. 1085, exp. 25; Sección Terrenos, vol. 4035, exp. 607; vol. 4036, exp. 676; vol. 4040, exp. 1016, y vol. 4043, exp. 1187.

Entre los habitantes de Necatitlan y Tlaxcoaque predominaban las mujeres: en 1848 había 953 hombres y 1 083 mujeres; para 1882 se censaron allí 1 307 hombres y 1 677 mujeres. La relación era por tanto de casi 9 hombres por cada 10 mujeres, y de casi 8 hombres por cada 10 mujeres en 1882, acercándose en este año a lo que fuera un patrón normal de distribución por sexo para la época.

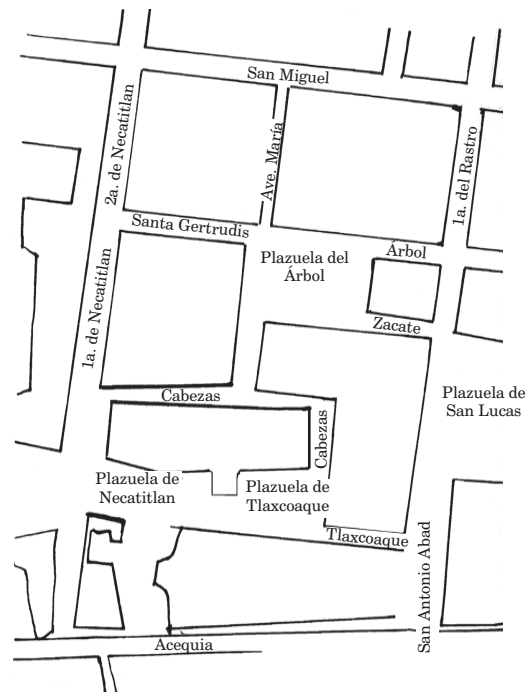
Eran barrios de gente joven, el promedio de edad de las personas que residían allí era de 25 años en 1848 y de 24 en 1882. Influyó en esto que en 1848 predominaban los que tenían entre 16 y 30 años, pues constituían el 38 por ciento de la población; en tanto para 1882 la población infantil y juvenil de 1 a 15 años representaba 39 por ciento, y la población mayor de 45 años era reducida.

En 1848 vivían allí solamente 4 personas que tenían 80 años o más. Don Fernando Ordóñez era el mayor; cuando lo entrevistó el censor declaró tener 100 años y trabajar aún como herrero, vivía solo, en una accesoria que ocupaba desde hacía 30 años, por la que pagaba \$3.00 mensuales; don Pablo Herrera era un viudo de 91 años, vivía y trabajaba en un taller de escultura en compañía de su hija Anita, de 52 años. Los otros dos mayores eran una pareja, don José Velasco y doña Josefa Corona, ambos de 80 años; vivían con sus hijos Manuel y Casimiro Velasco, y con sus nueras y nietos, en una propiedad de don José que funcionaba también como casa de matanza.

En 1882 había 6 personas que tenían 80 años o más: 5 mujeres y un hombre. Tomasa Rodríguez era la mayor, tenía 90 años y vivía sola en un cuarto del callejón del Zacate; Juana Muñoz y Salvadora Gutiérrez tenían 82 años, doña Juana ocupaba una vivienda alta en la calle de San Miguel con su sobrino Ángel del Castillo, mientras doña Salvadora rentaba un cuarto bajo al lado del que ocupaba su hijo Mariano, en el callejón de Cabezas. Dolores Acosta, María Campos y Miguel Suárez declararon tener 80 años, y los tres vivían en cuartos: doña Dolores y don Miguel en el número 3 del callejón de Cabezas, y doña María en la plazuela del Árbol.



Plano 2. Los barrios de Necatitlan y Tlaxcoaque, en su configuración espacial de 1848.



Plano 3. Los barrios de Necatitlan y Tlaxcoaque, con las modificaciones habidas hasta el año de 1882, que incluyen cambios en el trazo y manzanas.

Las dos mujeres compartían sus cuartos con algunos familiares, mientras don Miguel, de oficio carnicero, vivía solo.

En Necatitlan y Tlaxcoaque encontramos una gran cantidad de mujeres solas, solteras y viudas, junto a numerosos niños, por lo que Antonia, Matiana y las hermanas Sánchez que vivían allí, no eran mujeres fuera de lo común: Antonia tenía 40 años en 1848, era originaria de Puebla y trabajaba como lavandera, ocupaba un cuarto en el segundo patio de una casa en la calle de San Miguel, por el que pagaba \$2.25 de renta; ella vivía con sus 6 hijos.

En otro cuarto de la misma calle, poco más adelante, vivía Matiana Jardón, una viuda de 46 años, con sus hijas Simona y Andrea de 12 y 11 años, ellas se ocupaban como lavanderas y eran originarias de Toluca. En una pequeña accesoria frente a la plazuela del Aguilita vivían Juana y María Antonia Sánchez, ambas eran viudas y originarias de

Maravatío, juntas rentaban un cuarto por \$2.00, donde vivían con sus hijos: Jesús y Dolores de 11 años, y Eligia, Merced y Aniceto de 8, 7 y 3 años, respectivamente.

La situación de gran número de mujeres en Necatitlan y Tlaxcoaque no había cambiado mucho para 1882, allí encontramos en un cuarto de la plazuela de San Lucas a doña Agapita Girón, de apenas 36 años, haciéndose cargo ella sola de sus 6 hijos. No lejos de allí, en un cuarto bajo de una casa sin número de la plazuela de Necatitlan, doña Viviana Maza de 35 años había quedado sola con sus 5 hijos de entre 5 y 16 años: Josefa, Regina, Saturnino, Ángela y Enrique.

El gran número de habitantes en el barrio entre 16 y 30 años, sobre todo mujeres, está relacionado con los inmigrantes que llegaban a establecerse a la ciudad en busca de mejores oportunidades de trabajo. Casi una quinta parte de los

pobladores de Necatitlan y Tlaxcoaque habían llegado de fuera, sólo algunos del extranjero: de España, Francia o La Habana; la mayoría provenía de Puebla, Toluca, Pachuca, Apan, Tula, Tulancingo, Querétaro, Morelia, o de lugares cercanos del Valle de México, como Tlalpan, Coyoacán, San Ángel, Tacubaya, en fin.

En 1882 Necatitlan y Tlaxcoaque contaban entre sus habitantes a 9 hombres extranjeros: 4 españoles, Manuel P. Fernández propietario de uno de los corrales de ordeña más grandes de la ciudad; Federico Madraza, empleado del corral de don Manuel; los hermanos Fernando y Agustín Mijares, propietarios de una tienda ubicada en la plazuela de San Lucas; 2 franceses: Alejandro Nauret y Jacinto Cogordan, ambos comerciantes; 2 cubanos: Braulio Franco, empleado, y Aurelio Arce, estudiante; el otro extranjero era un profesor estadounidense llamado Cristóbal Gaugh.

La mayor parte de las mujeres que habían llegado de fuera a establecerse en Necatitlan y Tlaxcoaque trabajaban como sirvientas, molenderas y lavanderas; mientras los hombres en su mayoría se habían establecido como albañiles, comerciantes, cocheros y sirvientes.

Aun cuando en Necatitlan y Tlaxcoaque el número de mujeres era mayor que el de hombres, en 1848 había mucho más hombres casados que mujeres casadas: 505 hombres y 357 mujeres; estos datos tan diferentes se compensaban con el número de mujeres solteras: 226, en tanto que sólo había 152 solteros, y sobre todo con el número mucho más alto de viudas que de viudos: 220 mujeres y 47 hombres. En 1882 el número de solteros y viudos era de 745 mujeres y 409 hombres, y sin embargo el número de mujeres casadas era mayor que el de los casados: 502 mujeres y 461 hombres.

Carlota Padilla era la viuda más joven: en 1848 tenía 14 años, era originaria de Xochimilco y compartía la vivienda con Francisca de 16 años, y la pequeña Isabel de 2. Secundina Ramírez también era viuda, tenía 15 años y vivía con su mamá doña Carmen. En el conjunto de la ciudad de México, la viuda más joven anotada por los censores en 1848 tenía 13 años y había otras cuatro viudas de 14 años; en tanto, para 1882 las

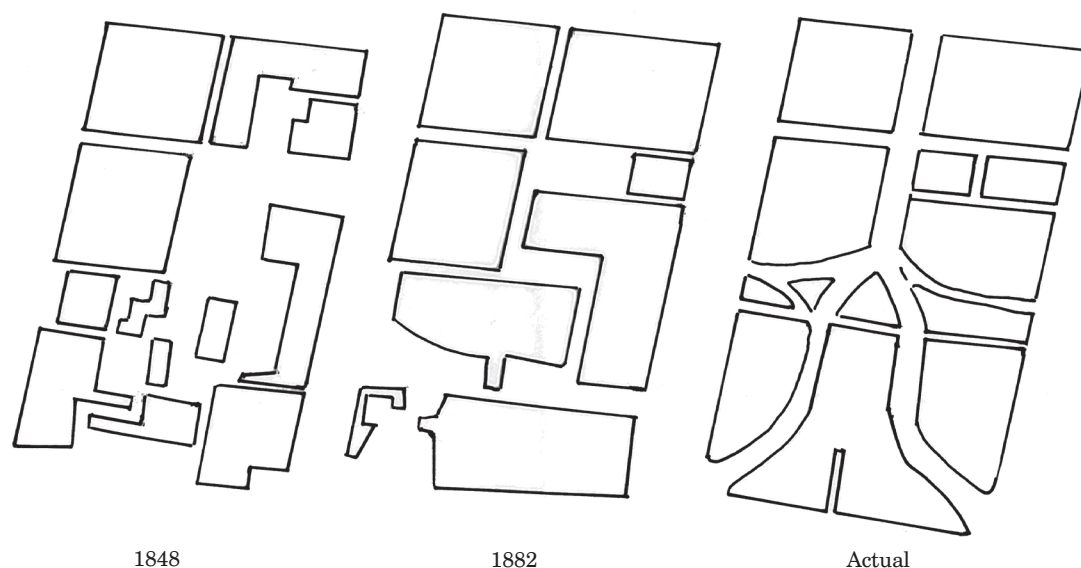
viudas muy jóvenes eran seis: 3 de 14 años, 2 de 13, y la más joven, Rafaela Salgado, de 12 años, que vivía con su mamá y sus hermanos.

La edad de los hombres viudos era más alta, y en 1848 el menor era Juan Torrises, comerciante de 23 años; en el resto de la ciudad el viudo más joven tenía 17 años y había 22 más de la edad de Juan Torrises o menores. La juventud de algunos viudos estaba relacionada también con la temprana edad de muchos de los matrimonios, pues en 1848 había 3 mujeres casadas de 12 años y 2 hombres casados de 13. La casada más joven de Necatitlan y Tlaxcoaque era Dominga Martínez, de 14 años, había llegado de Pachuca y trabajaba como sirvienta en una casa de la calle de San Miguel. Don Pedro Miranda era el menor de los casados, tenía 18 años, mientras doña Josefa Gómez, su mujer, tenía 25. En 1882 José Perea era el casado más joven de estos barrios, tenía apenas 14 años y trabajaba como toquillero.

Más personas en menos viviendas

Mientras que la ciudad de México registró entre 1848 y 1882 un aumento significativo en el número de casas y un incremento mucho mayor en el de viviendas que las integraban, tanto en el centro de la ciudad como en su periferia, en la zona de Necatitlan y Tlaxcoaque se dio un proceso contrario: las casas y viviendas disminuyeron. En 1848 se censaron 120 casas y 1050 viviendas, y para 1882 el empadronador anotó solamente 93 casas y 820 viviendas. El aumento demográfico en la zona no se reflejó en el incremento de viviendas, sino que resultó en una convivencia mucho mayor de personas al interior de cada casa (Plano 4).

La mayoría de casas en Necatitlan y Tlaxcoaque estaban divididas para su arrendamiento en 2, 3 y hasta 42 viviendas. De las 120 casas de 1848, 35 estaban compuestas por 1 o 2 viviendas; 43 casas tenían de 3 a 9 viviendas y el resto, 42 casas, estaban subdivididas entre 10 y 40 espacios habitacionales; mientras en 1882 de las 93 casas, 26 se componían de 1 o 2 viviendas, 35



Plano 4. Cambios en el trazo de las manzanas en Necatitlan y Tlaxcoaque.

tenían entre 3 y 9 viviendas y las 32 restantes se dividían entre 10 y hasta 42 habitaciones.

Por ello, menos de 10 por ciento de la población de Necatitlan y Tlaxcoaque habitaba en casas compuestas por 1 o 2 viviendas, eran casas solas o que rentaban una accesoria; una cuarta parte ocupaba inmuebles divididos entre 3 y 9 viviendas y cerca de 70 por ciento de la gente del barrio vivía en casas subdivididas en más de 10 viviendas.

Muchas de las casas de múltiples viviendas eran conocidas por los vecinos por sus nombres; así, en la plazuela del Aguilita se hallaban la “casa de vecindad de la antigua plaza de toros”, de reciente construcción y compuesta de 26 cuartos y accesorias, y la “Casa de la Cruz” de antigua confección colonial, con 11 cuartos y accesorias. Entre las casas de vecindad de la zona estaban, entre otras: la “Casa de la Hojalata”, con múltiples cuartos y accesorias en la calle de la Rinconada de Tlaxcoaque; la “Casa de Nuestra Señora del Carmen”, también sobre la misma calle y formada por viviendas, cuartos, una covacha y varios jacales; y la “Casa de San Antonio”

sobre la calle de San Miguel, con viviendas principales e interiores, cuartos de primero, segundo y tercer patio y varias accesorias a la calle.

Las casas de más de 10 viviendas, 42 en 1848 y 32 en 1882, concentraban a una creciente población, el número de los habitantes en estas casas pasó de 1366 personas en 1848 a 2053 en 1882. Así, el promedio de habitantes por casa en las fincas compuestas por más de 10 viviendas se duplicó, pasando de 32 a 64 personas, mientras en las casas integradas por menos viviendas el número de personas por casa aumentó en menor medida: en las casas que tenían de 3 a 9 viviendas el promedio de personas por casa pasó de 12 a 21, y en las casas de una o 2 viviendas el promedio se incrementó de 5 a 8 personas.

Dos de los inmuebles que tenían un mayor número de viviendas en la zona eran los mismos, tanto en 1848 como en 1882; éstos estaban situados en las dos manzanas que daban a la calle de San Miguel en su acera Norte, el primero de ellos era la “Casa de San Antonio”, que se subdividía en 40 espacios habitacionales: 13 viviendas, 23 cuartos y 4 accesorias; en 1848 poco

más de la mitad de estos espacios estaban vacíos y la casa alojaba sólo a 82 personas; en 1882 residían allí 120 personas y sólo 5 viviendas estaban vacías.

La segunda casa, en la manzana contigua, estaba integrada por 34 cuartos y 3 accesorias, y en 1848 el inmueble albergaba a 96 residentes y 8 de las viviendas estaban vacías; para 1882, aunque había el mismo número de viviendas vacías, ocupaban la casa 125 personas.

En 1882 había además una finca situada en el Puente de San Antonio Abad donde vivían 138 personas, la casa estaba compuesta por 42 cuartos, 7 de ellos vacíos. Pero no sólo en Necatitlan y Tlaxcoaque se localizaban inmuebles de múltiples viviendas, pues en 1848 había en el conjunto de la ciudad 58 casas formadas por más de 30 viviendas y la casa con más viviendas tenía 75; para 1882 el número de casas con más de 30 viviendas aumentó a 213 y la casa más subdividida contaba con 104 cuartos.

Pagar la renta

El conjunto de las ciento veinte casas de Necatitlan y Tlaxcoaque pertenecía en 1848 a 59 propietarios: 56 de ellos particulares y 3 corporaciones de la Iglesia. La mayor parte de los primeros, 54 por ciento, poseía una sola casa, el 21 por ciento era poseedor de dos inmuebles y otro 25 por ciento concentraba entre 3 y 7 fincas.

La concentración de la propiedad inmobiliaria en la zona no era tan alta como en el conjunto de la ciudad. A diferencia de la zona central, donde para 1848 la mitad de las casas era propiedad de la Iglesia, aquí predominaban los particulares, aunque estaban presentes 3 de los grandes propietarios del clero: el convento de Regina, que tenía 7 casas divididas en 29 viviendas para renta y cuyo valor era mayor a \$3000.00; el convento de la Merced poseía 4 inmuebles divididos en 24 viviendas de alquiler con valor superior a \$20000.00, mientras el convento de Balvanera tenía en la zona una sola casa con 9 viviendas para alquiler y valor de \$2500.00. Los inmuebles destinados al alquiler en el conjunto de la ciudad de México de

estos tres conventos eran: Regina con 65 casas; La Merced con 80 y Balvanera con 60.

En el barrio 2 particulares concentraban los inmuebles con valor mayor a \$50000.00: Juana Avilés y Ángel Figueroa tenían respectivamente 5 fincas con 66 viviendas, y 6 fincas compuestas por 83 viviendas. Ángel Figueroa tenía además 2 casas para arrendamiento en otros rumbos de la ciudad.

El grupo de todos los propietarios de Necatitlan y Tlaxcoaque representaba menos de 6 por ciento del total de los jefes de familia, por lo que el resto de las familias, 94 por ciento, ocupaban inmuebles de alquiler y tenían que pagar renta; la excepción eran las familias de algunas de las caseras, que ocupaban generalmente un cuarto a la entrada de las casas de viviendas múltiples a cambio de sus servicios.

En la zona de Necatitlan y Tlaxcoaque el precio promedio pagado como renta mensual era de \$2.84, siendo los contrastes poco marcados en comparación con el resto de la ciudad. Las rentas más baja eran de \$0.25 pagados por un cuarto deteriorado y de \$0.50 que pagaban dos cuartos, uno en la segunda calle de Tlaxcoaque ocupado por Vicenta Ribera, recaudera, y el otro en la plazuela del Árbol donde habitaba un cargador, don José Abundio con su mujer y su hija. El alquiler más alto alcanzaba el monto de \$50.00 y sólo era pagado por 3 inmuebles: el primero era el ocupado por el comerciante León Aduna con una tienda establecida en una gran accesoria de la "Casa de la Pólvora"; el segundo era una casa habitación donde funcionaba además una fábrica de pantalones, en la que vivían cuatro comerciantes españoles: Sinfiorano Sobrino, Francisco Peláez, Domingo Harla y Dionisio Quinea, así como tres sirvientes: Luis y Juana Luna y Casiana (sin apellido); la tercera era una casa habitación al frente de la cual estaba doña Juana Hernández, propietaria de varias fincas, acompañada de otras 3 mujeres adultas, un hombre mayor y tres niños. Había otra casa por la que el francés Guillermo Roubiere pagaba \$40.00 de renta mensual, vivía allí con su familia y había establecido un corral de pulquería. Las rentas mensuales de los demás inmuebles de la zona no pasaban de \$30.00.

En el conjunto de la ciudad la renta promedio mensual era de \$7.40; en el centro alcanzaba \$11.17 y en la periferia el promedio era de \$3.13. En el conjunto se presentaban grandes contrastes, que iban de \$0.13 pagados por el alquiler de un jacal a \$500.00 pagados por algunas de las residencias y de los grandes almacenes ubicados en la zona más centrica.

Cuartos, accesorias, viviendas y uno que otro jacal

En Necatitlan y Tlaxcoaque la configuración más común de las casas era la integrada por cuartos y accesorias como era el caso de la “Casa de la Cruz”, compuesta por trece cuartos y dos accesorias, o de la casa número cinco de la calle de San Lucas integrada por siete cuartos y una accesoría.

En 1848 había también un buen número de casas compuestas sólo por accesorias, como la situada sobre la calzada de San Antonio Abad perteneciente a don Francisco Esponda y que tenía 28 accesorias. En 1882, aun cuando había varias casas de sólo accesorias, era mayor el número de inmuebles divididos sólo en cuartos, como la casa localizada en la calle de San Miguel número 2, formada por 37 cuartos bajos, o la del Puente de San Antonio Abad 4, integrada por 42 cuartos. Cada uno de estos tipos de casas, las de cuartos y accesorias, las de sólo accesorias y las de sólo cuartos representaba cerca de 20 por ciento del total de las casas.

Dentro del conjunto de espacios habitacionales al interior de las casas, más de 60 por ciento eran cuartos. La renta mensual que se pagaba por los cuartos en la zona iba de \$0.25 a \$9.00, siendo en promedio de \$1.93 mensuales. En toda la ciudad, tanto en el centro como en la periferia, el cuarto era también el tipo de vivienda más numeroso, y representaba 50 por ciento del total de espacios habitables.

Las viviendas, generalmente compuestas de al menos 2 cuartos, constituían para 1848 solamente 4 por ciento de todos los espacios habitacionales del barrio, y 11 por ciento para 1882. Mientras en

el conjunto de la ciudad las viviendas constituían 11 por ciento en 1848 y 19 por ciento en 1882.¹¹

Las accesorias, que en Necatitlan y Tlaxcoaque seguían en número a los cuartos, constituían 24 por ciento de los espacios habitacionales en 1848 y 16 por ciento en 1882. Una buena parte de las accesorias tenía, además del espacio con acceso al exterior, un cuarto al que en el caso de los comercios se le denominaba *trastienda*. En el conjunto de la ciudad las accesorias constituían la quinta parte de todos los espacios habitacionales.¹²

El precio promedio de alquiler de las accesorias era de \$3.84 y variaba entre \$1.00 y \$16.00 mensuales; el de las viviendas era de \$8.91 en promedio, con variaciones de entre \$2.50 y \$28.00. En 1848 se censaron en el barrio 49 jacaes, que equivalían a 4 por ciento de las viviendas, y pagaban en promedio \$1.00 de renta mensual.

Vivir y trabajar en un mismo espacio

Don Tomás Guerrero, de oficio *bizcochero*, rentaba sobre la calle de San Miguel una casa en que funcionaba un obrador de *bizcochos*; vivía allí con su esposa Rafaela Muñoz y otros tres *bizcocheros*: los hermanos José María y Encarnación González y Epifanio Salgado. Cerca, sobre el callejón del Ave María había una *pulquería* que ocupaba dos accesorias contiguas y cerraba al anochecer, pues allí no vivía nadie.

En Necatitlan y Tlaxcoaque la mayoría de viviendas tenía un uso habitacional, pero en alrededor de 11 por ciento de ellas se realizaba una actividad económica, ya fuera compartida o no con el uso habitacional, como sucedía en la casa de don Tomás Guerrero, o sólo de uso económico como en la *pulquería* del callejón del Ave María. Este 11 por ciento era semejante al de las viviendas que tenían uso económico en toda la periferia de la ciudad, y por supuesto mucho más bajo que el de las viviendas con uso econó-

¹¹ María Dolores Morales y María Gayón, *op. cit.*, pp. 345-346.

¹² *Idem.*

mico del centro, donde alcanzaban 19 y 26 por ciento, respectivamente, en 1848 y en 1882.¹³

Los negocios en Necatitlan y Tlaxcoaque

Dentro de las viviendas con uso económico en Necatitlan y Tlaxcoaque predominaban las dedicadas al comercio, que tanto en 1848 como en 1882 eran en su mayoría minúsculas tiendas para la clientela de la cuadra: tendajones, estanquillos, carbonerías y pulquerías. La excepción en 1848 eran 2 negocios de mayor tamaño: una tienda en la plazuela de San Lucas y una gran pulquería en la plazuela del Árbol, y en 1882 eran la tienda de abarrotes de los hermanos Mijares y un expendio de camas. El número de pulquerías había aumentado y se encontraban algunos negocios nuevos: recauderías y carnicerías, además de una trapería y el citado expendio de camas.

El número de viviendas con uso comercial disminuyó entre 1848 y 1882 de 57 a 45, a la par que aumentaron las destinadas a la producción y a los servicios. Las primeras se incrementaron de 14 a 23 y las destinadas a los servicios de 8 a 15. La mayoría de negocios se dedicaba a la elaboración y comercio de alimentos y bebidas para el consumo del barrio: en los hogares de Necatitlan y Tlaxcoaque numerosos artesanos producían pan, bizcochos, tortillas y tocino. Para 1882 se habían establecido en la zona tres novedosos negocios: una fábrica de cerveza y 2 molinos de café. La fábrica de cerveza ocupaba a 14 operarios y a 2 dependientes; los molinos de café, aun cuando sólo se ocupaba en ellos su dueño con 1 o 2 empleados, buscaban, junto con las cafeterías, extender el consumo del café entre los habitantes de la ciudad de México. Las primeras cafeterías, con su molino anexo, se establecieron en el centro de la ciudad en el decenio de 1840 y se pusieron de moda en las siguientes décadas.

¹³ María Dolores Morales y María Gayón Córdova, "Casas y viviendas de la ciudad de México: espejos de las transformaciones urbanas 1848-1882", en *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. VII, núm. 146 [http://www.ub.es/geocrit/nova.htm].

En 1848 funcionaba una fábrica de pantalones donde vivían 4 comerciantes españoles y 3 sirvientes, y una carrocería donde vivía la familia Rodríguez, pero la mayoría eran pequeños talleres artesanales de herrería, fragua, hiladuría, velería, confitería, cohetería, y un obrador de botica.

En 1882 había en dichos barrios otros pequeños negocios artesanales, entre ellos 5 carpinterías, 2 carrocerías, 3 velerías, 2 zapaterías, una herrería y una hojalatería. La mayor parte de estos negocios instalados en accesorias no estaban habitados por los artesanos, contrario a lo que ocurría en 1848, cuando eran mayoría los negocios donde los artesanos trabajaban y vivían con sus familias.

En el sitio donde había estado la antigua plaza de toros de Necatitlan se estableció, en la segunda mitad del siglo XIX, uno de los más importantes corrales de ordeña de la ciudad, propiedad de don Manuel P. Fernández, español que vivía en el inmueble anexo con su esposa Josefa Santelis, 6 hijos pequeños y un empleado. En el corral ocupaba a 20 trabajadores para atender a unas 200 cabezas de ganado. Don Manuel poseía además otros 2 grandes corrales de ordeña fuera de nuestra zona de estudio, en la cerrada de Jesús y en la calle de San Felipe.

Necatitlan y Tlaxcoaque contaban con unos cuantos inmuebles dedicados a la prestación de servicios. Se hallaban entre éstos las 2 capillas del barrio, y entre los negocios había en 1848 una barbería, un baño, una fonda y 3 bodegas; para 1882 la situación no había cambiado mucho: seguían funcionando la barbería y el baño, las fondas eran entonces 4 y las bodegas 5. Una de las fondas era de gran tamaño, y su dueño, don Mauricio Sánchez, ocupaba a 5 sirvientes. Se había establecido también allí, en la antigua "Casa de la Pólvora", un almacén de obras públicas del Ayuntamiento que daba mucho movimiento a la zona, pues contaba con 28 carros y 29 bestias de tiro. Además compartía dicho inmueble con una escuela, la Amiga Municipal número 15, a cargo de la maestra doña Loreto Martínez, que daba cuenta del impulso liberal a la educación y permitía, por pri-

mera vez, a las 50 niñas inscritas estudiar en su mismo barrio.

Un oficio familiar

Necatitlan y Tlaxcoaque eran barrios de trabajadores, la gente allí empezaba a trabajar desde temprana edad: alrededor de 90 por ciento de los hombres mayores de 10 años declaró tener una ocupación remunerada, tanto en 1848 como en 1882.

Los trabajadores más pequeños eran considerados aprendices. Antonio Rivera y Valeriano Galindo de 7 años, Jesús Ramírez de 8 y Luis Flores de 9 años, entre otros niños, eran aprendices de tejedor, cigarrero, zapatero y cohetero. Los trabajadores de Necatitlan y Tlaxcoaque un poco mayores, de 10 y 11 años ya no eran considerados como aprendices en 1882; Nicolás Carmona y Esiquio Espinosa, ambos de 11 años, fueron anotados en el padrón de 1882 como vellers, en tanto Atilano Bravo, también de 11, declaró trabajar como herrero.

Cerca de la mitad de los trabajadores del barrio eran artesanos, y se especializaban en una gran variedad de artes: zapateros, sastres, carpinteros, herreros, sombrereros, bizcocheros, etcétera. Sin embargo, y quizá por la cercanía del rastro, la rama del cuero y la piel era la que agrupaba a un mayor número de artesanos: zapateros, curtidores y talabarteros. En 1848, en la casa número 3 letra A de la plazuela del Árbol, 5 zapateros ocupaban los cuartos número 2, 6, 16, 17 y 18, lo cual no era extraño, ya que la mayoría de los zapateros vivía y trabajaba en cuartos por todas las calles del barrio. Sólo unos cuantos zapateros vivían y trabajaban en accesorias. En 1882, en la casa 2 de la misma plazuela vivían nueve zapateros en los cuartos 1, 3, 4, 5, 6, 7, 12, 15 y en la accesoria. Sólo 8 de 84 zapateros habitaban en accesorias, entre ellos don Miguel Lemus y su hijo Manuel, que ocupaban una accesoria en el callejón del Ave María. La accesoria daba a los Lemus una cierta ventaja para la venta directa de sus productos, aun cuando su local no era considerado zapatería.

Sólo 2 accesorias fueron anotadas como talleres de zapatería, una en la que no vivía nadie, y la de Necatitlan 8, donde vivía el zapatero Policarpo Castañeda.

Los tejedores también eran numerosos, entre ellos era común que los hijos siguieran el oficio del padre y compartieran sus cuartos, viviendas o accesorias con otras personas de su misma ocupación. Así sucedía en 1848 con los hijos de don Nicanor Ramírez, tejedor de 44 años que ocupaba una vivienda en la segunda calle de Necatitlan con sus hijos Rodrigo, Pedro y Petronilo, de 19, 16 y 15 años, los 3 también tejedores y con Laureano Martínez, otro tejedor de 24 años. En 1882, Juan Delgado, talabartero de 45 años, compartía un cuarto en la plazuela de Necatitlan con su esposa y 5 hijos, 2 de ellos, Agapito y Juan, de 28 y 12 años, también eran talabarteros.

Seguir un mismo oficio en la familia o compartir la vivienda con otros trabajadores del mismo ramo, ya fueran familiares o no, era algo frecuente no sólo en los negocios de mayor tamaño, como el obrador de bizcochos de la calle de San Miguel, donde en 1848 vivían y trabajaban 4 bizcocheros, sino también en los pequeños cuartos. En el cuarto 15 del callejón de Santa Gertrudis vivían los González: don Juan, zapatero, y su esposa Dolores Sánchez, estancquera, con ellos vivían sus hijos Desiderio y Ramona, él zapatero y ella estancquera, así como Victoriana Gutiérrez, también estancquera. Así también los Navarrete: Miguel, Filomeno y Andrés eran mercilleros; en un jacal del callejón de Tlaxcoaque vivían las Olvera, todas ellas de oficio molenderas: Josefa, Catarina, María, Lobera y Vicenta compartían el jacal con su hermano Antonio Olvera, gamucero, y con la esposa de éste, Juliana Jiménez, también molendera. En 1882, en un cuarto que daba a la plazuela de San Lucas vivían los Maza: Tomás, Bernabé, Francisco y Amado, que ejercían el oficio de cereros; en la plazuela de Tlaxcoaque vivían los García: José María, Pedro y Gabriel, carpinteros todos. Otros artesanos que compartían la vivienda y el oficio eran los hermanos Salcedo: Manuel y Antonio, ambos sastres; los hermanos Bravo, Rodolfo y Atilano, tenían el oficio de he-

rreros, mientras Luis Carmona y su hijo Nicolás eran veleros.

Pasar la vida trabajando duro

Poco más de una quinta parte de los ocupados de Necatitlan y Tlaxcoaque se dedicaba al comercio, en especial al de la carne: ambulantes de cabezas y menudencias recorrían el barrio cada mañana, mientras la mayoría de carniceros, matanceros, tablajeros y partidores salían temprano hacia el rastro y los comercios establecidos por otros rumbos, pues en el barrio eran escasos los negocios de este ramo.

También en el comercio de la carne era común que una familia siguiera el mismo oficio y compartiera la misma vivienda. En 1882, en la casa sin número del callejón de las Cabezas vivían 8 carniceros: los hermanos Trinidad y Jesús García, de 20 y 19 años en el cuarto 1; Pablo, Justo y Eusebio Serna de 30, 22 y 16 años en el cuarto 3; y Prudencio Ruiz, Isidro Hidalgo y Julio Huerta ocupaban los cuartos 5, 10 y 11. Siete matanceros habitaban la casa 12 de la plazuela de Tlaxcoaque: los hermanos Jesús, Celio y José María Cano compartían el cuarto 1; en tanto Isidoro y José Hidalgo, Reyes Molina y Carmen Corona ocupaban el 5.

En 1848, don Gaspar Fonseca tenía una tienda en la calle del Árbol, donde vivía con su esposa Guadalupe Fuentes y su hija Manuela. La mayor parte de tenderos, tendajoneros, estancuilleros, vinateros, carboneras, maiceras, recauderas y demás comerciantes del barrio, vivían como don Gaspar: en compañía de sus familias en el mismo inmueble en el que tenían su local, y sólo en ocasiones en compañía de sus dependientes y sirvientes. En la tienda de María Gracilazo, en el callejón de Cabezas, donde vivían y trabajaban con Guadalupe Saavedra, también comerciante, Ruperto Basurto, sirvienta, y con Francisco Medina, cajero. En 1882, en una gran tienda de la calle del Rastro vivían los comerciantes Telésforo Tenorio, Magdaleno Mejía, Ricardo Robles, Francisco Cisneros y Luis Castro, los otros empleados no vivían allí.

En 1848 la gran mayoría de pulquerías de la ciudad estaban habitadas. En Necatitlan y Tlaxcoaque sucedía lo mismo, en general vivía en ellas el propietario o el dependiente con su familia. Juana Ramírez era la dependiente de una pulquería ubicada a la entrada de la ciudad, sobre la calzada de San Antonio Abad, vivía allí con sus hijos José Guadalupe, Francisco y Bernarda; el mayor, de 7 años, fue anotado en el padrón de 1848 como aprendiz de pulquero. Una de las pulquerías más grandes del barrio era atendida por su propietario, el francés Guillermo Roubiere, quien además vivía en ella con su esposa Adelaida y sus hijos Julio y Bruno. Para 1882 la situación en las pulquerías de Necatitlan y Tlaxcoaque había cambiado, aun cuando eran más numerosas, dueños y dependientes ya no vivían en ninguna de ellas.

Los trabajadores del barrio que atendían negocios dedicados a la prestación de servicios, aun cuando no eran tan numerosos, eran bien conocidos: en 1848 era fácil localizar al barbero don Mariano Iglesias, al encargado del baño don Francisco Pedroza, o a doña Teresa y a doña Francisca Pérez, dueñas de la fonda de la primera calle del Rastro. Para 1882, aunque la barbería y el baño permanecían, ya no estaban habitados, a diferencia de las fondas que sí lo estaban.

En 1848, el censor anotó en el barrio a 14 aguadores, mientras en 1882 solamente fueron anotados 3: don Guadalupe Ortiz de 40 años, don Miguel Ruiz de 36 y don Camilo Bejarano de 47 años. Para entonces, aunque había una fuente pública más, el agua llegaba ya por tuberías a un buen número de casas y se habían puesto en marcha algunos pozos artesianos. Alrededor de las plazas del barrio, además de los aguadores, alquilaban sus servicios entre 15 y 18 cargadores y 4 o 5 carreteros. Por allí también se veía cruzar a alguno que otro gendarme durante el día y a 2 o 3 serenos por la noche.

Entre los trabajadores no faltaban los sirvientes, anotados en los padrones de 1848 y 1882 bajo todas las denominaciones y especialidades: sirvientes, criados, domésticos, recaderos, freganderas, pilmmas, caseros, porteros, lavanderas, etcétera. Algunos habían empezado a trabajar

desde temprana edad, como Guadalupe Navarrete, de 10 años, o Simona y Andrea, lavanderas de 11 y 12 años, o como Lucio Simental, de 10 años, que trabajaba como sirviente en un tendajón, y seguían haciéndolo por años como don Casimiro Estrada, cochero de 74 años, o don Mauricio Medina, sirviente de 71 años.

En 1848, la gran mayoría de los sirvientes de la zona, tanto hombres como mujeres, habitaban en sus propias viviendas y se trasladaban cada mañana para llegar a sus trabajos al centro de la ciudad. Para 1882 la situación de la vivienda y el trabajo de los sirvientes de Necatitlan y Tlaxcoaque había cambiado, ya que para entonces sólo 35 por ciento de ellos residía en su propia vivienda, mientras el resto lo hacía en la vivienda de sus patronos o en el negocio.

En cierta forma, este cambio tenía relación con el establecimiento en el barrio de algunos comerciantes mayores, empleados del gobierno y de los servicios y el aumento en la zona de profesionistas y personas con oficios diferentes. En 1848, por ejemplo, sólo había un profesionista, don Vicente Canizares, notario retirado de 78 años, mientras para 1882 vivían allí 12: los abogados José María Lavastida, Rafael Rebollar y su hijo del mismo nombre, Juan José de la Garza, José María Flores y Aureliano Vargas; 4 farmacéuticos: Tomás de los Covos, Rómulo y Francisco Álvarez y Camilo Rodríguez; el arquitecto Mariano Garnica y el ingeniero Juan Lozano. Además había 5 farmacólogos y un artista, 3 industriales y 2 maquinistas, 4 profesores, un relojero y un platero, un cartero y otros empleados públicos, y el propietario del gran corral de ordeña.

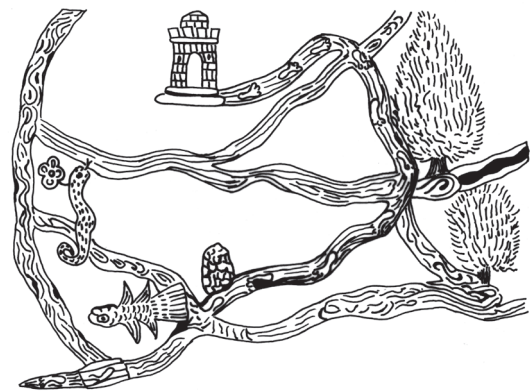
Aun en este rincón de la ciudad

En fin, que en los barrios de Necatitlan y Tlaxcoaque los grandes cambios ocurridos en la ciudad de México entre 1848 y 1882 parecieron casi imperceptibles, los vecinos tuvieron que caminar tres o cuatro cuadras hacia el centro para confirmar incrédulos las noticias del derrumbe de los muros de patios, atrios o celdas de los conventos que dejaron el paso a amplias calles.

Y sin embargo, aun en este rincón de la ciudad las transformaciones, discretas y tal vez lentas, aparentemente aisladas, pero sin retorno, hicieron cambiar a manos de particulares las propiedades que habían pertenecido a las órdenes de religiosos y desataron un proceso de regularización o desaparición de plazas y callejones.

Las 2 capillas del barrio se mantuvieron en pie, una por unos cuantos años más, la otra hasta hoy. El Ayuntamiento de la ciudad, que perdió la propiedad de la plazuela del Árbol, mantuvo la “Casa de la Pólvora”, donde se instalaron la escuela municipal y el almacén de las obras públicas, del cual la gente del barrio vio salir y llegar los materiales del alumbrado; los componentes para el empedrado, las banquetas o el drenaje, y a los encargados y carreteros que en los numerosos carros cruzaban por las oscuras y olorosas calles, levantando el polvo en la temporada de secas o esquivando los encharcamientos y el lodo en la de lluvias.

El crecimiento de la zona urbana de la ciudad fue empujando poco a poco a su periferia cada vez más allá, pero Necatitlan y Tlaxcoaque siguieron siendo barrios de las orillas de la ciudad, populosos, con grandes casas de numerosos cuartos a donde llegaba gente de los alrededores en busca de mejores opciones; eran barrios de gente joven y trabajadora, ligada, por su cercanía con el rastro, al comercio de la carne y a la producción de artículos de cuero y piel. Siguió siendo un rincón de la ciudad como tantos otros, especial y diferente como cada uno.



Viajes hacia la literatura satánica en un cambio de siglo

José Mariano Leyva

Satán se muda de casa

En el siglo XIX el diablo dejó de ser pertenencia exclusiva. Sus características y efectos se convirtieron en feudo público. Los vicios que provocaba el Maligno dejaron de ser dictaminados sólo por la Iglesia. Con la secularización, la literatura se volvió un refugio conveniente para el demonio. Pero su estancia en esa expresión cultural lo transformó. La imagen del diablo se despojó de sus vestimentas morales y adquirió novedosas ropas críticas. El diablo se emparentó con la invectiva. Señaló los errores de las incipientes sociedades modernas. Muchos de sus acólitos y profetas fueron literatos. La dupla engendró no a un anticristo, sino la imagen del intelectual moderno. Aquél que, en buena medida, pobló el siglo XX.

Max Milner señala cuatro moradas literarias para el demonio en el siglo XIX:

El simple motivo, a menudo asociado con la moda; el emblema que encarna una tendencia, una idea o un vicio; el mito, 'aventura colectiva del pensamiento, que obedece a un dinamismo propio y se rige por su propia ley', característico de la condición humana; y por último el símbolo, marcado

por una intervención aún más personal del autor...¹

Sin embargo, cada uno de esos grados dedicados al demonio, a finales del XIX convergieron en una coincidencia: la crítica. La moda, las ideas y los vicios demoníacos vieron sus expresiones pragmáticas en el refinado fatalismo dandista, en el gusto por paradojas oscuras que otorgaban a las vírgenes una peste a azufre, y ensamblaban a ángeles con demonios en una ideología que mezclaba el prístino neoclasicismo de la prosa con el oscuro y a veces violento cuestionamiento del fondo literario en cada uno de los textos diabólicos.

Para finales de aquel siglo, la imagen del demonio tenía tantas casas como escritores oscuros había. Un apetito en la ficción por las misas negras, el crimen, los asesinos y los manicomios utilizaba al diablo como imagen recurrente. Ya no para aleccionar, sino para evidenciar sociedades que se descosían del humanismo. Antonio de Hoyos y Vinent, escritor madrileño desprendido de la aristocracia, elaboró un pasaje que combinaba locura, lujuria y adoración al Maligno como fórmula para destrozarse la hipocresía

¹ Citado por Robert Muchembled en *Historia del diablo*, México, FCE, 2002, p. 219.

de la nobleza.² El efecto fue suficiente para que Emilia Pardo Bazán, en una introducción a otro libro de Hoyos y Vinent, declarara: “Tengo para mí que no se producen en aquella [buena sociedad] tantos fenómenos peculiares de perversión moral.”³ Tomando en cuenta que las atrocidades imaginadas por Hoyos y Vinent eran sólo metáforas, preocupa el “tantos” de Pardo Bazán.

El diablo se iba adecuando al Renacimiento, ahora aparecía en las profecías individualistas que ponían en tela de juicio el entorno como lo señala Robert Muchembled. El demonio se “interioriza”, pero a la vez se renueva y diversifica. El vacío, los problemas sociales, las deformaciones violentas de la modernidad, aparecen como distintas traducciones del mismo ser maligno.

No era un perfeccionamiento inédito. Cien años antes, en los ochenta del siglo XVIII, el idealismo en Alemania había hecho lo mismo con el amor. El romanticismo mezclado con la exaltación de la razón. Friederich Schiller dotaba al amor y a la fuerza de voluntad de bondades casi médicas, y a partir de ambas estableció una corriente filosófica racional. El sentimentalismo no estaba peleado con la cognición.⁴ La libertad ejercida con fuerza de voluntad, batida por el amor, otorgaba una libertad necesaria para la creación y el ejercicio de la crítica. Pero el sentido de libertad fue un concepto bastante cuestionado. Qué era exactamente la libertad. La escuela empirista, tutelada bajo el cobijo de las ideas de Hobbes y Locke, aquella de la que Schiller se agenció varias disposiciones para su propia teoría, rumió una idea interesante: “solamente somos libres allí donde erramos”. A finales del XVIII la discusión no se agotó, pero en el siglo XIX la frase cobró contundencia. Las cadenas de errores humanos construían civilizaciones contradictorias. El progreso no podía eximirse del error. Entonces, nutridos segmentos

² Antonio de Hoyos y Vinent, *El caso clínico*, Madrid, Biblioteca Hispania CID, 1916.

³ Antonio de Hoyos y Vinent, *Cuestión de ambiente*, Madrid, Establecimiento tipográfico de Idamor Moreno, 1903, p. 15.

⁴ Rüdiger Safranski, *Schiller o la invención del idealismo alemán*, Barcelona, Tusquets, 2006.

de escritores que vivieron su juventud en las dos últimas décadas del XIX, crearon una literatura que exaltaba el error humano y lo barnizaba con tintes diabólicos. Era la mayor expresión de la libertad. La aparición del demonio en esa literatura era sinónimo de libertad de expresión, de diatriba. La naturaleza humana cuestionada.

Mientras muchos teólogos consideraban que con la razón, la ciencia y la tecnología se aniquilaba a “ángeles y demonios”,⁵ numerosos literatos se dedicaron a la transmutación del demonio. Lo plasmaron de una manera emancipada en sus textos y le prolongaron la vida en las sociedades modernas. Las imágenes diabólicas, nos dice Muchembled, se integraron cada vez más a los mensajes de libertad y de placer. El resultado: el debilitamiento del demonio como ente metafísico y de la Iglesia como institución protectora. Ahora el mal estaba en todos lados donde el placer fuera guía y la libertad fuera considerada una virtud.

Sin embargo, mientras las sociedades hedonistas y sarcásticas del siglo XX hicieron de Satán un objeto de burla, los escritores decadentes y oscuros lo emplearon para criticar justamente a las sociedades hedonistas y sarcásticas.

Los personajes del mal como el demonio, los vampiros y las brujas se encontraban presentes en las creaciones culturales desde tiempo atrás. Sin embargo, la exégesis de su presencia ha cambiado junto con las colectividades procreadoras. Carlo Ginzburg habla de los personajes del mal recurrentes en los siglos XV y XVI. La cultura otomana en la Europa Central y los árabes en la occidental cobijaban todo tipo de entes malignos. Los leprosos envenenaban aguas de las fuentes, vertían bebedizos hipnóticos con los que trataban de convertir a los cristianos a un satanismo que irremediamente era orquestado por un turco. Las temibles brujas, que explotaban su sexualidad en aquellarres, eran toscas

⁵ Rudolf Bultmann (1884-1976), teólogo protestante alemán que prolongó esa idea, pero a la par estuvo presente en la última etapa de la búsqueda del Jesús histórico, una investigación que tiene su origen en 1774.

interpretaciones de imágenes griegas o romanas de mujeres dedicadas a la fertilidad. En ambos casos el diablo fomentaba los sucesos sombríos. De esas elucidaciones se obtuvieron también las hadas benignas, pero aún bizarras. La Iglesia las relegó a una oscuridad perniciosa por su lejanía cultural y su antagonismo con los parámetros cristianos.

Un poco más adelante, en la era del racionalismo y las luces, las figuras cotidianas como leprosos mágicos o brujas que escapaban por las noches fueron mitigadas, al menos en aquellos países donde la Ilustración se volvía práctica. Bastaba aplicar criterios razonados para desarmar los maléficos sortilegios. La lepra era sólo una terrible enfermedad contagiosa, la histeria y las enfermedades mentales comenzaron a considerarse como padecimientos fisiológicos más que esotéricos. El mal entonces cobró formas más abstractas, menos tangibles. El diablo no se aparecía, no se personificaba, pero existía en el firmamento.

El teatro de la Revolución francesa “...también gustaba de las piezas con diablos. La veta se remonta quizá a la familiaridad con Belcebú, característica de la cultura popular, y a los numerosos cuentos y leyendas que hasta el siglo XX lo describían como un imbécil fácilmente burlado por los hombres”.⁶

Los vampiros de la misma época no son tan dóciles. La figura remitía a un personaje bastante menos conocido que el diablo. Procedentes de terrenos poco sonados, cercanos a la barbarie, habitados por violentos gitanos, los vampiros se convertían en los nuevos leprosos de la época. La figura diabólica formaba desde hacía tiempo parte del imaginario. La gente estaba *acostumbrada* a él. La mofa era parte de una aprehensión cultural que ahora se mostraba sardónica. Los vampiros eran inéditos. Compartían características con sitios ignotos y, como puntualiza Elías Canetti, nada es más atemorizador que lo desconocido. El día de hoy los vampiros forman parte de nuestra cultura general. Ya han sido víctimas de la burla gracias a la naturalidad.

⁶ Robert Muchembled, *op. cit.*, p. 223.

También nos hemos acostumbrado a ellos, pero hasta hace 200 años se erguían como figuras enigmáticas.

Sin embargo, en el siglo XIX tanto el diablo como los vampiros volvieron a ser temidos. El primero renovado, los segundos novedosos. Ambos aterradoras. Desde la óptica de los escritores decadentes y oscuros, el mundo moderno era la mayor prueba de la victoria de la barbarie. No era necesario ir a Rumania o Polonia para sentir al demonio o a sus discípulos. Ellos habían llegado a las tierras “civilizadas”.

Bram Stoker: el romanticismo combatiente

Si mezclamos dosis de romanticismo con razones diabólicas, el resultado más probable será William Blake. En sus pinturas, Satanás aparece estilizado, exquisito, refinado. Con los potentes trazos en pastel de Blake, recordamos que el diablo cayó en desgracia, pero que antes también fue un ángel. En *Satan Exulting over Eve* (1795), aparece el Maligno con escudo y lanza volando sobre el cuerpo de una Eva subyugada por la serpiente. Pero Satán no se muestra victorioso, se encuentra circunspecto. No está convencido de su triunfo. El mal extendiéndose era su designio, pero no hay peor maldición que las plegarias atendidas. Satán dudando del mal. El mal en la naturaleza de los hombres, creando civilizaciones. El mal convirtiéndose en efectiva pesadilla. La paradoja literaria germinó. Para este proceso fue necesaria una desacralización no del satanismo, sino de los códigos cristianos. Los versos de Blake confunden el cielo y el infierno con todo propósito: la vida terrena se vuelve una *mélange* de ambos sitios. El fatalismo se desprende del mundo antiguo pero no lo olvida: lo reinterpreta. En *Las bodas del cielo y el infierno*, Blake regresa al error como forma de libertad. No es extraordinario: Blake y Schiller nacieron con dos años de diferencia (1757 y 1759, respectivamente), y cuando el primero muere, Schiller llega a su entierro definitivo en Weimar. Pero mientras el alemán se ofrece al amor, el inglés la emprende con

el caos. Un fragmento de *Las bodas*: “Sin contrarios no hay progresión. Atracción y repulsión; Razón y Energía; Amor y Odio, son necesarios para la existencia humana. De estos contrarios sale lo que el religioso llama el Bien y el Mal. El Bien es un ente pasivo que obedece a la razón. El Mal en el brote activo de la energía”.⁷

Un oscuro romanticismo observando la incipiente modernidad. Pero el romanticismo en el siglo XIX también se hizo de otras figuras. La oscuridad, la nostalgia y el amor coinciden en Vlad Țepeș, el entusiasta de la muerte por empalamiento, un niño que fue vendido a los turcos y con quienes aprendió el refinamiento de torturas inimaginables. Un guerrero de la reconquista cristiana que al final aborreció a Dios. El hijo de Dracul: Drácula.

La efigie original de los vampiros nos lanza a las culturas eslavas y a los grupos étnicos del bajo Danubio. El vampiro se imaginaba como un “cuerpo astral” que abandonaba el sepulcro en las noches para alimentarse de la sangre de los hombres mientras dormían. Aniquilar a un vampiro no era tarea sencilla: se debía quemarlo, cortarle la cabeza, arrancarle el corazón o, curiosamente, empalarlo, emulando la tortura preferida del vampiro más famoso en la historia. Las leyendas de vampiros aparecen en los siglos XVII y XVIII junto con la proliferación de las epidemias en el centro y este de Europa.⁸ Una mancuerna cercana a la sobrevenida con los leprosos. Enfermedades generalizadas, búsqueda de culpables, inexactitud en la incipiente ciencia, chivos expiatorios. A la par, el descubrimiento de manías sexuales dio rienda suelta al imaginario macabro. La necrofagia, el necrosadismo y la necrofilia eran, según aquellas elucidaciones, actos de seres malignos que de alguna forma tenían conexión con el demonio. La inocencia y carencia de indagación científica en las mentes humanas (propiciadas por una penumbra religiosa) no soportaba reconocer que el ser humano era capaz

de esas atrocidades. Era más fácil adjudicar dichos actos al mal absoluto. Eso daba cierta seguridad: bastaba con asistir a la iglesia para sortear los malos eventos. El mal no estaba entre nosotros, tenía un origen fijo, inamovible.

Pero la despedida del siglo XIX detonó fábulas. Exactamente en el año de 1886 ya no quedó espacio para transferir las manías perniciosas a los vampiros o a los leprosos. Ese año, Richard Von Krafft-Ebing (1849-1902) publicó un extenso y perturbador estudio: *Psychopathia sexualis*, volumen que se convirtió en la primera mirada desgarradora de la sexualidad, sus variantes y desproporciones. La monografía influenció en la sicología del sexo, incluso más que las teorías de Freud. Mostraba un repertorio de perversiones que además contenía imágenes ilustrativas. Parafilias sádicas y masoquistas, estudios de la gerontofilia, la paidofilia, el fetichismo. Todas provocadas por el ser humano. La retorcida naturaleza siendo expugnada, analizada científicamente. La sexualidad desprovista de sentimientos “puros” y examinada desde el punto de vista meramente clínico. La responsabilidad ahora recaía sólo en los hombres. La culpa ya no la tenían los entes malignos.

El puntilloso análisis iba de acuerdo con el contexto. La razón y la tecnología eran el nuevo amuleto contra lo desconocido. Los corifeos positivistas demandarían pruebas y metodologías contra lo intangible, pruebas químicas para la metafísica, lógica matemática para la comprobación del mal. Aunque la tarea involucrara aceptar la parte oscura del hombre. Aún así, varios pasajes de aquel libro fueron prohibidos, pero bastarían muy poco años para que la ciencia se ubicara en el centro mismo del horror sin censura. La ciencia otorgándonos los sobresaltos y elevando un espejo en el que aparecía un ser humano más terrible que cualquier mito. Entonces, los mitos se rebelaron. A esas alturas, pensar en seres malignos como Drácula se volvía un aliento enclavado en la ficción que resultaba incluso refrescante.

Con las historias de Drácula también se señalaban las virtudes del ser humano. Bram Stoker se encargó de ello. Los hombres de ciencia como el Dr. Van Helsing eran, a diferencia de los cien-

⁷ William Blake, *Poesía completa*, México, Gráficas Sigma, 1981, p. 413.

⁸ Marisol Palés, *Diccionario de ciencias ocultas*, México, Espasa, 2001, p. 1232.

tíficos positivistas, más humanos, o al menos más románticos. El amor también reaparecía en los personajes del norteamericano Quincey Morris, el director de un manicomio, John Seward, y Arthur Holmwood luchando por el honor mancillado de una doncella agraviada por Drácula. Y por supuesto en Jonathan Harker, eterno protector de su amada Mina, víctima del mismo vampiro. El amor, como Schiller lo soñaba, regresó en la ficción y quitó el tono de burda materia a esa humanidad expuesta en el mundo de la *Psychopathia sexualis*.

Así como la terrible ciencia estaba presente en aquel compendio de verdades, las mentiras románticas se volvieron otra propuesta que también interpretaba al mundo. No resulta sorprendente que el libro de Abraham Bram Stoker fuera aclamado por toda Europa desde el año que salió: 1897. A su autor, de origen irlandés, le había llevado siete años escribirlo, pero el esfuerzo valió la pena: con *Drácula* lograba la comunión entre romanticismo y modernidad.

Al elaborar a su personaje maligno, Stoker realiza un encantador trabajo de abstracción: ignora lo que la ciencia le refiere, y retoma las leyendas de los siglos anteriores. El romanticismo de Marie Shelley la había lanzado en 1818 a diseñar un personaje creado a partir de la ciencia ignorante del humanismo. El resultado fue una aberración casi humana y execrable. El doctor Frankenstein dando luz a un monstruo. Con la ciencia creando un humano imperfecto, Shelley concretaba una crítica dirigida justamente a la ciencia. Stoker utiliza el mismo romanticismo 79 años después para sugerir un futuro alterno, más sensible, menos expugnador. Un sitio donde la ciencia no sea tan cruel.

El proceso no es simple. Primero es necesario revalorizar las leyendas y mitos, viéndolas desde una perspectiva comprensiva. Entonces Drácula aparece como portavoz de un pasado que, a ojos de aquella ciencia decimonónica, resultaba repulsivo, risible, salvaje, pero que incluía buenas dosis de comprensión histórica:

Nosotros, los szeklers, tenemos derecho a sentirnos orgullosos, ya que por nuestras

venas circula la sangre de muchos pueblos valientes y bravos que se batieron como leones para conseguir la supremacía. En este país donde se hallaban conjuntamente diferentes razas europeas, los guerreros venidos de Islandia aportaron el espíritu belicoso insuflado en ellos por Thor y Odín, y desplegaron tal furia sobre los territorios de Europa, y también de Asia y África, que los pueblos nativos creyeron que eran invadidos por lobos. Al llegar aquí, esos terribles guerreros encontraron a los hunos, que por doquier habían llevado el acero y las llamas; de modo que sus víctimas afirmaban que, por las venas de sus verdugos, corría la sangre de las viejas hechiceras que, expulsadas de Escitia, se aparearon con el diablo en el desierto. ¡Imbéciles! ¿Qué demonio, qué bruja hubiese podido ser jamás tan poderoso como Atila, cuya sangre corre por nuestras venas?⁹

La historia sobreponiéndose a la lóbrega bruma del miedo. Una opción alterna para entender ese pasado sin caer en el oscurantismo cristiano, pero tampoco en el desdén científico. Una visión elaborada desde la literatura que coincide y sería ampliada por la visión histórica de Carlo Ginzburg, elaborada 92 años después. La ficción haciendo el trabajo de la historia, cuando ésta aún no se interesaba por temas “insubstanciales”, cuando todavía perseguía las huellas de la ciencia “dura”. Ginzburg coincide con la derivación de los mitos en leyendas populares, incluso con los mismos protagonistas y culturas:

Del siglo XI en adelante, una serie de textos literarios en latín y en lengua vulgar, procedentes de gran parte del continente europeo —Francia, España, Italia, Alemania, Inglaterra, Alemania, Escandinavia—, hablan de las apariciones del ‘ejército furioso’ (*Wütischen Heer*; *Mesnie furieuse*, *Mesnie Hellequin*, *exercitus antiquus*) [...].

⁹ Bram Stoker, *Drácula*, Madrid, Comunicación y publicaciones, 2005, pp. 67-68.

En ello se reconoce a la compañía de los difuntos, y quizás, más exactamente, a la compañía de los muertos antes de tiempo: soldados muertos en batalla, niños sin bautizar. En su guiamiento se alternan personajes míticos (Herlechinus, Wotan, Odín, Arturo, etc.¹⁰

Drácula, el delegado del pasado remoto, afina su perspicacia y comprensión. Se vuelve analista de su herencia y la desmitifica, la desprovee de su carga folclórica. Casi entiende que su maldición y soberbia se debe al pasado mítico con Odín dirigiendo al “ejército salvaje”. Pero la misma comprensión empapa al Dr. Van Helsing, cazador del hijo de Dracula y estafeta de la flamante ciencia. Van Helsing es un hombre que se encomienda al cristianismo a cada sobresalto. Su grito de guerra es cercano a esto: “Gracias a Dios por esa misericordia, aunque la comprobación ha sido aterradora.”¹¹ No es un comportamiento extravagante para un científico. La ficción de Stoker tenía raigones en conductas reales. Alessandro Volta, creador de la pila eléctrica, se declaraba ferviente cristiano, Hans Christian Oersted, quien descubrió el magnetismo eléctrico, confesaba su fe luterana.¹² Sin embargo, ambos eran científicos de principios de siglo XIX. Un lapso que aún no se veía sumergido en el embate positivista. Tiempo después fue ineludible cobijarse en la ficción para admirar a científicos humanistas, abiertos a los fenómenos menos doctos. La conformación del científico moderno tiene su origen en edictos positivistas, lo que logró una obsesión por la seriedad metodológica y a la par, un desdén por lo que no fuera científicamente comprobable. Esto último era un ingrediente que terminó relegado en novelas como la escrita por Bram Stoker.

Así Abraham Van Helsing no repudia ni el hipnotismo ni el espiritismo. Toma con seriedad a los hombres lobo, a las huestes al servicio de

¹⁰ Carlo Ginzburg, *Historia nocturna. Las raíces antropológicas del relato*, Madrid, Península, 2006, p. 214.

¹¹ Bram Stoker, *op. cit.*, p. 530.

¹² S. J. Antonin Eymieu, *Los creyentes y los progresos de la ciencia durante el siglo XIX*, México, Jus, 1949, p. 104.

los vampiros, a los no-muertos. Los dota de una explicación científica. El romanticismo, la religión y la ciencia confluyen en las exclamaciones del personaje: “Pero también nosotros somos fuertes y estamos todos resueltos a exterminarle [a Drácula]. ¡Arriba el corazón Jonathan y Mina! La lucha sólo ha empezado y la victoria será nuestra. Dios siempre vela por sus criaturas. Esperen valerosamente nuestro regreso.”¹³

Las características del personaje buscan la empatía con el lector, pero ésta se logra a partir de la elaboración de un mundo donde la ciencia no expone y disecciona todo. Los sentimientos no son embalsamados. El romanticismo es encantador y el humanismo se sobrepone. El personaje diabólico de Drácula hace comunión con la ciencia en la ficción y nos da una referencia del futuro ideal según Stoker. El romanticismo vuelto ciencia nos lleva de nuevo a Schiller, quien elaboró la propuesta en el terreno de la filosofía y no de la ficción, cuando el positivismo aún no era el norte rector. Los personajes oscuros vistos desde el mismo tono romántico nos regresan a William Blake y sus imágenes en pastel. Todo concurriendo en un solo punto: la negativa en la aceptación del futuro científico cargado de soberbia.

Los verdaderos seres oscuros

El romanticismo de Bram Stoker logró un personaje diabólico que, sin embargo, no era amenazante. La censura lo aceptó como sabiendo que la diatriba perpetrada sólo sería asequible para unos cuantos. El resto leería su obra como un divertimento henchido de ensoñaciones misteriosas.

El siglo XX se encargó de recrear la imagen del vampiro tantas veces que terminó perdiendo todo nimbo sombrío. Ya en 1915, menos de veinte años después del nacimiento del libro de Stoker, Louis Feuillade sacó en Francia un serial de diez episodios para Gamount con tema y título único: *Los vampiros*. En 1922, al no poder

¹³ Bram Stoker, *op. cit.*, p. 461.

negociar los derechos de autor de la novela con los herederos de Bram Stoker, F.W. Murnau lleva al cine *Nosferatu* (*Nosferatu, eine symphonie des grauens*), creando así un nuevo mito alternativo al ya conocido. El cine se encargó varias veces de otorgarnos hermanos de dráculas que no correspondían ni al origen mítico, ni al escenario recóndito. Ni ciencia, ni metafísica. Drácula acompañó a Satanás en su asepsia.

Pero en la misma época del Drácula romántico, otras críticas se cocían en terrenos menos deslumbrantes. El golpe no podía provenir del sitio más inaudito. De un funcionario en el Ministerio del Interior de Francia, que nunca faltó a su trabajo durante 30 años, hasta su jubilación. Una vida así de rutinaria puede arruinar toda sensiblería, pero no la perversidad. Y malicia es lo que existe en los libros de Joris-Karl Huysmans.

Al igual que Bram Stoker, Huysmans escudriñó en la Edad Media para traer un personaje siniestro, empatado con el demonio. Sin embargo, el autor francés no se guarece en el romanticismo, se infecta de modernidad. Se embute de un orbe cotidiano donde existen “esa oleada de horribles patanes que sienten la necesidad de reír fuerte y de hablar dando voces en los restaurantes y en los cafés, que empujan a uno en la acera de la calle sin pedir perdón...”¹⁴

La historia de *Allá lejos*, publicada en 1891, es la del escritor Durtal, quien se encuentra con el mundo poco radiante que el final del siglo XIX le presenta. Su amigo Des Hermies insiste en señalarle que no ha aprovechado las triquiñuelas del modernismo como el adulterio, el amor, o la ambición, para convertirlos en tema de escritura. De manera casi abrupta, Durtal contesta que lo que le reprocha al naturalismo es “haber encarnado el materialismo en la literatura, por haber glorificado la democracia del arte.”¹⁵

Es necesaria una pausa. Volver sinónimos la modernidad decimonónica y el naturalismo no

es gratuito. El realismo, y después el naturalismo, intentaba acercar la literatura a la ciencia. Lograr descripciones clínicas y objetivas regodeándose en el detalle. El final de la novela *Naná*, de Émile Zola, es uno de los mejores ejemplos. El cuerpo de la prostituta va pudriéndose y su autor no nos ahorra los detalles. La mano deteniendo firme la pluma como escalpelo para abrir la dermis de la narración. Los naturalistas ansiaban el análisis racionalista y el cientificismo determinista de la época. “Zola intentaba aplicar a la novela ‘experimental’ naturalista las teorías del método de experimentación que el biólogo Claude Bernard había expuesto en su libro *Introducción a la medicina experimental* (1865).”¹⁶

La *Psychopathia sexualis* anegando la literatura. Y todo esto lo sabía bien Huysmans: su primer libro fue escrito bajo la mirada de Émile Zola y sus estrictos límites naturalistas. *Marta: historia de una joven* se editó en septiembre de 1876, sin embargo tuvo que esperar un mes para salir a librerías. La censura la consideró una novela pornográfica.¹⁷ La historia es la de una actriz que deviene en prostituta. Fábula cercana justamente a la *Naná* del maestro de Huysmans.

Pero en el naturalismo no cabía la metafísica, ni los personajes infaustos. Tampoco fabricaba una crítica a contracorriente, más bien iba de acuerdo con la tendencia imperante. Como una moda. La ciencia en boga. Sin embargo, el naturalismo le fue muy útil a Huysmans. La descarnada visión le afinó los sentidos. La precisión clínica le permitió abordar temas sórdidos sin que le temblara la mano. El ser diabólico que investiga su personaje Durtal en *Allá lejos*, florece con todas sus perversiones. El mal cobra dimensiones científicas. Las atrocidades cometidas aparecen con exactitud taxidérmica. Sin embargo, la novela jamás termina ahí. La grosera materia no es el fin último.

¹⁴ Joris-Karl Huysmans, *A contrapelo*, Madrid, Cátedra, 1984, p. 147.

¹⁵ Joris-Karl Huysmans, *Allá lejos (Là-bas)*, Madrid, Prometeo Sociedad Editorial, 1919, p. 45.

¹⁶ Juan Herrero, “Introducción”, en *A contrapelo*, op. cit., p. 12.

¹⁷ Joris-Karl Huysmans, “Introducción”, en *Marthe. Histoire d'une fille*, París, George Crès et Cie, 1914, p. VII.

Huysmans, como si se tratara de un heredero lejano del romanticismo, era esencialmente idealista. En cada uno de sus libros existe la neurótica búsqueda por una solución. El entorno lo agobiaba. La modernidad no le dejaba salida. De pronto el infierno con sus demonios se había trasladado a París, al centro del universo.

Después de *Marta*, abandonó el naturalismo hastiado de su ramplonería, de la literatura emponzoñada de contemporaneidad. Zola nunca se lo perdonó. En 1884, aún asistiendo sin falta a su trabajo de burócrata, terminó *A contrapelo*, su novela más conocida. El simbolismo y el decadentismo fundan una comunión en esas páginas. Con muy poca acción, la historia transcurre en los nocivos parajes psicológicos de Des Esseintes, el personaje principal que jamás sale de su casa. Hastiado de su mundo, busca la salida en la exquisitez. Un capítulo lo dedica por completo al arte: explota la apreciación en busca de consuelo. No es suficiente. Ni siquiera las visiones gráficas inculpadas de simbolismo de Gustave Moreau, tampoco las pesadillas lóbregas de Goya. Otro capítulo explora con neurosis los olores. No son suficientes. Todo perfume culmina en hedor putrefacto. En otro más, busca refugio en la botánica: Des Esseintes adquiere las plantas más exóticas. Todas mueren. No son suficientes. La literatura también es requerida como bálsamo para el alma. Todo inútil. La modernidad y una crueldad humana henchida de pragmatismo aniquilan todo. Ese es el nuevo averno. Y éste sí es real. París es un Tártaro por cuyas calles avanzan entelequias sin alma dedicadas a los propósitos más egoístas. Dráculas que chuparían la sangre sin dudar con tal de elevar su reputación. El demonio ha triunfado, pero incluso él se arrepiente como en el cuadro de Blake.

Ante el ataque de los naturalistas lanzado en *A contrapelo*, Huysmans declaró que la novela seguía privilegiando las estructuras de su corriente, pero ahora las aplicaba a la psicología. No era verdad. La búsqueda moral de Des Esseintes era la búsqueda de Huysmans, y el naturalismo no podía darle las armas necesarias. Huysmans narra la reyerta con su maestro:

Zola no respondía a los argumentos con los que yo intentaba convencerle, y reiteraba continuamente esta afirmación: ‘No admito que se cambie de fórmula y de parecer; no admito que se quemé lo que uno ha adorado’.

¡Pero qué! ¿Acaso no ha interpretado, él también, el papel de buen Sicambrio? En efecto, si no ha variado en su modo de composición y de escritura, al menos ha cambiado en su forma de concebir la humanidad y de explicar la vida. Después del negro pesimismo de sus primeros libros, ¿no hemos visto, bajo el color del socialismo, el optimismo beatífico de los últimos?¹⁸

A contrapelo se compone de largos segmentos ensayísticos. No es la ficción de Stoker que divierte. Es una prosa cansada, desencantada que analiza la realidad para evitar la melancolía y llegar a algún tipo de éxtasis. La misma metodología positivista pero con propósito invertido. Sin embargo, en su indagación hacia el arroboamiento, Huysmans apenas llevaba la mitad del camino recorrido.

En 1919, el editor español Vicente Blasco Ibáñez realizó en Madrid una empresa temeraria. Una colección a la que llamó “La novela literaria” con traducciones y autores españoles. En la introducción a su primer volumen hay una nota, donde Blasco Ibáñez hace enérgico hincapié en el “valor artístico” de los libros que desplegarán en la colección. La línea se rige por “los grandes novelistas contemporáneos”, la “novela moderna” será el norte. Luego especifica: “El valor artístico es el único mérito que tendremos presente al escoger las obras. Tradicionalistas y revolucionarios, idealistas y naturalistas, religiosos e incrédulos, moralistas y autores libres, todos irán apareciendo en La Novela Literaria, igualados por el respeto y la admiración que merece el talento”.

Era la salvaguardia del arte contra la censura de la España de principios de siglo XX. Algo extraño sucedía con esa novela moderna. El

¹⁸ Joris-Karl Huysmans, *A contrapelo*, op. cit., p. 113.

arte literario se estaba tomando ciertas libertades que a su paso dejaban un rastro de indignadas exclamaciones. La gente rehuía de ciertas propuestas, y en la lejanía farfullaba en voz baja. Los nuevos leprosos, patrocinados por el demonio, que utilizaban la literatura como utensilio de su depravada alquimia, se estaban formando. La novedosa nigromancia, y sus postulantes eran tan peligrosos como aquellos seres de músculos podridos. Los motivos también eran afines: su enfermedad era contagiosa y ponían en tela de juicio la bondad y progreso de las civilizaciones. Estaban ahí para recordarnos los traspiés con su pernicioso romanticismo.

Vicente Blasco Ibáñez lo sabía. Y por ello, como mecenas de un hervidero de especímenes nocivos, advertía: “Algunas novelas célebres de intensa belleza pueden parecer de una lectura extremadamente libre para determinadas personas. Por esto en nuestros catálogos hay libros que llevan la indicación de una *. Esta marca * significa que son obras que no pueden dejarse en todas las manos”.

Revisando el catálogo mencionado, resultan significativos los títulos de las obras marcadas con el asterisco preventivo. Los libros más ineficaces y los autores más pérfidos: *El infierno* de Henri Barbusse, *Bajo la mirada de los dioses* de Juan José Frappa, *Un corazón virginal* de R. Gourmont, *Afrodita* de Pierre Louis, y el libro que inaugura la colección, aquel que provoca tantas prevenciones: *Allá lejos*, de J.K. Huysmans. He ahí la lista de los leprosos satánicos de la modernidad.¹⁹

A pesar de tanta ciencia, el cielo y el infierno mantenían su convocatoria en la literatura. Huysmans no sólo se alejó de la excepción, fue pionero de la querrela. La edición española era de 1919, pero Huysmans había elaborado su provocación literaria 28 años antes. Y la elección del personaje a desarrollar fue fundamental. El Durtal de *Allá lejos*, supera al Des Esseintes de *A contrapelo*. Reflejando la propia indagación de Huysmans. Ya no era el naturalismo, tampoco el decadentismo. El tedio y la

abulia provocadas por la modernidad conmutan en un designio concreto: el satanismo como subterfugio. La garantía de la empresa la explica el escritor que ha creado un *alter ego* también escritor. Al agobiante ambiente, Huysmans-Durtal contrapone el entresijo. Para los naturalistas, nos dice, los misterios se explican con dos diátesis: la erección y el acceso de locura. Incluso define el perfil del naturalista: “un herniólogo de los sentimientos, un braguerista del alma, y nada más”.²⁰ Pero las propuestas metafísicas en boga no satisfacen a Huysmans-Durtal: “Era verdad que no poseían nada sobresaliente las letras del momento; nada, a no ser una necesidad de lo sobrenatural, que, a falta de idas más elevadas, caminaba a tropezones y como mejor podía por el espiritismo y el ocultismo”.²¹

El tabú es perentorio para salvar el alma. La oscuridad debe ser solicitada. Y tinieblas era lo que había en la Edad Media. Durtal nos reseña el arte eclesiástico medieval: sangriento, sucio, con llagas, supuraciones y hediondeces. Y por todo ello mucho más auténtico que el falso romanticismo de cartón del Renacimiento. La bondad y la maldad aparecen en aquel periodo revestidos de la repulsiva autenticidad. Para ilustrarnos, Huysmans utiliza un cuadro del pintor realista Grünewald, donde aparece el Cristo de los primeros siglos de la Iglesia. El Cristo vulgar y feo, porque asume toda la carga de los pecados y por humildad reviste las formas más abyectas. El Cristo asistido solamente por su Madre —a la que, como todos aquellos a quienes se tortura, debió de llamar con gritos de niño—, impotente e inútil en tal momento.²² Estamos ante el cuestionamiento de un nihilista que está harto de no creer en nada y vuelve los ojos atrás. ¿Existe tal cosa como un nihilista del nihilismo? Tal vez sea una doble negación cuyo producto es un creyente.

Si el cristianismo de la Edad Media era inmundado, el satanismo de la misma época lo supera con creces. El mal cobra entonces proporcio-

²⁰ *Ibidem*, p. 48.

²¹ *Ibidem*, p. 52.

²² *Ibidem*, p. 55.

¹⁹ Joris-Karl Huysmans, *Allá lejos*, *op. cit.*, p. 45.

nes extáticas. Así, Durtal localiza en el medioevo al mariscal y asesino Gilles de Rais. Su amigo Des Hermies cree saber el impulso de la elección y se la expresa: “En todos tus libros, has caído de brazos cruzados sobre este rabo de siglo; pero a la larga se cansa uno de golpear en un muelle que se encoge y se estira. Tenías forzosamente que tomar aliento y asentarte en otra época, esperando descubrir en ella un motivo que te agradara para un libro.”²³

Pero Durtal sigue privilegiando al enigma. Y en su carrera logra separar a la historia de sus pueriles tendencias científicas: “La historia constituía la más solemne de las mentiras, la más infantil de las añagazas. Según él, no podía representarse a la antigua Clío sino con una cabeza de esfinge adornada de patillas de chuleta y tocada con una chichonera de pequeñuelo.” Pero la historia desprovista de dogmatismo se vuelve un sitio recóndito y atractivo. Entre las brumas se esconde una posibilidad, un anhelo. Ese tabú tan necesitado.²⁴

Gilles de Rais es entonces el personaje perfecto para la búsqueda del mal. Es un hombre que realiza una purificación a la inversa. Convencido del bien, la vida lo lleva al trastorno siniestro. Un santo fosco, un mártir contrapuesto. Desde pequeño la vida lo plagó de vicisitudes. Nacido en 1404 en Bretaña, quedó huérfano a

²³ *Ibidem*, p. 63.

²⁴ Pero la obsesión científica de la historia insistió en manchar incluso las páginas donde Des Esseintes elaboró su defensa del misticismo. En la página 69 de ese volumen, resguardado en la Biblioteca Nacional de Madrid, hay una nota trazada con grosero lápiz. El mensaje henchido de la ironía del siglo XX asevera: “Lo que más sorprendía en él [refiriéndose a la construcción del personaje] era su erudición. Resultaba prodigioso cómo lo sabía todo, cómo estaba al corriente de los libros más antiguos, de las costumbres más seculares y de los descubrimientos más nuevos.” Pienso que el crítico armado del lápiz después se sintió satisfecho. Pudo identificar un error para luego preguntar con los lentes a media nariz y una mano revoloteando en el aire en alguna conferencia: ¿cómo es posible ignorar el aspecto socioeconómico del personaje? La amonestación me recuerda a los críticos de *Madam Bovary* que Julian Barnes señala en su libro *El loro de Flaubert*. Aquellos que orgullosos señalaron el error de Flaubert al cambiar el color de ojos de su personaje. No es gratuito que en la página anterior a la nota termine la diatriba contra la academia de Huysmans.

los once años. La madre, negando la responsabilidad, lo abandona a él y a Renato de Rais, su hermano. A sus 16 años el abuelo lo casa con Catalina de Thouars. La colocación aristocrática lo insertó en el ejército. Su desempeño fue soberbio, a tal grado que después de repeler ataques ingleses en Anjou y en Maine, se volvió el protector de Juana de Arco y Mariscal de Francia. Sólo tenía 25 años.

Mientras la heroína y mártir sufre un proceso que eleva su espíritu hasta los corolarios más santos, Rais recorre el camino contrario. Tras la guerra, desaparece una temporada y reaparece en su castillo un año después. El hartazgo y la vulgaridad lo empalagan. Al igual que el Des Esseintes de *A contrapelo* y el Huysmans de ese preciso momento, busca una salida en el refinamiento. Como si los espíritus perspicaces y fustigadores se conectaran ignorando el paso del tiempo. Pero el refinamiento auténtico no es complaciente, es devastador: “Mientras sus pares son unos simples brutos, él desea refinamientos de arte inconcebibles, sueña con una literatura tenebrosa y lejana, hasta compone un tratado sobre el arte de evocar a los demonios, adora la música de iglesia y no quiere rodearse sino de objetos inhallables, de cosas raras”.²⁵

Pero el satanismo de Guilles Rais no es superfluo. Se vuelve práctico. La Edad Media prodiga sin reparo ejemplos de crueldad refinada. Huysmans las transporta en una cápsula a su presente para que conserven todo el peso del arrebato bestial. Sin ciencia de por medio, el satanismo logra prevalecer en un presente que desea mostrarse incrédulo. Durtal da ejemplos de crueldad aledaños a de Rais: cuenta la historia de un duque que administra un veneno lento a su mujer y la pone a horcajadas sobre su caballo para llevarla a todo galope durante cinco leguas hasta que, en medio del sufrimiento refinado, la mujer muere.

La crueldad emparentada con el satanismo también fascina a Durtal (y sin duda a Huysmans). Es el estado último de salvación frente a la vulgaridad. Largas fracciones de *Allá lejos*

²⁵ Joris-Karl Huysmans, *Allá lejos*, *op. cit.*, p. 95.

analizan el curso del satanismo entre los siglos XV al XIX. De los distintos episodios destaca uno efectuado por el abate Guibourg en el siglo XVII, protagonista muy solicitado por las mujeres que años después recurrirían a las cartománticas:

El ritual de estas ceremonias era atroz. Generalmente se había raptado a un niño, al cual quemaban dentro de un horno, en el campo. Luego se revolvía este polvo humano con la sangre de otro niño al que degollaban, formando con todo una pasta semejante a la pasta excrementicia de los maniqueístas[...]. Esa era la materia del Sacramento.²⁶

Los maniqueístas descritos creían en la existencia de dos dioses, uno misericordioso y otro cruel. Por lo mismo, combinaban en su liturgia ostias (el bien) empapadas en semen (el mal). Otro abate del siglo XVIII, de nombre Beccarelli, solía realizar los sagrados oficios al revés. La liturgia no era la única distorsionada. En las misas, de fuerte sugerencia sexual, otorgaba pastillas que tenían la particularidad de que “los hombres se creían convertidos en mujeres y las mujeres en hombres”. El abate no tuvo el mejor de los finales: fue condenado a remar durante siete años en las galeras italianas. Y el mismo siglo XIX, el siglo de la ciencia, de Durtal y Huysmans, tuvo también sus episodios históricos satánicos. El periódico religioso *Los anales de la santidad* refirió en 1855 la presencia de un grupo de mujeres que comulgaban varias veces al día. “Conservaban en su boca las celestes Especies, y las escupían para lacerarlas luego o mancillarlas con repugnantes contactos.” El arzobispo de París fue incapaz de impugnar tales escenarios.

Sin embargo, todo lo anterior no es nada cotejado con los actos de Gilles de Rais. Las niñas, pero sobre todo los niños de la comarca donde estaba el castillo del Mariscal, comienzan a desaparecer. Las evaporaciones suceden cerca de cementerios y recuerdan a los raptos, también

de niños, narrados por Bram Stoker. Lucy, la primera víctima en el libro de *Drácula*, perpetraba los secuestros para nutrirse parcialmente con la sangre infantil. Pero su arrojo era mediocre. Nunca se proyectó completamente al trastorno. Trataba de mantener a sus menudas víctimas con vida, sólo drenándoles la sangre suficiente para que ambos sobrevivieran. Mitad vampiro, mitad humano, la mujer aún tenía reparos morales. Gilles de Rais no. El joven de 26 años “desfloraba” a los niños y luego los degollaba. La maldad puntualizada sin temor por Huysmans incluye violación de fetos y niños a los que va descuartizando. A unos les abre el estómago para embarrarse de materia fecal mientras la víctima aún vive. Con otros aplica tortura psicológica: pide a sus asistentes, magos satanistas, que entren a cada tanto a golpear a su siguiente víctima, recluida en un cuarto. Luego entra él mismo y ofrece consuelo. La actividad se desarrolla por algunos días. Finalmente, Gilles de Rais entra a la mazmorra del niño, le ofrece compasión. Lo abraza, lo sienta en sus piernas y cuando los ojos del mártir fraguan la mayor gratitud, el Mariscal abre un hoyo en el tubo digestivo con un escalpelo y lo viola por el espurio orificio. El placer máximo, nos refiere Huysmans, es admirar el cambio en los ojos del niño. La confusión por las reglas quebrantadas. La noción de que nadie lo salvará. El enfrentamiento con el mal absoluto. La violación que no ocurre por un hueco natural, sino por la herida que le causará la muerte constituye la perversión sobre la perversión. La máxima expresión del sadismo. Todo esto referido con lujo de detalle a finales del XIX. Evidenciando una fría crueldad que podría llamarse científica, pero que buscaba resultados distintos al progreso material del hombre.

El episodio de Gilles de Rais, a diferencia de *Drácula*, es real. Se habla de más de 800 víctimas. Se cree que incluso los hechiceros satánicos no aguantaron las actividades demoníacas y se escabulleron. Fue Juan de Malestroit, obispo de Nantes, quien relacionó la desaparición de infantes y la búsqueda de Rais de expertos satánicos. Los juicios contra el Mariscal iniciaron en septiembre de 1440. Fueron difusos. El acusado pasó de la

²⁶ *Ibidem*, p. 110.

negación a la furia, de la justificación al terror, y de ahí al reconcomio más penetrante.

Gilles de Rais confiesa sus crímenes. Pide perdón mostrando auténtico arrepentimiento. Se dirige a los canónigos y a los padres de las víctimas. “Entonces, con todo su blanco esplendor, irradió en aquella sala el alma de la Edad Media”. En la escena final de este teatro oscuro escrito por Durtal e imaginado por Huysmans, Juan de Malestroit deja su asiento. Levanta al acusado, quien golpeaba con su frente desesperada las baldosas. El juez desaparece y sólo queda el obispo de Nantes. Éste abraza al denigrado Gilles, quien llora sus faltas.

Hubo en la audiencia un estremecimiento cuando Juan de Malestroit dijo a Gilles que estaba en pie y apoyaba la cabeza en su pecho: “reza para que se aplaque la justa y espantable cólera del Altísimo; llora para que tus lágrimas purifiquen los maldades locos de tu ser.” Y la sala entera se arrodilló y rezó por el asesino.²⁷

La sapiencia del *Psychopathia sexualis* hubiera explicado con resolución las filias sexuales de Gilles de Rais. Hubiera fragmentado la historia hasta reducirla a una cadena de perversiones científicamente comprobables. No sería morbo, sería sabiduría. La censura no se hubiera sobresaltado tanto. La historia erudita hubiera confeccionado una narración plagada de fechas y derivaciones socioeconómicas. Pero Huysmans había previsto todo lo anterior. Suponía que la ciencia trataría de operar su ficción logrando explicaciones que restaran deleite. Hacia la mitad de su obra hace declarar a uno de sus personajes sobre las monomanías de Gilles de Rais: “Las lesiones del encéfalo, la adherencia al cerebro de la pía-madre, no significan absolutamente nada en esas cuestiones. Verdaderamente es demasiado fácil declarar que una perturbación de los lóbulos cerebrales produce

asesinos y sacrílegos. La lesión es el derivado y no la causa de un estado del alma”.²⁸

Huysmans se introduce en medio de una polémica que cobraría notabilidad un siglo después entre la neurociencia y la psicología. ¿Qué fue primero? ¿El sentimiento que modifica la fisiología o la biología que condiciona los sentimientos? Es curioso el paréntesis que Huysmans elabora a finales del XIX. Cien años antes, el romántico Schiller propuso la indivisibilidad de los sentimientos y el cuerpo. Cien años después, el neurocientífico Antonio R. Damasio coincidiría con el filósofo alemán.²⁹ Sin embargo, el ciclo de Huysmans es diferente. El autor vive el ascenso del positivismo. Pero no se trata de un positivismo generalizado, sino un furor del mismo. *Todo* era explicado a partir de esos lineamientos. La realidad pragmática que explicaba el grueso de los acontecimientos. Y aquellos fenómenos que no podía aclarar eran relegados al terreno de la risible superchería. El misterio, la oscuridad y el satanismo eran entonces las mejores armas para rebelarse frente a un mundo soberbio. Excesivamente confiado en sí mismo.

La conexión entre maldad y éxtasis aligeraban el tedio de la vida. Aunque fuera necesario renunciar a la cotidianidad. Las atrocidades cometidas por Gilles de Rais habían sido reales. Huysmans las revive en su ficción para confrontar su realidad tan nauseabundamente decidida. Sin embargo, las bestialidades aparecen sólo para sacudir. Nadie sugiere que se efectúen emulaciones. Mientras escribía *Allá lejos*, Joris-Karl seguía asistiendo si faltar a su trabajo como burócrata. Pero la escritura sí efectúa un cambio en su autor. No en Durtal, en Huysmans. Y es el mismo cambio que sufrió en el desenlace Gilles de Rais. Joris-Karl Huysmans después de haber experimentado con el naturalismo, con el decadentismo y con el satanismo, después de escribir *Allá lejos*, se volvió, como Juana de Arco, el más ferviente católico.

²⁸ *Ibidem*, p. 158.

²⁹ Antonio R. Damasio, *El error de Descartes. La razón, la emoción y el cerebro humano*, Barcelona, Crítica, 1999.

²⁷ *Ibidem*, p. 295.

Théophile Gautier declaró públicamente, después de leer *A contrapelo*, la novela decadente donde Des Esseintes busca el consuelo y no lo encuentra, que a Huysmans sólo le quedaban dos opciones, suicidarse o convertirse al cristianismo. Tenía más razón de la que imaginaba. En 1899, a punto de cruzar a un nuevo siglo atestado de soberbia y entendimiento, Huysmans franqueó su etapa cristiana. “Se decidió a hacer profesión de oblató en la abadía de Ligugé, cerca de Potiers.” El oblató es el laico que vive a las afueras del convento, asistiendo a todos los oficios de la comunidad. Huysmans, el eterno burócrata de la mente febril, cambió a la religión y elaboró un par de novelas más en medio de su embelesamiento. “El naturalista procaz, el decadente exquisito, el satanista blasfemo y erótico, se convierte en vecino de monjes como una nueva forma de desdeñar el mundo.”³⁰

Y en efecto menospreció al mundo. Aún en sus presentaciones más sublimes, el mundo no era bueno para él. Durtal sufre un enamoramiento en *Allá lejos*. El flirteo se realiza bajo las juiciosas reglas románticas del XIX. La relación resulta a tiempos fastidiosa. Son necesarias varias cartas anónimas, varias suposiciones obligadas a la discreción. En el único momento carnal que Durtal tiene, la empresa resulta bufa. La pasión intenta socavar la etiqueta, pero el resultado es poco alentador. La mujer le dice al personaje en el lecho, a punto de consumir el acto: “Piense usted en el ridículo. Va a ser preciso desnudarse, ponerse en camisa, y además la necia escena de subir a la cama.”

Durtal alterna su vida creativa con esta perecedera aventura real. Va de las extáticas atrocidades de Gilles de Rais al insulso amor cargado de culpabilidades de la mujer. Una tarde de trabajo, cuando acaba de escribir una brutal escena del medioevo, reflexiona: “Entusiasmado por esta visión imaginada por él, Durtal cerró su cuaderno de notas y estimó, encogiéndose de hombros, bien mezquinos los debates de su alma con motivo de una mujer cuyo pecado, como el suyo,

no era en suma sino un pecado burgués, un pecado mediocre.”

Pero Durtal era más *alter ego* de Huysmans de lo que éste hubiera querido. Las indagaciones de uno provienen de las inquietudes del otro. Por ello las novelas de Huysmans son ensayos. Nos deja ver de manera nítida lo que pensaba. Las ideas aniquilan a la acción. Huysmans también repudiaba la vida moderna, se alejó de ella. Él también tuvo muy poco contacto con las mujeres. Huirle al sexo opuesto formaba parte de su plan de repudio frente a un mundo malquistado. Las mujeres podían hacerlo fallar. Lograr que se encariñara con la vida. Entonces también se instaló la máscara de la misoginia.

La única escritora con la que trabó amistad fue con Myriam Harry, autora de *Petites Épouses*. Ella le había mandado su novela sin decirle que era mujer. Sólo indicando que su nombre era un seudónimo. Huysmans también se persuadió de odiar a las mujeres escritoras. “La literatura es cosa de hombres”, declaró en algún momento. Pero con Harry fue distinto:

La principiante tembló al subir las escaleras de la vieja casa. ¿Qué diría el terrible maestro al enterarse de que no era hombre?... Muy emocionada, se dejó caer en un sillón.

—¿Me perdona usted que sea una mujer?—, preguntó con inquietud.

—Sí —contestó riendo Huysmans—, ya que la cosa no tiene remedio.

Las últimas tardes del desvencijado escritor la pasaron hablando de distintos temas.

Un anochecer, pocas semanas antes de morir el maestro, hablaron del amor; y esta vez fue ella sola la que habló, con todos los entusiasmos de la juventud y del idealismo femenino, escuchándola Huysmans en silencio.

Las primeras sombras empezaban a flostar en la habitación. Lucían en la penumbra los lomos de oro de las encuadernaciones y el esmalte de las porcelanas de Delft. De pronto brillaron también en las mejillas de

³⁰ Luis Antonio de Villena, en J.K. Huysmans, *Al revés*, Madrid, Bruguera, 1986, p. 12.

cera del moribundo dos gruesas lágrimas que descendían lentamente.

Ella se puso de pie, alarmada, mientras él iba doblando la frente sobre la mesa de trabajo, hasta ocultarla entre sus manos. Resonó en el silencio crepuscular el largo sollozo de Huysmans.

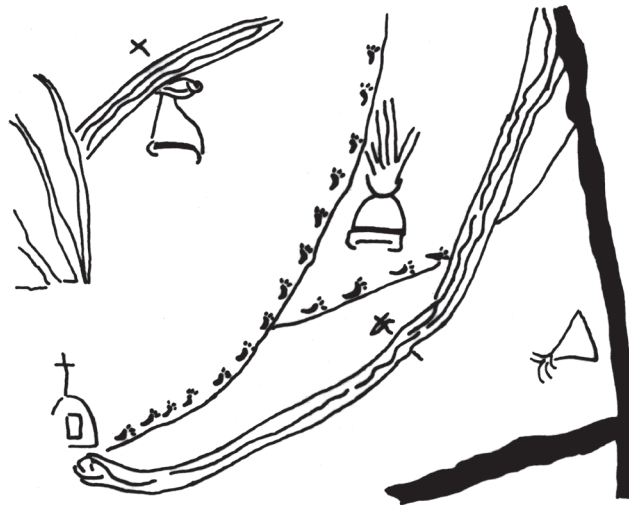
Lloraba de amor, lloraba a la mujer, lloraba a todas las cosas que creía morir har-to y que no había conocido nunca.³¹

No es que odiara a las mujeres. El éxtasis interno, la crítica llevada al extremo lo desviaron de la existencia. Desde antes de convertirse en oblató, sitio donde se justificaría e incluso admiraría su desdén hacia las mujeres, llevaba una vida de mártir. Antes ya era acérrimo crítico. Era un ejemplar satanista.

Y Satanás era un ángel rebelde. No soportó la mediocridad que brinda la alegría. El Paraíso

hipócrita. Joris-Karl Huysmans se precipitó al recogimiento metafísico. Antes había inventado la novela decadente, antes había sido satanista. Repudió el materialismo. Es el más rebelde de los burócratas. No tenía nada que demostrar. Bram Stoker se sabía a destiempo. El romanticismo se agotaba. Sólo quedaba la certidumbre. La mueca inteligente. La actuación farsante. Los dos eran rebeldes. Lograron una rebeldía frente al mundo llevada al extremo. Satán es un moralista que se in-mola.

Pero Satanás, a diferencia de sus acólitos, tiene una desventaja. Él es eterno. Él puede ver con ojos llenos de espanto el mundo que la corrección nos ha otorgado. No puede hacer nada. Sus seguidores se extinguen cada día. Pide éter en un bar a media luz, pero ya no lo tienen en existencia. Está desencantado. Perdió. El mundo ya no es su responsabilidad.



³¹ Vicente Blasco Ibáñez, en Joris-Karl Huysmans, *Allá lejos*, op. cit., pp. 44-45.

Un párroco y su parroquia en la guerra civil de 1810

Representación del párroco y autoridades de Coscomatepec, 1813

La guerra iniciada en 1810 en la Nueva España tuvo entre sus líderes más destacados a un contingente importante de eclesiásticos, por ello, desde las primeras obras que se ocuparon de hacer el recuento de los años de guerra hasta la historiografía más reciente, el tema de la participación del clero ha constituido uno de los puntos a discutir.

En las últimas décadas la historiografía ha centrado su atención en los motivos de dicha participación. Una interpretación ya clásica es la que relaciona la insurgencia con las reformas borbónicas, ya por las medidas que minaban la inmunidad eclesiástica,¹ ya por el “ataque” de los monarcas y sus ministros no sólo contra los clérigos, sino contra la Iglesia novohispana en su conjunto.² Si bien han sido abordados también otros factores importantes en la vida parroquial —desde cuestiones doctrinarias hasta la historia religiosa local—, no ha perdido fuerza la idea de que las reformas habrían contribuido a formar, cuando menos, una “mayoría neutral” en el periodo de guerra.³ Eric Van Young, en fecha más reciente, sostiene en cambio que los conflictos entre párrocos y feligreses habrían impedido a la mayoría de los clé-

¹ Véase Nancy M. Farriss, *Clero y Corona en el México colonial. La crisis del privilegio eclesiástico*, México, FCE, 1995.

² David A. Brading, *Una Iglesia asediada: el obispado de Michoacán, 1749-1810*, México, FCE, 1994.

³ Es el caso de William B. Taylor, *Ministros de lo sagrado. Sacerdotes y feligreses en el México de la segunda mitad del siglo XVIII*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Secretaría de Gobernación/El Colegio de México, 1999, 2 vols.

rigos desempeñar un liderazgo durante la guerra, permaneciendo en general leales a la causa realista.⁴

El documento que presentamos aquí puede aportar algunos elementos a esta discusión. Se trata de una extensa representación de las autoridades del pueblo de San Juan Coscomatepec que va dirigida, según deducimos, al comandante del Ejército del Sur e intendente de Puebla, el conde de Castro Terreño, de quien dependían las tropas de las villas de Orizaba y Córdoba. La representación no es sino una queja motivada por los abusos de la expedición que, al mando del sargento mayor Antonio Conti, fue destinada a pacificar los pueblos de Coscomatepec y Huatusco en abril de 1813. Aunque fue firmado por el párroco, bachiller Antonio Amez y Argüelles, por los alcaldes indios y los diputados “de razón” del pueblo, es evidente que fue el primero quien tuvo el papel principal en la redacción del documento.

Cabe decir que la historiografía regional veracruzana incluyó en su momento al padre Amez entre los héroes independentistas, incluso desde 1811, y destacó su “hábil política”, que le permitió mantener relación con los realistas y ayudar al mismo tiempo a los rebeldes.⁵ La exposición que aquí se presenta da cuenta de que esa ambigua situación no era precisamente planeada por el párroco, y en cambio refleja bien, además de un liderazgo entre sus feligreses, la precariedad de su posición.

Es cierto que, algunos meses más tarde, el bachiller Amez ingresaría definitivamente en las filas insurgentes, en las que permanecería hasta su indulto en marzo de 1817; sin embargo, el recuento de actos de lealtad al régimen y los esfuerzos por mantener el orden en su feligresía favorecen la idea de que el padre Amez llegó a la insurgencia tal vez más llevado por las circunstancias —la obligación de residir en su parroquia, la propia represión militar— que por sus convicciones. El documento consta en Archivo General de la Nación, vol. 648 fs 9v-28, “Representación del párroco, alcaldes de indios y diputados de razón de Coscomatepec, 1813”.

David Carbajal

⁴ Eric Van Young, *La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821*, México, FCE, 2006.

⁵ Miguel Domínguez Loya, *El bachiller Don Antonio Amez y Argüelles*, México, s.e., 1950.

Excelentísimo señor.— El cura del pueblo de San Juan Coscomatepec con los alcaldes de naturales y diputados de razón de aquel vecindario que abajo suscriben, se postran a los pies de vueexcelencia llenos de toda la humildad que exige la alteza de su persona, y penetrado de la dulce fianza que inspira su benéfico corazón y paternales entrañas para hacerle presentes los terribles e inesperados ultrajes que acaba de recibir de las tropas de Su Majestad el once del pasado, satisfecho de que después de excitar toda la generosa propiedad no inferior a la acreditada justificación de vueexcelencia logrará el remedio de los muchos males que lo han afligido y de los incalculables que vendrían sobre él a no abrigarse bajo la poderosa sombra y protección de vueexcelencia.— La adhesión de aquella feligresía a nuestra santa causa reputa por el mayor de todos la nota de infidelidad con que ha sido vilipendiada, y como a merecerla debería no sólo abandonarse al más vergonzoso silencio, sino huir muy lejos de la presencia de los hombres sensatos, de la superioridad de vueexcelencia, tiene por su primera obligación la de justificarse de tan fea y desmerecida censura.— Para desempeñarla debidamente necesitaba tener a la mano las repetidas representaciones que hizo a la superioridad en el año de mil ochocientos once, informando circunstanciadamente de lo interesante que es aquel pueblo, ya sea que se considere su localidad y ubicación, ya sea que se atiende a la

feracidad de aquellas tierras. Yo fui desde entonces, excelentísimo señor, el testigo de las incontables gestiones con que mi feligresía procuró manifestar su patriotismo, y el órgano por donde explicó la grandeza de sus sentimientos, y se hallarían en mi poder estos documentos del más vivo entusiasmo y de la más acendrada lealtad, si los movimientos que me he visto obligado a hacer en la primera invasión de los enemigos y la ninguna idea que tenía de que me fuesen necesarios no me los hubiesen extraviado. Conservo, sin embargo, el último que se dirigió al subdelegado de la villa para que éste lo elevase a las superiores manos del excelentísimo señor virrey y, o ya sea que otras atenciones de mayor gravedad no hubiesen permitido su contestación, o ya que ninguno hubiese llegado a la capitania general, lo cierto es que allí no se ha tenido alguna respuesta.— La falta de ella hubiera resfriado otros ánimos menos enardecidos que los de Coscomatepec, o al menos los hubiera dejado por algún tiempo en una peligrosa inacción, pero mi pueblo, queriendo ser más bien reprendido por su precipitación que por su descuido, sin aguardar a más, erigió su compañía de más de cien hombres, celebró una junta de los sujetos de algunos haberes, en que colectó más de mil pesos y el valor de un cañón de mediano calibre, para ocurrir con ellos por armas a la plaza de Veracruz, y entre tanto se daban estos pasos, comenzó a aleccionar a los patriotas por medio de algunos soldados licenciados que había en aquel pueblo,

con tanto esmero, que dentro de poco merecieron éstos que el comandante de armas de la villa de Córdoba, don Francisco Sáinz de la Maza, asegurase que no tenía igual los de las restantes poblaciones sin exclusión de los de la cabecera del partido. El citado papel, que es del número uno de los que debidamente presento, acredita que aquellos vecinos tenían las mejores disposiciones, y sin más empeño que el de defender sus propios hogares, sin esperanza de otra retribución que la magnífica de acreedores al título de leales.— Lo fueron desde entonces, excelentísimo señor, y su fidelidad, que sólo podía acreditarse por los muchos oficios y representaciones que hizo a la superioridad del excelentísimo señor virrey, a la intendencia de Veracruz y a la subdelegación de Córdoba, se justificó a toda prueba en el tres de marzo el año pasado de mil ochocientos doce, en que por primera vez fue invadido por el enemigo.— En este día todos mis feligreses sin exceptuar a uno solo sufrieron toda clase de insultos propios de la vil extracción y terrible encono de unos ladrones que sabían bien el patriotismo de mi pueblo y que no podían ver con indiferencia que se resistiesen a cooperar al saqueo que ellos hicieron de las casas pudientes. En este día fue sacrificado inhumanamente un vecino de razón que quiso defender con ruegos los bienes de un europeo que tenía a su cargo la conducta de la nieve a Veracruz, en este día fueron atropellados y presos los sujetos de más distinción del vecindario, y en este día en fin, yo mismo, que por

contener el furor de aquellos hombres y avivar el entusiasmo de mis feligreses había salídoles al encuentro, fui hecho prisionero y aun sentenciado a salir para siempre de mi doctrina, por haber prevenido la noche antes a los europeos que se pusiesen a salvo, como todos lo verificaron, y si no se cumplió esta sentencia fue porque aquellos corazones encruelecidos no fueron sin embargo capaces de resistir las lágrimas de todos mis parroquianos.— Éstos, a mi vuelta del lugar donde estuve arrestado, me recibieron con las más expresivas demostraciones que inspiran, por una parte el gozo, por otra el sentimiento, y por todas el deseo de manifestar su inocencia.— No es mucho pues, que yo inmediatamente participase al subdelegado de Córdoba lo sucedido, como consta de su contestación, número dos;⁶ no es de admirar que explicase mi resentimiento contra dos feligreses que entonces se me hicieron sospechosos, número tres y cuatro, aunque después probaron su inocencia; ni tampoco es extraño que a la venida de las tropas de Córdoba saliese conmigo toda mi feligresía a recibirlas con las mayores muestras de júbilo y alegría, como si sola su presencia fuese capaz de recompensar todos los desastres sufridos, o ponerlos a cubierto de los porvenir. — Así se hubiera verificado si los movimientos de la negrada de Córdoba, acaecida el día seis, no

⁶ Los números se refieren a los documentos que iban anexos a la documentación y que no hemos incluido aquí dada su extensión.

hubiese precisado al comandante a salir en la misma noche para las haciendas de dicha villa, dejándome el destacamento de veinticinco hombres que, acuartelados con otros tantos patriotas de mi pueblo, sostenidos a nuestras expensas y encargados a mí, cuidaron de la seguridad de aquellos contornos. Todos los oficios de aquel comandante y el de Huatusco, que con una u otra carta particular comprendo bajo el número cinco, acreditan bien a mi parecer que no se perdonó diligencia alguna por destruir a los enemigos, habilitarnos de cañón y pertrechos, sostener las más continua correspondencia con las poblaciones circunvecinas, erogando para todo sumas de dinero que, si parecían pequeñas a la fidelidad de aquellos vecinos, deben reputarse cuantiosas, atendiendo al saqueo que acabamos de experimentar.— A fuerza de diligencias y de industria nos habíamos proveído de más de cuarenta armas de fuego que, unidas a las veinticinco de los soldados del destacamento, y a más de veinticinco lanzas que allí se habían fabricado, bastaban a sostener el cañón y pertrechos (que eran en buen número) y defendernos aun contra mayor fuerza de enemigos, que entonces debían despreciarse por la quietud de la tierra caliente.— Comenzó ésta a sublevarse desde el diez de abril de dicho año, en que los enemigos intentaron atacar a la villa de Orizaba. Entonces fue cuando el comandante Maza condujo allá toda la fuerza que tenía en la de Córdoba, llevándose igualmente el destacamento de mi pueblo, el cañón,

los utensilios, las armas colectadas y hasta los mismos patriotas, dejándonos enteramente abandonados a la discreción de los enemigos, que no distaban media legua y que, aprovechándose de este desamparo, repitieron su entrada a mi pueblo y el de Huatusco, desfogando toda la cólera que habían concebido contra unos vecindarios que tanto los habían perseguido, que impidieron el curso de sus criminales ideas por el tiempo de más de un mes, teniéndolos enterrados en los montes, y que habían jurado su total exterminio. Mis feligreses fueron conducidos prisioneros a distancia de más de cuatro leguas, e iban a sufrir los decentes la pena capital, cuando llegó de arriba otra división menos cruel que los libertó de ella, aunque no del sacrificio de sus bestias, semillas y reses.— No fui testigo ocular de estos últimos acaecimientos por haber marchado a Córdoba de orden del comandante Maza, que quería nos proporcionásemos ambos el auxilio que necesitábamos. Sus deseos, iguales en un todo a los míos, nunca pudieron llenarse. Por mi parte, después de repetir oficios a la intendencia de Veracruz a fin de que se me diesen algunas tropas de las muchas que subieron a Orizaba, e interesé a todos los sujetos de respeto de ambas villas, y especialmente a la junta de seguridad de Córdoba, a beneficio de mi pueblo, para salir con mi intento, y procuré hacerlo con tanta eficacia que, a pesar de haber hablado en Córdoba con el señor brigadier Mascaró, le pasé la presentación que acompaño número

seis, y no satisfecho con esto fui a la villa de Orizaba al siguiente día, donde me conservé algunos hasta que por boca suya y de los comandantes don José Manuel Panes y el citado Maza se me aseguró abiertamente y con el mayor sentimiento mío, que era imposible del todo ministrarme un solo soldado, por más que repitiese presentaciones, importunidades y quejas. Este triste desengaño, la situación lamentable de mi feligresía y las superiores órdenes que previenen a los párrocos la residencia en las suyas me estrecharon a regresarme a Coscomatepec a mediados de mayo de dicho año, y desde entonces hasta ahora mis feligreses, obedientes a mis insinuaciones y consejos, se han conservado con unos sentimientos tan patrióticos, que puede decirse se han arraigado más en ellos a fuerza de contradicciones. Las cartas que presento, número siete, acreditan las diligencias que por su parte hicieron para conseguir armas de Veracruz y los dos oficios puestos por los enemigos al teniente de justicia y gobernador de mi pueblo, números ocho y nueve, no dejan lugar a creer que éste se halla mezclado en su más pequeña parte y por unos breves momentos en el partido de la insurrección. En el espacio de un año en que ha estado ocupado ha dado las pruebas más relevantes de su fidelidad, ya remitiendo a costa de mil dificultades y riesgos víveres y semillas en abundancia a Córdoba y Orizaba, ya sufriendo malos tratamientos por escasearlas cuanto puede a los enemigos; ora resistiendo

al enemigo con que se le ha solicitado para tomar las armas, ora haciendo novenarios y sufragios públicos por las necesidades y aflicciones de las villas; a veces interesándose por las vidas de los europeos que han ido allí en clase de prisioneros, y a veces manteniendo a éstos en sus propias casas, con el mismo gusto y satisfacción que lo harían al huésped más distinguido.— Esto último, excelentísimo señor, juzgo que es por sí solo bastante para formar la apología de mi pueblo. Más de ciento cincuenta europeos de los que se hallan muchos en libertad y en las ciudades de México, Veracruz y éstas [*sic*], así como en las villas de Jalapa, Córdoba y Orizaba, deben la vida a Coscomatepec, que en unión de su párroco y valiéndose de toda especie de arbitrios, sin omitir ni aun el de la humillación, han recabado de aquellos jefes no sólo que queden en la feligresía, sino que vivan con nosotros, coman a nuestras mesas, estén en nuestras habitaciones, gasten nuestro dinero y hayan logrado algunos, como son Vargas y Cortina (el que actualmente se halla aquí, y de quien puede por lo mismo informarse vuexcelencia) pasaportes de ellos, para pasar a comerciar con las villas con lo mismo que habían adquirido entre nosotros. Yo por mi parte pudiera presentar una multitud de individuos, así de ésta como de la antigua España, que han recobrado por mi mediación e influjo sus bestias, sus esclavos y sus fincas. La velocidad con que he procurado venirme a arrojar a los pies de vuexcelencia no me ha dado lugar a recoger

testimonios de los sujetos particulares a quienes he servido de todos modos, los que presentaré a vueexcelencia a mi regreso, si lo juzga necesario. Me contento con manifestar ahora la esquila del subdelegado de Córdoba, número diez, en que acredita haber yo recogido cuanto vi suyo en poder de los insurgentes, a quienes se me ha encargado por él mismo, como se ve en el número once, les quite [las] mujeres casadas que habían sacado de aquella villa.— Estos procedimientos, excelentísimo señor, y otros innumerables que omito por no interrumpir las graves atenciones de vueexcelencia, reservándolos para un juicio contradictorio, si fuese necesario, me han hecho, así como a mi feligresía, los epítetos de fiel, de leal y de sumamente adherido a la justicia de nuestra santa causa. Así lo pensó siempre el comandante Maza, que dispensó a mi feligresía toda clase de beneficios hasta mediados de julio de dicho año de mil ochocientos doce, en que por última vez estuvo en ella; así lo juzgó el señor coronel don José Antonio de Andrade, a quien merecí entonces me concediese la facultad de indultar, como se ve por su oficio, número doce; así lo han creído siempre los individuos sensatos y honorables de ambas villas, cuya correspondencia me llena de la más lisonjera satisfacción; así lo han certificado hasta el instante de mi venida los respetables documentos que acompañó en legajo separado del señor gobernador militar de ambas villas coronel don José Antonio Andrade, ayuntamiento plenos de una y otra, y venerables párrocos

suyos, incapaces todos de dolo, simulación y mentira.— ¿Qué mucho pues, señor excelentísimo, que yo confiase para cualquier evento en mi inocencia, que hay de admirar en que mi feligresía no temiese a la venida de unas tropas defensoras de la justicia, y para quienes juzgaba tener bien afianzada su conducta, ni que debe celebrarse de una población que esperaba por su manejo las pruebas más auténticas de la protección a que es acreedora? Con todo, como las voces de los estragos que generalmente han hecho las armas del rey, que Dios guarde, en los lugares que ocupado, después que a su despecho han sido habitación de los enemigos, trascienden y se derraman con más velocidad que la que se había menester. Luego que mis feligreses oyeron que una división de trescientos hombres había salido de Orizaba con dirección a Coscomatepec (según dijeron ellos para incendiarlo) mi pueblo se puso en la más precipitada y dolorosa fuga el siete del pasado de este presente año.— Era de ver, excelentísimo señor, a una feligresía siempre leal e infestada con la presente epidemia correr precipitadamente a los montes, conduciendo los hombres semivivos a sepultarlos anticipadamente en lo más espeso de las selvas, por que no acabasen a la fuerza de las voraces llamas. Mi pueblo, que en el espacio de cuatro años ha sido siempre dócil a mi voz, en esta vez cierra sus oídos, y ni mis ruegos, ni mis insinuaciones, ni mis preceptos fueron bastantes a detenerlo. Se sepultó todo en las profundas barrancas, y mi desamparo

y mi dolor me hicieron tomar la pluma a las once de la noche para poner un oficio por medio de un sacerdote que fue el conductor, al señor coronel Andrade, comunicándole mi aflicción. Este hombre, siempre bueno, siempre político y siempre humano, se sirvió contestarme el oficio número trece, bastante para hacer volver a mi dispersa y fugada feligresía, luego que supo su bondadoso contenido.— Pero ¡ojalá excelentísimo [señor] que jamás hubiese llegado éste a mis manos, o a noticia de mis feligreses! ¡Así hubieran éstos permanecido en lo secreto de los montes y yo en su compañía! ¡Y ojalá que ellos y yo hubiésemos perecido a manos de la inclemencia o del hambre, que ser testigos y objetos de las desgracias que voy a significar! Prepare el piadosísimo corazón de vuexcelencia para escuchar la historia más lastimosa, si el dolor me la deja acabar.— Apenas por medio del citado oficio se reunía mi dispersa feligresía, en los días ocho, nueve y diez del pasado mes de abril, cuando a las ocho de la mañana del once se me participa por mis feligreses la aproximación de las tropas de Su Majestad. A esta voz, mi pueblo se reúne, se me presenta, me hace palpable su temor; lo contengo con la repetición de las ideas que tantas veces me han oído en el púlpito, confesionario y conversaciones familiares, sobre la beneficencia de nuestro gobierno; me objetan los atropellamientos de otros lugares, y su incendio; los satisfago del modo que me es posible, y después de una

contienda de más de una hora, les protesto para su tranquilidad que saldré a prevenir las tropas; se serenán y aquietan sobre mi palabra, y en desempeño de ella yo camino a pie en compañía de otro sacerdote a distancia de media legua hasta encontrarme con los defensores de la justa causa.— Excelentísimo señor, ¡quién jamás los hubiera visto! ¡quién se hubiera escondido más allá de las barrancas y profundidades que poco antes habían ocultado a mis feligreses! ¡o quien hubiera sido en esta vez, confundido por Dios, antes que serlo por el comandante, sargento mayor don Antonio Conti! Luego que pude distinguirlo (por venir por camino diverso), comencé a darle voces, y sin embargo de que mandó hacer alto a sus tropas para reconocernos, luego que lo verifiqué apresuraba a nuestro parecer su marcha para no darme lugar a saludarlo; violenté la mía, sin embargo de mi cansancio, y esforcé mi voz continuamente hasta donde pude apurarle por merecerle suspendiese la velocidad de su caballo; mis gritos, unidos a los de los oficiales y soldados de su división, no fueron bastantes a detenerlo, y creo que a no ser por la necesidad que tuvo de aguardar a su tropa en el tránsito de un río, que sólo presentaba paso a pie enjuto para dos o tres hombres, y que yo, por aprovechar los momentos pasé por dentro, no hubiera logrado hablarle hasta haber acabado con mi pueblo.— Le hablé entonces por fin, y a pesar de que me justificaba mi inocencia, y me garantía el citado oficio, número trece, del señor

Andrade, que puse inmediatamente en sus manos, no perdía sin embargo el miedo que me habían hecho concebir mis feligreses, los sucesos de otros pueblos, los insultos de los soldados cuando pasaba por entre ellos, y el ningún aprecio que desde los principios merecí al comandante. Mis temores no fueron infundados, y el éxito los excedió sobre manera. Luego que leyó Conti el referido oficio me lo devolvió con desprecio asegurándome que ni él tenía que ver, o por que sujetarse al señor Andrade, y que éste hombre (bueno para todo el que lo fuese de bien), era tan insurgente como todos, y que sus criminales condescendencias con los pueblos serían castigadas dentro de poco con toda la severidad que tenían merecidas. Permítaseme decir de paso que si el valor y política de este comandante ultrajado se pusiera a prueba, quedarían confundidos muchos que con tan poco ánimo como política amargan los ánimos de los americanos.— Tal contestación me llenó de toda la pena y angustia de que es susceptible el corazón de un párroco que conjeturaba por ella cual podría ser la suerte de su feligresía, mucho más cuando oí de su boca las siguientes expresiones que se grabaron en mi alma y que conservaré escritas en ella para que se lean en el último de los días, y ante el tribunal de la infinita justicia y verdad. Son las siguientes: “No hay remedio padre, la orden que traigo es de pasar a cuchillo en ese pueblo desde el niño tierno hasta el viejo, comenzando por ustedes los sacerdotes, que son los primeros insurgentes, los más

pícaros, los mayores enemigos de Dios, del rey y de la patria. Estoy autorizado para fusilar sacerdotes y clérigos indignos, y dentro de muy breve voy a poner en uso mi comisión.” Estos insultos, agregados a otros muchos y mayores que no refiero por no ofender la piedad y religión de vuestro excelencia dieron facultad a la tropa para que vertiere contra mi persona y estado las más terribles execraciones, hasta [el] punto de llegar a resonar en aquella montañas (que me servirán de testigos en el tremendo tribunal de Dios vivo) que en mi pueblo el mismo San Juan Bautista era un ca... Me arrebató mi dolor, señor excelentísimo, y yo quiero más bien faltar a la promesa que he hecho a mis feligreses de representar hasta la última de mis quejas antes que llegar a ofender los piadosos oídos de vuestro excelencia.— Se agravarían ellos de oír lo que escucharon los míos de boca del mismo comandante y de los subalternos y particulares, cuyos insultos tácitamente aprobó. Baste decir que antes merecí a unos oficiales que acallasen a una división malediciente, que al mismo jefe que la gobernaba. Éste, o no teniendo expresiones más fuertes con que ultrajarme, o queriendo poner la última mano a su temeridad, mandó hacer alto a su división a son de corneta, y con la avanzada armas al hombro, cuando el resto las descansaba y teniéndome situado al frente de ella, hecho que a muchos y a mi especialmente pareció preparativo de mi último suplicio. En esta actitud triste me registró de alto a bajo

fijando sus crueles miradas ya en mí, ya en la misma avanzada, por el espacio de algunos minutos habló en secreto con sus oficiales favoritos, y al fin mandó marchar con toda arrogancia propia de un triunfo.— Lo había conseguido de mi ministerio, dignidad y carácter, ¡ojalá lo hubiese alcanzado de mi vida para no hacerme después espectador del saqueo, atropellamiento e insultos de mi pueblo! Excelentísimo señor, conozco bien hasta qué grado lleno de amargura las piadosas entrañas de vuejcelencia, pero también entiendo que estos males se aumentan de día en día a favor del silencio que guardamos los que deberíamos vaciar nuestros sentimientos en su religioso corazón. Al ver la inflexibilidad del comandante, que no se movía a compasión a pesar de haberle expuesto con la posible brevedad todas las pruebas que justifican nuestra fidelidad y que dejo referidas a vuejcelencia, resistiendo hasta el testimonio de uno de los europeos libertados por nosotros, que venía a mi lado y no se atrevió a contradecir las verdades que dije en su presencia, bien que tampoco las confirmó con su declaración por el miedo terrible de estaba poseído, según me aseguró; después hube de arrodillarme a los pies del caballo del comandante, presentando así un espectáculo doloroso para la religión; y los ángeles del Señor, acaso el de guarda de Conti mudó entonces su corazón, pues sin embargo que no detuvo el curso a su caballo me prometió suspender la ejecución de la sentencia fulminada contra mi pueblo, con tal que yo

impetrase de su coronel orden contraria en el término del día y le presentara en el mismo la contribución de diez mil pesos y mil pares de zapatos para la tropa.— Bajo este seguro entramos en mi pueblo y ninguno de mis feligreses mereció no sólo alguna expresión de política sino ni aun quedar exentos de los ultrajes que acababa de sufrir su humillado párroco; poco antes de llegar supliqué al comandante, para que probase mi inocencia, que preguntase a los primeros sujetos de mi pueblo si era verdad que para aquel día les había prevenido que después de la misa (porque yo aún estaba sin celebrarla) debíamos echar a tierra todos los parapetos destinados a obras públicas y pronta su material [*sic*], y como si nada hubiese oído intimó la terrible orden de que antes de dos horas habían de estar todos por tierra so pena de acabar a fuego con la población, olvidándose enteramente de la palabra que muy poco antes me había dado.— No puede celebrarse debidamente el empeño de todos mis feligreses, sin excepción de las mujeres y niños, que apuraban sus fuerzas por destruirlos antes del término, no obstante que se embarazaban con el culatazo que sufrían en cada piedra o palo que quitaban. Los parapetos vinieron a tierra antes del término señalado, y cuando yo me lisonjeaba de que esta prontitud y obediencia calmase el feroz ánimo del comandante, se me intimó una nueva pena de general incendio si no presentaban rancho para la división, compuesta de seiscientos o más hombres, ni sé si mi

patriotismo o mi miedo me habían obligado a mandar se condujesen unas vacas mamás (cuyas crías estaban en las casas más inmediatas a la mía), las que ya muertas y hechas cuartos presenté a Conti, y como si este fuese otro nuevo insulto, dio orden de acabar con mi pueblo, la que merecí suspendiese protestándole que dentro de una hora aprontaría comida sazónada a su tropa; admitió la propuesta y en compañía de otro sacerdote salí a quitar a mis feligreses la poca prevención que tenían para sí, para sus incontables enfermos. El ver a un afligido párroco arrebatando el alimento a todos sus feligreses y el ver a éstos ocurriendo por sí mismos a mi casa a presentar al comandante, no sólo la comida dispuesta y condimentada, sino aun las porciones de arroz, sal, garbanzo, chile, manteca, frijol, jamón, etc., con que contaban quizá para más de una semana, y esto por huir del incendio con tanto ardor participado por las armas de Su Majestad, es cosa que excede los límites de lo creíble y que no se pinta con los colores de la más viva imaginación.— La pobre mía había totalmente decaído, cuando en mi misma sala y ya que el comandante y oficiales tenían sobrado tiempo para reponerse del calor que inspira una batalla, y más cuando es imaginaria, vi que los últimos instaban vivamente al comandante Conti a que diese fuego a mi pueblo, recordándole la estrecha orden que traía de su jefe y el genio inexorable de éste; entre tanto, el resto de ellos, sonando desconcertadamente una vihuela (que estaba allí por mi desgracia) para

cantar al son de ella con voz más burladora que lúgubre las palabras de fuego y cuchillo que, como si en verdad lo fuesen, devoraban y dividían medio por medio mi alma.— Entre tanto, la tropa (a quien se concedió el uso de sable y bayoneta) se divertía a satisfacción en el más duro y general saqueo de mi consternado pueblo; los soldados, a manera de rabiosos leones, entran en todas las casas sin excepción, desatan sus desvergonzadas lenguas, y con indecible atrevimiento no sólo hacen a los hombres y mujeres presentar cuanto tienen, sino que ellos mismos registran con sus manos las bolsas y senos de todos y todas, quitan relicarios, medallas, pañuelos, mascadas, camisas, zapatos; no se libertan las casas de los eclesiásticos, se les toman caballos, dinero y ropa, de la mía sacan los oficiales siete bestias que había yo recogido para volverlas a sus dueños, y para que escapase mi caballo, indispensable a mi ministerio, es necesario que el cirujano don Antonio Flores⁷ (que estaba allí con aprobación del señor Andrade) sostenga empeñosamente contra el comandante que es suyo y no de mi pertenencia. En una palabra, es tan general el pillaje, se hace tan públicamente que debería creerse que las tropas se habían apoderado no de un pueblo leal, inocente e inerme, sino de un cuartel enemigo. Hasta

⁷ Se trata del cirujano de ejército Antonio Rodríguez y Flores, gallego de origen y vecino de Orizaba, hombre de buena posición en dicha villa, quien había sido enviado por el comandante Andrade para atender la epidemia que padecía Coscomatepec.

unos infelices arrieros que conducían para acá sus algodones (con documentos legítimos según estoy impuesto), son apresados como ladrones, se les maltrata y estropea quitándoles bestias y cargas, y unas y otras, a pesar de la capacidad de la plaza, se encierran en el cementerio de mi iglesia, que con este hecho se convierte en ható y caballeriza.— Con esto y con la muerte de tres inocentes que acaban desgraciadamente, el uno en medio de sus mulas que la víspera había traído de la villa de Córdoba, el otro a la puerta de su casa, de donde le sacaron las tropas, y el tercero a la raya del sol que tomaba, convaleciente de la peste; con esto, digo, se concluyó la triste escena de la mañana, repitiéndose siempre la orden comunicada desde el principio de entregar la cantidad asignada so pena de ser el pueblo indudablemente sacrificado, y este temor y el considerar la situación deplorable a que el saqueo acababa de reducirlo, me consternaron de manera que no fui capaz de observar los innumerables desórdenes de todas especies que después supe se cometieron.— Llegó la noche y con ella el colmo de toda mi tribulación, pues al retirarse el comandante me empeñó su palabra de honor que si al amanecer del día siguiente no le presentaba la cantidad de seis mil pesos (última baja que podía hacerme en fuerza de mis instancias) cumpliría por fin con la terrible orden motivo de su venida. La impresión que hizo en mí tan cruel sentencia sólo pude explicarla con las lágrimas que corrían de mis ojos al avisar a los

sujetos principales de mi pueblo que se había tirado por último el dado fatal de nuestra última suerte. Correspondieron ellos a las tiernas expresiones de mi dolor, desapareciendo de mi vista como ligeras exhalaciones, derramando por todo el vecindario la desgraciada nueva. En el momento, uno u otro particular que en fuerza de su mucho ánimo había quedado dentro del pueblo (porque los demás huyeron al verse atropellados) me presenta lo muy poco que en el saqueo había podido reservar, y una turba copiosa de mujeres viene anegada en lágrimas hacia mí, protestándome ingenuamente que para redimirse del incendio no les queda más que sacrificar; en seguida viene otra multitud que conduce las gallinas y animales domésticos con resolución de conformarse con cualquiera precio en que se les estime para que este sirva a la contribución; luego se deja ver otro considerable número de mujeres que ofrece con gusto las yuntas, vacas y carneros de sus consortes, hijos y padres por evitar su sacrificio; a éstas siguen otras que con el mismo fin franquean sus escasas semillas; no queda alhaja por miserable que parezca que no se presente a mis ojos, yo por último, excelentísimo señor, me postro en presencia del Dios de los Ejércitos y sin más derechos que los que podían prestarme mi inocencia y la de mi pueblo pido pecho por tierra a Su Majestad su divina licencia para tomar las alhajas y plata de su santo templo a trueque de apagar las voraces llamas que mi perturbada imaginación me hacía ver se cebaban

ya en las casas de mi feligresía.— Tal fue la noche, excelentísimo señor, que tuve el once del pasado abril, noche dura y amarga, noche afligida y triste, y noche cuya amargura solamente puede compararse con las penas eternas del abismo. En toda ella colecté la cantidad de dos mil nueve pesos que al amanecer del día doce puse en manos del comandante Conti, cuyo recibo acompañó al número catorce, habiéndole ofrecido para el completo de la cantidad todo lo que antes llevo expuesto y que no se sirvió recibirme.— Determinó su marcha, pero consintiendo antes que una cruel descubierta recogiese todos los caballos y mulas que pudo haber en los campos inmediatos, propias todas de mis pobres feligreses; aunque no todas, pero constan algunas por la lista que acompañó número quince, acabada de venir de mi feligresía; ésta recibió el último golpe de dolor al ver que muchos oficiales se llevaron al tiempo de partir los cubiertos de plata, sábanas y fundas de almohada con que los sirvieron en su alojamiento, y esto con tanta impudencia, excelentísimo señor, que ha habido capitán que en la villa de Orizaba llore la desgracia de no haber podido tomar en Coscomatepec más que dos tenedores y una cuchara en la casa de su hospedaje.— En vista de esto, excelentísimo señor, así por no incurrir en la nota de nimio, como por no estorbar las graves atenciones de vue Excelencia, ¿se podrá en lo de adelante disputar al pueblo de Coscomatepec que se alebreste, esconda y huya de las tropas de Su Majestad para no resentir los

agravios que otra vez ha experimentado? Acaba de ver que no le ha valido su inocencia, que a mi parecer tiene probada y que está pronto a confirmar mucho más, si vue Excelencia lo estima necesario; no ha podido garantizarlo el oficio del señor coronel Andrade que, a mi modo de pensar debió respetarse, así porque es, como jefe más inmediato, testigo casi ocular de sus operaciones, como porque su empleo de gobernador militar de las villas y su distrito, parece que lo autorizan para dar instrucciones a cualquiera comandante que llegue a los términos de su jurisdicción; no han podido salvarlo, en fin, las gestiones y súplicas de su párroco, en quien por último recurso tenía puesta toda su confianza, pues aun cuando éste no mereciese ser oído, debería ser al menos respetado por unas tropas de la religiosa católica España. ¿A quién pues podrá acogerse cuando mire cerca de sí alguna división cuyo comandante le sea desconocido? Los montes en este caso deberán ser el único lugar de su auxilio; cuando, por el contrario, si el jefe del ejército tuviese conocimiento práctico del vecindario, aguardaría tranquilo y confiado en la benignidad del comandante y en su inviolable fidelidad. ¡Ojalá que vue Excelencia llegase a presentarse en aquellos lugares, que a más de reputarse desde entonces por siempre por felices, le erigirían para asentarse un trono de corazones!— El bondadoso y justificado de vue Excelencia no es creíble se pueda negar a los deseos de los nuestros; ello, con ansia, solicitan se borre para siempre la nota de

rebelde con que por siniestros informes se ha tachado a un pueblo que está pronto a probar de cuantos modos se estimen convenientes su fidelidad y adhesión a la justa causa. Y como por consecuencia de este apodo se le han quitado los dos mil nueve pesos recibidos por Conti, y las bestias que su división usurpó, se postra de nuevo a los pies de vuexcelencia con la más profunda humildad para pedir a su generoso corazón la devolución de unos y otros, protestando que el exigir las con tanto empeño es más bien por acreditar a la faz del universo su lealtad, que por miras interesadas.— No me movieron éstas, excelentísimo señor, a pedir al comandante, señor coronel Monduy, el quince del pasado, la devolución de las bestias del pueblo, me animaba sólo el vindicarme de un denigrativo concepto, y aunque entonces tuve el sentimiento de que, a más de no contestarme, se le dijese a Conti (que se hallaba presente) tenía la culpa de aquella representación, por no haber acabado conmigo y con mi pueblo, ahora tengo la dulce confianza de que vuexcelencia no ha de darme tan dura, extraordinaria respuesta. Pido, por último, excelentísimo señor, que esta mi presentación, si pareciese bien a vuexcelencia, suba por su medio hasta las superiores manos del excelentísimo señor virrey y capitán general de esta Nueva España, apoyada sobre aquellos informes que la piedad y justificación de vuexcelencia tuviere a bien dispensarme para vindicar a mi pueblo

de la remarcable opinión con que ha sido tachado, para libertarlo del incendio, aun en el caso que su temor lo ponga en fuga y se pulse en los montes, para que se devuelvan los dos mil nueve pesos y las bestias que se le usurparon, y para que, en fin, se le restituya esta presentación y los demás documentos que le acompañan para su satisfacción y resguardo. — Excelentísimo señor, el pueblo de Coscomatepec no sólo conoce el relevante mérito y singulares prendas de la alta persona de vuexcelencia, sino que ha oído y está acostumbrado a que resuenen sus elogios en boca de los mismos enemigos. Jamás digan ellos que puedo vuexcelencia desentenderse de los clamores de la justicia y verdad, que tanto lugar han tenido siempre en su bondadoso corazón. Coscomatepec, atribulado por el triste concepto que en el día se merece, y expuesto por otra parte a las burlas y befas de unos enemigos a quienes siempre ha resistido, se acoge a la superior protección de vuexcelencia y pone su última suerte en sus piadosas manos.— Por tanto: — A vuexcelencia, humilde y encarecidamente suplica el referido pueblo de Coscomatepec, por medio de su párroco, alcaldes y diputados, se sirva proveer como lleva pedido, que en ello recibirá una extraordinaria merced de su grandeza.— Excelentísimo señor— Antonio Amez y Argüelles— Julián García, alcalde— Manuel Misantla, alcalde— Ángel Fernández de Arévalo— José Manzano— Francisco Millán.

Comentarios y bibliografía sobre la historiografía de Leopold von Ranke

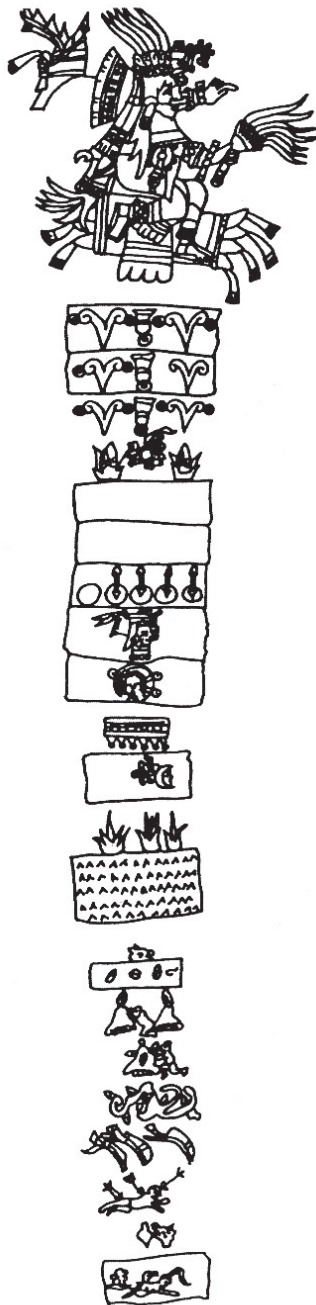
Rebeca Villalobos

Es muy probable que al hablar de clásicos de la historiografía del siglo XIX, uno de los primeros nombres que vienen a nuestra mente sea el del célebre historiador Leopold von Ranke. La maestría contenida en sus trabajos y, sobre todo, la influencia que tuvo en la formación y consolidación de la escuela histórica alemana de mediados de siglo, lo han convertido en uno de los historiadores más citados alrededor de todo el mundo occidental. De hecho, es difícil pensar en un historiador que haya impactado tanto el estudio de la historia en ámbitos tan diversos. Inclusive, se podría decir que otros grandes de la época de oro de la historiografía, como Jules Michelet o Alexis de Tocqueville, no alcanzaron una popularidad tan arrolladora como la de Ranke. Lo anterior no se debe, bajo ninguna circunstancia, a una cuestión de aptitudes, de calidad o de profundidad en el arte de historiar. A ese respecto, Ranke comparte tanto con Michelet y Tocqueville como con Jakob Burckhardt y Theodor Mommsen, entre otros, la gloria de los clásicos.

Sin embargo, la historiografía rankeana conserva, frente a sus semejantes, una peculiaridad: el poder que le dio haber sido vinculada, desde muy pronto, con el modelo de la naciente historiografía moderna. Este último adjetivo, tan controvertido en nuestros días, indica en este caso particular la elaboración de una metodología específica para el estudio de la historia, y también el afianzamiento de su objeto de estudio. En relación con esto, es importante recordar que, cuando Ranke empezaba a figurar de manera importante en el ámbito historiográfico europeo, el estudio de la historia libraba la batalla por convertirse en una disciplina autónoma —independiente tanto de la literatura como de las ciencias naturales— que buscaba incansablemente una nueva legitimación. Hacia mediados de siglo, la idea de que la historia servía ante todo para instruir a los hombres en sus acciones futuras comenzaba a agotarse notablemente; la filosofía, y sobre todo las ciencias naturales, se habían consolidado como formas de pensamiento más certeras y confiables en su compren-

sión de la realidad, ante ellas la vieja historiografía iba perdiendo terreno.

A la luz de esas circunstancias, no es difícil imaginar el por qué del impacto de la obra de Ranke. Cobijada por un respaldo institucional no muy común en la época, pues eran pocos los casos en que las universidades se consolidaban como centros aglutinadores de la actividad intelectual, la historiografía de Ranke prometía la renovación de los estudios históricos bajo premisas muy claras. En primer lugar, respaldada por un método de análisis, se comprometía a llevar a cabo una reconstrucción desinteresada del pasado, ajena a inclinaciones personales o partidistas. Y en segundo, defendía una visión de la historiografía como la única disciplina capaz de entender lo humano en su diversidad y concreción. Bajo estos dos argumentos el modelo rankeano pretendía ganar, para la historia, tanto la autonomía de sus procedimientos —que no tenía que compartir ni contrastar con los de la filosofía, la literatura y las ciencias— como la posibilidad de convertirse en la disciplina idónea

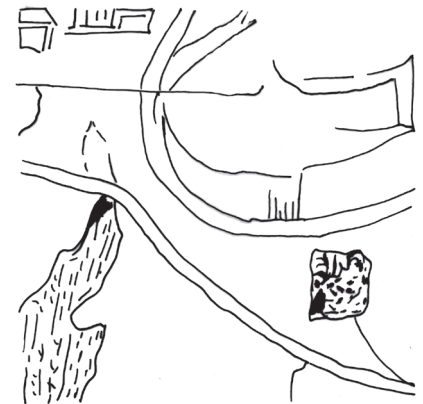


para la comprensión de las cosas humanas.

En ese sentido, es difícil pensar una negativa a semejante oferta, sobre todo a la luz del impulso que comenzaban a tener los estudios historiográficos alrededor del mundo. Como dije antes, Ranke logró rápidamente el reconocimiento en su tierra y sin duda formó parte del importante florecimiento intelectual en Alemania, al lado de figuras tan relevantes como los hermanos Wilhelm y Alexander von Humboldt, Gustav Droysen y el mismo Hegel, por nombrar sólo algunos. Pero lo más importante, por lo menos respecto a la modernización de los estudios históricos, radicó en la difusión que tuvo la obra de Ranke fuera de Europa. Gracias a esa popularidad, su historiografía comenzó a asociarse con corrientes que, en muchos casos, se alejaban considerablemente del ámbito que le dio vida. Rápidamente, la figura de Ranke, que circunscrita a su contexto intelectual estaba más bien identificada con el llamado historicismo historiográfico, comenzó a vincularse también con tendencias científicas como el empirismo y el positivismo, en sus muy diversas presentaciones.

El costo de esta difusión fue, por lo menos desde mi punto de vista, una suerte de pérdida de la esencia historicista del pensamiento de Ranke que, no obstante, dio lugar a interesantes problemas historiográficos. Entre ellos se pueden mencionar los siguientes: la vinculación del historicismo alemán con el paradigma de la historiografía moderna; la asociación entre distintos tipos de científicismo y la historiografía de Ranke, así como la importancia de esta relación en el surgimiento de otras corrientes historiográficas; la definición de nuevos tipos de historicismo en oposición al rankeano; y la crítica a la historiografía tradicional entendida como crítica de la historiografía política.

En virtud de lo anterior, me ha parecido interesante presentar un recuento bibliográfico variado, que represente diversos aspectos de la temática esbozada. Bajo este criterio, se incluyeron tanto obras generales como estudios especializados encuadrados en el ámbito de la historiografía, la teoría y la filosofía de la historia; todos acompañados de un breve comentario acerca de su contenido. Asimismo, se incluyen las fichas bibliográficas de algunas de las obras más importantes de Ranke traducidas al español. Hasta aquí, sólo resta advertir al lector de la dificultad que presenta esta selección, dificultad derivada de la falta de publicaciones especializadas en nuestro idioma. Por esta razón la presente selección contiene, en su mayor parte, obras en lengua inglesa y algunas en italiano, pues son éstas las que ofrecen análisis especializados, ya sea de la obra del propio Ranke, de su impacto en distintos ámbitos académicos, o estudios muy acabados sobre la consolidación del pensamiento histórico moderno. En español se encuentran disponibles, salvo algunas excepciones, trabajos más bien generales o introductorios que, no obstante, son de gran utilidad y de los que también se hace mención.





Antoni, Carlo, *Lo Storicismo*, Roma, Radio Italiana, 1957.

Uno de los estudios más importantes y más completos sobre el historicismo, incluido el historicismo de tipo rankeano.

Antoni, Carlo, *From History to Sociology. The Transition in German Historical Thinking*, London, Merlin Press, 1962.

Es un importante estudio basado en el análisis de la obra de varios autores, historiadores y filósofos, cuyo objetivo es explorar la manera en que fue transitando, en el pensamiento histórico alemán y la historiografía, desde el historicismo hasta la sociología.

Aris, Reinhold, *History of Political Thought in Germany from 1789 to 1815*, London, Frank Cass Publishers, 1965.

Analiza el pensamiento alemán del periodo de la Revolución francesa. Puede resultar un buen antecedente para conocer las condiciones intelectuales en la época de Ranke.



Butterfield, Herbert, *Man on His Past. A Study of Historical Scholarship*, Cambridge, Cambridge University Press, 1969.

Estudia la transición, en terreno alemán, de la historiografía universalista del siglo XVIII a la historiografía rankeana del siglo XIX.

Ciardo, Manlio, *Le quattro epoche dello storicismo*, Bari, G. Laterza, 1947.

Un estudio fundamental para la comprensión de distintos tipos de historicismo, elaborado a través del análisis del pensamiento de autores como Vico, Kant, Hegel y Croce. Vale la pena para introducirse en el complejo tema del historicismo.

Corcuera de Mancera, Sonia, *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX*, México, FCE, 1997.

Se trata de un manual general de historiografía que incluye a algunos de los historiadores y filósofos más representativos de esos siglos. Contiene una semblanza muy depurada y útil de la figura y obra de Ranke.

Croce, Benedetto, *La historia como hazaña de la libertad*, trad. de Enrique Díez-Canedo, México, FCE, 1942.

De este libro es importante tomar en cuenta la sección dedicada al historicismo, consiste en una polémica entablada por Croce con Friedrich Meinecke, particularmente con su obra *El historicismo y su génesis*. La figura de Ranke tiene un papel fundamental en esta discusión.

Dwight E. Lee y Robert N. Beck, "The Meaning of 'Historicism'", en *American Historical Review*, núm. 59, 1953, pp. 568-577.

Esclarecedora discusión sobre el término "historicismo", puede ayudar a la definición del historicismo rankeano.

Engel-Janosi, Friedrich, *The Growth of German Historicism*, Baltimore, John Hopkins Press, 1944.



Muy citado e importante estudio histórico sobre la consolidación del historicismo alemán hacia mediados del siglo XIX.

Fain, Haskell, "History as Science", en *History and Theory*, vol. IX, núm. 2, 1970, pp. 154-173.

El artículo define los principales problemas en torno a la concepción científica de la historia.

Fitzsimons, Matthew A. and Alfred G. Pundt, (eds.), *The Development of Historiography*, Harrisburg, The Stackpole Company 1954.

Importante análisis y descripción del desarrollo de los fundamentos científicos de la historiografía desde el siglo XVIII hasta el siglo XX.

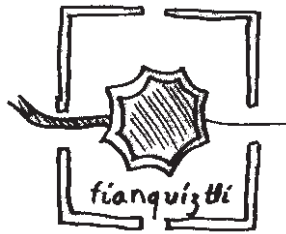
Fueter, Eduard, *Historia de la historiografía moderna*, trad. de Ana María Ripullone, Buenos Aires, Nova, 5 vols., 1953.

Un ya clásico manual de la historiografía de los siglos XVIII al XX. Contiene un buen caudal de información respecto a la historiografía y escuela rankeanas.

Gadamer, Hans Georg, *Verdad y Método I*, trad. de Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito, Salamanca, Sígueme, 1977.

Si bien los objetivos de este estudio superan en mucho la problemática rankeana, contiene una sección, por demás esclarecedora, dedicada al pensamiento histórico de Ranke en relación con el historicismo filosófico de Gustav Droysen y Wilhelm Dilthey.

Gilbert, Felix, *History: Politics or Culture? Reflections on Ranke and*



Burckhardt, Princeton, Princeton University Press, 1990.

Es un trabajo crítico donde el autor analiza los elementos comunes al pensamiento histórico de estos dos historiadores, y su papel en la construcción y consolidación de la historiografía moderna.

Gooch, Georg Peabody, *Historia e historiadores del siglo XIX*, versión española de Ernestina de Champourcin y Ramón Iglesia, México, FCE, 1942.

Este es otro manual clásico de historiografía, en el que la figura de Ranke está vinculada al desarrollo de la historiografía política.

Guilland, Antoine, *Modern Germany and Her Historians*, London, Mc-Bride, 1915.

Analiza el tratamiento de la historiografía en Alemania, enfatizando el papel del romanticismo y de la escuela prusiana.

Herkless, J.L., "Meinecke and the Ranke-Burckhardt Problem", en *History and Theory*, vol. IX, núm. 3, 1970, pp. 290-321.

Interesante reflexión de la inclinación política de la historiografía de Ranke frente a la propuesta de historia cultural de Jacob Burckhardt.

Hughes, H. Stuart, *Consciousness and Society. The Reorientation of European Social Thought 1890-1930*, London, Macgibbon & Kee, 1959.

Un excelente estudio de sociología del conocimiento dedicado a analizar los vínculos entre diversos intelectuales y corrientes en el pe-

riodo citado. Contiene algunas menciones muy esclarecedoras de la relación entre el historicismo alemán y algunos planteamientos empiristas y positivistas.

Iggers, Georg G., *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*, New York, Wesleyan University, 1968.

Georg Iggers es uno de los historiadores que más ha trabajado la figura de Ranke desde diferentes perspectivas, aunque privilegiando el estudio de su propio contexto intelectual. De entre su vasta producción, la obra aquí citada es una de las más importantes. Estudia el desarrollo del pensamiento alemán desde Herder, tomando en cuenta aspectos históricos tanto como historiográficos. Incluye un trabajo muy depurado de la obra de Ranke.



_____, "The Image of Ranke in American and German Historical Thought", en *History and Theory*, vol. II, núm.1, 1962, pp.17-41.

Estudio especializado del impacto de la obra de Ranke en la historiografía estadounidense.

_____, "The Decline of the Classical National Tradition of German Historiography", en *History and Theory*, vol. VI, núm. 3, 1967, pp. 382-413.

Analiza las causas y condiciones bajo las cuales la tradición intelectual a que pertenece Ranke perdió legitimidad frente a las nuevas concepciones historiográficas.

_____, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, presentación, adaptación y revisión de Fernando Sánchez Marcos, trad. de Clemens Bieg, Barcelona, Idea Books (Idea Universitaria), 1998.

Panorama general de los estudios históricos en el siglo XX. Contiene un análisis muy esclarecedor de los cuestionamientos hechos al historicismo alemán del siglo XIX a la luz de las problemáticas surgidas en el ámbito historiográfico, ya entrado el siglo XX.

Iggers, Georg G., et. al., *Leopold von Ranke and the Shaping of the Historical Discipline*, edited by Georg G. Iggers and James M. Powell, New York, Syracuse University Press, 1990.

Incluye una amplia gama de estudios sobre la difusión de la historiografía rankeana y su impacto en el desarrollo de la historiografía académica. Es un excelente muestrario de la variedad de temáticas involucradas en el estudio de la figura de Ranke.

Ímaz, Eugenio, "Puntos y comas sobre el historicismo", en *El pensamiento de Dilthey*, México, FCE, 1978.

Hace importantes comentarios sobre las diferencias y/o correspondencias entre el historicismo diltheyano y otras corrientes historicistas, tomando en cuenta el historicismo historiográfico de Ranke.

Koslowski, Peter (ed.), *The Discovery of Historicity in German Idealism And Historism*, Berlin, Springer, 2005.



Un muy interesante análisis sobre el desarrollo del historicismo y el idealismo en Alemania, a través de sus principales exponentes. Resulta increíblemente útil por el vínculo que establece entre el idealismo filosófico y el historicismo rankeano.

Laue, Theodor von, *Leopold von Ranke, The Formative Years*, New York, Princeton, 1950.

Interesante estudio sobre el pensamiento histórico de Ranke en sus primeros años como historiador.

Matute, Álvaro, *El historicismo en México. Historia y antología*, México, UNAM (Paideia), 2002.

El excelente estudio introductorio permite esclarecer las diferencias entre distintos tipos de historicismo, uno de los cuales se relaciona estrechamente con la obra de Ranke.

Meinecke, Friedrich, *El historicismo y su génesis*, trad. de José Mingarro y Tomas Muñoz Molina, México, FCE, 1943.

Uno de los grandes clásicos del historicismo, contiene un apéndice dedicado a la figura de Ranke, donde se relaciona su obra histórica con el pensamiento de Goethe y Herder. Es una de las semblanzas más acabadas de la figura de Ranke y de su importancia en la consolidación del historicismo alemán.

Nicol, Eduardo, *Historicismo y existencialismo*, México, FCE, 1950.

Aunque más bien dedicado al historicismo filosófico, este libro, ya clásico en nuestro ámbito, puede servir como punto de comparación



y análisis con el pensamiento histórico de Ranke.

Novick, Peter, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, vol. 1, trad. de Gertrudis Payas e Isabel Vericat, México, Instituto Mora, 1997.

Uno de los análisis más agudos sobre historiografía norteamericana. Abarca también el problema derivado de la peculiar interpretación de los principios del método rankeano que hicieron los historiadores norteamericanos de finales del siglo XIX.

O’Gorman, Edmundo, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, UNAM, 1947.

La crítica hecha a la llamada historiografía tradicional, en este agudo análisis de la problemática histórica, gira entorno a la personificación de Ranke como estandarte de los vicios de la historiografía moderna. Si bien, a la luz de otros estudios, la interpretación de O’Gorman adolece de a veces muy forzadas generalizaciones, aborda aspectos muy importantes, y aún vigentes, que cuestionan de manera importante los fundamentos de la historiografía con aspiraciones científicas.

Ortega y Medina, Juan A., *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana. (Guillermo de Humboldt-Leopold Ranke)*, México, UNAM, 1980.

Es una selección de fragmentos de las obras del filósofo y el historiador alemanes, acompañada de uno de los pocos estudios en nuestro idio-

ma dedicado a los fundamentos de la historiografía germana de mediados del siglo XIX. Incorpora la interpretación de O’Gorman sobre Ranke y profundiza en sus planteamientos, aunque también adolece de sus mismas limitaciones.

Pflug, Günter, “The Development of Historical Method in the Eighteenth Century”, en *History and Theory*, vol. X, núm. 4, 1971, pp. 1-23.

Dedicado al análisis del desarrollo del método histórico de crítica de fuentes, este libro puede resultar sumamente útil para entender las bases del método rankeano y relativizar sus aportaciones en ese terreno.

Ranke, Leopold von, *Pueblos y Estados en la época moderna*, trad. de Wenceslao Roces, México, FCE, 1979.

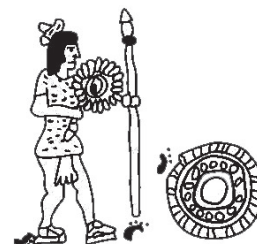
Una antología bastante representativa de la producción historiográfica rankeana.

_____, *Historia de los papas en la época moderna*, trad. de Eugenio Ímaz, México, FCE, 1943.

Publicada entre 1834 y 1836, es probablemente la obra más difundida de este historiador. A juicio de muchos críticos fue con la que consolidó su prestigio historiográfico.

_____, *La monarquía española de los siglos XVI y XVII*, trad. de Manuel Pedroso, México, Editorial Leyenda, 1946.

Muy poco conocido en nuestro ámbito, es un texto importante dentro de la producción historiográfica de Ranke, aun cuando es sólo una par-



- te del libro titulado *Los otomanos y la monarquía española en los siglos XVI y XVII* (1877). A su vez, este último fue concebido como el primero de una serie de trabajos bajo el título general de *Príncipes y pueblos de la Europa del Sur*.
- _____, *Grandes figuras de la historia. Una antología*, pról. y trad. de Wenceslao Roces, México, Biografías Ganesa, 1954.
- Antología de algunos fragmentos provenientes de diversos textos de la obra de Ranke, dedicados a la semblanza de importantes personajes históricos. Vale la pena, también, la lectura de la nota introductoria.
- Ricoeur, Paul, *La memoria, la historia, el olvido*, trad. de Agustín Neira, Madrid, Trotta, 2003.
- Al igual que la obra de Gadamer, este libro abarca problemáticas mucho más amplias que las aquí citadas. No obstante, el capítulo tres de la segunda parte, “La representación historiadora”, contiene reflexiones por demás interesantes sobre el estatuto epistemológico y ontológico de la historiografía de Ranke.
- Ritter, H., *Dictionary of Concepts in History*, New York, Greenwood Press, 1986.
- Un muy completo diccionario de términos y conceptos históricos. Vale la pena revisar la ficha titulada “Historicism, Historism”, que se refiere a los distintos términos con que se ha caracterizado tanto al historicismo filosófico como al historiográfico.
- Rossi, Pietro, *Lo storicismo tedesco contemporaneo*, Turín, Einaudi, 1956.
- Uno de los grandes estudios sobre el historicismo que analiza a profundidad el desarrollo y naturaleza del historicismo alemán.
- Rusen, Jorn, *History: Narration, Interpretation, Orientation: vol 5*, New York, Berghahn Books, 2005.
- Un muy reciente estudio sobre algunos de los más relevantes problemas en el ámbito de la teoría de la historia contemporánea. En relación con la figura de Ranke, véase el capítulo tercero de la primera sección, “Rethoric and Aesthetics of History: Leopold von Ranke”.
- Sterling, Richard W., *Ethics in a World of Power*, Princeton, 1958.
- Es un estudio sobre la teoría histórica de Meinecke en relación con sus ideas políticas. Es relevante en este ámbito debido a que la visión histórica de Meinecke es una especie de reactualización del historicismo rankeano.
- Trejo, Evelia, “La objetividad, quimera de la historia”, en *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, núm. 55, mayo-agosto, 1999.
- Análisis del concepto de objetividad en el desarrollo de la historiografía y el pensamiento histórico modernos.
- Unger, Rudolf, “The Problem of Historical Objectivity. A Sketch of Its Development to the Time of Hegel”, en *History and Theory*, vol. X, núm. 4, 1971, pp. 60-86.
- Interesante estudio filosófico respecto a la problemática de la objetividad en el conocimiento histórico. Aunque no trata de modo directo la figura de Ranke, el tema es sumamente relevante para entender los problemas derivados de las aspiraciones de verdad y certeza en su concepción histórica.
- Villalobos Álvarez, Rebeca, “El historicismo vitalista frente al historicismo clásico: Meinecke, Croce y O’Gorman”, tesis de licenciatura, UNAM-FFyL, Colegio de Historia, México, 2005.
- En esta tesis analizo la manera en que el historicismo se fue diversificando en relación, o en oposición, con el pensamiento histórico de Ranke, representativo aquí del historicismo clásico alemán.
- Wagner, Fritz, *La Ciencia de la Historia*, trad. de Juan Brom, México, UNAM, 1958.
- Incluye fragmentos de la obra de Ranke, poco citados en nuestro contexto, que revelan un aspecto muy peculiar de su pensamiento histórico. Vale la pena retomar también los comentarios hechos por el compilador.
- Westfall Thompson, James, *A History of Historical Writing*, New York, Macmillan, 2 vols., 1942.
- Un interesante y completo estudio sobre el desarrollo de la historiografía moderna, tomando en cuenta el impacto de la figura de Ranke.
- White, Hayden, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, trad. de Stella Mastrangelo, México, FCE, 1992.
- Sin duda el primer estudio sistemático de la narrativa historiográfica del siglo XIX. Incluye uno de los mejores análisis narratológicos que hay, hasta nuestros días, de la obra de Ranke.
- Zermeño Padilla, Guillermo, “Sobre las huellas de Ranke”, en *Historia y Grafía*, México, UIA, núm. 15, 2000, pp. 11-48.
- Es el primer estudio sistemático, hecho por un mexicano, sobre el impacto de la obra de Ranke en la historiografía moderna.
- _____, *La cultura moderna de la Historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México, 2002.
- Es una ampliación del estudio antes citado, cuya novedad es la inclusión de un análisis acerca del impacto de la escuela rankeana en la historiografía mexicana.



Estimado... Sr. presidente Benito Juárez

Julia Tuñón

Patricia Galeana, *La correspondencia entre Benito Juárez y Margarita Maza*, México, Secretaría de Cultura del Gobierno del Distrito Federal/ Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2006.

Acaba de salir a las librerías *La correspondencia entre Benito Juárez y Margarita Maza*, compilada por Patricia Galeana, y la lectura de un material tan rico y sugerente trae otra vez a discusión algunos temas importantes para nuestra historia.

Se trata de una antología de textos precedida por una introducción, pero quiero hacer notar que el título es injusto, porque no únicamente se trata de correspondencia, sino que hay documentos diversos: oraciones fúnebres, documentos legales, el juicio de intestado y otros que dan cuenta de aspectos de interés que desbordan la relación de la pareja. Es importante mencionar aquí —lo hace cumplidamente Galeana en el libro— que gran parte de este material es tomado del texto de Jorge L. Tamayo: *Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia* (México, Libros de México,

1972). También debe decirse que en 1972 Ángeles Mendieta Alatorre editó un texto similar, con cartas y documentos diversos —muchos coincidentes con el que ahora nos ocupa— que no se mencionan, intitulado *Margarita Maza de Juárez. Epistolario, antología, iconografía y efemérides*, editado por la Comisión Nacional para la Conmemoración del Centenario del Fallecimiento de Don Benito Juárez.

Decía atrás que la selección que ahora nos ocupa remite a algunas preocupaciones de los historiadores, pues trata de la esfera privada de los personajes a los que alude, atañe a la relación entre el Benemérito de las Américas y su esposa, y esto nos abre una ventana a la vida privada del calificado como “el impasible”, el que asociamos con los monumentos de bronce, el granítico, coherente, incansable... presidente de la república en un largo periodo que fue, además, clave para la nación. Es un gusto acceder a otra faceta de este personaje medular de la historia mexicana.

Una maldición china condena al odiado a “que viva tiempos interesantes”... Efectivamente, las partes blandas y sensibles de los seres humanos suelen sufrir de manera nota-

ble durante “los tiempos interesantes”, y el siglo XIX mexicano lo fue en demasía. Los documentos aquí rescatados nos recuerdan el dolor de haber sido protagonistas de una historia “interesante”, mas con egoísmo notable agradecemos que haya existido un Juárez, porque —parafraseando lo que dice el danzón—, ¿cómo nos hubiera ido sin él?

Al pensar en Juárez pienso en muchos de los que conformaban su gabinete, como Melchor Ocampo, Ignacio Ramírez, Miguel Lerdo de Tejada, Guillermo Prieto e Ignacio Manuel Altamirano, entre otros que implantaron una serie de leyes medulares para el progreso de nuestro país. ¿Qué sería de nosotros sin la separación Iglesia-Estado? ¿Qué sería sin la preeminencia de las leyes, que establecen la igualdad legal de los seres humanos? Ciertamente, la diferencia entre dicho y hecho es importante, pero la simple acción de nombrar ciertas cosas es medular: sólo lo que se nombra puede concebirse y estos recursos legales son la base legal de la modernidad. Juárez es una figura tutelar de nuestra historia, y textos como el que nos ocupa permiten verlo desde otra atalaya.

Hace cuarenta años, más o menos, que Josefina Vázquez Vera, profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, llegó a la clase de los novatos con la novedad, recién sacadita del horno, olorosa a pan fresco, de la importancia de la correspondencia, los epistolarios y los libros de memorias. Hablaba con embeleso de las posibilidades que abrirían estas fuentes para la historia. Sus palabras fueron proféticas: sin pausa y sin prisa la historia privada fue asomándose en aquella disciplina que atendía a los hechos públicos, políticos, lo cual hacía con solemnidad, y muchas veces arrogancia. El lector se sentía muy lejos de aquellos personajes de bronce que no dudaban, tenían las cosas claras y decían siempre frases imponentes. ¿Cómo identificarse con ellos? El desarrollo de la historia privada permitió la secreta, la íntima; se legitimaron temas y se abrieron preguntas, se escarbó en documentos diversos, antes inconcebibles.

La historia ha cambiado de manera fundamental en los últimos años, lo que muchos agradecemos. Gracias a estos conceptos hoy se divulgan colecciones como ésta, que nos traen a un Juárez coqueto, dizque preocupado porque va a cumplir sesenta años, que busca y agradece que sus seres queridos le envíen un retrato, algo complicado entonces, pero que —declara— le da mucho consuelo. Margarita se alegra de verlo más “gordo”, porque para ella es señal de que está sano. Juárez consuela con cariño a su mujer por su dolor ante la muerte de los hijos. Los textos nos traen a una Margarita Maza enamorada tiernamente de su marido, perspicaz y aguda en sus observaciones políticas: quítame a esa “percha de inútiles”, le solicita una mujer que ha aprendido a comprender el estilo firme y modesto de su cónyuge. Una Margarita que se siente culpable por

la muerte de sus hijos y expresa su sentimiento de manera conmovedora, porque nos permite acceder a un ser parecido a cualquiera de nosotros. En ciertas partes se experimenta una culpable falta de pudor, surge la pregunta que a veces atosiga al historiador de las vidas privadas: ¿cómo enterarme de lo que estas personas sienten o piensan? Ellos no imaginaron siquiera que serían mirados por extraños, y el lector se siente un *voyeur* que atisba sin recato las vidas ajenas.

También es notable la manera en que la correspondencia nos hace evidente ciertas formas de hablar y pautas de vocabulario: la pareja, que claramente se ama, se dirige uno al otro como “estimado”. ¿A qué hora este término se convirtió en algo típico de la formalidad y la burocracia? Para expresar el estado de salud dicen “estar bueno o buena”, ¿a que hora eso se convirtió en albur? ¿Cuándo lo hizo el verbo “coger”?; pues no lo era entonces... Es también conmovedor ver el lenguaje popular: Margarita habla de Juárez como su “viejo”, y dice que perengano es “una mula”. Más allá del lenguaje solemne de los actos públicos, los protagonistas aparecen comunicándose en términos entonces de uso común. Sabemos que en esa época el analfabetismo era notable, mayor aún en las mujeres, y sin embargo vemos una escritura pulcra, sin faltas de ortografía, con un léxico amplio y lleno de matices.

También surge en la reflexión la manera en que han cambiado los medios de comunicación con el internet. Las dificultades que enfrentó la pareja para escribirse eran enormes, los plazos de entrega de las cartas largos, y probablemente esto daba también un sentido de la duración mayor, una pervivencia más larga de afectos y solicitudes.

Como en toda correspondencia, las cosas “importantes” se alternan

con las superfluas: Juárez se percató de que olvidó unos cepillos de ropa y ella le pide la medida de cuello de sus camisas, porque supone que su ropa está gastada y quiere renovarla; lamenta que la prensa refiera que ella lucía muy ataviada en una recepción y le explica a su marido que no era así: llevaba apenas aquel vestido que él le compró, dos brillantitos en las orejas, “no lo creas” —previene, conociendo la mezquindad del medio—, no vayan a agarrarse de esto para calumniarte.

Otra parte medular del texto son los documentos al respecto de Margarita cuando la república ha sido restaurada y las oraciones fúnebres dadas a su muerte. Cuando la señora llega a Veracruz en 1867, para reintegrarse a su papel de primera dama, la reseña marca que el pueblo la

[...] aclamaba como la verdadera madre del pueblo, como la verdadera matrona de México, como la digna esposa del jefe supremo de la nación [...] en un tiempo no muy lejano habían sido profanadas nuestras calles por los gritos de unos cuantos parásitos y de unos esbirros asalariados que aclamaban a una extranjera [...así que ahora] parecía una solemne purificación que recibía nuestra ciudad natal con el tránsito por sus calles y plazas de verdaderos mexicanos, de la compañera de nuestros infortunios.

Aparecen de manera medular el término “matrona” y el recuento de las virtudes maternas, que son significativas de una moral social y de un imaginario respecto a las mujeres. A su muerte éste será el tono fundamental, e incluso en las notas de los liberales destacan adjetivos que remiten a una tradición añeja. Véase si no: “virtuosa, apreciable, matrona, resignada fuerza, ángel del hogar”;

“modesta y afable especialmente con los pobres”. Se destaca el hecho de que Margarita nunca se inmiscuyó en los asuntos de su marido ni tuvo “la más insignificante ingerencia en negocios del gobierno”, el que “su vida fue enteramente doméstica y la sociedad de México no ha tenido que criticar ni su lujo ni su influencia, ni aún siquiera sus maneras”. Las cualidades que se exaltan son predominantemente las maternas: “los desgraciados han perdido a una madre”; su virtud es llamada por Guillermo Prieto “joya de tu sexo, blanca azucena de tu hogar”, “digna y santa matrona”, y para exaltarla habla de “la santa madre de familia”. Juan A Mateos, que critica a la Iglesia porque no permitió los honores a la difunta, se refiere a ella como “mártir” “heroína de la Biblia”, y a su muerte la familia lamenta “en religioso recogimiento una pérdida irreparable”. Margarita es, al decir de Ignacio Manuel Altamirano: “la personificación de las virtudes cristianas y de las virtudes patrióticas en la mujer”, la “santa mujer republicana”.

Es notable la preeminencia de un vocabulario religioso para referirse a lo que sucede en un contexto secular, que la pareja respetó en cuanto fue establecido. Se trata de situaciones que hacen claro que una cosa es la Iglesia y otra la religión, y que no

se debe confundirlas; pero además muestra que ante las cosas del dolor, el ánimo sólo puede nombrarlas de acuerdo con la tradición. Así pasa con la definitiva: la muerte. El punto sugiere no sólo que en lo privado las inercias de la mentalidad se mantenían, sino también la ausencia de palabras que den cuenta de la muerte y de las necesidades de salvación, palabras que no se improvisan. Ante la muerte el espíritu religioso campea y la idea de La Mujer como avanzada de la inercia, valga la paradoja, recupera sus fueros: se valora la virtud, la entrega a otros, la resignación. En temas del género los cambios de mentalidad siguen un ritmo moroso, casi insoportable. Cuando a la cuestión femenina se agrega el dolor de la muerte, sólo puede nombrarse con el vocabulario tradicional.

Si en la correspondencia accedíamos a la mujer de carne y hueso, valiente, asertiva, luchadora, dueña de un saludable sentido común y sentido del humor, en las oraciones que se refieren a ella lo que vemos es a La Mujer, con mayúsculas, el modelo abstracto, la que expresa la norma a la que deben adecuarse las mujeres del cada día, las concretas, como lo fue Margarita Maza de Juárez. Ciertamente ella participaba de los valores de su tiempo, pero era

de verdad, de carne, no un modelo abstracto e ideal. Las odas, sin embargo, la convierten en un icono: Prieto escribe:

[...] las mujeres como tú no tienen historia [...] como no tiene historia la limpia mirada que se dilata abrazando silenciosa el firmamento [...] Existencias como la tuya no tienen historia [...] en esa perspicacia sin pretensiones del talento que procura la felicidad del hogar [...] allí está la historia de tu vida entera.

Mucha agua habría y habrá de correr bajo el puente. Afortunadamente. Ahora una de nuestras luchas es dar existencia a las mujeres, para eso nos importa rescatar su historia.

Toda colección de documentos es muy sugerente. Nos hace ver desde otra atalaya a los héroes de bronce, que de pronto irrespiran! idudan! ise duelen de algo! Pero también nos hace ver las inercias y continuidades de las mentalidades, la fuerza de los imaginarios y de los modelos morales y nos ayuda a salir de esa historia que solamente atiende los cambios. Me permito sugerir que este libro se lea junto con *Apuntes para mis hijos*, que escribió el propio Benito Juárez.



Francia en el periodo 1900-1914

Roberto Hernández

Michel Winock, *La Belle Époque. La France de 1900 a 1914*, París, Perrin, 2002-2003

El periodo que precede a la Primera Guerra Mundial, de 1900 a 1914, representa para Francia, o más bien para la tradición y la historia romántica de este país, una *Belle Époque*, tiempo de prosperidad económica, expansión colonialista, pujanza financiera, desarrollo de la aviación y nacimiento del cinematógrafo. Para algunos, este periodo de inigualable esplendor está representado emblemáticamente por la Exposición Universal de París, donde 50 000 visitantes se dieron cita para admirar los avances alcanzados durante casi un siglo de desarrollo universal. Época de oro para la cultura y las bellas artes francesas, notablemente en el caso de París, fue también escenario de diferentes expresiones y movimientos políticos, filosóficos, religiosos, ideológicos y literarios.

Los rasgos más sobresalientes de esta nostálgica etapa son destacados por Michel Winock, *La Belle Époque. La France de 1900 a 1914*. Para este autor francés, sin embargo, los aspectos centrales del periodo no se limitan a la distinción y el orgullo, pues hubo profundas contradicciones sociales, desempleo y pobreza, duras condiciones de vida obrera y campesina, contradicciones políticas, atraso en algunas ramas industriales, y un difícil ambiente de pre-

guerra. El especialista confronta las dos visiones opuestas sobre el periodo: la perspectiva nostálgica de los sobrevivientes de la guerra, que embellecen todo lo sucedido en la etapa que precedió a la primera conflagración mundial; y el cliché opuesto, enarbolado por quienes hacen de aquélla una era sombría y plagada de miserias de todo género. Frente a tales posiciones, Winock, opta por el análisis histórico, buscando rescatar los diversos aspectos de una realidad social muy compleja. Examina la economía francesa y su posición en la economía internacional; la sociedad; las familias religiosas y políticas, y las culturas. Intenta alcanzar una síntesis de la realidad social, y mostrar, como se indica en la cuarta de forros, “la auténtica unidad de esta época”.

La obra destaca los elementos positivos y negativos de la economía francesa. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, Francia era la segunda potencia financiera del mundo, superada sólo por Inglaterra; la segunda potencia colonialista y la cuarta en el comercio del planeta. La Bolsa de París rivalizaba con las de Londres y Berlín. El capital financiero francés desempeñaba un papel de primer orden en los mercados financieros internacionales, y en las inversiones industriales de varios continentes. Como potencia colonialista, Francia desarrolló una estrategia sin precedentes y aumentó sus posesiones, durante el periodo de 1900 a 1914, de uno a once millones de kilómetros cuadrados. Cochinchina

y Camboya, Madagascar, Senegal, Guinea, Túnez y Marruecos se incorporaron al vasto imperio galo. En el aspecto comercial, empero, el país perdió terreno en las últimas décadas, pasando del segundo al cuarto rango, detrás de Inglaterra, Estados Unidos y Alemania. Las causas de este repliegue han sido discutidas por algunos especialistas.

Pese a todo, la industria del país no estaba tan mal. El crecimiento de la producción industrial francesa, que entre 1870 y 1896, mostró un ritmo de crecimiento de 1.6 por ciento; entre 1896 y 1913 alcanzó una media anual de 2.4 por ciento. En vísperas de la guerra, Francia ocupa el primer sitio en la exportación mundial de automóviles. A principios del siglo XX las industrias de punta: acero, carbón, metalurgia, electricidad, textil y la producción automotriz, conocieron un gran desarrollo. Sin embargo, el grueso de esta planta industrial se concentraba en París y su área cercana, mientras otras regiones seguían siendo eminentemente rurales.

Por cierto, las cosas no estaban nada bien para la mayoría de campesinos. Alrededor de 22 millones de franceses estaban repartidos en 35 000 comunidades rurales, y aun cuando la agricultura era la actividad con más trabajadores empleados, estaba muy lejos de ser la primera en ingresos. La dimensión de las explotaciones agrarias muestra una gran desigualdad, pues si el minifundio —cultivos de una a diez hectáreas— representaba 85 por ciento de la tierra cultiva-

ble del país, sólo 25 por ciento de ellas estaban cultivadas. El pequeño agricultor era realmente pobre y técnicamente atrasado; y el aparcerero a menudo tenía que aceptar contratos leoninos. Los asalariados rurales, alrededor de 1.7 millones de personas, enfrentaban condiciones duras de vida y salarios muy modestos. A pesar de la mecanización de la agricultura, los campesinos trabajaban alrededor de 11 horas en invierno y 14 en verano.

La condición del obrero industrial no era muy diferente. En 1914 la población obrera industrial de Francia estaba formada por más de 4.5 millones de individuos. Los salarios que percibía este sector eran más elevados que los del proletariado rural: algunos ganaban hasta veinte francos al día (once, tratándose de mujeres), pero el costo de la vida en el medio urbano, siempre en alza, comprimía su nivel de vida. La vivienda obrera era mala, antihigiénica, sobre todo en París. La condición de la mujer obrera era aún peor, pues percibía salarios irrisorios a cambio de jornadas de trabajo duras y largas, en condiciones poco higiénicas, sometida a presiones psicológicas y a una nutrición mediocre. Víctimas de estos males y de la tuberculosis, las obreras textiles estaban condenadas a una muerte prematura. La dureza de la condición obrera y el alto costo de la vida explican las sonadas huelgas obreras ocurridas en Francia a comienzos del siglo XX. Algunas fueron reprimidas violentamente por el Estado.

Al describir a la sociedad francesa, Winock destaca también algunos fenómenos sociales negativos, como la prostitución, la criminalidad, la mortalidad y el suicidio, cuyo mayor número correspondía a los sectores populares. A principios del siglo XX hubo en el país un creciente número de suicidios, asesinatos y numerosos casos de aborto e infanticidio; también surgieron nuevas formas de cri-

minalidad, como la que se efectuaba desde los automóviles, y las expresiones violentas del sindicalismo anarquista. Entre 1901 y 1913 el número de asesinatos violentos subió constantemente, en un ambiente degradado por el creciente alcoholismo y otros problemas sociales. Los crímenes cometidos por las mujeres, aunque menores en número, eran igualmente graves, especialmente el infanticidio y la desfiguración de los rostros con ácido sulfúrico. Pese a todo, algunos observadores aseguran que la violencia de esta época “bella “ fue menor que la de épocas anteriores.

La información que hemos suministrado en líneas anteriores revela el lado oscuro y triste del periodo. La *Belle Époque* francesa no fue, pues, ajena al drama de la pobreza, ni al diario acontecer del trabajador, ni a la vida criminal. “Bella época” ¿para quien, pues?, ¿para el burgués?, ¿para el político?, ¿para el artista? Veamos.

Al describir a la burguesía francesa de 1900-1914, Winock hace un recuento de sus condiciones de vida y jerarquías. La división que hace entre gran burguesía, buena burguesía, mediana burguesía y burguesía popular es discutible, como también lo es su concepto de burgués, atribuyendo a éste un rasgo fundamental: la “distinción”, atributo que se opone a lo común. Distingue, empero, entre la burguesía dominante y otros grupos burgueses. La primera estaba formada por un pequeño grupo social muy encumbrado, cuyo poder era tal que podía por sí sola controlar el poder político y decidir los destinos de la nación. A la cabeza de este grupo se encontraban poderosos financieros como Gustavo y Alfonso Rothschild, Louis Renault y Marius Berliet, dueños de inmensas fortunas.

El burgués de la “Belle Époque”, en general, se distingue del resto de

la sociedad por su vestuario sofisticado, sus estrictas normas morales y costumbres cotidianas, la educación, el libre pensamiento entre los hombres, la religiosidad y la piedad entre las mujeres, y por el matrimonio y la familia. Los placeres tenían, empero, una jerarquía: sólo los miembros de la fracción dominante podían practicar deportes caros como el tenis, la bicicleta, el golf, el esgrima, la natación y tener una casa de campo junto al mar. En cambio, las capas pequeñas de la burguesía no conocían una situación floreciente. Según datos del año 1911, 48 por ciento de los pequeños comerciantes parisinos experimentaban un proceso de empobrecimiento o un débil enriquecimiento.

Winock describe también del papel histórico de las “familias religiosas y políticas”: el catolicismo francés, los grupos protestantes, el judaísmo, y las principales corrientes políticas, sindicalistas y nacionalistas de Francia. En lo religioso, la época testimonia la secularización y la des-cristianización de la sociedad francesa, el debilitamiento relativo de la Iglesia católica, acusada de estar contra la modernización de la sociedad, y la emergencia de las confesiones protestantes. En lo político, fue un periodo de fervor republicano donde se enseñoreó el espíritu de la Tercera República, con su emblema de “orden y progreso” y sus fundamentos positivistas y kantianos. Como nunca antes, el ambiente político e ideológico se abrió con libertad: se promovió el libre pensamiento, la libertad de prensa y la emergencia de nuevas corrientes políticas. Progresistas, izquierdistas, radicales y moderados, anarquistas, socialistas y sindicalistas, subieron al escenario electoral, o se confrontaron en la calle o en cualquier tablero de la lucha por el poder. Cuando estalló el escándalo por el caso Dreyfus (oficial de origen judío, acusado injustamente de

traición, sin más pruebas que su mera condición), la sociedad se dividió y las posiciones políticas se confrontaron. Winock emplea con frecuencia los términos “dreyfusano” y “anti-dreyfusano” para señalar las posiciones asumidas por los políticos en torno al asunto. Sin embargo, concede una importancia desmedida a la polémica cuando acude recurrentemente a tal división, y cuando habla de un movimiento nacionalista “que nace y se desarrolla durante el *affaire Dreyfus*”. En realidad esta tesis es contradictoria, pues el mismo autor reconoce que las expresiones nacionalistas en la Francia de la “Belle Époque” tenían hondas raíces históricas (incluyendo aquella nutrida de ideología antisemita), y objetivos muy diversos, y en consecuencia no pueden ser explicados por la coyuntura, aunque el caso Dreyfus —es menester reconocerlo— fue una gran oportunidad para expresarse.

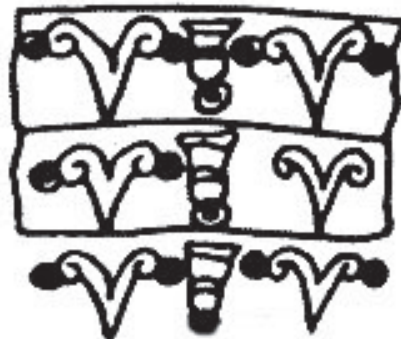
La época que nos ocupa fue una era prodigiosa para el desarrollo de la cultura de elite y la cultura de masas, ligada esta última a la urbanización y los medios. La literatura, en particular, alcanzó un gran desarrollo. Tanto la novela popular como las obras de los grandes maestros, como Paul Bourget y Anatole France, Gaston Gallimard y Guillaume Apolli-

naire, lograron un éxito rotundo, reconocido dentro y fuera de Francia.

En vísperas de la guerra, las bellas artes (pintura y escultura) alcanzaron su mejor momento. Las obras de grandes creadores pictóricos, como Cezanne, Monet, Matisse; escultores como Rodin, Maillol, Bourdelle, Camille Claudel; músicos como Claude Debussy, Maurice Ravel, etcétera, revolucionaron las expresiones estéticas conocidas. Para estos artistas, el alba del siglo XX fue un tiempo de creación genial y de rupturas.

La “Belle Époque”, en suma, fue un periodo especial para la historia de Francia. Época de oro para las artes, la literatura, la prensa y la libre expresión, las modas y el glamour burgués; florecieron el nacionalismo y la efervescencia política, las derechas e izquierdas, el fervor republicano, la libertad de opinión pública, el poder financiero, el desarrollo industrial, el expansionismo y el imperialismo. No fue, empero, una época “bella” para el obrero, el campesino y demás sectores populares, principales víctimas de un sistema capitalista y monopolista, oprobioso y desigual, cuyo desarrollo acelerado se acompañó siempre de cierta dosis de violencia y represión social, y de una urbanización creciente.

Por su método y pretensiones globales, además de otras virtudes, el libro que nos ocupa es una gran contribución a la historiografía, y no sólo francesa. Destaca su bien lograda síntesis, su amplia descripción y comentarios sobre múltiples aspectos de la vida cotidiana, artística, política, social, demográfica, obrera, campesina, burguesa, religiosa, económica y financiera de la Francia de principios del siglo XX. Esta síntesis histórica, de unidad de lo diverso, nos hace recordar las grandes obras monumentales de visión totalizadora, entre ellas *Les Bourgeois conquérants*, de Charles Morazé, y la *Histoire économique et social de la France*, dirigida por Fernand Braudel y Ernest Labrousse, cuya metodología y alcances han sido, desafortunadamente, poco emulados en América Latina. Además de ameno e interesante, el texto de Winock es paradigmático. Podría servir de modelo e inspiración totalizadora a futuros estudios sobre la historia de México, cuyo conocimiento se encuentra hasta hoy muy segmentado en historias regionales, monografías y estudios micro-históricos.



Mayas y liberalismo

Inés Ortiz Yam

Arturo Güémez Pineda, *Mayas, gobierno y tierras frente a la acometida liberal en Yucatán, 1812-1847*, México, El Colegio de Michoacán/Universidad Autónoma de Yucatán, 2005.

Los avances historiográficos de corte regional han mostrado que el impacto del liberalismo en la sociedad mexicana fue diferente de un lugar a otro. Con el fin de profundizar en la trayectoria que siguió la política liberal, los estudiosos han explorado nuevas temáticas, enfoques teóricos y fuentes inéditas para enriquecer el panorama que se tiene a la fecha. En tal sentido, el trabajo de Arturo Güémez es una contribución importante a la discusión sobre el significado del liberalismo en una región geográficamente apartada del centro de México, pero no ajena a los procesos políticos y económicos que habrían de dar forma al Estado-nación. Se trata, pues, de una aportación al conocimiento de las percepciones locales de las políticas liberales y sus transformaciones, con especial énfasis en la respuesta y la participación de la población maya en dichas iniciativas.

El trabajo se circunscribe temporalmente a la primera mitad del siglo XIX. El punto de partida es la expedición de la Constitución gaditana de 1812 y concluye en 1847, poco antes de que se iniciara la movilización indígena más importante del siglo XIX, denominada Guerra de Castas, que cambió el rumbo económico, político y geográfico de la sociedad yucateca. En cuanto al contenido, el autor elab

ora su estudio sobre la base de dos aspectos fundamentales del liberalismo: la municipalización y la privatización de la tierra. Dos fenómenos que suelen ser estudiados de manera independiente, pero que Güémez logra articular mediante el análisis de la participación de las autoridades municipales en el proceso privatizador y el estudio de la percepción de los grupos liberales en torno a la privatización y forma de realizarla. La obra está conformada por cuatro capítulos. El primero aborda el gobierno de los pueblos, encabezados por las repúblicas indígenas, y la tenencia de la tierra durante el régimen colonial. El segundo examina la instauración y consolidación de los cuerpos municipales como órganos de gobierno de los pueblos; hace hincapié en la supervivencia de instituciones y personajes del antiguo régimen en la escena política, y analiza la participación de los mayas en las nuevas instituciones de gobierno locales. Los capítulos tercero y cuarto discuten, de manera exhaustiva, el proyecto privatizador que impulsaron los liberales federalistas y centralistas en Yucatán a lo largo de la primera mitad del siglo XIX.

Guémez se ocupa de la trascendencia de los pueblos indígenas, como actores políticos, en las negociaciones de índole nacional y regional. Con esta perspectiva de análisis el autor quiere demostrar que la formación del Estado nacional en México no fue producto exclusivo de los grupos dominantes, sino también de la intensa participación de amplios sectores de extracción popular, como son campesinos, indígenas, peque-

ños propietarios y demás grupos que conformaba la sociedad mexicana. En tal sentido, presta atención a la participación de los mayas yucatecos en los dos procesos que impactaron sus formas de vida: la municipalización y la privatización de la tierra, que exigieron un alto grado de organización para poder llevar a cabo acciones que requerían de acuerdos entre la misma población maya y sus intermediarios, así como de redes formales para emprender acciones cotidianas destinadas a defender sus intereses colectivos y corporativos ante los individuos, las autoridades y las instituciones de los grupos dominantes.

Bajo esta tónica, Güémez nos ofrece un escrupuloso análisis de la trayectoria que siguieron los cuerpos municipales entre 1812 y 1847, y sobre la participación de los mayas en este proceso. En 1812 el gobierno interior de los pueblos comenzó una nueva etapa tras la supresión de las repúblicas indígenas y la instauración de los ayuntamientos, estos últimos se encargarían de las funciones administrativas y políticas como expresión local del poder ejecutivo. Su instauración fue exitosa, pues hacia 1814 se habían constituido 156 ayuntamientos. Sin embargo, la Constitución local de 1824 ordenó la supresión de los ayuntamientos de los pueblos y en su lugar mandó establecer las juntas municipales, conformadas por un número menor de funcionarios y sin capacidad para recaudar, administrar e invertir los caudales de propios y arbitrios. En 1836, bajo el régimen centralista, el número de ayuntamientos se redujo aún más al

ordenarse que serían exclusivamente para las localidades que habían poseído ayuntamiento en 1808, y para las poblaciones con más de 8 000 habitantes y los puertos con una población mínima de 4 000. El resto de las poblaciones serían gobernadas por jueces de paz, designados por los subprefectos y prefectos. En 1841, reestablecido el régimen federalista, la nueva Constitución local para el gobierno interior de los pueblos ordenó el nombramiento de un jefe superior político en cada cabecera de departamento, la instauración de ayuntamientos en ciudades, villas y cabeceras de partidos, de alcaldías municipales en los pueblos y de jueces de paz en las rancharías. Hacia 1845 las 250 poblaciones de Yucatán estaban regidas por 20 ayuntamientos, 118 alcaldías y 112 juzgados de paz.

En este agitado proceso de reestructuración, el autor observa que, a diferencia de los ayuntamientos interétnicos que lograron conformarse en el centro de México, en Yucatán los cargos municipales fueron ocupados por la elite criollo-mestiza y los mayas tuvieron una intervención marginal al circunscribirse a los movimientos de oposición, que solían organizarse después de efectuadas las elecciones. Sólo los cargos de jueces de paz fueron ocupados notablemente por individuos indígenas, debido a que los requisitos exigidos para ocupar dicho cargo eran mínimos. Por ejemplo, no se requería que los individuos supieran leer y escribir; de este modo, los mayas ocuparon los puestos de juez de paz sin mayores obstáculos, y las poblaciones pequeñas y apartadas gozaron de la presencia del funcionario en cuestión.

El autor encuentra también la permanencia de una entidad del antiguo régimen en el gobierno de los pueblos, a saber: las repúblicas indí-

genas.¹ Dichas entidades habían sido abolidas por la Constitución gaditana, pero el 26 de julio de 1824 el Congreso local las reestableció con la finalidad de remover los obstáculos que entorpecían el recaudo de las contribuciones públicas y contener la deserción y el desplazamiento masivo de los indígenas hacia los bosques sur-orientales. Así las repúblicas indígenas regresaron a la escena política, compartiendo facultades con los cuerpos municipales hasta 1868, aproximadamente. Las repúblicas de indígenas se dedicaban primordialmente a la recaudación de contribuciones civiles y religiosas, pero también conducían a los indígenas ante los comisionados para su matriculación, y detenían, arrestaban y sancionaban a los deudores obligándolos a trabajar en obras públicas. También se encargaban de resguardar los documentos de los litigios o acuerdos concernientes a la población indígena; administraban justicia en asuntos mínimos; cuidaban la casa de audiencias y el mesón, y eran responsables del sistema de correos y de organizar y vigilar las fiestas del pueblo.

No obstante sus acotadas funciones y subordinación a las autoridades municipales, las repúblicas indígenas lograron ampliar su influencia política al actuar como opositoras a la ven-

ta de terrenos baldíos. Lo que nos remite al segundo gran tema de *Mayas, gobierno y tierras*: la política privatizadora liberal, que perseguía transformar la antigua estructura de la propiedad para dar mayor movilidad a las tierras ocupadas por las comunidades campesinas. Durante la primera mitad del siglo XIX, el gobierno mexicano dejó en manos de los estados la facultad para legislar las leyes que debían dar curso a la política privatizadora. Yucatán fue de los primeros estados en promover dicho proyecto, y para su estudio Arturo Güémez eligió la vía política para mostrar el derrotero que siguió la privatización de la tierra en el contexto de la asonada política nacional y regional. Con esta perspectiva el investigador desentraña cómo el proyecto privatizador fue planeado, proyectado y llevado a cabo en un contexto político nada terso, y profundiza en el uso político y el beneficio económico que los gobiernos locales esperaban obtener con la venta de tierras. Pero más allá de los fines concretos de los gobiernos federalistas y centralistas, Güémez se ocupa de la respuesta de los indígenas y de la población en general a las iniciativas que impulsaban la privatización. Apoyado en una minuciosa investigación en archivos locales, el autor se percata de la notable movilización de las repúblicas indígenas para frenar las denuncias de los terrenos supuestamente baldíos, pero descubre que no estuvieron solas, pues las autoridades municipales también abrazaron la causa de esas antiguas repúblicas, especialmente después de que la ley yucateca de diciembre de 1825 estableció que, para evitar conflictos con los milperos de los pueblos, las corporaciones municipales debían vigilar que el terreno denunciado para su venta fuera baldío, es decir, no perteneciera a particular o milpero alguno.

Juntas, las repúblicas indígenas y las autoridades municipales logra-

¹ Cabe apuntar que Arturo Güémez encuentra otra entidad colonial: la del subdelegado. Esta figura, originaria de las Ordenanzas de Intendentes, logró mantenerse en la red gubernativa como autoridad intermedia entre el gobierno provincial/estatal y los pueblos. Entre 1812 y 1835 no figuró en los reglamentos para el régimen interior de los pueblos, pero su presencia se formalizó durante el centralismo. Al principio desempeñaba tareas concretas como la ayuda a “la ejecución de las providencias imperiosas”, pero conforme se requirió sus atribuciones se volvieron complejas, hasta convertirse en agente de la Hacienda Pública y juez de primera instancia de sus partidos.

ron retrasar o impedir la adjudicación de los baldíos, pero sin duda alguna el logro más importante se encuentra en el terreno legal, pues sus acciones de resistencia dieron lugar a importantes modificaciones a las leyes de privatización y colonización, con el fin de no afectar los espacios agrícolas de los milperos yucatecos. Así, tenemos que a la ley del 2 de diciembre de 1825 se le hicieron las siguientes reformas: una ordenaba que los terrenos solicitados debían distar cuatro leguas de las sementeras sin cercos y dos leguas entre sí. La otra señaló que no eran posibles las licencias para poblar con ganado vacuno los terrenos que no cubrieran dichos requisitos, y toda vez que habiendo obtenido la licencia no se hiciera uso de ella, ésta podía ser anulada. El 5 de abril de 1841 el Congreso estatal emitió una nueva ley de colonización que presumía de ser las más ambiciosa de todas, la cual ordenó que todos los pueblos debían marcar sus ejidos a una legua cuadrada, con el fin de esclarecer en dónde terminaban los espacios agrícolas de los pueblos y comenzaban los terrenos susceptibles de enajenarse. Con esta disposición se esperaba solucionar el permanente problema de distinguir entre ejidos y baldíos, pero sobre todo agilizar y llevar a buen término las adjudicaciones de tierras.

Güémez demuestra que el proceso privatizador de la primera mitad fue un proceso por demás accidental. Considera que no tuvo el impacto esperado y que varios factores influyeron en su virtual fracaso: por un lado, las exitosas impugnaciones de las autoridades municipales y las repúblicas indígenas, y por el otro, la inestabilidad política de esos años y su influencia en los interesados, pues pocos particulares estuvieron dispuestos a iniciar algún trámite y correr el riesgo de que el próximo go-

bierno en turno invalidara sus solicitudes aceptadas. La conclusión a la que llega Güémez se contrapone a la interpretación hasta ahora aceptada, la cual afirma que la privatización recorrió una senda lineal que despojó exitosamente a los pueblos, especialmente del sur, de sus espacios agrícolas. Con este resultado a la vista, Güémez no sólo cuestiona las interpretaciones habituales, sino demuestra que la Guerra de Castas, acaecida en 1847, no tuvo su origen en la política agraria de la primera mitad del siglo XIX, como han sostenido historiadores locales y extranjeros. Esta denegación constituye otra de las aportaciones valiosas que se desprenden de *Mayas, gobierno y tierras*. Para demostrarla, el autor estudia la trayectoria de las denuncias, es decir, el monto de las solicitudes y el número de terrenos concedidos; ofrece también un breve estudio de la situación de la industria azucarera, cuyo desarrollo y expansión son considerados los responsables del descontento indígena. También sostiene que ambas tesis no son consistentes. En el caso de la venta de terrenos, señala que la ley de colonización de 1841 propició un gran número de solicitudes, pero no se tiene noticia de que los terrenos se hayan concedido, y en caso de que así haya sido —añade— las tierras denunciadas no representaban más de 7 por ciento del total de la superficie peninsular y 32 por ciento de las tierras consideradas enajenables en aquel tiempo, lo que no implicaba un severo problema para los pueblos.

Con respecto a la industria azucarera desarrollada en el sur del estado, donde se generó el conflicto indígena, pasaba por una situación opuesta a la bonanza. Entre 1845 y 1846 la saturación del mercado interno y la falta de canales de exportación propiciaron una crisis de tal magnitud que los productores optaron por incen-

diar sus planteles de caña. Además, Güémez realiza una interesante crítica historiográfica a quienes sostienen que la Guerra de Castas fue propiciada por la política privatizadora en combinación con el auge azucarero, y logra mostrar la trayectoria de esta interpretación surgida en el siglo XIX y perpetuada por los académicos del XX. Demuestra que ninguno de estos estudios, paradójicamente, analiza a profundidad lo que fue el proceso privatizador de la primera mitad del siglo XIX. Para Güémez la tierra no tuvo un papel protagónico como generador de un conflicto, pero sí como factor de negociación. Por ello, en las peticiones de los rebeldes están las solicitudes de espacios agrícolas, pero sólo entre otras. El autor concluye que el origen de la guerra debiera buscarse en las exigencias fiscales y la presión político-militar a que fueron sometidos los mayas.

Arturo Güémez examina otros efectos que experimentó la población indígena al formar parte de una sociedad que daba los primeros pasos hacia la conformación del Estado-nación moderno. Algunas de esas experiencias giraban en torno al reconocimiento de sus derechos ciudadanos, su inclusión en los procesos electorales, su participación individual y directa en el mercado de tierras sin la intermediación de instituciones coloniales, su incorporación como contribuyente y su eventual colaboración en los procesos bélicos en que se dirimían las diferencias entre federalistas y centralistas. Por todo lo anterior, el trabajo de Güémez es un aporte de suma relevancia al articular los procesos políticos y la cuestión étnica con la compleja dinámica de construcción de la nación mexicana. Además de ser una obra amena, sus constantes referencias comparativas con otras regiones enriquecen la discusión sobre el liberalismo mexicano y la especificidad yucateca.

Más eslabones

Jaime Cuadriello

El arte maestra, traducción novohispana de un tratado pictórico italiano [Estudio introductorio y notas de Paula Mues Orts], Museo de la Basílica de Guadalupe, México, 2006.

Hay lagunas en la historiografía que pueden parecer inexplicables. Pero que también han estado a la espera, durante centurias, de que alguien llene sus vacíos y configure una dimensión hasta entonces ignorada. O, si se quiere, de un afortunado investigador que coloque la piedra clave de un edificio en construcción, o que ponga la pieza final a un complicado rompecabezas; todo lo cual nos permita, a sus lectores, apreciar un horizonte histórico en toda su amplitud. Llamémosles a esos documentos “pensados desde antiguo”: presencias faltantes, eslabones pendientes.

El Arte Maestra es uno de aquellos manuscritos “potenciales” que algún día algunos esperábamos que apareciera. No sólo por las implicaciones que en sí mismo abre a la investigación, sino porque, ante el tamaño de la producción pictórica del siglo XVIII novohispano, era para todos desconcertante que no existiera una reflexión teórica más amplia que sustentara la razón o los postulados técnicos de este quehacer artístico. En efecto, estamos ante un crecido fenómeno de productividad y uniformidad estilística sin parangón en la historia de la pintura de este lado del Atlántico. Una pléyade de miembros tan activos como atractivos, cuyas figuras se extienden a todo lo largo de dicha centu-

ria: desde los hermanos Rodríguez Juárez y su discípulo José de Ibarra hasta Juan Patricio de Morlete Ruiz y José de Alzibar, pasando, por el excelso Miguel Cabrera y el no menos ambicioso Francisco Antonio Vallejo.

Para sopesar el significado de la aportación de esta nueva publicación hagamos un breve ejercicio retrospectivo. Puedo asegurar que si la historiografía hubiese hallado hace tres cuartos de siglo el infolio de *El Arte Maestra*, este sólo hecho hubiera significado un golpe de timón en nuestra apreciación de la pintura del siglo XVIII. Pensemos por un momento que estamos en el México de 1927. Y que un investigador tan curioso y sorprendente, como pudo ser don Manuel Romero de Terreros (que exhumaba papeles fundamentales como un mago que saca palomas de su sombrero) da a la luz *El Arte Maestra* con el escueto aparato crítico que por entonces se estilaba. Ahora mismo, en estos albores del siglo XXI, el nombre del marqués de San Francisco estaría citado como autoridad entre miles y miles de notas de pie de página, tantas o más de las que cosecharon en su tiempo don José Bernardo Couto o don Manuel Toussaint, cuyos datos u opiniones nadie puede pasar por alto si del tema se ocupa. Sería factible, por esto, que desde 1927 *El Arte Maestra*, con notas y estudio de Manuel Romero de Terreros y Vinent, ya fuera en la tercera o cuarta edición; y, sin duda, todos los profesores que enseñamos pintura novohispana en las universidades le tendríamos como texto

obligatorio en nuestros cursos y actividades.

Pero más aún: porque la valoración de los pintores del mediodía del siglo XVIII dejaría de cargar tantos estigmas, tal como la historiografía les infligió por incompreensión o ignorancia. Para empezar, que ya no estaríamos hablando de una producción pictórica en “decadencia”, en la que importaba más el *qué* sobre el *cómo*. Y donde asomaba por todas partes la influencia, para bien o para mal, de Bartolomé Esteban Murillo o de la categoría del murillismo como un derrotero dictatorial y esencialista.

Hagamos ahora un ejercicio similar, pero de mirada en prospectiva. O hagámonos a la idea de que ya estamos de nuevo en el año 2007, y que así pudiéramos prever que, a la vuelta del medio siglo, *El Arte Maestra*, con notas y estudio introductorio de Paula Mues Orts, se hubiera convertido en un texto imprescindible, si no es que “clásico”, con sus dos o tres ediciones respectivas.

No con la vanidad que le confiere a un escritor erigirse en “la autoridad” en determinado campo, sino por la proyección misma de sus planteamientos y que sólo el tiempo aquilatará como útiles, frescos o novedosos. Pensemos, por eso, que los estudiantes y estudiosos del año 2057 tendrán dos o más versiones a su alcance de este documento y que sus ojos han ponderado las razones que la crítica histórica, en sus distintas aproximaciones, ha dado sobre la vigencia de sus criterios de verdad; y, lo que es más importante, en su potencial para conferir las distintas significa-

ciones que la obra de estos artistas reclamaban.

Bien sabemos que meses atrás la profesora Myrna Soto tuvo el mérito de dar a la prensa la primera edición del mismo manuscrito, que se hallaba inédito en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional, acompañado de sus respectivas notas, reunidas con pertinencia y dedicación, y un prolijo estudio introductorio.¹

Sin embargo, me consta a mí y a otros colegas del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM que Paula Mues venía analizando con antelación el documento (como parte de su libro sobre el pintor José de Ibarra), y que incluso, cuando ya estaba la redacción de su estudio a punto de concluirse, apareció la edición de Soto y entonces consideró la posibilidad de dejar inédito el fruto de sus pesquisas. Pero como en los terrenos de la recopilación, compulsión e interpretación histórica nada está escrito con punto definitivo, ella, a la postre, consideró dar a la prensa su propia versión crítica. No sólo porque entendió que sus conclusiones eran divergentes sino, sobre todo, en razón de que la común atribución de la autoría intelectual (al círculo del pintor José de Ibarra) requería algo más que añadir simples matices. Más aún, su edición se justifica a partir de las causas y los fines con que se interroga la existencia de este “borrador”, de entender y demostrar que se trata de una traducción discernida en un campo específico. No se diga de su afán por comprender las peculiaridades de la

praxis artística y el ineludible análisis de la identidad plástica de los artistas, que allí quedan involucrados desde su *modus operandi*. Este estudio no sólo es un acto de congruencia intelectual, sino el resultado de varios años de reflexiones que ha venido hilando Mues en otras publicaciones; y tanto la prudencia de sus aseveraciones como el cuidado de su transcripción paleográfica están allí para que cada lector calibre y concluya, qué tanto aporta una y otra.

Para empezar, nos queda claro que *El Arte Maestra* es sustancialmente una traducción novohispana de un tratado pictórico italiano, cuyo interés principal reside en que quedó glosado con intencionalidades locales; y, sobre todo, que fue guía de una práctica estético-cultural uniforme y sostenida. Por demás clave para la renovación de las actividades del inquieto y afamado gremio de Apeles. Se demuestra, pues, que es un texto aplicado a los afanes creativos de sus traductores; y así Mues se enfoca, sobre todo, a examinar el contenido del mismo desde sus prescripciones y estructura, finalidades y funciones.

No se trata, entonces, de una segunda edición ociosa o fuera de lugar, o que opaque la de Soto, ni desde luego coincidente en sus resultados interpretativos y cualitativos. Pero tampoco es un “plagio”, como se ha querido presentar en la prensa, o qué decir de los calificativos tan lamentables que empleó el erudito historiador Guillermo Tovar de Teresa.² En esta edición hay materiales de disensión lo suficientemente amplios como para pensar que la autora tiene una agenda intelectual propia, parte medular que aportar desde su personal

lectura y debatir en sus conclusiones con otros autores (y no sólo con Soto); y gracias a lo cual los lectores y estudiosos de ambos textos serán los primeros beneficiados.

Así, sólo el paso del tiempo aquí latará si la edición con pie de imprenta del Museo de la Basílica arroja más luces que sombras, pero ahora mismo me atrevo a asegurar, puesto ante el caso de un futuro profesor que enseñara con ética e imaginación, que sin duda recomendaría ampliamente esta versión aquí reseñada. Porque no es parcial, porque ofrece mayores certezas que presunciones sin desligarse de la precisa intencionalidad del documento. A esto se añade una bibliografía actualizada e inclusiva, que le permite razonar los temas y problemas más allá de los lugares comunes y los prejuicios que se venían arrastrando (como la poca receptividad de los artistas a los cambios o la diversidad de sus temas y formas de patrocinio). Y, desde luego, por la simple y sencilla razón de que su autora no es alguien que haya llegado de última hora al campo de la pintura dieciochesca.

Como la más consecuente estudiosa de la identidad y el estatus de los artistas novohispanos de ese periodo, como conocedora de la obra de José de Ibarra y su más amplio catálogo, Mues se adentra en la naturaleza del género preceptivo, en sus categorías técnicas y valorativas, los modelos albertianos del texto original italiano, su filosofía tan pragmática como especulativa (de enjundia cuasi enciclopédica) y los “asegunes” que le impone su traducción novohispana. Tal como los criterios para adecuar el sentido del decoro a la realidad local o la necesidad de modernizarse conforme a su técnica para intervenir “golpeando” los pinceles. Todo sin desconocer el orgullo de una tradición local legada por su congéneres inmedia-

¹ Myrna Soto, *El arte maestra, un tratado pictórico novohispano*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2005. Allí también se ofrece un nutrido panorama de la historia de la pintura novohispana durante el siglo XVIII, un glosario de tecnicismos y una bibliografía de los autores citados. Está precedido por un prólogo de Guillermo Tovar y de Teresa.

² Guillermo Tovar de Teresa, “Un trabajo de Myrna Soto”, en *La Jornada*, jueves 11 de enero de 2007, sección cultural.

tos. Basten estos y otros argumentos esgrimidos para demostrar que el manuscrito del tratado tuvo una influencia directa en la teoría del color de aquellos años. Por ejemplo, los pintores mezclaban los colores directamente sobre el lienzo, acordes con la vocación pictorialista y emotiva del periodo; o, como bien lo expresaron sus traductores, “con ánimo heroico”.

El Arte Maestra es, pues, la toma de un partido estético en lo que hace a sus ideas y propuestas y, a la vez, la resolución de un problema tecnológico en sus respectivas consideraciones formales. Tal como propone Michael Baxandall en sus *Modelos de intención*, al indagar sobre la intelectualidad de la autoría del orden pictórico, del factor posicional del creador y el acierto de sus decisiones personales. Esto es, la necesidad de explicar cuadros como “agentes” de concreción o conforme a las peculiaridades “del ojo de la época”.

Bien se sabe que un tratado de pintura posee de suyo una virtud normativa, merced a sus reflexiones para la teoría y la práctica de este arte. Una virtud para pautar la producción de los gremios locales y, desde luego, un recurso para la transmisión de los saberes en medio del *modus operandi* del taller pictórico. Pero tratándose de una traducción adaptada a las expectativas locales, como demuestra la autora, me parece que su mérito está en su capacidad de proyección sobre el conocimiento histórico y estético. Lo que verdaderamente hace de *El Arte Maestra* un texto capital está en razón de su funcionalidad o cometido programático. Ya que tanto los párrafos traducidos del original del jesuita italiano Francesco Lana Terzi, como aquellos otros omitidos por el traductor, se reconstituyen

como un texto condensador de los afanes estilísticos de toda una generación. Ya no tiene un carácter de alegato corporativo: no más argumentos para emprender la defensa de la intelectualidad de la pintura, ya que por entonces esta centeneria apología se daba por descartada; más aún si también los pintores como facultativos se esforzaban por erigirse en Academia y se ufanaban del mecenazgo de arzobispos y virreyes. Sus intencionalidades habrá que buscarlas en la selección de los mismos textos escogidos para su traducción. Ya que es tanto o más revelador por sus omisiones que por las partes traducidas (de aquí la necesidad de publicar el original de Lana y que el lector pueda hacer su propia compulsión comparando el sentido de la traducción).

En suma, por medio de estas descripciones se mira, de forma palmaria, que el registro estilístico alcanzado por los pintores de “la Maravilla Americana” era una práctica estética asumida por los afanes de toda una generación: en realidad, como mecanismo de conciencia merced a un credo estético diferenciado y compartido. De aquí la importancia de explorar el entorno erudito y criollista de los traductores y su vínculo con la eclosión devocional guadalupana del mediodía del siglo XVIII.

Celebro de manera particular que Paula Mues haya dado a luz por primera vez el exquisito dibujo a tinta de José de Ibarra para la contraportada del *Escudo de Armas de México*, obra de la pluma de don Cayetano Cabrera y Quintero y fue grabada por Baltazar Troncoso. Sin duda se trata de la empresa editorial más ambiciosa salida de las prensas novohispanas, y así la enjundia del dibujo no se quedó atrás. Esta aporta-

ción a la iconografía la agradezco en tanto estudioso del guadalupanismo y, desde luego, como historiador del arte: son tan escasos los trazos a tinta de nuestros pintores virreinales que ahora se nos revela una faceta de sus aptitudes, y que sólo de forma inferencial dábamos por hecho. También pone a la luz la estrecha colaboración que había entre poetas y pintores, las artes hermanas según Horacio, para acometer los programas iconográficos y simbólicos.

Queda reconocer todo el respaldo institucional que está detrás de esta cuidada publicación: las autoridades de la Basílica de Guadalupe y el equipo de su museo. En especial a su señor rector don Diego Monroy Ponce. No olvidemos que cada museo es también un centro generador de conocimientos y esta vocación ha sido asumida por sus directivos de manera ejemplar a lo largo de los últimos años, tanto por sus exposiciones, basadas en la investigación, como por los apretados catálogos que las acompañan. De tal suerte, esta institución puede sentirse honrada de haber dado voz, mediante la impresión de este documento, a un grupo de artistas mexicanos del siglo XVIII y que gravitaron en torno al devenir de este santuario. Los mismos que en su más sincera devoción, unida a su patriotismo, pusieron sus conocimientos en pos del culto y las grandezas de la imagen de la Virgen del Tepeyac. Una generación de pintores a la que Manuel Toussaint llamaba, con sobrada razón, “la Maravilla Americana”; que tenían a mucho orgullo confesarse amparados por ella y así se reconocían, al firmar las múltiples copias que hicieron de su sagrada imagen, como “fieles depositarios de los pinceles de Dios Padre”.

■ Barragán Reina, Ramón, *Cantillana II República. La esperanza rota. La brutal represión franquista en un pueblo sevillano*, Muñoz Moya Editores Extremeños, 2006, 300 pp., 12 pp. con fotos.

Introducción: Cantillana y su entorno
 Capítulo 1. Los primeros treinta años del siglo XX. Realidad demográfica, social y económica de Cantillana. Evolución de la población. Una radiografía social aproximada. Estructura económica: propiedad de la tierra y concentración de la riqueza. Blas Infante Pérez en Cantillana. La actividad política municipal. Aspectos generales. Alcaldes y concejales. Las juntas locales para la “participación vecinal”. La judicatura municipal: jueces y secretarios. A modo de conclusiones: características de la política y vida local. Organizaciones patronales y obreras (1905-1930). Pedro Vallina: su actividad e influencia. El Sindicato Agrícola Católico. La dictadura de Primo de Rivera: repercusiones en la vida local. Y tras la dictadura, la dictablanda: el resurgir de las organizaciones obreras.

Capítulo 2. La II República. Un día de júbilo: florece la esperanza. Cambios en la actividad laboral y en las instituciones. El nuevo Ayuntamiento

republicano. Comienza una nueva actividad municipal. Los presupuestos municipales republicanos. Crisis en la vida política municipal. La situación social durante la República: medidas para resolverla. Juntas y comisiones locales. Huelgas e incidentes. La destitución de los ayuntamientos en 1934. Las organizaciones sindicales y políticas en Cantillana durante la II República. Comportamiento electoral de los cantillaneros en las elecciones generales. Las fiestas en la época republicana. La enseñanza pública. La población cantillanera durante la República. Una estructura económica agraria inalterable. Otras actividades económicas: la industria y los servicios. Salarios y precios.

Capítulo 3. El Frente Popular. Las elecciones de 1936 y la vuelta al Ayuntamiento de las fuerzas populares. La actividad municipal de febrero a julio de 1936. Y llega el final: la reunión del 11 de julio. Incidentes y ambiente local antes de la sublevación militar.

Capítulo 4. Ocupación militar de Cantillana y represión. Sublevación en África y golpe militar de Queipo en Sevilla. Cantillana del 18 al 30 de julio: los días del “dominio rojo”. El día 30 de julio: ocupación, huida, cárcel y muerte en las calles y en el barranco. La Comisión Gestora Municipal y sus

primeras medidas. Los falangistas camino de Tocina: acciones militares y sus consecuencias. La justificación de la violencia de los sublevados contra la República española. La represión en los días posteriores a la ocupación militar. Cantillaneros fusilados de agosto a diciembre de 1936. Primera “saca” (5 de agosto de 1936). Segunda “saca” (12 de agosto de 1936). Otros fusilamientos en el mes de agosto de 1936. Fusilamientos en noviembre de 1936. Fusilamientos en diciembre de 1936. Otros fusilados. Resumen provisional de víctimas mortales (fusilados o muertos por otras circunstancias, a consecuencia de la ocupación militar de Cantillana). Cantillaneros que estuvieron en las cárceles del pueblo y en otras. La represión contra las mujeres. El éxodo de los forasteros.

Capítulo 5. La Guerra Civil (1936-39). Cantillaneros en la Guerra Civil. Los huidos y su participación en el ejército de España (el de la II República) o en otras actividades. Resumen de la huida y la participación en la España republicana. Desaparecidos o muertos en la zona republicana. Soldados para la “cruzada”: las movilizaciones del bando “nacional”. Cantillaneros muertos en la zona “nacional”. Canti-

llana en la retaguardia. La actividad del Alcalde y de la Comisión Gestora del Ayuntamiento. Desde agosto de 1936 a enero de 1937. De noviembre de 1938 a abril de 1939. Una dimisión difícil. Los presupuestos municipales de 1937 a 1939. Las organizaciones infantiles y juveniles de Falange y los tradicionalistas. Sucedió en la iglesia parroquial, año 1937. Maquis a la vista. Los primeros presos políticos de Cantillana condenados por los tribunales militares en Sevilla. El impacto de la ocupación militar y la Guerra Civil en la población cantillanera.

Capítulo 6. La posguerra. Celebraciones y vuelta de los frentes. Los que no volvieron. Ramón murió en el campo de concentración nazi de Gussen. Se quedaron definitivamente en Francia. Llegaron a América. Un caso distinto. Los que volvieron de la zona republicana: cárceles y condenas. Llegaron en el mes de abril de 1939. Llegaron en mayo de 1939. Llegó en junio. Otros condenados a penas de prisión después de volver de la guerra. Otros casos. Juzgados en otros tribunales militares: Valencia, Alcalá de Henares y Barcelona. Volvieron de la guerra, pero nunca llegaron a Cantillana. Resumen general de la represión posterior a la Guerra Civil. Cambios en la vida local, parroquial y municipal. Cambio de hora. Cambio en la Parroquia. Cambios en el Ayuntamiento. Cambios en Falange Tradicionalista de las JONS y en el Juzgado. Cambios en la enseñanza. La entronización del Sagrado Corazón en el Ayuntamiento. Pero la represión política continúa. La Ley de Responsabilidades Políticas y sus expedientes en Cantillana. Sentencias del Tribunal para la Represión de la Masonería y el Comunismo. La masonería y la situación de los partidos y sindicatos de izquierda. La particular y dolorosa tragedia de la familia Valverde. Una colonia penitenciaria cerca de Cantillana en la fase final de la posguerra. La vida cotidiana en los años cuaren-

ta: racionamiento, explotación y pequeñas condenas Epílogo, que no epítafio.

Anexos

Bibliografía

Fuentes orales y escritas

Índice onomástico

Índice toponímico

■ Dureau, Vincent Goueset y Evelyne Mesclier, *Géographies de l'Amérique latine Française*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes (Collection Espace et Territoires), 2006, 375 pp.

Introduction générale

Première partie. Les originalités du peuplement latino-américain.

Introduction: Entre Incas, Mandingas et Européens, la construction d'un espace "autre".

Chapitre 1. Des structures nées d'héritages et de ruptures. 1) Des territoires occupés et organisés depuis l'époque précolombienne. 2) Choc de la conquête et création d'une Amérique latine de vides et depleins. 3) Les rattrapages démographiques des XVII^e, XVIII^e et XIX^e siècles: une Amérique Latine de la «frontière». Conclusion.

Chapitre 2. Les accélérations du XX^e siècle: croissance démographique et dynamiques de peuplement. 1) Une augmentation de la population qui amplifie les évolutions du XIX^e siècle. 2) Les évolutions du peuplement à grande échelle, combinaison de croissance naturelle et des migrations. Conclusion. Bibliographie de la première partie.

Deuxième partie. Le tournant ethnique du XXI^e siècle, et ses limites. Introduction.

Chapitre 3. Comment définir les catégories ethniques? 1) Quels critères pour définir l'appartenance ethnique? L'exemple des populations indigènes. 2) La question de l'auto-désignation. 3) Les ambiguïtés du critère linguistique. 4) Le critère territorial. 5) Le cas des populations afro-descendantes.

Chapitre 4. Des populations en déclin?

Chapitre 5. Des populations marginalisées? Pauvreté et inégalités socio-raciales. 1) Une pauvreté persistante. 2) Une logique cumulative tout au long de la vie.

Chapitre 6. Discrimination et ségrégation socio-raciales. L'exemple de Cali (Colombie).

Chapitre 7. Ethnicité et territoire: une relation ambiguë? 1) Indigénité et ruralité: une relation en trompe l'oeil? 2) L'expansion des «territoires ethniques». Bibliographie de la deuxième partie.

Troisième partie. Les espaces ruraux de l'Amérique latine dans la mondialisation. Introduction: Des espaces de nouveau au centre de l'attention.

Chapitre 8. L'inégalité foncière et sociale en héritage. 1) Latifundio et populations indigènes. 2) Latifundio et main-d'oeuvre immigrante. 3) Les grandes plantations: des enclaves fonctionnant sur la base d'une abondante main-d'oeuvre permanente.

Chapitre 9. Des réformes redistributrices aux actuelles réformes libérales. 1) La question de la réforme agraire au XX^e siècle: transformer l'espace pour transformer le monde. 2) Les réformes foncières libérales: du changement de statut des terres à une nouvelle modification de l'espace et de la société.

Chapitre 10. Agribusiness et paysanneries dans la nouvelle donne mondiale. 1) La réinsertion de l'Amérique latine dans les marchés agricoles mondiaux. 2) Révolutions technologiques et transformation de l'utilisation des milieux. 3) Les paysanneries et leurs technologies: problème ou perspective pour l'Amérique latine?

Chapitre 11. Territoires et sociétés: des évolutions spatialement très différenciées. 1) Centres et marges, les espaces privilégiés du développement de l'agriculture d'exportation. 2) Persistence et diversité des espaces de la pauvreté. Conclusion: la géographie pour comprendre la complexité. Bibliographie de la troisième partie.

Quatrième partie. L'Amérique latine des villes. Introduction.

Chapitre 12. Produire la ville: des logements en grande partie auto-construits. 1) La production des logements. 2) Quelles conditions d'habitat pour les citoyens latino-américains? 3) Des villes de propriétaires?

Chapitre 13. Habiter la ville: stratégies et mobilités résidentielles. 1) Stratégies et choix résidentiels. 2) Les mobilités résidentielles intra-urbaines et leur rôle dans la dynamique des villes. Conclusion.

Chapitre 14. Un modèle métropolitain en évolution. 1) Des métropoles étendues et peu denses sein des villes. 2) Une ségrégation spatiale ancienne, mais aux formes renouvelées.

Chapitre 15. Les défis des politiques urbaines. 1) Un contexte institutionnel et une conception de l'action publique en pleine évolution. 2) Le renouvellement des politiques urbaines. Conclusion.

Bibliographie de la quatrième partie. Table des illustrations (Encadrés, Tableaux, Figures, Photographies).

■ Flores Claire, Eduardo y Edgar O. Gutiérrez López (comp., estudio introd. y notas), *Descripción política, física, moral y comercial del Departamento de Sonora en la República Mexicana por Vicente Calvo en 1843*, México, INAH, 2006, 277 pp.

En busca del autor

Descripción política, física, moral y comercial del Departamento de Sonora en la República Mexicana por Vicente Calvo en 1843.

Prólogo, Introducción, Capítulo primero. Capítulo segundo. Capítulo tercero. Capítulo cuarto. Capítulo quinto. Capítulo sexto. Capítulo séptimo. Capítulo octavo. Capítulo noveno. Capítulo décimo. Capítulo décimo primero. Capítulo décimo segundo. Capítulo décimo tercero. Capítulo décimo cuarto. Capítulo décimo quinto. Anexo 1) Estadística de los puntos principales

del Departamento de Sonora. Anexo 2) Cartas. Bibliografía. Índice.

■ Martínez Baracs, Rodrigo, *La perdida Relación de la Nueva España y su conquista de Juan Cano*, México, INAH, 2006, 181 pp.

Introducción

1. Descubrimiento e inicios de la conquista de México. 2. Grandeza y sumisión de Moctezuma. 3. El episodio de Narváez. 4. La matanza del Templo Mayor y la expulsión de los españoles. 5. Cuitlahua, Axayaca y Cuauhtémoc. 6. La caída de México Tenochtitlan. 7. Algo más sobre la familia de Isabel Moctezuma. 8. La *Relación* de Juan Cano. Siglas y abreviaturas. Bibliografía. Textos y documentos antiguos. Bibliografías, catálogos, diccionarios e índices. Estudios contemporáneos.

■ Palacio Montiel, Celia del (coord.), *Siete regiones de la prensa en México 1792-1950*, México, Universidad de Guadalajara/Conacyt/Miguel Ángel Porrúa, 2006, 430 pp.

Celia del Palacio, Introducción.

Celia del Palacio, "Dispersión geográfica y modernidad precoz: la prensa en Veracruz 1794-1950".

Celia del Palacio, "La prodigalidad de las prensas: de Mariano Valdés a la Organización Editorial Mexicana. La prensa en Jalisco 1792-1950".

Francisco José Ruiz Cervantes y Carlos Sánchez Silva, "Prensa, política y vida social en Oaxaca, siglos XIX y XX".

Marco Antonio Flores Zavala, "Del *Correo Político* a *Actualidades de Zacatecas* (Notas en torno a los periódicos zacatecanos 1824-1950)".

Jorge Briones Franco, "La prensa y el periodismo en Sinaloa".

Sarely Martínez Mendoza, "Avatares de la prensa chiapaneca en el siglo XIX y primera mitad del XX".

Adriana Pineda Soto, "Voces de la prensa michoacana".

Celia del Palacio, Conclusiones.

■ Rodríguez Moya, Inmaculada, *El retrato en México: 1781-1867. Héroes, ciudadanos y emperadores para una nueva nación*, Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Escuela de Estudios Hispano-Americanos/Universidad de Sevilla/Diputación de Sevilla, 2006, 432 pp.

Presentación por Víctor Mínguez.

Introducción.

Capítulo 1. El retrato académico. 1.1. La Real Academia de San Carlos de México. El modelo europeo. Fundación y primeros pasos: 1781-1810. El grabado: Gil, Frabregat y sus discípulos. La pintura: Rafael Jimeno y Planes. La escultura: Manuel Tolsá. 1.2. La crisis del periodo insurgente y los artistas mexicanos: 1810-1821. 1.3. La reapertura en el periodo 1824-1843. 1.4. El decreto de Santa Anna: la reorganización y los nuevos profesores.

Capítulo 2. El retrato en el arte regional. 2.1. Arte regional, arte popular y arte independiente. 2.2. La producción en Puebla. 2.3. Retratos jaliscienses. 2.4. El retrato en Guanajuato. 2.5. Efigies veracruzanas.

Capítulo 3. El retrato heroico. 3.1. Los integrantes de la contienda. 3.2. La imagen del héroe tras la Independencia. 3.3. Las ceras de Rodríguez como modelo. 3.4. La visión del héroe tras la Independencia. 3.5. Los niños héroes. 3.6. La galería de héroes de Maximiliano.

Capítulo 4. El retrato imperial. 4.1. El retrato durante el Primer Imperio: 1822-1823. La consumación de la Independencia en imágenes. Retratos de la pareja imperial: lienzos y medallas. La imagen del emperador caído. 4.1. El retrato en el Imperio de Maximiliano.

Capítulo 5. El retrato anónimo. 5.1. Antes de la Independencia. 5.2. Desde la Independencia hasta 1867.

Capítulo 6. Los artistas viajeros. 6.1. Visión y representación de los mexicanos por los viajeros europeos. 6.2. La introducción de la litografía.

Epílogo: El desarrollo de la litografía en México.

Conclusiones.

■ Sánchez Calleja, María Eugenia y Delia Salazar Anaya (coords.), *Los niños: su imagen en la historia*, México, INAH, 2006, 167 pp.

María Eugenia Sánchez Calleja y Delia Salazar Anaya, Introducción.

María del Consuelo Maquívar, “Los niños por excelencia. El niño Jesús y la Virgen niña en la iconografía novohispana”.

María Concepción Lugo Olgín, “El funeral de los ‘angelitos’. Su introducción a la Nueva España y su permanencia en el México contemporáneo”.

Mariano Monterrosa Prado y Leticia Talavera Solórzano, “Algunas representaciones del niño Jesús en el arte mexicano”.

Eloísa Uribe Hernández, “Adolescentes en la estatuaria mexicana del siglo XIX (1851-1876)”.

Esther Acevedo Valdés, “Qué hacen dos niños en un cuadro de historia”.

Alberto del Castillo Troncoso, “La invención de un concepto moderno de niñez en México en el cambio del siglo XIX al XX”.

María Eugenia Sánchez Calleja, “Niños desvalidos, abandonados o delincuentes. Sus derechos: una historia en construcción, 1920-1930”.

Julia Tuñón Pablos, “La imagen de los niños en el cine clásico mexicano. De los presos de *La infancia* a *Los olvidados* de Luis Buñuel”.

Delia Salazar Anaya, “El niño en la memoria familiar”.

■ Schiavon, Jorge A., Daniela Spenser y Mario Vázquez Olivera (eds.), *En busca de una nación soberana. Relaciones internacionales de México, siglos XIX y XX*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores/Centro de Investigación y Docencia Económicas, 2006, 644pp.

Introducción

PARTE I

Definir la soberanía: fronteras y socios.

1 Alfredo Ávila, “Sin independencia no hay soberanía: conceptos a prueba”.

2 Mario Vázquez Olivera, “¿Repúblicas hermanas? En pos de una política hacia América Latina”.

3 Miguel Soto Estrada, “Agentes y socios del ‘destino manifiesto’: negocios y política en los despojos territoriales de México”.

4 Marcela Terrazas y Basante, “Colaboración y conflicto: relaciones transfronterizas en el noreste mexicano”.

5 Silvestre Villegas Revueltas, “La deuda inglesa: el componente de la relación anglo-mexicana”.

PARTE II

Negociar la soberanía: estrategias y descalabros.

6 Mónica Toussaint, “El triángulo fatal en la geopolítica regional: fronteras, unión y paz”.

7 Paolo Riguzzi, “La gestión política de las relaciones comerciales de México con Estados Unidos: una perspectiva histórica”.

8 Pablo Yankelevich, “América Latina en la agenda diplomática de la Revolución mexicana”.

9 Daniela Spenser, “Forjando una nación posrevolucionaria: México, la Unión Soviética y Estados Unidos”.

10 Fernando Saúl Alanis Enciso, “Que vayan y se queden allá: la política mexicana hacia la migración a Estados Unidos”.

PARTE III

Ejercer la soberanía: capacidades y limitaciones.

11 Ana Covarrubias Velasco, “Los principios y la política exterior de México”.

12 Jorge A. Schiavon, “México-Estados Unidos: estabilidad y seguridad a cambio de autonomía”.

13 Guadalupe González González, “México ante América Latina: mirando de reojo a Estados Unidos”.

14 Antonio Ortiz Mena, “México ante el sistema monetario y el comercial internacional: lecciones de Bretton Woods a la actualidad”.

15 Manuel García y Griego, “Dos tesis sobre seis décadas: la emigración hacia Estados Unidos y la política exterior mexicana”.

Conclusiones

■ Uribe Salas, José Alfredo, *Historia de la minería en Michoacán*, 2 vols., Morelia, Facultad de Historia-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/Sociedad Mexicana de Minerología, A.C./Museo Tecnológico del Siglo XIX “Minas Dos Estrellas”, A.C., 2002, 227 pp.

Vol. I

Presentación

Introducción

1. Minería de cobre en el occidente de México prehispánico: un acercamiento historiográfico. 2. La explotación del cobre en la Nueva España. 3. El mineralogista Andrés Manuel del Río y la ferrería de Coalcomán. 4. Tecnología y sistemas de beneficio en el siglo de la Independencia. 5. Anganguero en la órbita imperial. Historia del siglo XIX. 6. El mineral de Curucupaseo durante el Porfiriato. Un ejemplo de control extranjero. 7. Empresas y empresarios en la minería michoacana de la segunda mitad del siglo XIX.

Vol. II

1. La minería en Michoacán: quinientos años de su historia. 2. El distrito minero El Oro-Tlalpujahuá entre dos siglos y el mercado internacional de tecnología. 3. Depreciación de la plata y ciencia de los metales en la coyuntura de fin de siglo. 4. Inversión de capital y utilidades en la minería tradicional mexicana. El Oro y Tlalpujahuá, 1890-1913. 5. Minería y poder empresarial en Michoacán: la contrarrevolución en Tlalpujahuá. 6. Las Dos Estrellas en El Oro y Tlalpujahuá: de empresa privada a cooperativa mine-

ra. 7. El ocaso de los metales preciosos en México.

■ VORÁGINE, núm. 1, 2007.

Primer número de la revista dedicado a presentar las nuevas propuestas y temáticas abordadas por la etnohistoria.

María de los Ángeles Romero Frizzi, "La etnohistoria. Reflexiones sobre el método".

Rafael Albarrán Chávez, "La etnohistoria en la ENAH".

Juan Francisco Escobedo Martínez, "La vorágine de la etnohistoria".

Lapsus

Sandra A. Cruz Rivera, "Percepción de olores y sonidos en los mitos de creación y en el Códice Borbónico".

Eduardo Corona Sánchez, "Los movimientos étnico-indígenas y la formación del Estado mexicano".

Gonzalo Castañeda Mercado, "Pervirtiendo el matrimonio: un ejemplo de la construcción cultural de la sexualidad marital en la Nueva España del siglo XVI".

Cristina V. Masferrer León, "Identidad y conciencia étnica de los esclavos negros de la Nueva España (s. XVII)".

Aymara Flores Soriano, "Coeducación en México: ¿educación para la equidad de género o preparación de mano de obra calificada femenina? (1934-1940)".

Stephanie Cortés Aguilar, "Ayudar a mi gente en el nombre de Dios: Jesús Malverde".

AlterVoces

Carlos Humberto Herman de León, "Los itzaes del siglo XVII".

Extractos (Recomendaciones literarias)

■ SECUENCIA, núm. 67, enero-abril de 2007

Melchor Campos García y Lorgio Cobá Noh, "Asimetrías republicanas: forma de gobierno y cultura. Un debate entre la 'clase política' yucateca 1726-1835".

Beatriz Rojas, "Territorio e identidad: Zacatecas 1786-1835".

Marisa Moroni, "La nacionalización de la frontera pampeana y la formación del Estado argentino".

Watson R. Denis, "Orígenes y manifestaciones de la francofilia haitiana: nacionalismo y política exterior en Haití (1880-1915)".

En consecuencia con la imagen

Gerardo Martínez Delgado, "Elite, proyecto urbano y fotografía. Un acercamiento a la ciudad de Aguascalientes a través de imágenes, 1880-1914".

Reseñas

■ IBEROAMERICANA. AMÉRICA LATINA – ESPAÑA – PORTUGAL, núm. 24, 2006. Ensayos sobre letras, historia y sociedad.

Artículos y ensayos

Marianne L. Wiesebron, "As muitas facetas da sociedade durante a ocupação neerlandesa do Brasil".

Pablo Yankelevich, "El exilio argentino de José Vasconcelos".

Jeffrey Cedeño, "Un nuevo Borges: literatura y globalización en América Latina".

Valeria Añón, "El laberinto (neo) barroco. Erotismo y parodia en *Apariciones*, de Margo Glantz".

Dossier: Prácticas de poder y estrategias de resistencia en la España democrática (coord. por Óscar Cornago).

Óscar Cornago, "Presentación".

Jo Labanyi, "Historias de víctimas: la memoria histórica y el testimonio en la España contemporánea".

Luis Díaz G. Viana, "La resistencia popular en tiempos de globalización: noticia y memoria de la catástrofe".

Parvati Nair, "The Regard of the Gypsy: Ramón Zabalza's gitano images and the visual challenge to the stereotype".

Alfredo Saldaña, "Poesía y poder en la España contemporánea".

Tomás Ruiz-Rivas, "Teoría del desplazamiento. Ensayo sobre los discursos hegemónicos en el sistema artístico español".

Ariel Jerez, "Las esferas públicas y la comunicación alternativa. Apuntes para un debate urgente".

Foro de debate

Lucero Ramírez León, "Las elecciones presidenciales en México: involución democrática y victorias ajustadas vistas desde el caso alemán".

Günther Maihold, "México: la elección en disputa. Retos para el nuevo gobierno de Felipe Calderón".

Enrique Collazo, "Hoy, como ayer. Repunte del capitalismo de Estado en Cuba".

Roberto García Bonilla, "Condenas, ficciones y rescates de la memoria. Entrevista con Beatriz Sarlo".

Notas. Reseñas iberoamericanas.

Literaturas ibéricas: historia y crítica. Literaturas latinoamericanas: historia y crítica.

Historia y ciencias sociales: España.

Historia y ciencias sociales: América Latina.

Índice de títulos reseñados.

■ LITERAL, núm. 21, julio-septiembre 2006.

Historia y literatura

José Mariano Leyva, "Un *affaire* entre la historia y la literatura".

María Begoña Pulido Hernández, "Historia y literatura: exploración de una frontera".

Eduardo Milán, "José Emilio Pacheco: poema y circunstancia".

Eduardo Saravia, "Transfiguraciones".

Renato Sandoval, "César Vallejo, agonista entre dos culturas. Notas a partir de algunas crónicas vallejianas".

Marta Cristina Sánchez Rivas, "Reestreno".

■ CARIBBEAN STUDIES, vol. 34, núm. 1, January – June, 2006.

N.D.B. Connolly, Colored, "Caribbean, and Condemned: Miami's Overtown District and the Cultural Expense of Progress, 1940-1970".

Katrin Hansing, "Rastafari in a Different Kind of Babylon: The Emergence and Development of the Rastafari Movement in Socialist Cuba".

Laura Muñoz, "'Actuar con sentido estratégico': México en la Asociación de Estados del Caribe y la cooperación regional para el desarrollo".

Masood Ashraf Raja, "'We is All People': The Marginalized East-Indian and the Economy of Difference in Lovelace's *The Dragon Can't Dance*".

Peter Clegg, "The UK Caribbean Overseas Territories, New Labour, and the Strengthening of Metropolitan Control".

L. Antonio Curet, "Las crónicas en la arqueología de Puerto Rico y del Caribe".

María de los Ángeles Meriño Fuentes y Aisnara Perera Díaz, "Matrimonio y familia en el ingenio, una utopía posible. Cuba (1825-1886)".

Lizette Cabrera Salcedo, "Labat y la tecnología azucarera, siglos XVII y XVIII".

Michiel Baud, "Intellectuals and History in the Spanish Caribbean: Between Autonomy and Power".

Páginas web / portales de internet sobre historia
www.historiografía-arg.org.ar

Interpretaciones. Revista de Historiografía y Ciencias Sociales de la Argentina, núm. 1 (segundo semestre de 2006):

Artículos:

Roger Chartier, "La historia de la vida privada veinticinco años después. Algunas reflexiones historiográficas".

Donald Worster, "La historia como historia natural: un ensayo sobre teoría y método".

Beatriz Moreyra de Alba, "La historia social más allá del giro cultural: algunas reflexiones".

Interpretaciones y debates:

Noemi Girbal-Blacha, "Los muchachos peronistas", Raanan Rein y Juan Atilio Bramuglia, *Bajo la sombra del líder. La segunda línea de liderazgo*

peronista, Buenos Aires, Ediciones Lumiere S.A., Nuevas miradas a la Argentina del siglo XX, 2006.

Raquel Gil Montero, "Reflexiones en torno al libro de Rodolfo Campero: *El marqués de Yavi. Coronel del Ejército de las Provincias Unidas del Río de la Plata*", Buenos Aires, Catálogos, 2006.

Alejandra Salomón, "¿Peronismo o peronismos? Una disyuntiva que está en sus comienzos". Julio César Melon Pirro y Nicolás Quiroga (eds.), *El peronismo bonaerense. Partido y prácticas políticas, 1946-1955*, Mar del Plata, Ediciones Suárez, 2006.

Osvaldo Graciano, "Las posibilidades de la historia reciente para la comprensión del presente nacional". Marcos Novaro, *Historia de la Argentina contemporánea. De Perón a Kirchner*, Buenos Aires, Edhasa, 2006.

Efraim Davidi, "¿Todo es historia?" Marcos Novaro, *Historia de la Argentina contemporánea. De Perón a Kirchner*, Buenos Aires, Edhasa, 2006.

Cristina Valenzuela, "Enfoques recientes sobre el problema algodonero chaqueño". Juan Carlos Larramendy, y Luis Alberto Pellegrino, *El Algodón. ¿Una oportunidad perdida?*, La Plata, Ediciones Al Margen, 2005.

Ana Teresa Martínez, "Las fronteras interiores. Ensayo bibliográfico a partir de *La nación interior*". Beatriz Ocampo, Canal Feijóo, *Di Lullo y los Hermanos Wagner, El discurso culturalista de estos intelectuales en la provincia de Santiago del Estero*. Antropofagia, 2004.

Judith Farberman, "La experiencia colonial de los indios de Quillino". Isabel Castro Olañeta, *Transformaciones y continuidades de sociedades indígenas en el sistema colonial. El pueblo de indios de Quilino a principios del siglo XVII*, Córdoba, Alción Editora, 2006.

Ligas

Historia a debate

Mundo Agrario

Theomai

History and Theory

Cromohs. Ciber Review of Modern Historiography.

Estudio de Historia. Fundación Getulio Vargas.

Storia e futuro. Revista de Storia e Storiografia.

EIAL Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe.

Revista de historia Actual.

www.iberome.usal.es/americalatinahoy/index.htm

América Latina hoy. Revista de Ciencias Sociales, núm. 44, diciembre de 2006.

Contenidos

Página principal: Introducción al nuevo número: Uruguay: de la transición democrática al triunfo de la izquierda
Presentación: ¿Quiénes somos?, Dirección, Secretaria de Redacción, Consejo Científico.

Contenido:

Gustavo Bittencourt, "Uruguay 2006: desarrollo esquivo o ruptura con la historia".

Gustavo de Armas, "Sociedad y políticas sociales en Uruguay desde la transición democrática al gobierno del Frente Amplio".

Lucía Selios, "Los últimos diez años de la cultura política uruguaya: entre la participación y el desencanto".

Adolfo Garcé y Jaime Yaffé, "La izquierda uruguaya (1971-2004): ideología, estrategia y programa".

Lilia Ferro Clerico, "Democracia y política exterior: Uruguay (1985-2006)".

Varia

Marta Graciela Cabeza, "Las capacidades internacionales de los entes subnacionales en Argentina y en Italia. Un análisis comparado".

Celso Roma, "Organizaciones de partido en Brasil: el PT y el PSDB bajo perspectiva comparada".

Información bibliográfica

Números anteriores:

Número 43: Bolivia 2005: ¿una nueva revolución democrática? Número 42: Participación ciudadana. Número 41: Religión y política en una época de pluralismo. Número 40: Cumbres presidenciales. Número 39: Reformas judiciales: una perspectiva comparada. Número 38: Legislativos. Número 37: El impacto del gobierno de Lula sobre la política brasileña. Número 36: Nuevas formas de protesta política. Número 35: América Central. Número 34: Exilios. Historia reciente de Argentina y Uruguay. Número 33: México. Número 32: Cultura política. Número 31: Nuevos espacios para las relaciones internacionales. Número 30: Literatura y alienación. Número 29: Sistemas electorales y elecciones. Número 28:

Perú. Número 27: Partidos políticos. Número 26: Globalización y sociedad. Número 25: Medios de comunicación y democracia. Número 24: Democracia, participación y descentralización local: experiencias exitosas. Número 23: Colombia: violencia y conflicto político. Número 22: Perspectivas y situación económica. Número 21: Venezuela. Número 20: Derechos humanos. Número 19: Cuestiones indígenas. Número 18: Cuba. Número 16: Elites y democracia. Número 15: Ciudades. Número 14: Brasil: la potencialidad de los contrastes. Número 13: Elecciones en América Latina. Número 11-12: Argentina. Número 10: Violencia política y negociación. Número 9: Mujeres: identidad y participación. Número 8: Gobernabilidad y de-

mocracia. Número 7: Estructura social y estrategias de desarrollo. Número 6: Reforma del Estado (II). Número 5: Reforma del Estado (I). Número 4: Cumbre iberoamericana. Número 3: Partidos políticos y elecciones (II). Número 2: Partidos políticos y elecciones. Número 1: Movimientos sociales y democracia.

Próximos números:

Número 45 (abril de 2007): Calidad de la democracia. Número 46 (agosto de 2007): Chile. Número 48 (diciembre de 2007): Intelectuales y poder.

Normas autores

Canjes

Pedidos

Suscripciones.



Abstracts

✍ **Rodrigo Martínez**
Tepeaquilla, 1528-1555

The studies on the beginnings of the Guadalupan cult in Mexico have been limited by the conflict between the lack of rigor of the so called “apariationist” historians, and the merely negative arguments of the “antiapariationist” ones. I try to find a positive path to the Guadalupan historical studies by focusing on the place itself, Tepeyac, north of Mexico City. In other works I have dealt with Tepeyac (Tepeyácac) in the precolumbian period and during the capture of the city of Mexico Tenochtitlan by the Spaniards (1519-1521). Now I resume this research by reviewing the available information created between the first documented apparition of the name of Tepeyac (Tepeaquilla, as it was then called), in 1528, and 1555, before the first documented apparition of the name of Guadalupe applied to that place in 1556.

✍ **Rodolfo Fernández**
Retórica y colonización en Nueva España: el caso de la *Relación de Michoacán*

This is a study of the rhetoric in the *Relación de Michoacán*, in which the author emphasizes the need to analyze the *Relaciones* not only as ethnographic or testimonial documents, mainly when they refer to the topic of classical argumentative tradition.

✍ **María Gayón y María Dolores Morales**
Un rincón de la ciudad. Necatitlan y Tlaxcoaque en el siglo XIX

This article analyzes a *barrio* of Mexico City in order to assess the impact of the changes experienced between 1848 and 1882 in the physical and social structure of the city in a small peripheral territory south of the central district. This working class *barrio*, poor and forgotten by public works supervisors,

shows the contradictions of urban development: the great changes registered in the city were almost imperceptible to its inhabitants. Necatitlan and Tlaxcoaque remained a dense district where people from nearby areas arrived every day searching for better opportunities. The *barrio* was made up of young and hardworking people employed in the slaughterhouse, the meat trade and the leather shops.

✍ **José Mariano Leyva**
Viajes hacia la literatura satánica en un cambio de siglo

At the end of the 19th Century, the image of the devil had as many homes as dark writers existed. Fiction had an appetite for black masses, crime, murderers and mental institutions. In all of them, the devil was used as a recurrent image. Not in order to preach, this time around, but to make evident the lack of humanism in the new modern societies.



Articles appearing in this journal are abstracted and indexed
in *Historical Abstracts* and *America: History and Life*.

Instrucciones para los colaboradores

Historias solicita a sus colaboradores que los artículos, traducciones, reseñas, bibliografías comentadas y documentos inéditos sean remitidos siguiendo en lo posible las siguientes indicaciones:

1. Los autores enviarán original, copia y disquete al director o los editores de la revista, a la Dirección de Estudios Históricos (INAH).
2. En la primera página de la colaboración deberá incluirse el título, el nombre del autor y la institución a la que está adscrito.
3. En el caso de las reseñas y las traducciones, además de los datos solicitados en el punto anterior se incluirá la nota bibliográfica completa de la obra reseñada o traducida.
4. En el disquete se anotará claramente el nombre del autor, el título de la colaboración y el programa utilizado (Word, Word Perfect y Word for Windows).
5. Se incluirá una hoja indicando el nombre del autor, la institución a la que está adscrito y sus números de teléfono y fax (especificando los horarios en que se le puede localizar) y correo electrónico.
6. Todas las colaboraciones se acompañarán de un resumen, de ocho líneas como máximo, en español y en inglés.
7. Los trabajos deberán ser inéditos sobre historia mexicana y, excepcionalmente, americana o española.
8. Los artículos tendrán una extensión mínima de 20 cuartillas y máxima de 40.
9. Las reseñas, una extensión de entre cuatro y ocho cuartillas.
10. La bibliografía comentada (Andamio) no excederá de 40 cuartillas.
11. El documento inédito (Cartones y cosas vistas) no excederá las 40 cuartillas y tendrá que contar con una pequeña presentación no mayor de dos cuartillas.
12. Todas las colaboraciones estarán escritas a doble espacio.
13. Los cuadros, figuras, gráficas y fotografías se entregarán impresas por separado (si es fotocopia, que sea de buena calidad). En el texto sólo se indicará el lugar donde deben ir; en el disquete deberán estar incluidas.
14. Los artículos no deben presentar bibliografía al final, por lo que la primera vez que se cite una obra la referencia o nota bibliográfica deberá presentarse completa. En el caso de los libros, deberá citarse el nombre del autor (nombre de pila y apellido o apellidos), el título de la obra en cursivas, lugar de edición, editorial, año de publicación y página o páginas (p. o pp.). En el caso de un artículo publicado en un libro, deberá citarse igualmente el nombre del autor, el título del artículo entre comillas, el título del libro en cursivas anteponiendo “en”, el número de la revista, el lugar, el año y la página o páginas. En citas subsiguientes se usará *op. cit.*, *ibidem* o *idem*, según corresponda.
15. Cuando se utilicen siglas, en la primera ocasión deberá escribirse su significado; en las posteriores, sólo las siglas.
16. Todas las colaboraciones se someterán al dictamen de dos especialistas, asegurándose el anonimato de los autores.
17. Después de haber recibido los dictámenes, los editores determinarán sobre la publicación del texto y notificarán de inmediato la decisión al autor.
18. Los editores de *Historias* revisarán el estilo y sugerirán los cambios que consideren pertinentes, en tanto no se altere el sentido original del texto.
19. En ningún caso se devolverán originales.
20. Cada autor recibirá cinco ejemplares del número en que aparezca su colaboración.

Las colaboraciones deberán enviarse a:
Historias, Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH)
Apartado postal 5-119, CP 06150, México, D.F.
Tel.: 50 61 93 00
Correo electrónico: estagle@yahoo.com